

"La paranoia en su máxima expresión" Stephen King

LOS LADRONES DE CUERPOS

Jack Finney



Lectulandia

Santa Mira, un pequeño pueblo del norte de California. El doctor Miles Bennell recibe en su consulta a varios pacientes con una dolencia que no puede tratar: todos ellos insisten en que sus familiares cercanos —tíos, padres, hijos, maridos...— no son en realidad quienes parecen ser. Intrigado y desconcertado, Miles recorre el pueblo en compañía de Becky, su viejo amor de juventud, y de sus amigos Jack y Theodora Belicec, comprobando que una serie de peculiares fenómenos tienen lugar en los sótanos y armarios de las casas, mientras los vecinos duermen... El psiquiatra Mannie Kaufman, al que Miles acude en busca de ayuda, le asegura que no se trata más que de un caso de histeria colectiva, pero paulatinamente la verdad se impondrá con irresistible claridad.

Lectulandia

Jack Finney

Los ladrones de cuerpos

ePub r1.3

Darthdahr 06.05.14

Título original: *The Body Snatchers*

Jack Finney, 1955

Traducción: Lorenzo Luengo

Retoque de portada: Darthdahar

Editor digital: Darthdahar

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para mi madre y mi padre,
el señor y la señora Frank D. Berry

Uno

Advierto que la historia que se disponen a leer está llena de cabos sueltos y preguntas que no serán respondidas. Tampoco encontrarán un desenlace al uso, donde todo deba quedar resuelto y explicado satisfactoriamente. Al menos, no lo encontrarán en mí. Pues no puedo decir que sepa qué ha ocurrido exactamente, o por qué, ni siquiera cómo empezó, cómo acabó, o si ya ha acabado; y yo estuve en medio de todo. De modo que si no les gusta este tipo de historia, lo siento: harían mejor en no leerla. Todo lo que puedo hacer es contar lo que sé.

Para mí, todo comenzó alrededor de las seis en punto de un jueves por la tarde, el 13 de agosto de 1953, cuando dejé salir por la puerta lateral de mi oficina a mi último paciente —un pulgar dislocado— con la sensación de que mi día aún no había acabado. Y deseé no ser médico, porque a menudo acierto con esa clase de presentimientos. En cierta ocasión salí de vacaciones, convencido de que volvería en un día o dos, y así fue, pues se había declarado una epidemia de sarampión. Y más de una vez me he metido en la cama completamente roto, sabiendo que en un par de horas estaría conduciendo hacia el pueblo para una visita médica; algo que en efecto luego haría, he hecho a menudo y haré de nuevo.

Sentado a mi mesa, añadí una nota al historial de mi paciente, tomé después el coñac que utilizo como reconstituyente, me dirigí al lavabo y me serví una copa, algo que casi nunca hacía. Pero lo hice esa noche, y de pie ante la ventana, tras mi mesa, miré la calle Mayor mientras bebía el coñac a pequeños sorbos. Había tenido una apendicectomía urgente esa misma tarde y no había comido, y me sentía irritable. No estaba acostumbrado a no tener nada que hacer, y deseé disponer de alguna diversión que me alegrase la noche, para variar.

Así que cuando oí que alguien llamaba suavemente a la puerta exterior del recibidor sólo quería quedarme ahí, sin moverme, hasta que quienquiera que fuese decidiera marcharse. En cualquier otro trabajo uno puede hacer eso, pero no en el mío. Mi enfermera ya se había ido —probablemente había corrido tras el último paciente escaleras abajo, adelantándolo con comodidad— y durante unos instantes, con un pie en el radiador bajo la ventana, me conformé con dar un trago a mi copa, observar la calle y fingir, cuando el ligero golpeteo comenzó otra vez, que no iba a responder a la llamada. Aún no había oscurecido, y no lo haría durante un rato, pero tampoco estábamos ya a pleno sol. Algunas luces de neón habían sido encendidas, y, bajo mi ventana, la calle Mayor aparecía desierta —a las seis, por aquí, casi todo el mundo está cenando—, y yo me sentía solo y abatido.

Pero la llamada sonó de nuevo, así que dejé mi copa, salí, quité la llave a la puerta y abrí. Creo que parpadeé un par de veces, con la boca abierta en una mueca idiota, porque Becky Driscoll estaba allí.

—Hola, Miles. —Sonrió, encantada de ver el asombro y el placer que reflejaba mi cara.

—Becky —murmuré, haciéndome a un lado para dejarla pasar—, qué agradable sorpresa. ¡Adelante! —De pronto sonreí abiertamente, y Becky pasó ante mí, ingresó en el recibidor y se dirigió hacia mi oficina—. ¿De qué se trata? —pregunté, cerrando la puerta—. ¿Una consulta? —Me sentía tan aliviado y feliz que bullía de animación y de euforia—. Tenemos un especial de apendicectomías esta semana —exclamé alegremente—, te recomiendo que lo aproveches. —Y ella volvió a sonreír. Su figura, como comprobé mientras la seguía, aún era maravillosa. Becky posee un esqueleto fino y bellamente guarnecido; demasiado ancho en las caderas, según he oído decir a algunas mujeres, pero nunca oí que un hombre dijera eso.

—No —Becky se detuvo junto a mi mesa, y se dispuso a responder a mi pregunta—, no puedo decir que se trate exactamente de una consulta.

Cogí mi vaso y lo alcé a la luz.

—Como todo el mundo sabe, me paso el día bebiendo. En especial cuando me toca operar. Y todos los pacientes deben tomar un trago conmigo, ¿qué me dices? — el vaso casi se me cae de las manos, porque Becky emitió un sollozo seco y profundo, y la respiración se le entrecortó convulsivamente. Sus ojos se anegaron de brillantes lágrimas, y al punto se volvió, hundiendo los hombros y subiendo las manos a su rostro.

—Creo que me vendría bien uno —musitó, con una voz apenas audible.

Tras un segundo le pedí que se sentase, hablándole con mucha suavidad, y Becky se dejó caer en el sillón de cuero que había ante mi mesa. Fui al lavabo, le serví una copa, tomándome mi tiempo en ello, volví y le dejé su bebida a un lado, sobre el cristal que cubría la mesa.

Rodeé el mueble y me senté ante Becky, inclinando mi sillón giratorio, y cuando al fin alzó la vista le señalé la copa, apremiándola amablemente a beber. Yo tomé un trago de la mía, dedicándole una sonrisa por encima del vaso, tratando de darle de esa forma unos segundos para que se calmase. Por primera vez volví a observar su rostro. Vi que era el mismo rostro hermoso que conocía: los huesos prominentes y bien formados bajo la piel: los mismos ojos amables e inteligentes, un poco enrojecidos ahora; la misma boca de labios abundantes y atractivos. Su pelo era diferente, algo más corto, quizá; pero era el mismo cabello generoso, castaño o casi negro, espeso y fuerte, aunque con un aspecto naturalmente ondulado que yo no recordaba. Había cambiado, desde luego; ya no tenía dieciocho años, sino bien entrados los veinte, y esa era la edad que aparentaba, ni más ni menos. Pero aún era la misma chica que conocí en el instituto; salí con ella algunas veces durante el año de mi graduación.

—Me alegra verte de nuevo, Becky —dije, levantando mi copa y sonriendo. Bebí un sorbo, bajando los ojos. Quería que hablase de cualquier cosa, antes de que se

decidiera a contarme el problema que la inquietaba, fuera este cual fuese.

—También a mí, Miles —Becky respiró hondo y se arrellanó en su silla, copa en mano; sabía lo que yo pretendía, y me siguió la corriente—. ¿Recuerdas aquella vez en que viniste a mi casa a buscarme? Íbamos a un baile del instituto, y tú tenías aquella frase escrita en la frente.

Lo recordaba, pero alcé las cejas en ademán inquisitivo.

—Decía: M.B. ama a B.D. Lo habías escrito en tu frente con tinta roja o lápiz de labios, o algo parecido. Asegurabas que ibas a ir al baile así. Tuve que ponerme dura hasta conseguir que te lo quitases.

—Sí, ya recuerdo —sonreí. Entonces recordé algo más—. Becky, ya me he enterado de lo de tu divorcio; y lo siento.

—Gracias, Miles —asintió—. Y yo me he enterado del tuyo; también lo siento. Me encogí de hombros.

—Supongo que ahora somos como miembros de una hermandad.

—Sí —volvió a lo que la preocupaba—. Miles, he venido por Wilma —Wilma era su prima.

—¿Cuál es el problema?

—No lo sé —durante un momento Becky detuvo los ojos en su copa, antes de alzar de nuevo la mirada hacia mí—. Creo que es... —dudó; la gente odia dar nombres a estas cosas—. Bueno, supongo que lo llamarías un delirio. Conoces a su tío, el tío Ira...

—Sí.

—Miles, Wilma se obsesiona en pensar que Ira no es su tío.

—¿Qué quieres decir? —bebí un sorbo—. ¿Que en realidad no son familia?

—No, no —sacudió la cabeza, impaciente—. Quiero decir que ella piensa que se trata —un hombro se encogió, perplejo— de un impostor, o algo así. Alguien que sólo se parece a Ira.

Miré detenidamente a Becky. No acababa de comprender; Wilma había sido criada por su tía y su tío.

—Bueno, ¿duda que si lo es?

—No. Dice que su aspecto es exactamente igual al del tío Ira, habla igual que él, se comporta como él, todo. Ella sólo sabe que no es Ira, simplemente. ¡Miles, estoy tan preocupada! —Las lágrimas volvieron otra vez a sus ojos.

—Bebe un poco —murmuré, señalando su copa. Yo di un buen trago a la mía y me hundí en mi sillón, mirando al techo mientras pensaba en aquello. Wilma tenía sus problemas, pero era una mujer firme e inteligente; contaba alrededor de treinta y cinco años. Tenía mejillas rojas, era pequeña y rolliza, una mujer sin ningún atractivo; nunca se casó, lo cual es bastante malo. Estoy seguro de que le habría gustado hacerlo, y creo que habría sido una buena esposa y una buena madre, pero así

son las cosas. Se encargó de una librería y de una tienda de artículos de regalo, y sacó ambas adelante. Consiguió vivir de eso, lo cual en un pueblo no es tarea sencilla. Tampoco se volvió desabrida o amarga; tenía una visión sagaz, crítica y humorística de las cosas; era consciente del valor que estas tenían, y no se engañaba a sí misma. No podía imaginar a Wilma presa de desarreglos mentales, pero, con todo, nunca se sabe. Miré de nuevo a Becky—: ¿Qué quieres que haga?

—Ve a su casa esta noche, Miles. —Se inclinó hacia adelante, sobre la mesa, en actitud de súplica—. Ahora mismo, si te fuese posible, antes de que oscurezca. Quiero que mires al tío Ira, que hables con él; lo conoces desde hace años.

Me había llevado la copa a los labios, pero volví a dejarla sobre la mesa, clavando la mirada en Becky.

—¿Qué quieres decir? ¿De qué estás hablando, Becky? ¿Tampoco tú crees que sea Ira? Se ruborizó.

—¡Sí, por supuesto que sí! —Pero se mordía los labios, y agitaba la cabeza con un gesto afligido, de lado a lado—. Oh, no lo sé, Miles, no lo sé. ¡Desde luego que es el tío Ira! Claro que lo es, pero... ¡es sólo que Wilma está tan segura! —Incluso se retorció las manos, algo que uno lee en los libros pero raramente ve—. ¡Miles, no sé qué está pasando allí!

Me levanté y rodeé la mesa para acercarme a ella.

—Bien, vayamos a ver —concedí amablemente—. Tranquilízate, Becky. —Y puse una mano sobre su hombro para reconfortarla. Su hombro, bajo el vestido veraniego, se revelaba firme, redondo y cálido, y aparté la mano—. Ocurra lo que ocurra, habrá una razón, la encontraremos y arreglaremos el problema. Vamos.

Me volví, abrí el armario empotrado junto a mi mesa para coger el sombrero, y me sentí como un idiota. Porque mi sombrero se hallaba donde siempre lo dejo, en la cabeza de Fred. Fred es un esqueleto articulado, delicadamente pulido, que guardo en mi armario, junto a otro esqueleto femenino de un tamaño menor; no puedo tenerlos por la oficina, asustando a los pacientes. Mi padre me los regaló unas Navidades, durante mi primer semestre en la facultad de Medicina. Sin dada son bastante útiles para un estudiante, pero tengo para mí que el verdadero motivo por el que mi padre me los regaló fue porque así podía dármelos —como de hecho hizo— dentro de una caja de metro ochenta, envuelta en papel de regalo y atada con un lazo rojo y verde. Dónde pudo encontrar una caja tan grande es algo que no sé. El caso es que ahora Fred y su compañera estaban en el anuario de mi oficina, y, como decía, siempre cuelgo mi sombrero en su cabeza pulida y braquicéfala. Mi enfermera opina que es divertido, y al menos conseguí arrancar una sonrisa de los labios de Becky.

Me encogí de hombros, tomé el sombrero y cerré la puerta.

—A veces pienso que hago demasiado el payaso; pronto la gente no se fiará de mí ni para que les recete una aspirina.

Marqué el número de la centralita telefónica, avisé del lugar al que me dirigía y abandonamos la oficina para ir a echar un vistazo al tío Ira.

Un inciso para dar el historial al completo: mi nombre es Miles Boise Bennell, tengo veintiocho años y he ejercido la medicina en Santa Mira, California, durante algo más de un año. Antes estuve en prácticas, y anteriormente estudié en la Universidad de Stanford. Nací y crecí en Santa Mira, donde ya mi padre trabajó como médico local antes que yo, y, puesto que su labor fue muy buena, no me ha resultado difícil engatusar a la clientela.

Mido un metro ochenta, peso setenta y cinco kilos, tengo los ojos azules y el pelo negro, algo ondulado y bastante espeso, aunque la coronilla empieza ya a mostrar el indicio de una pequeña calva hereditaria. No me preocupa; a fin de cuentas, no hay nada que uno pueda hacer contra eso, por mucho que pensemos que la medicina encontrará algo para remediarlo. Practico el golf y la natación cuando tengo la oportunidad, con lo cual siempre estoy bastante bronceado. Cinco meses atrás me había divorciado, así que durante la época a la que me refiero vivía solo en una enorme casa de madera, un poco pasada de moda, con un montón de grandes árboles alrededor y un vasto jardín. Fue la casa de mis padres antes de que ambos muriesen, y luego pasó a ser la mía. Y eso es todo, poco más o menos. Conduzco un Ford descapotable del 52, uno de esos modelos lujosos de color verde, pues no conozco ley alguna que obligue a un médico a conducir un pequeño utilitario negro.

Llegamos a la avenida Dewey y el tío Ira estaba allí, en el césped, ante su casa. Es una calle tranquila, grande y ancha, con todas las casas diferentes unas de otras, a las que se accede por un repecho que desciende desde la acera. Bajé por él, y cuando nos detuvimos junto al bordillo el tío Ira levantó la vista y agitó una mano.

—Buenas tardes, Becky. Hola, Miles —exclamó sonriendo.

Respondimos, devolviendo el saludo, y salimos del coche. Becky se dirigió hacia la casa, y dedicó al tío Ira alguna palabra amable al pasar. Yo crucé por el césped hacia él, fingiendo cierto aire indiferente, con las manos en los bolsillos, como por pasar el rato.

—Buenas tardes, señor Lentz.

—¿Qué tal el negocio, Miles? ¿Has matado a muchos hoy? —Enarboló una ancha sonrisa, como si se tratase de un chiste que nunca hubiera oído.

—Hasta llenar el cupo.

Sonreí también, deteniéndome junto a él. Era la rutina habitual entre nosotros cada vez que nos encontrábamos por el pueblo, pero ahora me detuve, mirándole a los ojos a menos de dos palmos de su rostro.

Se estaba bien ahí fuera. La temperatura rondaba los dieciocho grados, y la luz era buena: no era la misma que había a mediodía, pero aún hacía bastante sol. No sé qué esperaba ver, pero sin duda aquel era el tío Ira, el mismo señor Lentz que conocí

de niño, el mismo al que cada tarde, en el banco, entregaba su diario vespertino. Era el cajero jefe —ahora estaba jubilado—, y siempre me urgía a que abriese una cuenta con mis fastuosos ingresos como repartidor de periódicos. Ahora tenía prácticamente el mismo aspecto de entonces, salvo por el hecho de que habían pasado quince años y su cabello se había vuelto blanco. Era un upo grande, muy por encima del metro ochenta, y aunque arrastrara los pies al andar, todavía tenía todo el aire de un vigoroso y agradable anciano de ojos perspicaces. Y desde luego era él, no otra persona, quien se hallaba en el jardín, mientras anocheecía, y empecé a sentirme asustado por Wilma.

Charlamos sobre poco más (política local, el tiempo, asuntos varios, la nueva autopista del estado que iba a cruzar el pueblo y por la que habían estado inspeccionando el terreno), y entre tanto yo examinaba cada arruga y poro de su rostro, escuchaba cada tono e inflexión de su voz, alerta a cada movimiento y cada gesto. Pero uno, ciertamente, no puede estar en dos sitios a la vez, y él lo advirtió.

—¿Estás preocupado, Miles? Se te ve un poco ausente esta noche.

Esboqué una sonrisa y sacudí una mano.

—Me temo que hoy no he conseguido dejar el trabajo en la oficina.

—No debes hacer eso, chico; yo nunca lo hice. Cada noche, tan pronto como me ponía el sombrero, me olvidaba del banco. Claro que uno no llega a presidente de esa forma —rio—. Pero el presidente está muerto, y yo sigo vivo.

Diablos, era el tío Ira, cada cabello, cada arruga de su rostro, cada palabra, movimiento y pensamiento, y me sentí idiota. Becky y Wilma salieron de la casa y se sentaron en el balancín del porche, las saludé con la mano y luego emprendí el camino hacia la casa.

Dos

Wilma esperaba en el balancín junto a Becky, formulando una sonrisa cordial en tanto yo llegaba a la escalera. Luego, con voz tranquila, dijo:

—Me alegra que hayas venido, Miles.

—Hola, Wilma; me alegro de verte —me senté frente a ellas en el ancho pasamanos del porche, y recosté la espalda en la columna blanca.

Wilma me observaba con una mirada interrogativa. Echó un vistazo a su tío, que volvía a entretenerse trabajando en el jardín.

—¿Y bien? —preguntó.

Yo también miré a Ira, luego volví la vista a Wilma. Asentí:

—Es él, Wilma. Es tu tío, no hay duda.

Wilma también asintió, como si hubiese estado aguardando precisamente aquella respuesta:

—No lo es —murmuró. Pero lo dijo sin alzar la voz: no como si tratase de discutir, sino más bien constatando un hecho.

—Bien —dije, apoyando mi cabeza contra la columna—, vayamos por partes. Después de todo, es difícil que puedan engañarte; has vivido con Ira durante años. ¿Cómo sabes que no es tu tío, Wilma? ¿En qué se diferencia?

Por un momento su voz se elevó, como llevada por el pánico:

—¡Simplemente es así! —Pero enseguida volvió a calmarse, y se inclinó hacia mí—. Miles, no hay ninguna diferencia que pueda verse. Esperaba que tú encontrases alguna, cuando supe por Becky que estabas aquí. Que vieras algo distinto en él. Pero no has visto nada, claro, porque no hay ninguna diferencia que puedas ver. Obsérvalo.

Miramos de nuevo al jardín; con el interior del pie, el tío Ira pateaba perezosamente algún rastrojo o guijarro o cualquier otra cosa incrustada en la hierba.

—Cada movimiento, cada cosa que hace, es idéntico en todo a como mi tío lo haría. —Tenía el rostro sonrosado, redondo como un círculo, pero ahora, mientras me clavaba una mirada de ojos intensos, pude ver cómo la angustia lo llenaba de arrugas —: He esperado hasta hoy —susurró—. He esperado hasta que se cortase el pelo, y al fin lo ha hecho. —De nuevo se inclinó hacia mí, mirándome con sus ojos enormes, bajando la voz hasta un susurro sibilante—. En la nuca de Ira hay una pequeña cicatriz; hace tiempo tuvo un forúnculo, y tu padre se lo extirpó. No se puede ver la cicatriz —bajó aún más la voz— cuando tiene el pelo un poco largo. Pero sí puede verse cuando se rasura la nuca. Pues bien, hoy... ¡cuánto he esperado esto! Hoy se ha cortado el pelo...

Salté hacia adelante, emocionado de pronto:

—¿Y la cicatriz ya no está? Quieres decir...

—¡No! —exclamó, casi indignada, con los ojos centelleantes—. ¡Está ahí! ¡La

cicatriz está ahí! ¡Exactamente igual a la del tío Ira!

Durante unos segundos no pude decir nada. Observé las puntas de mis zapatos, sin atreverme a mirar a Becky, sin poder mirar tampoco a la pobre Wilma. Al cabo, levanté los ojos directamente a su rostro, y repliqué:

—Entonces, Wilma, él es el tío Ira. ¿No te das cuenta? No importa lo que sientas, es él...

Pero Wilma sacudió la cabeza, y se recostó en el balancín:

—No lo es.

Aquello me dejó aturdido, y me sentí próximo a perder la calma; no se me ocurría qué más podía decir.

—¿Dónde está tu tía Aleda?

—No te preocupes; está arriba. Sólo asegúrate de que él no nos oye. Me mordía el labio, intentando pensar:

—¿Qué hay de sus costumbres, Wilma? —pregunté—. ¿Sus manías?

—Idénticas a las del tío Ira. En todo.

Por supuesto no debí dejar que ocurriese, pero por un segundo perdí la paciencia:

—Perfecto, entonces, ¿dónde está la diferencia? Si no la hay, ¿cómo puedes decir...? —Me calmé, tratando de hallar el modo de ser constructivo—. Wilma, ¿qué me dices de sus recuerdos? Tiene que haber cosas, por pequeñas que sean, que sólo tú y el tío Ira sabrías.

Golpeando el pie contra el suelo, Wilma comenzó a mecer el balancín grácilmente, sin dejar de mirar al tío Ira, que entre tanto examinaba las ramas de un árbol como preguntándose si necesitaba una poda.

—También lo he comprobado —dijo suavemente—. Le he hablado de cosas de cuando era niña. —Suspiró, intentando hacerme comprender, aun sabiendo que era inútil—. Una vez, hace años, fui con él a una ferretería. Había allí una puerta en miniatura, enclavada en un pequeño marco, junto al mostrador; debía de ser un anuncio para algún tipo de cerradura. Tenía pequeñas bisagras, un pequeño pomo, incluso un diminuto llamador de latón. Pues bien, aquella puerta se me antojó, y menudo alboroto que armé cuando vi que no podía quedármela. Él lo recuerda. Todo. Lo que yo dije, lo que el dependiente dijo, lo que dijo él. Incluso el nombre de la tienda, y eso que desapareció hace años. Hasta recuerda cosas que yo tenía por completo olvidadas, como una nube que vimos un sábado al atardecer, cuando vino a recogerme al cine. Tenía forma de conejo. Oh, él recuerda las cosas, en efecto... Se acuerda de todo. Igual que lo recordaría el tío Ira.

Soy médico de cabecera, no psiquiatra: aquel no era el terreno en el que yo me desenvolvía, y lo sabía. Así que durante unos instantes no hice otra cosa que mirarme los dedos entrelazados y el dorso de las manos, mientras escuchaba las cadenas del balancín gemir suavemente sobre mi cabeza.

Me dispuse a hacer un intento más, hablando con calma y tan persuasivamente como pudiera, recordándome que no debía dirigirme a Wilma con condescendencia, pues, fuera lo que fuese lo que le sucedía, su mente estaba lejos de ser mediocre.

—Mira, Wilma, estoy de tu lado; mi trabajo es ayudar a gente con problemas. Aquí hay un problema que debemos arreglar, lo sabes tan bien como yo, y voy a encontrar el modo de ayudarte. Así que escucha. No espero ni te pido que de pronto estés de acuerdo con que todo ha sido un error, que ese es de veras el tío Ira y que no sabes qué te ha podido pasar. Quiero decir que mi intención no es que dejes de sentir en tu interior que él no es tu tío, sino que comprendas que sí lo es, al margen de lo que sientas, y que el problema está en ti. Es imposible que dos personas sean absolutamente idénticas la una a la otra, no importa lo que hayas leído en los libros o lo que hayas visto en las películas. Incluso dos gemelos pueden ser distinguidos, sin asomo de duda, por sus allegados. Nadie podría ser capaz de hacerse pasar por tu tío Ira sin que tú, Becky o incluso yo hallásemos un millón de sutiles diferencias. Date cuenta, Wilma, piensa en ello y métetelo bien en la cabeza, y comprenderás que el problema está en ti. Y entonces estaremos capacitados para arreglarlo.

Me recliné contra la columna del porche, una vez soltado el discurso, y esperé una respuesta.

Todavía meciéndose en el balancín, golpeando rítmicamente el suelo con un pie, Wilma meditaba acerca de lo que acababa de decirle. Luego, mirando el porche con ojos ausentes, frunció la boca, y lentamente negó con la cabeza.

—Escucha, Wilma. —Escupí las palabras, inclinándome hacia adelante, sosteniendo su mirada—. ¡Tu tía Aleda lo sabría! ¿No te das cuenta? ¡De todas las personas, tu tía sería la única a la que nadie podría engañar! ¿Qué dice ella? ¿Has hablado con ella, le has hablado de esto?

Wilma se conformó con negar otra vez con la cabeza, y tendió una mirada perdida más allá del porche, en el vacío.

—¿Por qué no?

Se volvió, muy despacio, hacia mí; por un segundo sus ojos se clavaron en los míos, hasta que, de repente, las lágrimas corrieron por su rostro obeso y crispado.

—Porque... Miles... ¡ella tampoco es mi tía Aleda! —Me miraba con la boca abierta, en una mueca de horror absoluto; y si es posible gritar en un susurro, eso fue lo que hizo—: Oh, Dios mío, Miles, ¿me estoy volviendo loca? Dímelo, Miles, dímelo; no trates de ocultármelo, ¡tengo que saberlo!

Becky le sostuvo una mano y la estrechó entre las suyas, con el rostro contraído en un gesto de desesperada compasión.

Esbocé para Wilma una sonrisa confiada, como si estuviera convencido de lo que iba a decirle.

—No —repliqué con firmeza—. No te estás volviendo loca. —Ensanché la

sonrisa y me hice hacia adelante para poner una mano sobre las suyas, asido a la cadena del balancín—. Incluso en estos días, Wilma, no es tan fácil volverse loco como puedas creer.

—Siempre he oído —dijo Becky, tratando de imponer sosiego a su voz— que si piensas que te estás volviendo loco es que en realidad no es así.

—Hay una gran verdad en ello —respondí, aunque ciertamente no la hay—. Pero, Wilma, ni mucho menos tienes que estar volviéndote loca para requerir la ayuda de un psiquiatra. ¿Qué más da? Hoy en día eso no significa nada, y la psiquiatría ha ayudado a mucha gen...

—No lo entiendes —me interrumpió, con una voz apagada y retraída, y volvió a mirar al tío Ira. Luego, apretando la mano de Becky en señal de agradecimiento, apartó su propia mano para dirigirse a mí, ya sin crispación, y su voz sonó tranquila y firme—. Miles, ese... Ira se parece, habla, actúa y recuerda en todo a mi tío. Por fuera. Pero por dentro es diferente. Sus respuestas —se detuvo, buscando la palabra— no son emocionalmente correctas, por decirlo así. Recuerda el pasado con todo detalle, y si es preciso sonreirá y dirá: «Fuiste una adolescente muy lista, Willy. Incluso brillante», tal y como lo diría Ira. Pero hay algo que falta, y eso mismo ha ocurrido hace poco con la tía Aleda —Wilma se detuvo, extraviando de nuevo la mirada en el vacío, con una expresión reconcentrada y absorta en el rostro; luego prosiguió—: El tío Ira fue como un padre para mí. Me crio desde que era una niña, y cuando hablaba de mi infancia, Miles, siempre había un brillo especial en su mirada que testimoniaba la cualidad maravillosa que aquellos días tuvieron para él. Miles, esa mirada, ese brillo de nostalgia que había en sus ojos, se ha esfumado. Este... este tío Ira, o quienquiera que sea... sea lo que sea, me hace tener la sensación, el absoluto convencimiento, Miles, de que habla de memoria. Como si las experiencias que estaban en la mente del tío Ira estuvieran ahora en la suya hasta en los más ínfimos detalles, preparados para ser recobrados. Pero no las emociones. No hay ninguna emoción, sólo el fingimiento de que la hay. Las palabras, los gestos, el tono de la voz, todo... pero no el sentimiento. —Su voz sonó de pronto firme y autoritaria—. Miles, recuerde las cosas o no, se parezca a él o no, posible o imposible, ese no es mi tío Ira.

No había más que decir, y Wilma lo sabía tan bien como yo. Se incorporó, sonriendo, y dijo:

—Mejor que nos levantemos ya, o si no —mover la cabeza hacia el jardín— empezará a sospechar.

—¿Sospechar qué? —pregunté, todavía confundido.

—Sospechar —respondió Wilma pacientemente— que yo pueda saber algo. —Me tendió la mano, y yo la tomé en las mías—. Me has ayudado, Miles, lo sepas o no, y no quiero que te preocupes demasiado por mí —se volvió a Becky—. Ni tú tampoco. —Sonrió—. Soy una cabezota, ambos lo sabéis. Y estaré bien. Y si quieres

que vaya a ver a tu psiquiatra, Miles, lo haré.

Asentí, dije que le concertaría una cita con el doctor Manfred Kaufman, de Valley Springs, el mejor psiquiatra que conocía, y que la llamaría a la mañana siguiente. Mascullé alguna tontería sobre relajarse, tomar las cosas con calma, no preocuparse, todo eso, y Wilma sonrió amablemente, apoyando una mano en mi brazo de esa manera en que lo hace una mujer para perdonar al hombre que le ha fallado. Agradeció a Becky que hubiera ido a verla, dijo que quería acostarse temprano, y yo propuse a Becky acercarla a su casa.

Cuando nos dirigíamos al coche, pasamos junto al tío Ira y saludé:

—Buenas noches, señor Lentz.

—Buenas noches, Miles; vuelve cuando quieras. —Sonrió a Becky, pero aún habiéndome a mí, comentó—: Qué bien que Becky haya vuelto con nosotros, ¿verdad? —Y guiñó un ojo.

—Así es. —Respondí a su sonrisa y Becky murmuró un «buenas noches».

Ya en el coche, le pregunté a Becky si quería que hiciésemos algo, ir a cenar a alguna parte, lo que fuera; pero no me sorprendió que dijese que quería irse a casa.

Vivía a sólo tres calles más allá, en dirección a la mía, en una casa de madera, blanca y grande, un poco anticuada, en la que nació su padre. Cuando nos detuvimos junto al bordillo, Becky preguntó:

—Miles, ¿qué opinas? ¿Se pondrá bien?

Vacilé, y me encogí de hombros.

—No lo sé. Soy médico, o eso dice mi diploma, pero de veras que ignoro cuál es el problema de Wilma. Podría soltar alguna jergonza psiquiátrica, pero lo cierto es que lo que le afecta está lejos de mis conocimientos, y más cerca de los de Mannie Kaufman.

—¿Crees que él podrá ayudarla?

A veces hay un límite en cuanto a lo sincero que uno debe ser. Contesté:

—Sí. Si hay alguien que puede ayudarla, ese es Mannie. Sin duda, creo que puede hacerlo —pero en realidad no lo sabía.

Ante la puerta de Becky, sin haberlo planeado o pensado de antemano, pregunté:

—¿Mañana por la noche?

Y Becky asintió ausente, todavía pensando en Wilma:

—Sí —respondió—, ¿qué tal sobre las ocho?

—Bien —dije—. Me pasaré a buscarte.

Cualquiera que nos hubiera visto habría podido afirmar que estábamos juntos desde hacía meses. Pero no: simplemente retomábamos lo que habíamos dejado años atrás; y volviendo a mi coche, pensé que me sentía más relajado y en paz con el mundo de lo que había estado en mucho, mucho tiempo.

Quizá suene cruel; quizá pueda pensarse que debía estar preocupado por Wilma, y

en cierto modo lo estaba, en alguna parte de mi mente. Pero un médico acaba por aprender a no involucrarse con sus pacientes si la preocupación no va a servir de ayuda, y así debe ser; entre tanto, los pacientes y sus problemas deben quedar encerrados en algún tranquilo compartimento de la mente. No es algo que enseñen en la facultad de Medicina, pero es tan importante como tu estetoscopio. Incluso tienes que ser capaz de perder un paciente, y volver a tu gabinete y tratar un caso de carbonilla en un ojo con absoluta atención. O especializarte.

Cené en Elman's, sentado ante el velador, y advertí que el restaurante no estaba muy lleno. Me pregunté por qué. Luego regresé a casa, me puse el pantalón del pijama y me tendí en la cama para leer una novela barata de misterio, esperando que el teléfono no sonase.

Tres

A la mañana siguiente, al llegar a mi oficina, había ya una paciente esperándome: se trataba de una mujer tranquila y menuda, de alrededor de cuarenta años, que se hallaba sentada en el sillón de cuero frente a la mesa, con las manos juntas sobre su bolso. Me contó que estaba completamente segura de que su marido no era en realidad su marido. Con toda calma, me explicó que tenía el mismo aspecto que él, hablaba y actuaba exactamente como él —estaban casados desde hacia dieciocho años—, pero, simplemente, aquel no era su marido. Era la misma historia de Wilma, excepto por los detalles circunstanciales, de modo que cuando se marchó telefoneé a Mannie Kaufman y concerté dos citas.

Contaré el resto en pocas palabras; el martes de la semana siguiente, la noche en que se celebraba la reunión de la Asociación Médica del Condado, había remitido otros cinco pacientes a Mannie. Uno era un abogado joven, inteligente y equilibrado, que yo conocía bastante bien: estaba convencido de que la hermana casada con la que vivía no era en realidad su hermana, aunque su marido, obviamente, pensaba que sí. También le envié a las madres de tres colegialas, que acudieron en bloque a mi oficina para decirme, entre lágrimas, que en el colegio se reían de sus hijas porque insistían en que su profesor de Lengua era en realidad un impostor que se parecía en todo a su verdadero profesor. Por último, un niño de nueve años vino a verme acompañado de su abuela, con quien ahora vivía, porque se ponía histérico cuando estaba cerca de su madre, la cual, según él, no era en realidad su madre.

Mannie Kaufman ya estaba esperándome cuando llegué (antes de la hora, para variar) a la reunión de médicos. Aparqué junto al Salón de la Legión, en las afueras del pueblo, un lugar que usamos para nuestros encuentros, y cuando eché el freno de mano oí que alguien me llamaba desde un coche aparcado algo más allá. Salí y caminé hacia él, imaginando que se trataría de una nueva tanda de bromas a costa de mi descapotable verde.

Vi entonces que eran Mannie y Doc Carmichael, otro psiquiatra de Valley Springs, ambos sentados en el asiento delantero del coche. Ed Pursey, mi competencia en Santa Mira, estaba en el asiento trasero. Mannie tenía la puerta de su lado abierta, y se hallaba sentado de lado, con los pies fuera del coche y los talones enganchados en lo que hubiera sido el estribo, de haber habido uno ahí. Estaba inclinado hacia adelante, fumando un cigarrillo, con los codos apoyados en las rodillas. Es un tipo moreno, algo guapo e inquieto; tiene el aspecto de un astuto jugador de fútbol. Carmichael y Pursey son mayores, y tienen más aire de médicos.

—¿Qué demonios está pasando en Santa Mira? —dijo Mannie cuando llegué a su lado. Miré a Ed Pursey en el asiento de atrás para demostrar que también él estaba incluido en la pregunta, por lo cual supe que Ed, como yo, había tenido otros casos.

—Es uno de los nuevos pasatiempos de nuestro pueblo —respondí, apoyando un brazo en la puerta abierta—. Una nadería con la que reemplazar el punto y la cerámica.

—Pues es la primera neurosis contagiosa con la que me topo —exclamó Mannie, entre la risa y la perplejidad—. Pero, Dios, se trata de una verdadera epidemia. Y como persista nos vais a fastidiar el negocio; no sabemos qué hacer con esa gente, ¿verdad, Charley? —desde su asiento miró sobre el hombro a Carmichael, y este frunció el ceño. Carmichael representa la dignidad de la psiquiatría de Valley Springs, mientras que Mannie es su verdadera lumbrera.

—Sí, es una serie de casos de lo menos habitual —sentenció Carmichael diplomáticamente.

—Bueno —hice un gesto de indiferencia—, la psiquiatría esta aún en su infancia. Es el hijastro retrasado de la medicina, y naturalmente vosotros dos no podréis...

—Déjate de bromas, Miles; estos casos me tienen atado de pies y manos —Mannie me observé con expresión meditativa, dando una calada a su cigarrillo, con un ojo entrecerrado por el humo—. ¿Sabes lo que habría dicho de cualquiera de estos casos, si no fuese algo completamente imposible? Esa mujer, Lentz, por ejemplo. Habría dicho que no sufre delirio alguno. A juzgar por las indicaciones que conozco, habría asegurado que no es una mujer especialmente neurótica, al menos no en ese aspecto. Habría dicho que su problema no entra en mi especialidad, que su preocupación es externa y real. Habría dicho (a tenor de lo que veía en mi paciente) que ella tiene razón y su tío no es de veras su tío. Si no fuera, claro, porque eso es imposible —Mannie dio una última calada a su cigarrillo, lo arrojó al suelo y lo aplastó con la punta de un zapato. Luego levantó hasta mi una mirada curiosa, y añadió—: Pero es igualmente imposible que un total de nueve personas en Santa Mira, de pronto, y de manera simultánea, hayan adquirido un delirio virtualmente idéntico; ¿no es así, Charley? Y eso es exactamente lo que parece que ha ocurrido —Charley Carmichael no respondió, y nadie dijo nada más por un rato. Ed Pursey lanzó un suspiro, y comentó:

—Me llegó otro esta tarde. Un tipo de unos cincuenta años. Ha sido paciente mio durante años. Tiene una hija de veinticinco. Ahora me dice que esa chica no es su hija. El mismo tipo de caso —se encogió de hombros y habló dirigiéndose al asiento delantero—: ¿Debo enviároslo a alguno de vosotros, muchachos?

Ninguno respondió. Tras un momento, Mannie habló:

—No lo sé. Haz lo que quieras. Sé que no puedo ayudarle, si es como los otros. Quizás Charley no se sienta tan desesperanzado como yo.

—Enviámelo —respondió Carmichael—. Haré lo que pueda. Pero Mannie tiene razón; ciertamente, estos no son los típicos casos de delirio.

—Ni de cualquier otro síndrome —añadió Mannie.

—Quizá —sugerí— deberíamos probar a extraerles una muestra de sangre.

—Por Dios, podríais hacerlo —dijo Mannie.

Era hora de empezar la reunión, así que todos abandonaron el coche y, juntos, nos dirigimos al salón. La reunión fue tan fascinante como siempre; escuchamos las palabras de un orador, un profesor universitario, divagador y apagado, y deseé estar con Becky, o en casa, o incluso viendo una película en el cine. Tras la reunión, Mannie y yo hablamos un poco más, de pie en la oscuridad, junto a mi coche, pero en realidad no había mucho más de lo que hablar, y Mannie dio la charla por concluida:

—Mantente en contacto, ¿de acuerdo, Miles? Debemos resolver esto.

Le aseguré que así lo haría, entré en mi coche y me fui a casa.

Vi a Becky al menos cada noche de aquella semana, pero no porque entre nosotros se estuviera gestando algún romance. Sencillamente, aquello era mejor que rondar por las salas de billar, hacer solitarios o coleccionar sellos. Para mí, Becky representaba una forma cómoda y agradable de pasar algunas tardes, nada más, y eso me venía bien. El miércoles por la noche, cuando fui a visitarla, decidimos ir al cine. Llamé a la centralita telefónica, y le dije a Maud Crites, a quien le tocaba el turno de aquella noche, que me dirigía al Sequoia, que iba a abandonar la práctica de la medicina y unirme a una red de abortistas; le propuse ser mi primera cliente y ella rio alegremente. Luego salimos hacia mi coche.

—Estás fantástica —le dije a Becky mientras caminábamos hasta el vehículo, aparcado junto al bordillo. Y era cierto; llevaba un vestido gris, adornado con un ramillete de flores plateadas, entretejido a la tela, que le subía hacia un hombro.

—Gracias —Becky entró en el coche y me sonrió con una sonrisa perezosa y feliz—. Me siento bien cuando estoy contigo, Miles —añadió—. Más en calma que con nadie. Puede que sea porque ambos estamos divorciados.

Asentí, y arranqué el coche; sabía lo que quería decir. Era maravilloso estar libre, pero, al propio tiempo, la ruptura de una relación que nadie quiso acabar así te deja un tanto afectado, y no demasiado seguro de ti mismo; por eso sabía lo afortunado que era por haber encontrado a Becky. Ambos habíamos pasado por lo mismo, y eso significaba que tenía una chica a mi lado con la que conseguir una grata estabilidad, sin las consabidas presiones y exigencias que, por lo general, se acumulan gradualmente entre un hombre y una mujer. Sabía que con cualquier otra chica lo nuestro habría acabado derivando hacia algún clímax inevitable: un matrimonio, una aventura o una bronca. Pero Becky era exactamente lo que el doctor había recetado, de modo que aquella tarde de verano, mientras conducía mi coche con la capota bajada, me sentía bien.

Aparcamos en el último sitio vacío que quedaba en la calle, y en la taquilla compré dos entradas.

—Gracias, doctor —dijo la taquillera—. Dígaselo a Gerry —refiriéndose a que

me transmitiría cualquier llamada que hubiera para mí si le decía al responsable de la sala dónde íbamos a sentarnos. Compramos palomitas en el vestíbulo, entramos en la sala y nos sentamos.

Tuvimos suerte; vimos media película. A veces pienso que he visto más mitades de película que nadie en el mundo, tantas que tengo la cabeza abarrotada de vagas especulaciones sin respuesta sobre cómo acabarán ciertas películas, y cómo empezarán otras. Gerry Montrose, el responsable, avanzó por nuestro pasillo, haciéndome señas, y yo murmuré una blasfemia hacia Becky: era una buena película; luego nos abrimos camino entre cincuenta personas, todas ellas equipadas con tres rodillas.

Al salir al vestíbulo, Jack Belicec se apartó del mostrador de las palomitas y vino hacia nosotros, formulando una sonrisa de disculpa.

—Lo siento, Miles —dijo, mirando a Becky para incluirla en las disculpas—. Lamento de veras fastidiaros la película.

—No importa. ¿Cuál es el problema, Jack?

No respondió. Solo se volvió para abrirnos la puerta de salida, y comprendí que no quería hablar en el vestíbulo. Salimos a la calle y él nos siguió. Pero tampoco cuando nos detuvimos bajo las luces de la marquesina se mostró dispuesto a ir al grano.

—Nadie está enfermo, Miles; no es eso. Tampoco sé si a esto lo llamarías exactamente una emergencia. Pero... ciertamente, te agradecería que me acompañases.

Jack me cae bien. Es escritor, y creo que de los buenos; he leído uno de sus libros. Pero estaba un poco enfadado; esta clase de cosas suceden demasiado a menudo. Durante todo el día la gente da vueltas y vueltas a la idea de si debe o no visitar al médico, para decidir al final que no, que es mejor esperar, que con suerte no será necesario. Pero de pronto oscurece, y hay algo en la noche que hace pensar a la gente que será mejor visitar al médico, después de todo.

—Bueno, Jack —le increpé—, si no es una emergencia, si es algo que puede esperar hasta mañana, ¿por qué no hacerlo? —Moví la cabeza hacia Becky—. No es solo mi noche, sino... Por cierto, ¿os conocéis?

—Si —dijo Becky, y sonrió—. Claro que conozco a Becky —respondió Jack—, y también a su padre —frunció el ceño y se quedó callado, pensativo, unos instantes. Al rato nos miró a ambos, haciéndonos ver que ambos teníamos parte en lo que iba a decir—: Mira, trae a Becky contigo, si ella quiere venir. Sería una buena idea; podría servir de ayuda a mi mujer —sonrió irónicamente—. No digo que vaya a gustarle lo que va a ver, pero será más interesante que cualquier película, eso os lo prometo.

Miré a Becky, ella asintió, y puesto que Jack no es ningún bromista, no hice ninguna pregunta.

—Está bien —concedí—, entremos en mi coche. Cuando hayamos acabado con esto, te traeré de vuelta para que recojas el tuyo.

Los tres nos sentamos en el asiento delantero, pero tampoco mientras abandonábamos el pueblo —Jack vive en el campo, en las afueras— nos ofreció mayor información. Supuse que tendría sus razones. Jack es un tipo muy serio, de rostro enjuto y cabellos prematuramente blancos. Tiene alrededor de cuarenta años, diría yo, y es un hombre inteligente, de buen sentido y claro juicio. Yo lo sabía bien, porque un año antes su mujer estuvo enferma y él me llamó para que la reconociese. Había sufrido un repentino acceso de fiebre, acompañado de fatiga extrema, y diagnosticué los síntomas como la fiebre de las Montañas Rocosas. Eso no me gustaba. Uno puede practicar la medicina en California durante mucho tiempo sin toparse con la fiebre de las Montañas Rocosas, así que me resultaba difícil decir cómo Theodora había podido contraerla. Pero no sabía qué otra cosa podía ser, y por eso prescribí un tratamiento que debía iniciarse de forma inmediata. Tuve que confesarle a Jack que nunca antes había visto un caso parecido, y que si quería otras opiniones debía sentirse libre de pedir las. Pero añadí que estaba seguro de mi diagnóstico tanto como cualquier otro médico que la observase lo estaría del suyo, y que en ese punto, una opinión contradictoria —equivocada en una de las dos partes— no haría ningún bien. Jack me escuchó, realizó algunas preguntas, meditó sobre todo ello y al fin me dijo que tratase a su mujer, cosa que hice. Un mes después Theodora ya estaba bien. Preparé unas galletas y Jack me llevó una hornada a la oficina. Así que desde entonces le respeto: sabía cómo tomar una decisión; por eso, mientras nos dirigíamos a su casa, yo esperaba a que él estuviese dispuesto a hablar.

Dejamos atrás la señal blanca y negra que indica el final de la ciudad, y Jack apuntó a lo lejos:

—Gira a la izquierda por el camino de tierra, Miles. No sé si te acuerdas. Es la casa verde de la colina.

Asentí y giré por el camino, metiendo la segunda para subir el repecho.

—Detente un momento, ¿de acuerdo, Miles? —dijo Jack—. Quiero preguntarte algo.

Me detuve en la cuneta, eché el freno de mano y me giré hacia Jack, con el motor aún en marcha.

—Miles —comencé, tras respirar hondo—, hay ciertas cosas sobre las que un médico debe informar cuando se ve envuelto en ellas, ¿no es cierto?

Era más una afirmación que una pregunta, así que solo moví la cabeza.

—Una enfermedad contagiosa, por ejemplo —prosiguió, como pensando en voz alta—, o una herida de bala, o un cadáver. Bueno, Miles —volvió a mirar por la ventana que había a su lado—, ¿debe un médico informar siempre acerca de esas cosas? Quiero decir, ¿hay algún caso en que un médico pueda encontrar una

justificación para pasar por alto las normas?

—Depende —contesté, encogiéndome de hombros. No sabía cómo responder a eso.

—¿De qué?

—Del doctor, supongo. Y del caso al que nos estemos refiriendo. ¿Qué es lo que ocurre, Jack?

—Aún no puedo decírtelo. Primero debo conocer tu respuesta —mirando por la ventana, meditó durante unos segundos. Luego volvió su vista hacia mí—. Tal vez puedas responder a esto: ¿se te ocurre algún caso, del tipo que sea, una herida de bala, por ejemplo, donde las reglas, o la ley, o lo que sea, exijan que informes sobre ello? ¿Que puedas verte en verdaderos problemas si no has informado de lo que encontraste, quizá, incluso, llegar a perder tu licencia? ¿Se te ocurre que pueda haber algún conjunto de circunstancias donde pudieras poner en juego tu reputación, tu ética profesional, e incluso tu licencia, y no informar?

—No lo sé, Jack —de nuevo me encogí de hombros—. Tal vez. Supongo que se me puede ocurrir alguna clase de situación en que deba olvidar las reglas, si fuese lo bastante importante y yo sintiese que mi deber fuera actuar así. —Tanto misterio, de pronto, me irritaba—. No lo sé, Jack, ¿adónde quieres llegar? Todo esto es demasiado vago, y no quiero que pienses que te estoy prometiendo algo. Si ha ocurrido cualquier cosa en tu casa de la que deba informar, probablemente lo haré; es todo lo que te puedo decir.

—De acuerdo —Jack esbozó una sonrisa—, con eso me vale. Creo que decidirás no dar parte de lo que vas a ver. —Movié la cabeza hacia su casa—. Vamos allá.

Salí de la cuneta y conduje de nuevo por el camino. Al rato, las luces de los faros recortaron una silueta, quizá a unos cuarenta metros más allá, que avanzaba hacia nosotros. Era una mujer, vestida con un atuendo casero y un delantal; llevaba los brazos cruzados en el pecho y se sostenía los codos con las manos; aquí refresca mucho por las noches. Vi que era Theodora, la esposa de Jack.

Llevé el coche hacia ella, más despacio, y lo detuve a su lado.

—Hola, Miles —saludó. Luego se dirigió a Jack, mirando al interior del coche a través de la abertura de mi ventanilla—. No podía estar ahí dentro sola, Jack. Es superior a mis fuerzas; lo siento.

—Debí haberte traído conmigo —contesté Jack, asintiendo—; ha sido estúpido no hacerlo. Abriendo la puerta del coche, me incliné hacia adelante para permitir a Theodora pasar al asiento trasero. Jack le presenté a Becky, y enseguida continuamos camino hacia la casa.

Cuatro

La casa de Jack es de madera, esta pintada de verde y se asienta en el costado de una colina; el garaje, en ella, forma parte del sótano. Este se hallaba vacío, con la puerta abierta, y Jack me indicó con un gesto que aparcase dentro. Después salimos del coche. Jack encendió una luz, cerró la puerta del garaje y abrió la que conducía al sótano; nos indicó entonces que entrásemos delante de él.

Llegamos a un sótano bastante corriente: había fregaderos para la colada, una lavadora automática, un aserradero de madera, periódicos apilados y, contra un muro, dispersos por el suelo, algunos envases de cartón mezclados con latas de pintura usadas. Jack se adelantó, encaminándose hacia la otra habitación; al llegar a la puerta se detuvo, y se volvió a nosotros con la mano aferrada al picaporte. Yo ya sabía que en la otra habitación tenía una mesa de billar de segunda mano, y bastante buena; me contó que la utilizaba a menudo, solo para hacer chocar las bolas con la mano, mientras escribía mentalmente. En ese momento miró a Becky, abarcando también a su esposa con la mirada.

—Mantened la calma —dijo. Entré en la habitación, tiré del cordón que encendía una luz cenital y entramos tras él.

La luz que hay sobre las mesas de billar esta concebida para iluminar intensamente la superficie del tapete. Cuelga a poca altura, así que no deslumbra los ojos cuando se juega y deja el techo sumido en una total oscuridad. Esta en concreto tenía una pantalla rectangular diseñada para limitar el foco de luz solo a la parte superior de la mesa, con lo cual el resto de la habitación quedaba en semipenumbra. No me era posible ver el rostro de Becky con claridad, pero le oí ahogar un gemido. Tumbado en la mesa verde, bajo la potente y nítida luz de los focos de 150 vatios, y cubierto con el mantel de lona que Jack usaba para tapar la mesa, había lo que sin lugar a dudas era un cuerpo. Miré a Jack, pero este se conformó con decir:

—Adelante. Retíralo.

Me sentía bastante irritado; todo esto me preocupaba y me asustaba, y había en ello demasiado misterio como para que pudiera gustarme; pensaba que el escritor que había en Jack estaba llevando el teatro demasiado lejos. Aferré el mantel de lona, di un tirón y lo arrojé a una esquina de la mesa. Allí, en el tapete verde, tendido sobre la espalda, estaba el cuerpo de un hombre desnudo. Mediría alrededor del metro setenta y cinco: no es tan fácil estimar la estatura de un cuerpo en esa posición. Era franco, tenía la piel muy pálida, bajo aquella luz límpida y brillante, un aspecto fantástico y dramático, y, con todo, parecía intensamente real, más allá de lo posible. El cuerpo era delgado (rondaría quizá los sesenta y cinco kilos), pero se hallaba bien nutrido y musculado. No podía precisar su edad, solo que no sería muy mayor. Tenía los ojos abiertos, y miraban impávidos la luz de los focos, de un modo que a cualquiera le

habría hecho arder los suyos. Eran azules, de un azul muy claro. No había heridas visibles, y ninguna otra señal obvia de muerte. Me acerqué a Becky, deslicé mi brazo bajo el suyo y me volví hacia Jack:

—¿Bien?

Sacudió la cabeza, negándose a hacer ningún comentario.

—Sigue mirándolo. Examínalo. ¿No adviertes nada extraño?

Volví a mirar el cuerpo de la mesa. Me sentía cada vez más irritado. Aquello no me gustaba; había algo extraño en aquel cadáver, pero no sabía precisar el que, y eso sólo lograba enfadarme más.

—Vamos, Jack. —Le miré de nuevo—. No veo nada más que un cadáver. Déjate de misterios, ¿qué es todo esto?

Pero otra vez negué con la cabeza, frunciendo las cejas en señal de ruego.

—Miles, cálmate. Por favor. No quiero decirte que es lo que en mi opinión tiene de raro este cadáver; no quiero influirte. Si es algo que puede verse, quiero que lo encuentres por ti mismo. Y si no es así, si estoy imaginando cosas, también quiero saberlo. Ten paciencia conmigo, Miles —rogó—. Observa detenidamente a esa cosa.

Examiné el cadáver, caminando despacio alrededor de la mesa, deteniéndome a mirarlo desde varios ángulos. Jack, Becky y Theodora se hicieron a un lado para dejarme sitio.

—De acuerdo —comenté al cabo, algo reluciente, imponiendo a mi voz un tono que me disculpase ante Jack—. Hay algo curioso en todo esto. No estás imaginando cosas. O si las estás imaginando, yo también —durante algo más de medio minuto me quedé observando lo que había en la mesa—. Bien, para empezar —proseguí al fin—, uno no se topa a menudo con un cuerpo como este, vivo o muerto. En cierta forma, me recuerda a ciertos pacientes tuberculosos que alguna vez he visto, esos que pasan toda su vida en el interior de un sanatorio. —Recorrí los rostros de Jack, Becky y Theodora con la mirada—. No se puede vivir una existencia corriente sin cosechar unas cicatrices, unos coites por aquí y por allá. Pero para quienes viven en los sanatorios algo así resulta imposible; sus cuerpos están intactos. Y a eso es a lo que esta cosa se asemeja. —Señalé aquel cuerpo pálido e inmóvil que parecía reposar bajo la luz—. No es un tuberculoso, eso es cierto. Posee un cuerpo saludable y bien formado; sin duda tiene buenos músculos. Pero nunca ha jugado al fútbol o al hockey, jamás se ha caído por unas escaleras ni se ha roto un hueso. Parece... intacto. ¿ES a eso a lo que te referías?

—Sí —Jack asintió—. ¿Qué más?

—Becky, ¿estás bien? —La miré desde el otro lado de la mesa.

—Sí —respondió, mordiéndose el labio inferior.

—El rostro —continué, respondiendo a Jack. Me detuve a observar aquel rostro, blanco como la cera, absolutamente sereno e imperturbable, aquellos ojos fijos, como

de porcelana—. No es un cuerpo... inmaduro, por así decir —no sabía cómo explicarme—. Tiene buenos huesos; y un rostro adulto. Y sin embargo parece —me detuve a buscar la palabra, pero no pude encontrarla— vago. Parece...

Jack me interrumpió, con una voz tensa e impaciente; de hecho incluso sonreía un poco:

—¿Alguna vez has visto cómo se fabrican las medallas?

—¿Medallas?

—Sí, medallas de calidad. Medallones.

—No.

—Bien, para hacer un buen trabajo en hierro —empezó Jack, disponiéndose a explicar— se efectúan dos impresiones. —No sabía de que hablaba, ni porqué—. En primer lugar, se toma un molde y se realiza la impresión número uno, dando al metal liso una forma preliminar, bastante rudimentaria. Luego el metal se acuña con el molde número dos, y es este segundo molde el que conforma los detalles, las finas líneas y el delicado relieve que uno ve en un medallón verdaderamente bueno. Debe hacerse así porque el segundo molde, que es el que contiene los detalles, no puede penetrar a la fuerza un metal liso. A este metal hay que darle la primera forma con el molde número uno. —Se detuvo, mirándonos a Becky y a mi para comprobar si le seguíamos el razonamiento.

—¿Y? —inquirí, un poco impaciente.

—Bien: por lo general, un medallón muestra un rostro. Y cuando lo miras tras emplear el molde número uno, ves que el rostro no está acabado. Está todo ahí, sí, pero aquellos detalles que deben darle personalidad aún no se ven —me miró—. Miles, a eso es a lo que me recuerda este rostro. Todo está ahí; tiene labios, una nariz, ojos, piel y una estructura ósea bajo la carne. Pero no hay arrugas, no hay detalles, no hay rasgos. Todavía está sin formar. ¡Míralo! —su voz subió un tono—. ¡Es como un rostro en blanco, a la espera del molde que le acuñe las facciones!

Tenía razón. Nunca en mi vida había visto un rostro como aquel. No era blando, ciertamente no podía decirse eso. Pero de algún modo era informe, limpio de cualquier rasgo. No era de veras un rostro; aún no. No había vida en él, no había sido marcado por la experiencia; es la única manera en que puedo explicarlo.

—¿Quién es? —pregunté.

—No lo sé —Jack caminó hacia la puerta, y señaló el sótano y las escaleras que ascendían al piso de arriba—. Hay una alacena bajo las escaleras; su interior está dividido en varias baldas de contrachapado para así poder emplearlo como un pequeño almacén. Lo tenemos atestado de trastos inútiles: ropa en cajas de cartón, aparatos eléctricos averiados, una aspiradora vieja, una plancha, algunas lámparas, cosas así. Rara vez lo abrimos. También guardo algunos libros ahí dentro. Pues bien, allí estaba. Me disponía a consultar una cosa que debía aparecer en uno de esos libros

cuando me encontré con que había un cuerpo tendido sobre las cajas, tal y como lo ves ahora; no te imaginas el susto que me di. Pegué un salto como un gato escaldado; me hice un chichón en la cabeza. —Se llevó los dedos a la cabellera—. Luego volví y lo saqué de Allí. Pensé que podría estar vivo, cómo iba a saberlo. Miles, ¿cuánto tiempo tarda un cuerpo en adquirir el rigor mortis? —Oh... entre ocho y diez horas.

—Tócalo —pidió Jack. En cierto modo estaba disfrutando, como haría un hombre que ha realizado una enorme promesa y trata de estar a la altura de las circunstancias.

Tomé por la muñeca uno de los brazos; era flojo y flexible al tacto. No parecía siquiera viscoso o particularmente frío.

—No hay rigor mortis —señaló Jack—. ¿Cierto?

—Así es —respondí—, pero el rigor mortis no es invariable. Hay ciertas condiciones... —dejé de hablar. No sabía adónde quería llegar.

—Si quieres —propuso Jack—, puedes darle la vuelta, pero no encontrarás ninguna herida en la espalda, y tampoco entre el pelo. Ni un indicio de lo que pudo matarlo.

Vacilé, pero, puesto que legalmente no podía tocar aquel cuerpo, tomé el mantel de lona y lo arrojé de nuevo sobre él, de forma que quedé casi cubierto.

—De acuerdo —dije—. ¿Ahora qué? ¿Arriba?

—Sí —Jack indicó la puerta, y permaneció con la mano en el cordón de la luz hasta que salimos.

Ya en el salón, Theodora nos pidió amablemente que nos sentásemos. Dio una vuelta para encender las lámparas y traer ceniceros, luego marchó a la cocina y regresó de ella sin su delantal. Se sentó en una enorme butaca. Becky y yo estábamos en el sofá, mientras que Jack se había sentado junto a la ventana en una mecedora de madera, y contemplaba la ciudad. Casi toda la pared exterior del salón conforma un enorme ventanal, de modo que pueden verse las luces de la ciudad esparcidas por las colinas; es una habitación muy agradable.

—¿Os apetece tomar algo, una copa? —pregunté Jack.

Becky rehusó con un gesto. Yo contesté:

—No, gracias. Pero vosotros tomad algo, chicos.

Jack dijo que no, mirando a su mujer, y ella negó con la cabeza. Luego siguió hablando:

—Te hemos llamado, Miles, porque eres médico, pero también porque eres un nombre que no vuelve la espalda a los hechos. Incluso cuando los hechos no son lo que debieran ser. No eres el tipo que se devanaría los sesos tratando de dar la vuelta a las cosas sólo porque eso puede resultar más cómodo. Para ti, las cosas son como son, y desde luego mi mujer y yo tenemos buenas razones para pensar así.

Me encogí de hombros, y no dije nada.

—¿Tienes algo más que decir sobre el cuerpo del sótano? —preguntó Jack.

Me quedé callado durante un tiempo, jugueteando con un botón de mi chaqueta. Ordené mis ideas para decir lo que me había pasado por la cabeza.

—Sí —empecé—, hay algo que quiero decir. Esto no tiene sentido, ningún sentido, de hecho; pero daría un brazo por hacerle la autopsia a ese cuerpo, porque, ¿sabéis lo que encontraría? —Miré alrededor, a Jack, a Theodora, después a Becky, y nadie respondió; solo aguardaban a que siguiera hablando—. Creo que no encontraría causa alguna de muerte. Creo que encontraría cada órgano en condiciones tan perfectas como las que el cuerpo presenta en su exterior. Todo en perfecto orden, preparado para ponerse a funcionar. —Dejé que pensasen un rato sobre ello, y añadí algo más; me sentí totalmente idiota al decirlo, y totalmente convencido de que era cierto—: Eso no es todo. Creo que cuando le abriese el estómago no encontraría nada en él. Ni una migaja, ni una partícula de comida, digerida o sin digerir; nada. Lo encontraría así, vacío como el de un recién nacido. Y si le abriese los intestinos, lo mismo: ni un desperdicio, nada. Nada en absoluto. ¿Por qué? —De nuevo repasé sus rostros con la mirada—. Porque no creo que ese cuerpo de ahí abajo esté muerto. No hemos hallado la causa de su muerte, porque nunca murió. Y no ha muerto porque tampoco ha vivido. —Hice una mueca de indiferencia, y me arrellané en el sofá—. Ahí lo tenéis. ¿Os parece bastante descabellado?

—Si —replicó Jack, asintiendo lenta y enfáticamente, mientras las mujeres nos observaban en silencio—. Es lo bastante descabellado para mí. Solo quería que alguien me lo confirmase.

—Becky —me volví para mirarla—, ¿qué opinas ni?

Sacudió la cabeza, frunciendo las cejas, y suspiró:

—Estoy... aturdida. Me parece que tomaré ese trago, después de todo. Todos sonreímos, y Jack empezó a incorporarse para ir por las copas, pero Theodora dijo que iría ella y él volvió a sentarse.

—¿Una para cada uno? —pregunté, y todos respondimos que sí. Aguardamos, sacando cigarrillos, encendiendo cerillas y mecheros, hasta que Theodora volvió y nos acercó las copas. Cada uno tomamos un trago. Al rato, Jack reanudó la charla:

—Lo que has dicho, Miles, es exactamente lo que yo pensaba, y lo que piensa Theodora. Y el caso es que en ningún momento le expuse mis impresiones. Dejé que mirase aquella cosa y formase su propia opinión, tal y como he hecho contigo, Miles. Y ella fue la primera en establecer la comparación con los medallones; hace tiempo vimos cómo los hacían, durante nuestra luna de miel en Washington. —Jack emitió un suspiro, y meneó la cabeza—. Hemos hablado y pensado en ello todo el día, Miles; entonces decidimos llamarte.

—¿Se lo habéis contado a alguien más?

—No.

—¿Por qué no habéis llamado a la policía?

—No lo sé —Jack me miré con una sonrisa juguetona en los labios—. ¿Quieres que la llamemos?

—No.

—¿Por qué no?

—No lo sé —también sonreí—. Pero no quiero.

—Sí —Jack asintió, expresando su conformidad, y permanecimos en silencio durante un rato, mientras dábamos algún trago ocasional a nuestras copas. Jack hacia tintinear ociosamente los hielos contra el vaso, y al fin, mirándolo, dijo lentamente—: Tengo la sensación de que es hora de que hagamos algo más que llamar a la policía. Que no es cuestión de cargar a otro con el mochuelo y lavarse las manos. ¿Qué podría hacer la policía, exactamente? Eso de ahí no es un cuerpo, y lo sabemos. Es... —hundió los hombros, con el rostro sombrío—. Es algo terrible. Algo... No sé bien el que —nos miró por encima de su vaso, uno a uno—. Sí, lo sé, y de alguna manera estoy seguro de ello, que no debemos cometer ningún error con respecta a esto. Que hay una sola cosa, un único movimiento inteligente, una única acción correcta, una única cosa que hemos de hacer... y si fallamos, si decidimos erróneamente, algo terrible va a pasar.

—¿Hacer qué, por ejemplo? —pregunté.

—No lo sé —Jack giré la cabeza para mirar un momento por la ventana. Luego volvió la vista hasta nosotros, y sonrió un poco—. Tengo la horrible necesidad de... llamar al mismísimo presidente a la Casa Blanca, o al alto mando del Ejército, al FBI, a los marines o a la caballería, lo que sea. —Agitó la cabeza irónicamente, sonriéndose divertido; pero pronto la sonrisa se esfumó de sus labios—. Miles, lo que quiero decir es que quisiera tener aquí a alguien, exactamente a la persona correcta, quienquiera que esta sea, que reparara desde el mismo comienzo en lo importante que es esto. Y que él, o ellos, hagan lo que deban hacer, sin un error. Y la cosa es que cualquier persona con la que me ponga en contacto, si me escucha, si me cree, podría ser justamente la persona equivocada, alguien que tomaría la peor de las decisiones posibles. Sea esta cual sea. Sé bien que no es algo para la policía local. Es... —Vaciló, advirtiendo que se repetía, y dejó de hablar.

—Lo sé —convine—. Tengo la misma sensación, la sensación de que será mejor para el mundo que sepamos manejar esto correctamente. —A veces, cuando uno se enfrenta a un caso médico complejo, una respuesta o una pista aparecen como de la nada; cosas del subconsciente, supongo—. Jack —pregunté—, ¿cuánto mides?

—Un metro setenta y cinco.

—¿Exactamente?

—Sí, ¿por qué?

—¿Cuánto dirías que mide ese cuerpo del sótano? —me miró un momento. Dijo—: Uno setenta y cinco

—¿Y cuánto pesas?

—Sesenta y cuatro kilos —asintió—. Si, aproximadamente como el cuerpo de ahí abajo. Has dado en el clavo; mi talla y constitución. Pero no se parece especialmente a mi.

—Ni a nadie. ¿Tenéis un tampón de tinta por ahí? Se volvió a su mujer: —¿Tenemos alguno?

—¿Algún que?

—Algún tampón de tinta. Como para sellos de caucho.

—Sí —Theodora se levantó y dirigió los pasos hasta una mesa, en el otro extremo de la habitación—. Hay uno por aquí, en alguna parte —encontró el tampón y lo sacó de donde estaba. Jack se acercó a ella, lo cogió, abrió después otro armario y sacó un papel.

Fui hacia la mesa, y Becky me siguió. Jack entintó las yemas de los dedos de su mano derecha, y después me la tendió. La tomé, y oprimí los dedos sobre el papel, haciéndolos rodar con cuidado hasta conseguir una serie completa de huellas digitales, limpias y nítidas. Entonces cogí el tampón y el papel.

—¿Queréis venir, chicas? —y señalé la puerta.

Se miraron la una a la otra; no querían acercarse a la mesa de billar, pero tampoco querían quedarse a esperar.

—No —dijo Becky—, pero yo voy a ir. —Y Theodora asintió.

Abajo, Jack encendió la luz que colgaba sobre la mesa de billar. La lámpara osciló un poco, y sujeté la pantalla para estabilizarla. Pero me temblaban los dedos, así que solo conseguí empeorar las cosas. La pantalla osciló aún más, formando un arco de unos dos centímetros, barriendo los bordes de la mesa antes de iluminar los ojos de aquel cuerpo, mientras dejaba por unos instantes su lisa frente en semipenumbra. Daba la impresión de que el cuerpo se movía. Le cogí la muñeca derecha, concentrándome en lo que hacía, sin mirarle el rostro. Le entinté las yemas de los dedos y luego deposité en el borde de la mesa el papel donde estaban impresas las huellas digitales de Jack, junto a la mano derecha del cuerpo. Levante la mano, la apoyé en el papel y, haciendo rodar cada uno de los dedos, conseguí una muestra impresa de sus yemas justo bajo las impresiones digitales de Jack. Por fin, aparté la mano del papel.

Becky gimió cuando vio las huellas, y creo que a todos nos temblaron las piernas. Porque una cosa es especular acerca de un cuerpo que nunca ha estado vivo, un cuerpo intacto, y otra muy distinta —y es algo que toca en la parte más profunda y primitiva de nuestro cerebro— llegar a ver esa hipótesis demostrada. Aquella mano no había dejado impresiones; solo cinco círculos sólidamente negros, absolutamente lisos. Limpié la tinta de los dedos lo mejor que pude y todos quedamos en silencio, apiñados en círculo bajo la luz oscilante, mirando las oscuras yemas de aquellos

dedos. Eran tan lisos como la mejilla de un bebé. Theodora, apenas en un susurro, murmuró:

—Jack, no me encuentro bien. —Y él se apresuró a tomarla entre los brazos, pues se había doblado por la cintura. Después la ayudó a subir las escaleras.

Sentado de nuevo en el salón, sacudí la cabeza, antes de dirigirme a Jack:

—Bien, Jack, has dado con la palabra que lo define. Esta intacto, inacabado, y aún espera la última impresión. Asintió.

—¿Qué podemos hacer? —pregunté—. ¿Se te ocurre alguna idea?

—Sí. —Me quedé mirándolo un momento—. Pero es solo una sugerencia, así que, si no queréis aceptar, nadie os culpará por ello; al menos, no yo.

—¿De que se trata?

—Recordad, es solo una sugerencia. —Me incliné hacia adelante en el sofá, apoyando los antebrazos en las rodillas, y me volví hacia Theodora—: Y si consideráis que no podréis hacerlo —proseguí, pero refiriéndome a ella— será mejor que no lo hagáis, os lo advierto —miré a Jack de nuevo—. Dejad el cuerpo donde esta, sobre la mesa. Tú, Jack, debes dormir esta noche; te daré algo para que puedas conciliar el sueño. —Pasé la mirada a Theodora—. Pero tú debes permanecer despierta; no debes dormir ni un segundo. Quiero que cada hora, si te ves capaz de hacerlo, vayas al sótano y observes ese... cuerpo. Si adviertes cualquier señal de cambio, corre arriba y despierta a Jack enseguida. Sácalo de la casa, salid de aquí corriendo y venid aprisa a buscarme.

Jack miró a Theodora por un momento. Luego, con voz tranquila, dijo:

—Quiero que digas que no, si no te crees capaz de hacerlo.

Theodora se mordía los labios, con la mirada extraviada en la alfombra. Alcé la vista, primera hasta mi, después hacia Jack:

—¿Qué... apariencia adquirirá? ¿Si empieza a cambiar? —nadie respondió, tras un segundo miró otra vez a la alfombra, mordisqueándose el labio. No repitió la pregunta—: ¿Jack estará bien al despertarse? —Theodora me miró—. ¿Puedo despertarle a cualquier hora?

—Sí. Una palmada en la cara y se levantará de inmediato. Pero escucha otra cosa; incluso aunque nada suceda, despiértalo si ves que no lo puedes soportar. Y, si os parece, ambos podéis venir a mi casa a pasar el resto de la noche. Theodora asintió, y bajó la vista de nuevo a la alfombra. Al fin dijo:

—Creo que podré —miró a Jack, frunciendo el ceño—. Si sé que puedo despertarle en cualquier momento, supongo que podré.

—¿No podemos quedarnos con ella? —pregunté Becky.

—No lo sé —respondí, encogiendo los hombros—. Pero no lo creo. Pienso que quienes viven en esta casa son quienes deben permanecer aquí; de otra manera, no estoy seguro de si funcionaría. Tampoco sé en que me baso para opinar así; es solo un

pálpito, un presentimiento. Pero creo que solo Jack y Theodora deben estar aquí.

Jack asintió, y tras mirar a Theodora para confirmarlo, dijo:

—Probaremos.

Quedarnos en silencio, y luego hablamos un poco —bastante poco, de hecho— mirando las diminutas luces de la ciudad que brillaban en el pequeño valle. Pero no dijimos mucho más de lo que ya habíamos dicho, y sobre las doce, cuando Casi todas las luces del valle se habían apagado, Becky y yo nos levantamos para irnos. Los Belicec tomaron sus chaquetas, y vinieron a la ciudad con nosotros para recoger el coche de Jack. Estaba aparcado en la plaza Sutter, una manzana y media más allá del cine. Cuando nos detuvimos a su lado, y tanto Jack como su mujer hubieron salido, repetí a Theodora lo que le había explicado acerca de despertar a Jack y marchar de allí a toda prisa si el cuerpo que había en el sótano empezaba a sufrir algún tipo de alteración. Cogí de mi cartera unas pastillas de Seconal de potencia media y se las di a Jack, diciéndole que una sola habría de bastar para hacerle dormir. Luego se despidieron —Jack sonriendo un poco, Theodora ni siquiera molestándose en intentarlo—, entraron en su coche y nos dijimos adiós con la mano. Después nos separamos.

De camino a su casa, mientras yo conducía a través de la oscuridad y las calles vacías, Becky dijo:

—Hay una relación, ¿verdad, Miles? Entre esto y... el caso de Wilma. Volví con presteza la vista hacia ella, pero Becky miraba la carretera a través del parabrisas.

—¿Tú que opinas? ¿Crees que hay una relación?

—Sí. —No me miró para buscar en mi rostro una confirmación a sus palabras; asintió, sin más, como si estuviera del todo segura de lo que decía. Tras un momento añadió—: ¿Ha habido otros casos como el de Wilma?

—Unos cuantos. —Mirando el asfalto iluminado por los faros del coche, podía ver a Becky, también, por el rabillo del ojo.

Pero no reaccionó, ni añadió nada durante varias manzanas. Algo más tarde doblamos hacia su calle, y cuando ya aparcaba el coche en el bordillo, agregué, Todavía mirando por el parabrisas: —Miles, quería decirte esto cuando acabase la película —inspiró profundamente—. Desde ayer por la mañana —comenzó a decir, manteniendo la calma— tengo la sensación de que —y terminé en una precipitada ráfaga de palabras— ¡de que mi padre no es de veras mi padre! —lanzando una mirada horrorizada a las sombras que ocultaban el porche de su casa, Becky se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar.

Cinco

Reconozco que no tengo demasiada experiencia consolando a mujeres, pero en los libros que he leído, el hombre siempre abraza a la chica y la deja llorar. Y eso parece la cosa más sensata y comprensiva que puede hacerse; nunca he oído de un solo caso auténtico donde la cosa más sensata y comprensiva fuese distraer a la chica con juegos de cartas, contándole chistes o haciéndole cosquillas en los pies. Así que fui sensato y comprensivo. Abracé a Becky y la dejé llorar, porque no sabía que otra cosa podía hacer o decir. Después de lo que habíamos visto en el sótano de Jack Belicec esa noche, si Becky creía que su padre era un impostor que se parecía en todo a su verdadero padre yo no tenía argumentos para discutirsele.

De todos modos, me gustó abrazar a Becky. No era una chica grande, exactamente, pero tampoco era menuda, y su anatomía era tan generosa como bien acabada. Allí, en el interior del coche, detenidos frente a su casa y rodeados de silencio, sentía lo bien que Becky se acomodaba en mis brazos, abrazada a mi, con una mejilla contra mi solapa. Estaba preocupado y asustado, incluso al borde del pánico, pero aún había lugar para disfrutar de la cálida y vivida sensación que me comunicaba su cuerpo apretado contra el mío.

Cuando el llanto se diluyó en un último gimoteo, dije:

—¿Por qué no pasas la noche en mi casa? —La idea me pareció repentina y sorprendentemente atractiva—. Yo dormiré abajo, en el sofá y todo eso, y tú podrás disponer de una habitación...

—No. —Becky se irguió, aún con la cabeza baja, de manera que no podía verle la cara. Empezó a revolver en su bolso—. No tengo miedo, Miles —susurré—. Solo estoy preocupada. —Abrió una polvera, e inclinándose hacia la débil luz del salpicadero, sacó una borla de algodón y se retocó con cuidado el rastro de las lágrimas—. Es como si papa estuviera enfermo —prosiguió—. No exactamente él, y... —se detuvo, se aplicó un pintalabios, frunció los labios hacia adentro un segundo y se observó la cara en el espejo de la polvera—. Bueno, no es el momento de marcharme de casa —concluyó. Cerró la polvera y me miró, sonriendo. Entonces se inclinó hacia mí y me besó en la boca, muy firme y cálidamente. Después abrió la puerta y salió a la calle—. Buenas noches, Miles. Llámame por la mañana —caminó aprisa por el sendero de ladrillo, hacia las sombras que envolvían el porche de su casa.

La miré marchar. Y permanecí allí, siguiendo con la vista su agradable figura tan llena de curvas, oyendo el suave taconeo de sus zapatos en el tosco ladrillo del camino, escuchando sus ligeros pasos subiendo aprisa los escalones, hasta que la vi desaparecer en la penumbra del porche. Hubo una pausa, y la puerta se abrió para enseguida cerrarse tras ella. Y todo ese intervalo lo pasé sacudiendo la cabeza,

recordándome los pensamientos que sobre Becky había formulado aquella misma tarde. Después de todo, Becky no era alguien que se estuviera convirtiendo en un buen amigo que curiosamente llevase faldas. Pon una bonita chica que te atraiga en tus brazos —empezaba a entender—, déjala llorar un poquito y es pan comido que acabes por sentirte tierno y protector. Entonces el sentimiento comenzará a confundirse con el sexo, y, si no tienes cuidado, habrás dado el primer paso para empezar a enamorarte. Sonreí entonces, y arranqué el coche. Así que me andaría con cuidado, eso era todo. Aún rodeado por los escombros de mi matrimonio, no era cuestión de iniciar algo igual, precisamente ahora. Cuando llegaba ya a la esquina que había al final de la calle, sonreí hacia la casa de Becky, tan grande y blanca a la tenue luz de las estrellas, sabiendo que aunque me gustase bastante, y aunque fuera atractiva, podría apartarla de mis pensamientos sin demasiados problemas. Y eso fue lo que hice. Conduje por aquella ciudad en calma pensando en los Belicec, allá en su casa de la colina.

Estaba seguro de que Jack ya se habría dormido, y Theodora se hallaría seguramente en el salón, mirando hacia la ciudad. Muy probablemente su mirada seguiría las luces de mi coche en aquel preciso instante, ignorando que el conductor era yo. La imaginé bebiendo café, quizás fumando un cigarro, luchando contra el horror que le suscitaría lo que había justo bajo sus pies, en la sala de billar... y, armándose de valor para bajar en poco tiempo al sótano, tantear allí en busca de la luz y, al fin, descender la vista hacia aquella cosa, blanca como la cera, que reposaba sobre el tapete verde de la mesa, con los ojos abiertos.

Más o menos un par de horas después, cuando sonó el teléfono, la lámpara de mi mesilla aún estaba encendida; había estado leyendo, y aunque no creí que pudiera quedarme dormido, el sueño me venció enseguida. Eran las tres; cuando me dispuse a coger el teléfono, me fijé en la hora automáticamente.

—Hola —dije, y al hablar oí el estrépito que hacia el teléfono en el otro lado al ser colgado violentamente en su horquilla. Sabía que había contestado al primer timbrado; al margen de lo cansado que esté por las noches, siempre oigo y respondo al teléfono instantáneamente—. ¡Hola! —dije de nuevo, un poco más alto, agitando el auricular, como suele hacerse en esos casos, pero la línea se había cortado, y colgué. Si esto hubiera sucedido un año atrás, la operadora nocturna, cuyo nombre yo habría sabido, podría haberme dicho quién había llamado. Probablemente, a esa hora de la noche aquella habría sido la única luz que se hubiera encendido en su panel, y ella habría recordado cuál era, porque la llamada era para el doctor. Pero ahora disponemos de teléfonos con dial, maravillosamente eficientes, que permiten ahorrarte todo un segundo o más en cada llamada, inhumanamente perfectos y totalmente estúpidos; pues ninguno de ellos podrá decir jamás dónde puede encontrarse al doctor durante la noche, cuando un niño enfermo lo necesita. A veces

pienso que estamos refinando tanto nuestras vidas que suprimimos todo rastro de humanidad en ellas.

Sentado en el borde de la cama, me puse a maldecir fatigosamente. Estaba hasta la coronilla de teléfonos, de acontecimientos y misterios, de que me interrumpiesen el sueño, de mujeres que me molestaban cuando yo solo quería estar solo, a solas con mis pensamientos; en una palabra, de todo. Encendí un cigarrillo, imaginando lo mal que sabría, y así fue, y quise tirarlo, pero seguí fumándolo hasta el filtro. Después, cuando lo hube terminado, apagué la luz y empezaba otra vez a quedarme dormido, oí unos pasos alborotados subiendo a toda prisa los peldaños del porche, y, tras ellos, el rápido y líquido repique de la campanilla, siempre tan inesperadamente fuerte por la noche, seguido al instante de un frenético y agitado golpeteo en el cristal de la puerta de entrada.

Eran los Belicec: Theodora miraba con ojos despavoridos, su rostro estaba muy pálido y parecía incapaz de articular palabra; Jack tenía los ojos feroces, fijos en una suerte de serena determinación. Intercambiamos solo las palabras necesarias para que Theodora, casi llevada por nosotros, subiera las escaleras. La metimos en la cama de la habitación de invitados, la cubrimos con una manta y le inyecté un poco de amital sódico.

Jack se sentó al borde de la cama y la observé durante un buen rato, veinte minutos tal vez, sosteniéndole una mano entre sus dos palmas sin dejar de mirarle el rostro. Me había sentado, aún vestido con mi pijama, en un gran diván que había en el otro extremo de la habitación, y fumé hasta que Jack alzó su vista hacia mí. Señalé a Theodora con el mentón, y hablé en un tono de voz intencionadamente natural:

—Dormiré durante algunas horas al menos, Jack; quizá incluso hasta las nueve o las diez de la mañana. Entonces se levantará con hambre y se encontrará bien.

Jack asintió, en señal de aprobación, y siguió mirando a Theodora durante varios segundos más. Después se levantó, caminó hacia la puerta y yo marché tras él.

El salón de mi casa es espacioso. Hay en él una alfombra gris claro que va de pared a pared; la madera se halla pintada de blanco, y la habitación esta aún decorada con el mobiliario de mimbre estilo años veinte que mis padres adquirieron para ella. Es, sí, una vasta y agradable habitación que aún conserva, creo, algo de la sensibilidad más simple y pacífica de la generación anterior. Nos sentamos allí, Jack y yo, con toda la habitación entre ambos y unas copas en nuestras manos; tras dar unos sorbos a la suya, sin dejar de mirar al suelo, Jack comenzó a hablar:

—Theodora me despertó, sacudiéndome por la pechera de la camisa. Dormí con la ropa puesta. Y me abofeteó tan fuerte que mis dientes castañetearon. La oí —Jack me miró a los ojos, ceñudo; por lo general elige sus palabras con mucho cuidado— no llamándome, exactamente, sino diciendo mi nombre en una suerte de apagado y desesperado gemido: «Jack... Jack... Jack...» —sacudió la cabeza al recordarlo, y se

mordió el labio inferior un par de veces. Tomó un largo trago de su copa—. Desperté, y vi que Theodora estaba histérica. No decía nada. Solo me miró un instante, desahogada y casi frenética, luego se dio la vuelta y cruzó como una flecha la habitación hacia el teléfono. Lo cogió, te telefoneó, se quedó esperando durante un segundo y ya no pudo aguantar más; colgó el auricular con violencia y empezó a gritarme (muy blandamente, como si alguien pudiera oírla) que la sacase de allí —de nuevo Jack meneó la cabeza, con una mejilla contraída por la irritación que sentía hacia si mismo—. Sin pensarlo, la así por una muñeca y la intenté llevar hacia las escaleras del sótano, para bajar al garaje y coger el coche, pero ella se puso a luchar contra mí, tirando con fuerza de su brazo para soltarse y sacudiendo mi hombro con una expresión simplemente salvaje. Miles, creo que me hubiera arañado la cara con las uñas si no la llego a soltar. Salimos a la calle y bajamos los peldaños del porche. Incluso entonces no se hubiera atrevido a acercarse al garaje o al sótano; se quedó en el camino, lejos de la casa, mientras yo sacaba el coche —Jack dio un trago a su copa, y miró por una ventana del salón que la noche ennegrecía con un brillo oscuro—. No estoy seguro de lo que vio, Miles —echó una mirada hacia mí—, aunque puedo imaginarlo tan bien como tú. Pero no tuve tiempo para mirar por mí mismo; sabía que tenía que salir de allí. Y Theodora no me dijo nada mientras veníamos hacia aquí. Estaba muy quieta, en el asiento, toda acurrucada y temblorosa, apretada contra mí (yo la había rodeado con un brazo), diciendo: «Jack... Oh, Jack, Jack, Jack». —Durante un segundo me dirigió una mirada sombría—. Hemos demostrado algo, de acuerdo, Miles —añadió entonces con un temblor de acritud en la voz—. El experimento ha funcionado, supongo. ¿Y ahora que? Lo ignoraba, o hice como que lo ignoraba. Solo negué con la cabeza.

—Quiero ir a echar un vistazo a esa cosa —murmuré.

—Sí, yo también. Pero no voy a dejar a Theodora sola precisamente ahora. Si despierta y me llama, y yo no respondo... si encuentra la casa vacía... se volverá loca.

No respondí. Es posible —de hecho es algo que nos ocurre a todos— pensar un montón de cosas al mismo tiempo, y eso era lo que me pasaba ahora. Pensaba en dejar la casa de inmediato y conducir solo hasta la de Jack. Me imaginaba deteniendo mi coche junto a la casa vacía, saliendo del coche en la oscuridad y quedándome allí un momento, sin moverme, escuchando los grillos y el silencio. Luego me vi caminando hacia el garaje abierto, muy despacio, arrastrando los pies por el sótano, a oscuras, tanteando a lo largo de la pared en busca de un interruptor de luz que no sabía dónde estaba. Incluso me figuré caminando en la absoluta negrura de la sala de billar, buscando a tientas el camino hacia la mesa, sabiendo que era lo que había allí, acercándome cada vez más, con las manos extendidas para alcanzarla, esperando que tocasen la mesa y no aquella fría piel sin vida tendida en la oscuridad. Pensé que me

tropezaba con la mesa, y que al fin hallaba la lámpara que colgaba sobre ella; entonces la encendía y bajaba los ojos para mirar a... lo que fuese que había dejado postrada a Theodora en aquel shock histórico. Y sentí vergüenza. No quería hacer lo que había dejado hacer a Theodora; no podía ir de noche a aquella casa, y solo.

Estaba enfadado conmigo mismo. En aquel segundo de rápidos pensamientos había estado buscando excusas, convenciéndome de que ahora no había tiempo para ir hasta allí; que teníamos que actuar, hacer algo. Y toda mi ira y mi vergüenza la volqué sobre Jack.

—¡Escucha! —Me había puesto en pie, mirando furiosamente a donde estaba él, en el otro lado de la habitación—. ¡Sea lo que sea que vayamos a hacer con respecto a esto, hemos de hacerlo ahora! Así que, ¿qué dices? ¿Tienes alguna idea? ¿Qué vamos a hacer, por amor de Dios? —estaba incluso cerca de la histeria, y lo sabía.

—No lo sé —dijo Jack, lentamente—. Pero hemos de actuar con cuidado, asegurándonos de que hacemos lo correcto...

—¡Eso ya lo dijiste! ¡Lo has dicho esta misma tarde, y estoy de acuerdo, lo estoy! Pero. ¿qué? ¡No podemos quedarnos parados para siempre, hasta que el movimiento correcto se nos revele por fin! —Fulminé a Jack con la mirada, y me esforcé en recuperar la calma. Entonces se me ocurrió algo. Crucé la habitación con premura, guiñándole un ojo a Jack para hacerle saber que ahora estaba bien. Luego cogí el teléfono del piso de abajo y marqué un número.

Oí la señal de llamada, y tuve que sonreír; obtenía un malvado placer en ello. Cuando un médico de cabecera abre una consulta, sabe que quizá durante el resto de su vida va a recibir llamadas que lo sacarán de la cama. De algún modo se acostumbra a ello; y de algún modo nunca lo hace. Porque muy a menudo las llamadas nocturnas son algo serio; al otro lado habrá gente asustada a la que atender y todo lo que habitualmente haces se vuelve el doble de duro, tenga ello que ver con farmacéuticos a los que arrancarás de sus camas o con hospitales que habrá que poner en acción. Pero bajo todo eso coexiste algo que uno debe ocultar al paciente y a sus familiares: los temores y dudas nocturnas sobre uno mismo que hay que vencer, porque ahora todo depende de ti y de nadie más; tú eres el médico. No, un teléfono que suena por la noche no tiene nada de divertido, y, por eso, muchas veces es imposible no sentirse molesto con esas otras ramas de la medicina que nunca, o raramente, reciben llamadas de emergencia.

Así que cuando la señal de llamada fue al fin interrumpida en el otro lado de la línea yo sonreía, embriagado por la imagen mental del doctor Manfred Kaufman, con el pelo negro revuelto y los ojos apenas abiertos, preguntándose quién podía llamarle:

—Hola. ¿Mannie? —dije, cuando respondió.

—Si.

—Oye —hice que mi voz sonase exageradamente solícita—, ¿te he despertado?

Eso le hizo recuperar la conciencia, y maldijo como un bárbaro.

—Eh, doctor —le espeté—, ¿quién le ha enseñado ese lenguaje? El sucio y pegajoso subconsciente de sus pacientes, supongo. Ya me gustaría a mi también ser uno de esos matasanos que ganan veinticinco de los grandes por paciente, solo por sentarme a escuchar y mejorar mi vocabulario. ¡Nada de fatigosas llamadas nocturnas! ¡Nada de lúgubres operaciones! ¡Nada de fastidiosas prescripciones!

—Miles, ¿qué demonios quieres? Te advierto que colgaré, y dejaré el maldito teléfono descol...

—Vale, vale, Mannie, escucha. —Aún estaba sonriendo, pero el tono de mi voz aseguraba que no habría más chistes sin gracia—. Algo ha ocurrido, Mannie, y tengo que verte. Tan pronto como puedas, y debe ser aquí, en mi casa. Ven, Mannie, tan aprisa como te sea posible; es importante.

Mannie es un hombre de pensamiento rápido; coge las cosas al vuelo, de modo que no debes repetirle o explicarle lo que le has dicho. Por un instante, al otro lado de la línea, Mannie permaneció en silencio. Al cabo dijo: «De acuerdo», y colgó.

Me sentí enormemente aliviado, mientras regresaba a mi silla y a mi copa de nuevo. Para cualquier llamada de emergencia que requiera devanarse los sesos, o casi para cualquier otra cosa, Mannie es el primer tipo que querría a mi lado. Ahora venía a mi casa, y yo sentía que adelantábamos bastante. Cogí mi copa, preparado para sentarme —de hecho tenía la boca abierta para dirigirme a Jack—, cuando de pronto algo sucedió algo que a menudo lees pero rara vez experimentas. En un momento sentí que me bañaba un sudor frío, y me quedé inmóvil durante algunos segundos, petrificado, temblando por dentro de miedo.

Lo que había ocurrido era muy simple; de pronto se me había pasado algo por la cabeza, la idea de un peligro tan obvio y terrible que sabía que debía haber pensado en ello mucho antes, y, sin embargo, no lo había hecho. Ahora, con la mente anegada de terror, sabía que no tenía ni un solo segundo que perder, y que, con todo, nunca actuaría lo bastante deprisa. Llevaba puestas unas zapatillas de andar por casa, así que corrí al salón y cogí mi chaqueta de una silla, y según me abalanzaba hacia la puerta metí mis brazos por el interior de las mangas. Me ocupaba un solo pensamiento, un pensamiento terrible, y no podía hacer otra cosa que actuar, moverme, correr. Me olvidé completamente de Jack, me olvidé de Mannie, mientras abría la puerta de un tirón y corría afuera, y descendía los peldaños para ingresar en la noche, y atravesaba el césped y la acera. Había alcanzado el bordillo; tenía ya mi mano en la puerta del coche cuando recordé que las llaves estaban en mi casa, en el piso de arriba. Pero ya era imposible girar y volver sobre mis pasos. Comencé a correr, tanto como pude, pero por alguna razón inexplicable la acera parecía llenarse de obstáculos que frenaban mi carrera, así que crucé como una flecha por la franja de césped, hacia el bordillo, y, calzada arriba, seguí corriendo, presa del frenesí, por las oscuras y

desiertas calles de Santa Mira.

Durante un par de manzanas no vi nada que se moviera. Las casas, alineadas en la calle, se erguían silenciosas e impávidas, y los únicos sonidos que oía eran el rápido soniquete de mis zapatillas contra el pavimento y los secos jadeos de mi aliento, que parecían llenar la calle. Justo por delante, en la intersección del bulevar Washington, el pavimento se veía más iluminado; luego, de repente, resplandeció, mostrando cada diminuto guijarro y cada imperfección que había sobre su superficie. Eran las luces de un coche que se aproximaba. No podía siquiera pensar, no podía hacer otra cosa que seguir corriendo, directo a aquella luz deslumbrante: los frenos aullaron y los neumáticos chirriaron sobre el asfalto, y los hierros de un parachoques rozaron el vuelo de mi chaqueta. «¡Hijo de puta!», me chilló una voz de hombre, crispada de miedo e ira. «¡Maldito loco, imbécil!». Las palabras se perdieron en un barboteo frustrado, mientras mis piernas me llevaban velozmente a la oscuridad.

Seis

Apenas podía ver cuando llegué a casa de Becky. Mi corazón, al borde del colapso, parecía anegarme de sangre los ojos, empanando mi visión, al tiempo que el silbido de mi respiración percutía y rebotaba entre las paredes de madera de la casa de Becky y la casa vecina. Empecé por probar a abrir las ventanas del sótano: empujaba cada una hacia adelante con ambas manos, usando de todas mis fuerzas, y luego, desde la ventana que me había ocupado, corría por la hierba hasta la siguiente. Todas estaban cerradas. Había dado una vuelta completa a la casa, así que, como última opción, decidí cubrirme los nudillos con la manga de mi chaqueta y empujar el puño contra el cristal de la ventana, incrementando la presión hasta que este se quebrara. Por fin un trozo de vidrio cayó hacia adentro, en el sótano, y se rompió con un ruido tintineante contra el suelo. Las grietas se extendieron por el agujero que se había abierto en el cristal; las otras piezas rotas se combaron hacia el interior del sótano, Todavía prendidas del vidrio. Pensé deprisa. A la tenue luz de las estrellas extraje con cuidado los fragmentos rotos, y los deposité uno por uno en la hierba, a fin de ensanchar el hueco abierto. Luego introduje la mano por él, descorrí el pestillo de la ventana, la abrí y finalmente me deslicé por su interior, pasando primero los pies y después dejándome caer poco a poco por el antepecho, boca abajo, hasta que mis zapatos tocaron el suelo. Mientras resbalaba hasta él, sentía contra mi pecho la presión de la linterna estilográfica que siempre llevo en un bolsillo de la chaqueta; ya dentro del sótano, la encendí.

El rayo de luz, ancho, débil y difuso, solo alcanzaba a extenderse un metro, y no mostraba nada más allá de un paso o dos por delante. Caminé lentamente, arrastrando los pies por aquel sótano oscuro y desconocido: había bultos formados por montones de periódicos atrasados, una rústica mosquitera apoyada contra un muro de cemento, un caballete con muescas de serrucho y manchado de pintura, un viejo baúl, un fregadero en desuso, un montón de tuberías de plomo inútiles, arrojadas entre los anchos sillares de madera del sótano, una fotografía polvorienta de los compañeros de graduación de Becky en el instituto... y comencé a sentir pánico. El tiempo pasaba, y no encontraba lo que estaba convencido que había aquí, en alguna parte, aquello que yo debía encontrar, si es que no era ya demasiado tarde.

Probé en el baúl; el cierre no estaba echado, así que introduje un brazo en su interior, hasta el hombro, y revolví en las ropas apiladas que el baúl guardaba hasta comprobar que no tenía nada más. Tampoco había nada entre los montones de periódicos atrasados, o tras la mosquitera, como nada había en las baldas de una vieja librería que encontré, atestadas de maceteros vacíos y encostrados de tierra. Vi un banco de carpintero donde se desparramaban herramientas y virutas de madera, bajo el cual había apilados algunos trozos de leña. Tan silenciosamente como pude, aparté

la mayor parte de la leña, pero aun así hice un montón de ruido, y, a la postre, nada había bajo el banco, salvo madera. Dirigí el pequeño rayo de luz hacia las vigas del techo; estaban al descubierto, pero no vi nada en ellas sino polvo y pelusas. El tiempo seguía pasando, y ya había registrado todo el sótano. No sabía en que otro sitio buscar, y por un rato no pude hacer otra cosa que mirar por las ventanas, temiendo divisar tras ellas el primer indicio de la aurora.

Vi entonces que había frente a mi un enorme aparador. Estaba construido contra un muro recorriendo una pared del sótano, a la cual cubría desde el suelo hasta el techo. En un principio, iluminado por el débil rayo de mi linterna, pensé que aquel aparador constituía el propio muro, y no reparé en él. Abrí las dos primeras puertas; las repisas estaban repletas de latas de conservas. Abrí el otro juego de puertas que había a su lado, y aquí los anaqueles se hallaban polvorientos y vacíos, todos menos el inferior, situado a no más de dos centímetros del suelo.

Ahí estaba, en aquella balda tosca y desportillada, tendido sobre su espalda, con los ojos abiertos de par en par y los brazos impávidos, pegados a los costados; me arrodillé a su lado. Siempre he pensado que debe de ser posible perder la razón en un instante, y quizá entonces estuve cerca de ello. Ahora sabía por qué Theodora Belicec dormía en mi casa, como drogada, en aquel estado de shock, y cerré los ojos con fuerza, luchando por no perder el control. Luego los abrí otra vez y miré la balda, imponiendo a mi mente, mediante un auténtico esfuerzo, un estado de calma fría y artificial.

Una vez pude observar cómo un hombre revelaba unos negativos. Era una fotografía que había tomado de un amigo común. Mojó el papel fotográfico en la solución que había en la cubeta y la agitó suavemente en el recipiente hacia adelante y hacia atrás, iluminado por la tenue luz roja de la habitación de revelado. Sumergida en aquel fluido incoloro, la imagen comenzó a aparecer, tenue y vagamente, pero igualmente reconocible, sin posibilidad de equivoco. Pues bien: esa cosa que había sobre aquella balda polvorienta, iluminada por la difusa luz naranja de mi linterna, era, también, una inacabada, vaga e indefinida Becky Driscoll. Una Becky Driscoll aún sin revelar.

Su cabello, como el de Becky, era castaño y ondulado; brotaba de la frente, hirsuto y fuerte, y ya podía verse el crecimiento de un vértice en el centro de su nacimiento, una ligera insinuación del pico de viuda que Becky poseía en la cabellera. Bajo la piel, la estructura ósea iba creciendo; los pómulos, la barbilla y el modelado de las cavidades oculares empezaban a mostrarse prominentes, como los de Becky. La nariz era estrecha, y prorrumpía en un repentino ensanchamiento en el puente, de tal manera que si se ensanchaba solo un milímetro más, esa nariz sería un duplicado de la de Becky tan preciso como un vaciado de cera. Los labios ya sugerían notablemente su misma boca abundante, turgente y —esto era horrible— atractiva.

Incluso en las comisuras se apreciaban las dos diminutas, casi invisibles arrugas de preocupación que en el transcurso de unos pocos años habían aparecido en los labios de Becky Driscoll.

Es imposible, incluso en un niño, que los huesos y la carne se desarrollen perceptiblemente en un tiempo inferior a varias semanas. Pero yo sabía, arrodillado hasta sentir la presión de aquel gélido cemento contra mis rodillas, que la carne a la que miraba, y el hueso bajo esta, había estado formándose y desarrollándose en las meras horas y minutos que habían transcurrido durante la noche. Era imposible. Desde luego, pero aun así sabía que esos pómulos se habían redondeado bajo la piel en aquel espacio de tiempo, que la boca se había ensanchado y los labios se habían abultado hasta adquirir personalidad, que la barbilla se había alargado unos milímetros, el ángulo del mentón alterado, y que el pelo había cambiado de tonalidad hasta ese preciso color oscuro de ahora, para luego iniciar su descenso hacia la frente, rizándose en bucles, cada vez más fuerte y espeso.

Espero que nunca en mi vida vea algo tan pavoroso como aquellos ojos. Solo pude mirarlos durante un segundo, antes de cerrar los párpados. Eran casi tan grandes como los de Becky, pero no lo bastante: Todavía no. No tenían exactamente la misma forma, o el mismo color... pero estaban cerca. Y la expresión que había en ellos... Observen a una persona inconsciente volviendo en sí, y comprobarán que al principio los ojos solo muestran unos mínimos y vagos indicios de comprensión, las primeras y débiles señales de la inteligencia que regresa a la vigilia. Eso era lo que se veía en aquellos ojos. La límpida lucidez, la serena atención de los ojos de Becky Driscoll eran horriblemente parodiadas y atenuadas aquí. Y, con todo, aunque pareciesen haber sufrido una minuciosa labor de enjuague, podía verse, en esos vacíos ojos azules que iluminaba el trémulo haz de mi linterna, la ligerísima insinuación de lo que —con el tiempo— serían los ojos de Becky Driscoll. Gemí, y me doblé, apretándome el estómago con las manos entrelazadas.

Había una cicatriz en el antebrazo de aquella cosa, justo sobre la muñeca. En el mismo lugar, Becky tenía el rastro —ya muy sutil— de una quemadura, y yo recordaba su forma porque se asemejaba, de un modo un poco rudimentario, a un esbozo del continente sudamericano. Esa señal también estaba en aquella muñeca, escasamente visible, sí, pero estaba ahí, y precisamente con la misma forma. Vi también un lunar en la cadera izquierda, y una cicatriz blanca y fina, como dibujada a lápiz, bajo la rótula derecha; y aunque no lo sabía por propio conocimiento, estaba seguro de que también Becky tenía aquellas mismas señales.

Allí, en esa balda, yacía una Becky Driscoll incompleta. Un esbozo preliminar de lo que iba a ser una réplica perfecta e intachable: todo indicios, todo sugerencias, nada enteramente acabado. O digámoslo de esta forma: allí, sumergida bajo la tenue luz naranja, había una cara borrosa, como vista tras laminas de agua, y, con todo,

reconocible hasta en el más mínimo aspecto.

Sacudí la cabeza, apartando la vista, y jadeé en busca de aire (inconscientemente, había estado conteniendo el aliento), de manera tal que mi respiración resonó como un estallido en el sótano silencioso. Entonces recuperé de nuevo la noción de mis actos. Sentía mi corazón henchándose y contrayéndose, sin apenas pausa entre cada latido, y la sangre congestionándose en mis venas y ojos, en un pánico de miedo y excitación. Me puse en pie, titubeando; tenía las piernas rígidas y torpes, y tropecé.

Aprisa, ascendí las escaleras del sótano y probé la puerta del primer piso; la llave no estaba echada, e ingresé en la cocina. De ahí pasé al comedor: vi sus sillas de respaldo recto dispuestas alrededor de la mesa, como absortas, recortándose contra las ventanas. En el salón giré sobre mis talones hacia el descansillo, y subí las escaleras en silencio, de dos en dos peldaños, apoyándome en el pasamanos blanco, hasta el vestíbulo superior.

Había una hilera de puertas, todas cerradas, así que sería cuestión de suerte. Probé en la segunda, alentado por una corazonada: aferré el pomo, apretando mi puño a su alrededor, y giré lentamente la muñeca, tratando de no hacer ruido. Podía sentir —sin oírlo— cómo la lengüeta abandonaba su hueco en las jambas; después abrí la puerta unos centímetros y metí la cabeza en la habitación, sin apenas moverme. Un bulto oscuro e informe, una cabeza, reposaba sobre una almohada pequeña, en una cama de matrimonio; no era fácil decir quién era. Dirigiendo el cañón de la linterna a un lado de la cara, oprimí el botón de la luz y pude ver que se trataba del padre de Becky. Se movió, murmurando una palabra ininteligible, y apagué la linterna; de inmediato, tan rápido como pude, pero aún sin hacer ruido, cerré la puerta, y poco a poco fui girando el pomo hasta soltarlo.

Todo estaba yendo demasiado lento. No podía contenerme; poco me faltaba para irrumpir en las habitaciones, pateando las puertas contra las paredes, o para gritar con todo el aire de mis pulmones y despertar a toda la casa. Llegué en dos pasos rápidos a la siguiente puerta, la abrí de par en par y entré enérgicamente en la habitación, barriendo con el haz de mi linterna las paredes rápidamente para dar con el rostro de quien había allí. Era Becky. Dormía imperturbable en aquel círculo de luz, con las facciones serenas, pero más vigorosas que las de aquel duplicado (aquella parodia de una cara) que reposaba en el sótano. Rodeé la cama en dos zancadas, aferré el hombro de Becky, sosteniendo la linterna con la otra mano, y lo agité. Becky gimió un poco, pero no se despertó. Deslicé entonces mi brazo bajo su hombro y la incorporé. Se quedó como sentada, y la cabeza se descolgó sobre mi brazo, mientras de su garganta surgía un suspiro ronco.

No esperé un segundo más. Colocándome la pequeña linterna en la boca y mordiendo el tubo, tiré de la manta que cubría las piernas de Becky, pasé mi otro brazo bajo sus rodillas y la levanté. Luego, tambaleándome un poco, conseguí

cargarla sobre un hombro. Curvando un brazo sobre su espalda para sostenerla, cogí la linterna en mi otra mano y di unos pasos titubeantes hacia el pasillo. Allí caminé de puntillas hasta las escaleras, aún tambaleándome —no sé si hice mucho o poco ruido—, y descendí los peldaños en la oscuridad, arrastrando los pies, tanteando con las puntas de las zapatillas en busca de cada escalón.

Salí por la puerta principal y caminé por las calles oscuras y desiertas, unas veces llevando a Becky sobre mi hombro, otras cogiéndola en brazos, mientras su cabeza colgaba inerte. Al traspasar el bulevar Washington la oí gemir. Alzó la cabeza, aún sin abrir los ojos, y sus brazos se levantaron y se asieron a mi cuello. Entonces abrió los ojos.

Por un momento, mientras yo seguía caminando, mirándole a la cara, Becky me observé fijamente, con una expresión aturdida en la mirada; parpadeó varias veces, y sus ojos se aclararon un poco. Como en sueños, igual que un niño, preguntó:

—¿Qué? ¿Qué pasa, Miles? ¿Qué es esto?

—Te lo diré después —respondí tranquilamente, y le sonreí—. Creo que estás bien. ¿Cómo te encuentras?

—Bien. Cansada, supongo. Uf, si que estoy cansada —giraba la cabeza al hablar, mirando a su alrededor, hacia las casas oscuras y a los árboles que discurrían sobre su cabeza—. Miles, ¿qué es esto? —me miró, formulando una sonrisa confundida—. ¿Me estás secuestrando? ¿Me llevas a tu guarida, o algo así? —bajó los ojos y vio que, bajo mi chaqueta desabotonada, aún llevaba puesto el pijama—. Miles —murmuró burlonamente—, ¿no podías esperar? ¿No podías siquiera pedírmelo, como un caballero? Miles, ¿qué demonios estás haciendo?

Ahora era yo quien sonreía.

—Te lo explicaré en un minuto, cuando lleguemos a mi casa. —Levanté las cejas al oírlo, y mi sonrisa se ensanchó—. No te preocupes, estarás perfectamente a salvo; Mannie Kaufman esta allí, y también los Belicec; te verás bien acompañada.

Becky me miró un momento, y un temblor le recorrió la espalda; el aire de la noche era frío, y su camisón era de un nylon muy fino. Se apretó más alrededor de mi cuello y se acurrucó contra mi pecho, cerrando los ojos.

—Que pena —murmuré—. La mayor aventura de mi vida: secuestrada de mi propia cama por un atractivo hombre en pijama y llevada en brazos por las calles como una cavernícola cautiva, y resulta que el tipo tiene compañía. —Abrió los ojos y me dedicó una sonrisa.

Los brazos me pesaban terriblemente, la espalda me dolía como si un enorme cuchillo se hundiera perezosamente a lo largo de mi espina dorsal, y a duras penas podía enderezar las rodillas después de cada paso; avanzar resultaba una verdadera agonía. Pero, con todo, era una agonía maravillosa, y no quería que terminase; me encantaba sentir a Becky en mis brazos, tan cerca de mi, y era terriblemente

consciente de la deliciosa calidez que se propagaba en mi carne, allí donde su cuerpo me tocaba.

Vi que, en efecto, Mannie estaba en mi casa; su coche se hallaba aparcado detrás del mio. En el porche dejé a Becky, pensando si podría estirar las piernas sin hacerme añicos como un cristal roto. Luego le di mi chaqueta, como debía haber hecho bastante antes; simplemente no lo pensé. Se la puso y se abotonó, sonriendo; después entramos en la casa. Mannie y Jack estaban en la sala de estar.

Nos miraron casi aturridos, con la boca abierta, y Becky sonrió y los saludó, como si se hubiese dejado caer por allí para tomar un té. Yo me comporté con la misma naturalidad, deleitándome en la estupefacción que había en los rostros de Jack y Mannie. Sugerí a Becky que hacía demasiado frío para llevar encima únicamente aquel camisón. Le dije dónde podía encontrar un par de viejos vaqueras que habían encogido y me quedaban demasiado pequeños, una camisa limpia, unos calcetines de lana y un par de mocasines. Becky asintió, y subió las escaleras para buscarlos.

Entré en la salita de estar, hacia una silla vacía, mirando a Mannie y a Jack.

—Bueno, que —dije, y me encogí de hombros—. A veces me encuentro solo, y, cuando eso ocurre, necesito alguna compañía. Mannie me miré cansinamente.

—¿Lo mismo? —musitó, señalando con la cabeza hacia las escaleras por las que Becky acababa de subir—. ¿Encontraste uno en su casa?

—Sí —confirmé, recuperando la seriedad—. En el sótano.

—Bien —se levantó—. Quiero verlos. Uno de ellos, al menos. En la casa de Becky, o en la de Jack. Me pareció lo mejor.

—De acuerdo. Mejor en la de Jack; el padre de Becky esta en casa. Iré a vestirme.

Una vez arriba, mientras me cambiaba en mi habitación en tanto Becky hacia lo propio en el cuarto de baño, un paso o dos más allá en el vestíbulo, nos llamamos, sin levantar mucho la voz, y pudimos mantener una charla. Poniéndome los pantalones, los calcetines y los zapatos, una camisa y mi viejo jersey azul, le conté en tan pocas palabras como me fue posible lo que ella ya había supuesto: lo sucedido en la casa de los Belicec y lo que yo había encontrado en su sótano, sin entrar demasiado en detalles.

Temía la forma en que aquello pudiera afectarla, pero si algo he aprendido es que uno nunca sabe de que modo se tomará una mujer las cosas. Una vez vestidos salimos al vestíbulo, y Becky me sonrió con afecto. Estaba guapa; se había recogido los vaqueras casi hasta las rodillas, de forma que parecían unos bombachos, y con los calcetines de lana blanca y aquellos mocasines, con las mangas de la camisa recogidas y el cuello abierto, parecía una de esas chicas que salen en los anuncios de los complejos turísticos. Sus ojos, lo advertía ahora, brillaban de viveza y expectación, y no había en ellos la mínima sombra de miedo; me di cuenta entonces de que precisamente por no haber visto lo que yo había visto, toda aquella emoción,

más que otra cosa, la complacía y encantaba.

—Vamos a casa de Jack —dije—. ¿Quieres venir? —Estaba dispuesto a discutir si respondía que si.

Sin embargo, negó con la cabeza.

—No, alguien debe quedarse con Theodora. Vosotros id allí —se dio la vuelta, caminó hacia la habitación donde Theodora dormía y yo bajé las escaleras.

Subimos a mi coche, y los tres nos sentamos en el asiento delantero. Después de pasar unas pocas manzanas, Jack pregunté:

—¿Qué piensas tú, Mannie?

Pero Mannie solo agité la cabeza, mirando con ojos ausentes a través del parabrisas.

—Aún no lo sé —respondió—. Simplemente, no lo sé.

Advertí que por el este, aunque el interior del coche estaba en tinieblas y a nuestro alrededor aún era noche cerrada, había un indicio de aurora, o de falso amanecer, iluminando el cielo. Metí la segunda para subir el sendero de tierra, doblamos la última revuelta, y daba la impresión de que todas y cada una de las luces que había en la casa de Jack estaban encendidas. Por un instante me asusté. Esperaba que la casa estuviera sumida en la más absoluta oscuridad, y tuve una rápida imagen mental de una figura desnuda, apenas viva, tambaleándose con los ojos fijos y la mente varia por las habitaciones de la casa, pulsando todos los interruptores de la luz. Luego pensé que Jack y Theodora no se habrían molestado en apagar las luces cuando salieron, y aquel pensamiento me tranquilizó un poco. Aparqué fuera del garaje, que Jack y Theodora habían dejado abierto. En el tiempo que se precisaba para conducir hasta aquí desde mi casa, el cielo se había iluminado definitivamente; a nuestro alrededor podían verse las negras líneas de los árboles contra un cielo que, lentamente, iba limpiándose de tinieblas. Salimos y en el espacio que la luz iba abriendo a mis pies pude ver las irregularidades del terreno y los pálidos indicios de color en rastrojos y arbustos. Las luces de la casa comenzaban a debilitarse y a cobrar un tono naranja a la débil luz del amanecer.

Sin decir una palabra, caminamos uno detrás de otro hacia el garaje, con Jack en primer lugar, mientras las suelas de nuestros zapatos rechinaban en el piso de cemento. Llegamos al sótano; la puerta entreabierta de la habitación de billar se hallaba a seis u ocho pasos más allá, y la luz estaba encendida, tal y como Theodora la había dejado. Jack abrió la puerta.

Se detuvo tan repentinamente que Mannie tropezó con él; luego dio unos pasos hacia adelante, muy despacio y Mannie y yo le seguimos. El cuerpo había desaparecido. Bajo la radiante luz cenital, que se derramaba sin proyectar una sombra, vimos el tapete verde, pero sobre el tapete, salvo en las esquinas y a lo largo de los lados, solo había una especie de pelusa tenue y gris, la cual, supuse, podía

haber caído, o haber sido sacudida, de las vigas del techo.

Por un instante, con la boca abierta, Jack miré a la mesa. Entonces se volvió hacia Mannie, y con voz imperativa, como protestando que le creyese, exclamó:

—¡Estaba aquí, sobre la mesa! ¡Mannie, estaba aquí!

Mannie sonrió, asintiendo enseguida a sus palabras.

—Te creo, Jack; todos lo visteis —se encogió de hombros—. Y ahora alguien se lo ha llevado. Nos enfrentamos a algún misterio, ¿no? Tal vez. Venga, salgamos afuera; creo que tengo algo que decirnos.

Siete

Nos sentamos a la orilla del camino que hay frente a la casa de Jack, junto a mi coche, en la hierba, con los pies en el terraplén, cada uno con un cigarrillo en la mano mientras observábamos detenidamente la ciudad extendida en el valle. Así la había visto en más de una ocasión, cuando regresaba de las colinas tras atender alguna llamada nocturna. Veía los tejados teñidos de gris, sin una sola nota de color, pero poco a poco, por toda la ciudad, las ventanas empezaban a reverberar con un tenue resplandor naranja, iluminadas por los rayos casi horizontales del nuevo día. Y, mientras las mirábamos, aquellas ventanas atezadas por un brillo naranja se iban iluminando lentamente, resolviéndose en tonos más límpidos, según el sol se alzaba por el este. Y aquí y allá, de tarde en tarde, podíamos ver el desmañado brotar del humo surgiendo de alguna chimenea.

Mascullando para sí mismo, mientras agitaba su cabeza, Jack miraba las diminutas casas que se arracimaban a sus pies.

—Da miedo pensar en ello —decía—. ¿Cuántas de esas cosas habrá en la ciudad ahora mismo, escondidas en lugares secretos?

—Ninguna —respondió Mannie, sonriendo—, ninguna en absoluto. —Y ensanchó la sonrisa cuando nos volvimos para mirarlo—. Escuchad —dijo tranquilamente—, os habéis dado de bruces con un misterio, de acuerdo, un verdadero misterio. ¿De quién era ese cuerpo? ¿Y dónde está ahora? —Nos hallábamos sentados a su izquierda, y Mannie volvió la cabeza para observar nuestra expresión por un momento; luego añadió—: Pero es un misterio completamente normal. Posiblemente se trata de un asesinato, no puedo decirlo. Sea lo que sea, está sin duda dentro de los límites del conocimiento humano; no tratéis de hacer una montaña de ello. —Abrí la boca para protestar, pero Mannie sacudió la cabeza—: Vamos, muchachos —dijo con toda calma. Con los antebrazos apoyados en las rodillas y el cigarrillo en la mano, dejando que el humo se rizase por encima de su cara bronceada, Mannie seguía observando la ciudad—. La mente humana es una cosa extraña y maravillosa —prosiguió, en tono reflexivo—, pero no estoy seguro de que pueda entenderse a sí misma. A todo lo demás, quizá: desde el átomo al universo... pero no a sí misma. —Su brazo se abrió hacia afuera, abarcando con su gesto la ciudad que reposaba allá abajo, resplandeciente a la primera luz de la mañana—: Allí, en Santa Mira, alrededor de diez días atrás, un delirio tomó forma en la mente de uno de los vecinos; un miembro de su familia no era quien parecía ser, sino un impostor. No es que se trate precisamente de un delirio frecuente, pero a veces se da, y no hay psiquiatra en el mundo que no se tope con él antes o después. Y, por lo general, sabe más o menos cómo tratarlo.

Mannie se recostó contra la rueda de mi coche y nos dedicó una sonrisa:

—La semana pasada aquello me tenía perplejo. He dicho que no es un delirio común, y, con todo, sólo en esta ciudad había más de una docena de casos, todos ocurridos prácticamente en el espacio de una semana. Nunca antes, en todos los años en que he ejercido, había encontrado tal cosa, y, sinceramente, me sentía atado de pies y manos. —Mannie dio una última calada a su cigarrillo, y lo arrojó a un lado—. Pero últimamente he estado leyendo algunos libros, y he refrescado mi memoria sobre ciertas cosas que debería haber recordado antes. ¿Alguna vez habéis oído hablar del Maniaco de Mattoon?

Negamos con la cabeza, y esperamos a que continuase.

—Bien —Mannie se cogió una rodilla con los dedos entrelazados—, Mattoon es una ciudad de Illinois, de unos veinte mil habitantes, donde hace tiempo tuvo lugar un suceso que puede encontrarse descrito en los libros de texto sobre psicología.

»El dos de septiembre de 1944, durante la madrugada, una mujer llamó a la policía; alguien había tratado de matar a su vecina con gas venenoso. Dicha vecina se había despertado alrededor de la medianoche; su marido trabajaba en una fábrica, en el turno de noche. La habitación de la mujer estaba anegada de un olor muy peculiar, dulce y nauseabundo. Intentó levantarse, pero advirtió que sus piernas estaban paralizadas. Logró arrastrarse hasta el teléfono y llamar a su vecina, quien enseguida alertó a la policía.

»La policía llegó a la casa e hizo cuanto pudo; descubrieron una puerta que no estaba cerrada con llave, por la cual alguien podía haber entrado, pero, por supuesto, no había nadie más en la casa. Una noche o dos después, la policía recibió otra llamada, y de nuevo hallaron a una mujer enferma, afectada por una parálisis parcial; alguien había tratado de asesinarla con gas venenoso. Esa misma noche sucedió exactamente lo mismo, en otra parte de la ciudad. Y cuando otra docena de mujeres fueron atacadas mediante el mismo procedimiento durante las noches siguientes, y cada una de ellas fue hallada enferma, casi paralizada a causa de un gas de olor nauseabundo que alguien había pulverizado en su habitación mientras dormía, la policía comprendió que había en Mattoon un psicópata al que debían encontrar; un maníaco, como los periódicos comenzaban a llamarlo.

Mannie arrancó unas hierbas y se entretuvo en hacer tiras con las hojas, rasgándolas desde el tallo.

—Cierta noche una mujer consiguió ver a aquel hombre. Despertó justo a tiempo de verle recortado contra la ventana abierta de la habitación, pulverizando desde allí una especie de spray insecticida. Respiró el tufo del gas, lanzó un grito y entonces el hombre huyó corriendo. Pero al darse la vuelta, todavía frente a la ventana, la mujer pudo echarle un buen vistazo; era alto, bastante delgado, y llevaba lo que parecía un gorro negro.

»La policía del estado, en fin, acudió allí, porque en una sola noche otras siete

mujeres fueron gaseadas y parcialmente paralizadas. También varios periodistas acudieron a la ciudad, enviados por los servicios de prensa y por muchos de los periódicos de Chicago; en sus archivos se puede encontrar información acerca de lo que sucedió. La cuestión es que aquella noche de 1944, en Mattoon, Illinois, los coches de la policía estatal patrullaron las calles, flanqueadas por hombres armados, los vecinos que se habían organizado en grupos para vigilar por turnos sus propios barrios, y aun así los ataques continuaron, y el maníaco no pudo ser hallado.

»Una noche, por último, había ocho coches patrulla de la policía estatal en la ciudad, y una unidad móvil de radio. Un médico, preparado para cualquier eventualidad, aguardaba en el hospital metodista de la localidad. Esa noche la policía recibió una llamada, como ya era habitual; una mujer, que difícilmente conseguía hacerse entender, había sido gaseada por aquel lunático. En menos de un minuto, uno de los coches que patrullaban la ciudad estaba en su casa; a toda prisa, fue conducida al hospital para ser examinada por el médico. —Mannie sonrió—. No encontró absolutamente nada en ella; nada. Fue devuelta a su casa, se recibió otra llamada, y la segunda mujer fue llevada al hospital para ser examinada, pero, como pasó con la anterior, esta tampoco tenía nada. Lo mismo ocurrió a lo largo de toda la noche. Las llamadas se sucedían, las mujeres eran examinadas en el hospital durante varios minutos y cada una de ellas era devuelta a su casa.

Por unos instantes Mannie observó atentamente nuestros rostros. Entonces añadió:

—Los casos de aquella noche fueron los últimos que ocurrieron en Mattoon; la epidemia terminó. No había maniaco alguno; nunca lo hubo. —Sacudió la cabeza con desconcierto—. Histeria colectiva, sugestión autoinducida, como queráis llamarlo; eso fue lo que sucedió en Mattoon. ¿Por qué? ¿Cómo? —Mannie se encogió de hombros—. No lo sé. Le damos nombres a esas cosas, pero en realidad no las comprendemos. Todo lo que sabemos sin lugar a dudas es, simplemente, que suceden.

Creo que tanto en mi expresión como en la de Jack vio Mannie una sombra de estupor, una perplejidad remisa a aceptar las implicaciones de lo que estaba diciendo, porque se volvió a mí, y, con voz paciente, agregó:

—Miles, en la facultad de Medicina tienes que haber leído algo sobre aquella Enfermedad del Baile que se extendió por Europa hace doscientos años —miró a Jack—. Fue una cosa increíble —subrayó—, algo imposible de creer, pero sucedió. Ciudades enteras comenzaron a bailar: primero una persona, luego otra, luego cada hombre, cada mujer y cada niño que en ellas había, hasta que todos, unos tras otros, cayeron muertos o exhaustos. Aquella enfermedad recorrió toda Europa sin detenerse: la Enfermedad del Baile; en tu enciclopedia podrás leer algo sobre ello. Se prolongó durante todo un verano, creo recordar, y entonces... se acabó; concluyó, sin

más. Dejando a aquella gente, supongo, con la pregunta de qué demonios les había ocurrido —Mannie se detuvo para mirarnos, e hizo un gesto de indiferencia—. Así que eso es lo que hay. Estas cosas son difíciles de creer, hasta que te topas con ellas, e incluso después de toparte con ellas.

»Y eso es lo que ha ocurrido en Santa Mira —señaló con el mentón hacia abajo, a la ciudad que se extendía a nuestros pies—. Las noticias corren de boca en boca, al principio de manera subrepticia, secreta. Se susurran, se comentan, al igual que en Mattoon; alguien cree que su marido, hermana, tía o tío, es en realidad un impostor apenas distinguible del original; quién no va a sentirse extrañado y emocionado al escuchar una historia así. Y entonces... sigue sucediendo. Y el mal se propaga, y surge un nuevo caso, o varios, casi cada día. Diablos, la caza de brujas de Salem, los platillos volantes... todo ello forma parte de este sorprendente rasgo de la mente humana. Muchas personas viven vidas solitarias; delirios como estos conllevan atención e interés.

Pero Jack, lentamente, negaba con la cabeza, y Mannie le increpó con voz amable: —El cuerpo era real; eso es lo que te preocupa, ¿verdad, Jack? —Jack asintió, y Mannie continuó—. Sí, lo era; todos lo visteis. Pero sólo eso era real. Jack, si hubieras hallado aquel cuerpo hace un mes lo hubieras aceptado como lo que era, un misterio desconcertante y posiblemente muy extraño, pero también perfectamente natural. Y lo mismo vale para Theodora, Becky y Miles. ¿Entiendes lo que quiero decir? —Inclinándose sobre mí, miraba a Jack intensamente—. Supón que en agosto de 1944, en Mattoon, Illinois, un hombre hubiera caminado tranquilamente por la calle, portando un spray pulverizador. Cualquiera que lo hubiera visto habría supuesto, con toda la razón, que ese hombre iba a desinsectar sus rosales al día siguiente, o algo parecido. Pero un mes después, en septiembre, a ese tipo del spray le hubieran volado los sesos antes incluso de darle la oportunidad de explicarse.

Con voz comprensiva, Mannie continuó:

—Y tú, Jack, encontraste un cuerpo de aproximadamente tu estatura y constitución, lo cual no es muy extraño; tu físico es bastante común. Su rostro, a causa de la muerte (y esto es algo que sucede a menudo), tenía un aspecto liso, sin arrugas, y una expresión insulsa. —Aquí Mannie esbozó un ademán fatigado, antes de proseguir—: En fin, Jack, eres escritor, y estás bajo la influencia del delirio que recorre Santa Mira, al igual que Miles, Theodora y Becky. Como sin duda también yo lo estaría, si viviese aquí. Y tu mente se lanzó como un rayo a la caza de una conexión, buscó fervientemente una conclusión que explicase dos misterios en uno. La mente humana persigue la causa y el efecto, siempre; y todos preferimos lo raro y emocionante, antes que lo aburrido y tópico, como respuesta.

—Mira, Mannie, Theodora llegó a ver...

—¡Exactamente lo que esperaba ver! ¡Lo que, temblando de miedo, temía ver! Lo

que estaba absolutamente convencida de que vería, dadas las circunstancias. ¡Te aseguro que me asombraría mucho más que Theodora no hubiera visto aquello! Vamos, vosotros ya la habíais condicionado para verlo, y hasta ella misma se había predispuesto a ello.

Me dispuse a hablar, y Mannie ensanchó una sonrisa burlona.

—No viste nada, Miles —se encogió de hombros—. Excepto una alfombra enrollada, tal vez. En una balda del sótano de Becky. O un montón de sábanas o de ropa sucia; casi cualquier cosa, o incluso ninguna en absoluto, hubiera servido. Estabas tan predispuesto, Miles, tan sobreexcitado, después de la carrera que te diste por las calles, que, como bien has dicho, estabas seguro de que ibas a encontrar... precisamente aquello que encontraste. Era cosa hecha que lo hicieses. —Alzó una mano cuando comencé a hablar—. Oh, lo viste, de acuerdo. En cada ínfimo detalle. Exactamente como lo has descrito. Lo viste tan vivida y absolutamente real como nadie ha visto nada antes. Pero sólo lo viste en tu cabeza —Mannie frunció las cejas hacia mí—. Diablos, tú eres médico, Miles; ya sabes cómo funcionan estas cosas.

Era verdad; lo sabía. En cierta ocasión, durante los cursos de preparación médica, yo había acudido a una clase a escuchar una conferencia de un profesor de Psicología: sentado en la cuneta del camino, mientras el sol me calentaba la cara, recordaba cómo la puerta de la clase se abrió de golpe, repentinamente, mientras dos tipos enzarzados en una pelea caían en la sala. Uno de ellos consiguió zafarse, extrajo un plátano del bolsillo, apuntó con él al otro tipo y gritó: ¡bang! Este se agarró un costado, sacó una pequeña bandera americana de su bolsillo, la agitó violentamente en la cara del otro y, por fin, ambos salieron de la sala.

—Lo que acaban de presenciar —dijo el profesor— es un experimento controlado. Tomen cada uno de ustedes lápiz y papel y escriban con todo detalle lo que han visto, y déjenlo sobre mi mesa antes de abandonar el aula.

Al día siguiente, durante la clase, leyó nuestros escritos en voz alta. Éramos veintitantos alumnos, pero no había dos versiones de los hechos que coincidiesen, ni tan siquiera que se aproximasen. Algunos alumnos vieron tres hombres, otros vieron cuatro, y una chica llegó a ver hasta cinco. Unos dijeron que los hombres eran de raza blanca, para otros eran negros, para otros orientales, y hubo quien no vio hombres sino mujeres. Un alumno vio a un hombre apuñalado, vio manar la sangre, vio al hombre sostener contra su costado un pañuelo que enseguida se tiñó de rojo, y apenas pudo creerlo cuando no halló rastros de sangre en el suelo, al dejar su folio en la mesa del profesor. Y así más, y más. Ni un solo escrito mencionó la bandera americana o el plátano; esos objetos no encajaban en la repentina y violenta escena que había irrumpido en nuestros sentidos, así que nuestras mentes los excluyeron, sin más, y tras descartarlos los sustituyeron por otros objetos más apropiados, bien fueran pistolas, cuchillos o trapos ensangrentados que todos sin excepción estábamos

absolutamente seguros de haber visto. Y los habíamos visto, de hecho; pero sólo en nuestras mentes, tratando de hallar alguna explicación.

Me pregunté, pues, si Mannie no tendría razón, y resultaba extraño, porque al hacerme aquella pregunta me embargó una sensación de decepción, de verdadero chasco, y advertí que había estado resistiéndome a creerle. Preferimos, sí, lo raro y emocionante, como Mannie había dicho, antes que lo aburrido y tópico. Incluso pudiendo visualizar en mi mente, vivido y horriblemente real, lo que creía haber visto en el sótano de Becky, sentía, de una manera intelectual, que probablemente Mannie estaba en lo cierto. Pero emocionalmente aquello aún me resultaba poco menos que imposible de aceptar, y supongo que esa lucha interna se mostraba en mi rostro, al igual que en el de Jack.

Porque Mannie se puso en pie, y se mantuvo así, mirándonos, durante unos segundos, hasta que, con toda calma, dijo:

—¿Queréis una prueba? Os la daré. Miles, vuelve a casa de Becky y, con la mente en calma, podrás ver que no hay ningún cuerpo en esa balda del sótano; te lo garantizo. Sólo había un cuerpo, y era el que hallasteis en el sótano de Jack; el mismo que empezó todo esto. ¿Queréis más pruebas? Os las daré. Este delirio terminará por desaparecer de Santa Mira al igual que desapareció de Mattoon, como también desapareció de Europa, tal y como siempre sucede. Y la gente que acudió a ti, Miles... Wilma Lentz, y el resto, volverán; o acaso sólo algunos de ellos. Otros te eludirán, por simple vergüenza. Pero si les buscas para preguntarles por ello, acabarán por admitir lo que los demás ya te habrán dicho: que el delirio ha desaparecido, que no entienden cómo o por qué aquello se les metió en la cabeza. Y con eso acabará todo; no habrá más casos; eso también te lo garantizo.

Mannie sonrió entonces, y recorrió aquel cielo azul y límpido con una mirada antes de decir:

—No me vendría mal tomar algo para desayunar.

Jack le sonrió, poniéndose en pie, y lo mismo hice yo.

—A mí tampoco —repliqué—. Volvamos a mi casa y veamos qué nos preparan las chicas para comer.

Jack entró en su casa, apagó las luces y echó la llave a las puertas. Cuando salió, llevaba una carpeta de cartón bajo el brazo, una de esas carpetas que parecen un acordeón, dividida en secciones, cada una de ellas abarrotada de papeles.

—Mi oficina —comentó, señalando con la barbilla a la carpeta—. Obras en marcha, notas, referencias, fruslerías. Un material muy valioso —nos dedicó una ancha sonrisa—, y me gusta llevarlo conmigo. —Luego, todos juntos, fuimos en mi coche colina abajo, hacia la ciudad.

Al llegar a la casa de Becky detuve el coche en el bordillo y salí de él, dejando el motor en marcha. Aún era muy temprano. La calle brillaba intensamente con la luz

del nuevo día, y no se veía un alma en toda la manzana, ni nada que se moviese. Con cierto atrevimiento, caminé hacia un lateral de la casa, pero por la hierba, evitando que mis pisadas hicieran algún ruido. Al llegar junto a la ventana rota del sótano me detuve un momento para mirar por las ventanas de los vecinos de Becky; no vi a nadie, ni oí un rumor. Me agaché rápidamente, me deslicé a través de la ventana rota hasta el sótano y avancé por el suelo de cemento sobre las puntas de los pies. El sótano estaba iluminado, muy silencioso, y, aunque me encontraba tranquilo, no podía dejar de sentirme preocupado; no quería que me sorprendiesen allí y tener que explicar qué estaba haciendo.

La puerta del aparador que antes había abierto estaba aún entornada, tal y como yo la había dejado, así que la abrí todo lo que pude y bajé la mirada a la balda inferior. Una luz, procedente de una ventana de algún sótano cercano, le daba de lleno; vi que la repisa estaba vacía. Abrí todas y cada una de las puertas que había en aquella pared colmada de repisas, y no encontré nada que no perteneciese a aquel lugar; sólo me topaba con latas de comidas, herramientas, tarros de fruta vacíos, periódicos atrasados... En el anaquel inferior había únicamente una espesa masa de pelusa gris, y, acuclillándome a su lado, hice un gesto de indiferencia; era —supuse— la clase de polvo y mugre que se acumula en los sótanos, y que mis sentidos habían confundido, en un momento de crisis histérica, con un cuerpo.

No quería permanecer allí más tiempo del necesario, así que cerré el aparador, tal y como lo había encontrado, me dirigí a la ventana y me encaramé por ella otra vez hasta el césped. Lo que pensaría el padre de Becky cuando encontrase rota aquella ventana era algo que ignoraba; pero sí sabía que no iba a ser yo quien se lo explicase.

Ya en el coche, mientras me apartaba del bordillo, asentí hacia Mannie, dedicándole una sonrisa tímida.

—Tenías razón —musité. Miré a Jack y me encogí de hombros.

Ocho

El animal humano jamás hace de una emoción (sea esta miedo, felicidad, horror, dolor, incluso satisfacción) un régimen constante. Era curioso; después de la noche que habíamos pasado, el desayuno discurrió con bastante alegría. El sol ayudó a que fuese así; entraba a raudales, amarillo y cálido, por las ventanas abiertas y la puerta de la cocina, presagiando una mañana prometedora. Theodora ya se había levantado cuando llegamos; estaba sentada a la mesa, bebiendo café con Becky. Se incorporó de la silla al vernos entrar y Jack corrió hacia ella, y ambos se abrazaron muy estrechamente durante un rato, mientras Jack la besaba con fuerza. Dio luego un paso atrás para mirarla; Mannie y yo también la miramos. Aún estaba cansada, tenía ojeras, pero ahora había en sus ojos un brillo sereno y cabal; y, sobre el hombro de Jack, nos sonreía.

Después, y casi como si se hubiera dado la señal para ello, nos pusimos a charlar, bromeando y riéndonos mucho; las dos mujeres encendieron el gas, sacaron algunas sartenes y cacerolas y abrieron las alacenas y la nevera, mientras los tres hombres permanecíamos sentados a la mesa de la cocina. Becky nos sirvió café a cada uno. Como por una suerte de acuerdo tácito, no hablamos acerca de la noche anterior —no en serio, al menos— ni de lo que Jack, Mannie y yo habíamos estado haciendo. Tampoco las mujeres hicieron preguntas; debieron entender por nuestra actitud que todo iba bien.

Una salchicha chisporroteaba en el hornillo. Theodora le dio la vuelta con un tenedor mientras Becky batía unos huevos en un cuenco, haciendo en la loza un ruido rítmico y agradable con la cucharilla de metal. Sonriéndonos con la mirada, Theodora dijo:

—He estado pensando sobre ello y creo que me gustaría tener un duplicado de Jack. Uno de ellos podría deambular por la casa, como siempre, sin escuchar una palabra de lo que digo, elaborando en su cabeza lo que fuera a escribir; así el otro tendría tiempo para hablar conmigo, e incluso para fregar los cacharros de vez en cuando.

Jack esbozó una sonrisa sobre el borde de la taza, mientras miraba a su mujer con ojos felices, aliviado de encontrarla de aquel humor.

—No estaría mal poder probar algo así —observó—. A veces pienso que cualquier cambio que se operase en mí sería una mejora. De hecho, tal vez el nuevo Jack sabría cómo escribir, en lugar de golpearse la cabeza contra un muro intentándolo.

Becky asintió:

—Tendría sus ventajas, sin duda —comentó—. Me gusta pensar que una Becky podría ser llevada en secreto por las calles, vestida con su camisón, mientras la otra

permanece convenientemente en casa, sola en la cama, observando el decoro.

Hicimos variaciones a esa idea. Mannie quería un doctor Kaufman que escuchase a sus pacientes, mientras el otro se dedicaba a jugar al golf, y yo dije que podía emplear un doble de Miles Bennett para poder dormir todas las noches del tirón.

El desayuno nos supo exquisito, y comimos y charlamos haciendo todos los chistes que se nos ocurrieron. De hecho, pienso ahora, nos sentíamos demasiado alegres, casi exageradamente alegres, como reacción a lo que había sucedido. En un momento de la charla, Mannie se limpió los labios con su servilleta, echó una mirada al reloj de pared y se levantó. Tenía el tiempo justo, aseguró, para llegar a su casa, afeitarse, cambiarse y acudir a la oficina a atender a su primer cliente. Se despidió, no sin antes decirme que pensaba enviarme una factura enorme, en la que me cobraría su tarifa horaria habitual —si es que no me cobraba el doble, apostilló—, luego me dedicó una ancha sonrisa y le vi irse hacia la puerta. Los demás nos servimos la segunda o la tercera taza de café.

Tras dar unos sorbos al mío y encender un cigarrillo, me arrellané en mi silla y les conté a Theodora y a Becky, muy resumidamente y ciñéndome a los hechos, lo que había ocurrido: lo que habíamos encontrado —o, más bien, no habíamos encontrado— en los sótanos de las casas de Jack y de Becky, y lo que Mannie nos contó en el camino que había frente a la casa de Jack.

Esperaba exactamente lo que ocurrió cuando terminé de hablar; Theodora, simplemente, sacudió la cabeza, con los labios apretados, sumida en un sereno estupor. Le resultaba imposible creer que no había visto lo que estaba convencida de haber visto, lo que aún podía ver en su mente con sólo cerrar los ojos. Becky no dijo nada, pero pude observar, por el alivio que reflejaban sus ojos, que había aceptado la explicación de Mannie, y supe que pensaba en su padre. Estaba guapísima, sentada a la mesa junto a mí, tan descansada, tan animada y atractiva, y resultaba excitante verla enfundada en mi camisa, con el cuello abierto.

Jack se incorporó, salió hacia la sala de estar y regresó con la carpeta que había traído de su casa. Sonriendo, se sentó, mientras decía:

—Soy como una ardilla —y miró detenidamente cada separador de su carpeta—. Colecciono las cosas más variadas, sin saber exactamente por qué. Y algunas de las cosas que guardo —metió la mano en uno de los separadores de la carpeta, para extraer una resma de recortes de prensa— son ciertos artículos que han aparecido publicados en los periódicos. Quise traerlos aquí tras nuestra charla con Mannie.

Apartando los platos, puso los recortes sobre la mesa, montones de ellos, algunos —los más antiguos— muy amarillentos, otros con aspecto más nuevo; bastante concisos unos, otros más extensos. Cogiendo uno al azar, Jack miró el titular y luego me lo alcanzó.

Lo sostuve de forma que Becky también pudiera leerlo. «Lluvia de ranas en

Alabama», rezaba el titular. Era un breve artículo escrito a una sola columna, de aproximadamente cinco centímetros, fechado en Edgeville, Alabama: «Esta mañana, cualquier pescador que se hallara en esta ciudad de cuatro mil habitantes», comenzaba, «se habría hecho con un montón de carnaza, a falta, eso sí, de un lugar donde poder emplearla. La pasada noche, una lluvia de diminutas ranas, de origen indeterminado...». El artículo —ojeé el resto de lo que había allí escrito— seguía diciendo que una lluvia de pequeñas ranas había caído la noche anterior sobre la ciudad, proyectándose durante varios minutos sobre los techos y las ventanas de las casas como una verdadera catarata de agua. El tono en que se narraba la historia era ligeramente humorístico, y no se daba ninguna explicación a aquella lluvia.

Levanté la vista hacia Jack, y vi que sonreía.

—Estúpido, ¿verdad? —dijo—. Sobre todo teniendo en cuenta, como sugiere la historia, que aquellas ranas no podían venir de ninguna parte. —Cogió otro recorte y me lo tendió.

«Un hombre arde hasta morir; sus ropas no sufrieron daños», era el titular. La noticia refería que un hombre había sido hallado muerto, reducido a cenizas, en una granja de Idaho. Las ropas que llevaba, sin embargo, no habían ardido, ni siquiera se habían chamuscado, y no se hallaron indicios de fuego ni huellas de humo en la casa. Se añadía que el forense de la ciudad había concretado que eran necesarios al menos dos mil grados de temperatura para que un hombre ardiese hasta quedar como el que habían encontrado. Era todo lo que el artículo decía.

Miré a Jack, sonriendo a medias, frunciendo un poco el ceño, preguntándome de qué iba todo esto. Theodora lo miraba sobre la taza de café con una mirada entre irónica y divertida, esa mirada de afectado desdén que las esposas dedican a las excentricidades de sus maridos. Jack nos sonrió.

—Tengo docenas de recortes como estos, extraídos de distintos lugares: gente que ha ardido en el interior de sus ropas. ¿No habíais leído nunca una tontería semejante? Pues aquí tenéis otra, de una clase distinta.

En el margen de aquel recorte, escrito a lápiz, decía: «New Yk. Post», y el titular rezaba: «Y allí tenía su ambulancia». Estaba fechado en Richmond, California, el 7 de mayo, y lo firmaba la Associated Press. El texto decía: «"Aprisa, diríjanse a San Pablo con la avenida MacDonald", exclamó la voz del teléfono. "El tren de Santa Fe ha chocado con un camión y hay un hombre gravemente herido". La policía envió un coche patrulla y una ambulancia a aquella dirección. No había habido ningún accidente. El tren no había llegado aún al lugar. Pero lo hizo, no obstante, cuando los policías ya se marchaban de allí, y en ese momento un camión de reparto, conducido por Randolph Bruce, de 44 años, se hallaba detenido en el cruce. Bruce está gravemente herido. Sufre lesiones cerebrales y aplastamiento torácico».

Dejé el recorte.

—¿Adónde quieres llegar, Jack?

—Bueno —lentamente se puso en pie—, hay ahí unos doscientos sucesos extraños que he ido acumulando en un puñado de años; y cualquiera podría encontrar cientos de ellos más. —Despacio, deambuló unos pasos por la cocina—. Y creo que al menos prueban esto: que los sucesos extraños ocurren de veras, ahora y antes, aquí y allá, por todo el mundo. Cosas que simplemente no encajan en el enorme corpus de conocimiento que la raza humana ha acumulado durante cientos de años. Cosas que chocan frontalmente con aquello que sabemos que es verdad. Cosas que caen hacia arriba, en lugar de hacia abajo. —Llevando una mano a la tostadora, apartada junto al fregadero, Jack cogió una miga con la yema de un dedo y se la llevó a la lengua—. Así que es aquí adonde quería llegar, Miles. ¿Hay siempre una explicación convincente para estos sucesos? ¿Debe reírse uno de ellos? ¿Deben simplemente ignorarse? Porque eso es lo que invariablemente sucede. —Reanudó los pasos por la vasta y vieja cocina—. Supongo que es natural. Supongo que nada que no sea avalado por la experiencia universal puede tener cabida en nuestro corpus de conocimientos. Y, con todo, la ciencia afirma ser objetiva. —Se detuvo, de cara a la mesa—. Afirma, sí, tener en cuenta todos los fenómenos de manera imparcial y sin ningún prejuicio. Pero, desde luego, la ciencia no hace tal cosa. Este tipo de incidentes —señaló con la barbilla el montoncito de papeles que había sobre la mesa— son automáticamente despachados con el desdén habitual. Y los demás seguimos el ejemplo. ¿Qué son estas cosas?, se pregunta la postura científica. Bueno, no serán más que ilusiones ópticas, o autosugestión, o histeria, o hipnosis colectiva, o, cuando todo lo demás falla, simple coincidencia. Cualquier cosa, excepto lo que quizá son: sucesos que posiblemente ocurrieron de verdad. Oh, no —Jack sacudió la cabeza, sonriendo—, nunca debemos admitir, ni por un momento, que lo que no entendemos pudo, no obstante, ocurrir.

Como hacen la mayoría de las esposas, incluso las más inteligentes, con cualquier convicción sostenida por sus maridos, Theodora aceptó la de Jack y la hizo propia.

—Bueno, es estúpido —dijo—, y realmente no sé cómo la especie humana es capaz de aprender cosas nuevas.

—Es algo que requiere mucho tiempo —concedió Jack—. Tuvieron que transcurrir cientos de años para que aceptásemos que el mundo es redondo. Pasamos un siglo resistiéndonos al conocimiento de que la Tierra gira alrededor del Sol. Odiamos enfrentarnos a nuevos hechos o evidencias, porque de esta forma es probable que tengamos que revisar nuestras concepciones de lo que es posible, y eso siempre resulta incómodo. —Jack sonrió, y de nuevo se sentó a la mesa—. Y aún hay más. Coged cualquiera de estos. —Tomó otro recorte—. Este del New York Post, por ejemplo. Sin duda, no se trata de un relato de ficción, ¿no? El New York Post es un diario real, y fue en él donde este pequeño artículo apareció impreso, pocos años

atrás, como sin duda aparecería también en un montón de periódicos por todo el país. Cientos de personas lo leyeron, incluyéndome a mí. ¿Pero alguna se alzó reclamando que se revisase nuestro corpus de conocimientos para incluir en él este pequeño y extraño incidente? ¿Lo hice yo? No; pensamos en él, nos sentimos intrigados e interesados durante un tiempo, y luego lo desechamos de nuestra mente. Y ahora, como todos esos otros incidentes, más o menos curiosos, que no encajan en lo que creemos saber, ha sido olvidado e ignorado por el mundo, salvo por unos pocos coleccionistas de rarezas como yo.

—Quizá fuera mejor así —concedí—. Echa un vistazo a esto. —Había estado mirando despreocupadamente algunos recortes mientras Jack hablaba, y le alcancé uno. Era una reseña muy sucinta, extraída de un periódico local, y no decía gran cosa. Refería que un tal L. Bernard Budlong, botánico y biólogo que ejercía como profesor en la escuela local, negaba las declaraciones que el periódico le había atribuido el día anterior acerca de ciertos «objetos misteriosos» hallados en una granja al oeste de la ciudad. Eran descritos como enormes vainas de alguna extraña variedad, y Budlong negaba haber manifestado que «procedían del espacio exterior». El Tribune se excusaba: «¡Disculpe, Profe!», al final del artículo. Estaba fechado el día 9 de mayo —. ¿Qué te parece esto, Jack? —dije con suavidad—. El desmoronamiento de una de tus pequeñas piezas: una mínima retractación sepultada en las páginas de los periódicos uno o dos días más tarde. Te hace plantearte —señalé el montón de recortes— la posible validez del resto, ¿no te parece?

—Claro —aceptó Jack—. Las retractaciones también forman parte de la colección. Y esa es la razón de que esta esté ahí; no quise excluirla. —Cogió un puñado de recortes y los dejó caer en un revuelo sobre la mesa—. Miles, por lo que sé, la mayor parte de lo que hay aquí es mentira. Otra porción serán, muy seguramente, bromas. Y quizá la mayor parte de lo que queda no son sino tergiversaciones, exageraciones o simples errores de juicio o percepción; tengo suficiente sentido como para saberlo. ¡Pero maldita sea, Miles, no todo lo que se cuente, sea de ayer, de hoy o de mañana, habrá de ser mentira! ¡No puedes dar a todo esto una explicación que prevalezca para siempre! —Por un momento permaneció mirándome con una mirada feroz; al rato sonrió—. Así pues, ¿está Mannie en lo cierto? ¿Habrá sido explicado de manera convincente lo que ocurrió la noche pasada? —Jack se encogió de hombros—. Quizá lo fue. Mannie aporta a las cosas mucho sentido; siempre lo hace. Y ha explicado lo que sucedió casi satisfactoriamente; quizá en un noventa y nueve por ciento. —Durante un momento Jack nos miró; luego bajó la voz y dijo muy suavemente—: Pero aún queda un pequeño uno por ciento de duda en mi mente.

Yo miraba a Jack, y sentí un desagradable y lentísimo estremecimiento en mi espina dorsal ante el mero pensamiento que acababa de ocurrírseme.

—Las huellas digitales —murmuré, y Jack frunció el ceño un instante—. ¡Las huellas digitales salieron en blanco! —exclamé entonces—. Mannie piensa que el cuerpo de tu sótano no era más que un cuerpo normal y corriente, pero ¿desde cuándo un cuerpo normal y corriente no tiene huellas digitales?

Theodora se incorporó de la silla, con las manos apoyadas en la superficie de la mesa, y su voz surgió alta y estridente:

—¡No puedo volver allí, Jack! ¡No puedo poner un pie en esa casa! —su voz, mientras Jack dejaba su silla, titubeante, se elevó aún más—: ¡Sé lo que vi! ¡Se estaba convirtiendo en ti, Jack, se estaba convirtiendo en ti! —Y al tomarla Jack entre sus brazos, las lágrimas ya corrían por sus mejillas, y el miedo se mostró, desnudo, otra vez en sus ojos.

Tras un segundo me vi capaz de hablar de nuevo:

—En ese caso, no vayas —le dije a Theodora—. Quédate aquí. —Ambos se volvieron para mirarme, y agregué—: Los dos debéis hacerlo. —Sonreí un poco—. Es una casa grande; elegid una habitación y quedaos en ella; trae tu máquina de escribir, Jack, y haz aquí tu trabajo. Me encantaría teneros conmigo. Yo solo no consigo llenar la casa y me vendría bien algo de compañía.

Jack observó mi expresión durante unos segundos:

—¿Estás seguro?

—Completamente.

Miró a Theodora y ella asintió sordamente, rogándole con la mirada que accediese.

—De acuerdo —dijo Jack entonces—. Quizá sea lo mejor; pero por un día, no mucho más. Gracias, Miles, muchas gracias.

—Tú también, Becky —continué—. También debes quedarte, aunque sea por unos días. Con Theodora y Jack —sentí que debía añadir. Su rostro estaba pálido, pero sonrió un poco con aquello.

—Con Theodora y Jack —repitió—. ¿Y dónde estarás tú? —noté que enrojecía, pero logré esbozar una sonrisa: —Exactamente aquí —dije—, pero puedes ignorarme —Theodora miró sobre el hombro de Jack, y ahora también se veía capaz de sonreír.

—Puede ser divertido, Becky —concedió—. Y yo estaré a tu lado. Los ojos de Becky resplandecían.

—Dicho así, suena como si fuese a tratarse de una fiesta que fuera a prolongarse durante días —pero el miedo ensombreció de nuevo sus ojos—. Pensaba en mi padre, eso es todo —me dijo.

—Telefonéale —contesté—, y dile la verdad. Que algo ha inquietado muy seriamente a Theodora, que va a quedarse aquí y te necesita. Es todo lo que debes decir. —Sonreí—. Aunque puedes añadir que tengo algunos perversos y pecaminosos planes en mente a los que, simplemente, no puedes resistirte. —Miré al reloj de pared

—. Debo ir a trabajar, chicos; la casa es vuestra. —Subí a prepararme para ir a la oficina.

Estaba más irritado que asustado, mientras me afeitaba, mirándome en el espejo del cuarto de baño. Una parte de mi mente se mostraba aterrada por aquello que habíamos tenido que afrontar en el piso inferior: que el cuerpo que vimos en el sótano de Jack —increíblemente, innegablemente, y por imposible que pareciera— no poseía huellas digitales. Aquello no lo habíamos imaginado, de eso estaba seguro, y era un hecho que ninguna argumentación de Mannie hubiera podido explicar. Pero, sobre todo, inclinado hacia el espejo mientras pasaba la cuchilla por mi mentón, estaba enfadado; no quería que Becky Driscoll viviese aquí, en mi casa, donde la vería más veces en un día de lo que por lo común la veía en una semana. Era demasiado atractiva, demasiado agradable y agraciada, y era evidente el peligro que había en ello.

—Condenado guaperas —me dije a mi propia cara, mientras me afeitaba—. Puedes casarte con ellas, de acuerdo; pero no puedes permanecer casado, ese es tu problema. Eres débil. Emocionalmente inestable. Esencialmente inseguro. Un niño latente. Una cloaca de inmadurez, incapaz de aceptar una responsabilidad adulta —sonreí, y traté de pensar algo más—. No eres más que un matasanos con una personalidad donjuanesca. Un pseudo... —ahí me detuve, y terminé de afeitarme con la incómoda sensación de que no era gracioso, sino cierto, el hecho de que hubiera fracasado con una mujer y ya me estuviera enredando demasiado con otra. Y, por lo que sabía, era mejor, por mi bien y el suyo, que estuviera en cualquier parte excepto aquí, bajo mi propio techo.

Jack me acompañó a la ciudad para hablar con Nick Grivett, el jefe de la policía local; ambos lo conocíamos bien. Después de todo, Jack había encontrado un cadáver, y este había desaparecido. Tenía que denunciarlo. Pero decidimos, mientras bajábamos a la ciudad en mi coche, que debía denunciar solamente aquel hecho, y nada más que eso. No podíamos explicar el retraso en poner la denuncia, así que convinimos alterar un poco la secuencia temporal y referir que habíamos encontrado el cuerpo la noche anterior, en lugar de la mañana de aquel mismo día; de hecho, todo podía haber ocurrido perfectamente de esa manera.

Incluso así, había una pequeña demora que explicar: ¿por qué Jack, entonces, no telefoneó a la policía la noche anterior? Para solventarlo, Jack contaría que Theodora se hallaba bajo la influencia de una profunda crisis histérica; que él no podía pensar en otra cosa hasta que ella no se recuperase, y que por eso corrió a llevarla al médico, o sea a mí. Puesto que Theodora había sufrido un terrible shock, decidimos que tanto ella como él permanecerían en mi casa, y luego, antes de telefonar a la policía, Jack regresaría a la suya para ponerse algunas ropas; fue entonces, al acudir a su casa, cuando advirtió que el cuerpo había desaparecido. Suponíamos que Grivett le echaría

una buena bronca, pero no había nada más que pudiera hacer. Sonriendo, le dije a Jack que se mostrase tan idiota y atolondrado como fuera capaz, pues Grivett ya se encargaría de achacar todo lo que le contase a su pertenencia a un oficio tan poco práctico como el literario.

Jack asintió y sonrió un poco ante esa idea, pero al punto su rostro se ensombreció de nuevo.

—Nos olvidamos de las huellas digitales, ¿verdad? Cuando hable con Grivett...

Me encogí de hombros y compuse una mueca:

—Debes hacerlo. Grivett te metería entre rejas si le mencionaras eso.

Nos dirigimos a la comisaría de policía, Jack salió y yo le dediqué una sonrisa. Luego agité una mano y seguí conduciendo.

Nueve

Pero estaba de mal humor cuando aparqué el coche en una calle lateral próxima a mi oficina, fuera del área de parquímetros. Preocupación, dudas y miedo se mezclaban en mi mente mientras caminaba la manzana y media que quedaba hasta mi trabajo. Además, el aspecto de Santa Mira me deprimía. Bajo el sol de la mañana, su aspecto era una confusión de desperdicios y descuido: había una papelería atestada de basura, aún sin vaciar desde el día anterior; la bombilla de una farola estaba rota, y unas puertas más allá del edificio donde estaba mi oficina había una tienda cerrada. Las ventanas estaban pintadas de blanco, y un tosco letrero de «Se alquila» se apoyaba contra el cristal. No especificaba a qué dirección dirigirse o a qué número llamar, y me embargó la sensación de que a nadie le importaba si la tienda volvería a ser o no alquilada. Los fragmentos de una botella de whisky se esparcían en el rellano de mi edificio, y la placa de acero con el nombre que había enclavada en la piedra gris aparecía manchada y sin lustrar. En toda la calle, como comprobé al detenerme para observar, no vi a nadie limpiando las ventanas de los establecimientos, tal y como sus propietarios solían hacer por las mañanas, y todo parecía extrañamente desierto. No era más que mi estado de ánimo, me dije; miraba al mundo con miedo y aprensión, y me reprendí; no debe uno dejarse llevar por los sentimientos cuando trabaja haciendo diagnósticos y tratando a pacientes.

Una mujer esperaba ya cuando llegué a mi oficina, en el piso de arriba; no tenía cita, pero como era un poco pronto, la atendí. Se trataba de la señora Seeley, aquella pacífica mujer de cuarenta años que una semana atrás se hallaba sentada en aquel mismo sillón asegurándose que su marido no era de veras su marido. Ahora sonreía, de hecho su sonrisa expresaba un gran alivio y placer, mientras me decía que su delirio había desaparecido. Me contó que había hablado con el doctor Kaufman la semana anterior, como le sugerí; no parecía que hablar con él le hubiera ayudado mucho, pero la tarde pasada, inexplicablemente, «volvió en sí».

—Estaba sentada en la salita, leyendo —explicó con entusiasmo, apretando las manos nerviosamente en el bolso—, cuando de pronto levanté la vista hacia Al, que se encontraba al otro lado de la habitación; estaba viendo un programa de boxeo en la televisión. —Sacudió la cabeza con un gesto de feliz desconcierto—. Y supe que era él. Realmente él, quiero decir: Al, mi marido. Doctor Bennell —me miró fijamente, con expresión meditativa, desde el otro lado de la mesa—, no sé qué pudo ocurrirme la semana pasada; de veras no lo sé, y me siento como una idiota. Claro que —se recostó en su silla— he oído de algunos casos como el mío. Una señora de mi club me habló de ello; dijo que había otros casos semejantes en la ciudad. Y el doctor Kaufman me explicó que el haber oído acerca de esos casos...

Cuando me contó, por fin, lo que el doctor Kaufman le había dicho, y lo que ella

le contestó; cuando yo la hube escuchado, hube asentido a sus palabras y dedicado una sonrisa, la acompañé al recibidor —ella aún seguía hablando— en un tiempo bastante razonable. Habría permanecido allí toda la tarde, contándomelo todo, rebosante de alegría, de haberla dejado.

Mi enfermera entró cuando la señora Seeley aún estaba hablando, y me entregó la lista de citas del día. La miré, y —efectivamente— allí estaba el nombre de una de aquellas tres madres de colegialas que habían acudido a mi consulta, presas del frenesí, la semana anterior. Tenía cita a las tres y media, y a esa hora, cuando mi enfermera la invitó a entrar a mi despacho, la mujer sonreía, e incluso antes de tomar asiento comenzó a explicarme b que yo ya sabía que iba a escuchar. Las chicas estaban bien, y más encariñadas que nunca con su profesor de Lengua. El profesor había aceptado amablemente sus disculpas, y pareció mostrarse muy comprensivo con lo que les había sucedido; la mujer, por su parte, con cierta prudencia, les había hecho a las chicas la sugerencia de que explicaran a sus compañeras que todo había sido una broma, nada más que eso, una mentirijilla de colegialas. Eso hicieron, y las creyeron. Las amigas de las tres chicas, me aseguró la madre, admiraban sinceramente su capacidad para hacer bromas, así que la madre dejó de preocuparse por ellas. El doctor Kaufman le había referido la facilidad con que un delirio como aquel podía afectar a una persona, en especial a las adolescentes.

En el momento en que la radiante madre se marchó, levanté el auricular del teléfono, llamé a Wilma Lentz a su tienda, y, cuando contestó, le pregunté, como sin darle importancia, qué tal se había sentido durante los últimos días. Hubo una pausa antes de que contestara. Dijo:

—Había pensado dejarme caer por tu despacho y verte para hablar sobre... aquello. —Se rio, sin demasiada credibilidad, antes de proseguir—: Mannie me ayudó, en efecto, Miles, de la forma que me dijiste. El delirio, o lo que fuese aquello, ha desaparecido, y... Miles, me he sentido tan avergonzada. No sé bien qué sucedió, o cómo podría explicártelo, pero...

La interrumpí para decirle que entendía lo que había ocurrido, que no debía preocuparse ni sentirse mal, sino que debía olvidar, y que ya iría yo a verla.

Me quedé inmóvil al menos durante un minuto después de colgar, con la mano aún en el auricular, intentando pensar de manera fría y sensata. Cada cosa que Mannie había predicho se había cumplido. Y si estaba en lo cierto con respecto a lo que allí había ocurrido —la tentación de creer era muy fuerte—, yo, simplemente, podía olvidarme de todo hasta que el miedo que sentía en mi interior se desvaneciera. Y Becky podía volver a su casa esa noche.

Casi colérico, me pregunté lo siguiente: ¿iba a permitir que la simple ausencia de unas huellas digitales en el cuerpo que Jack había hallado en su sótano mantuviera vivos todos mis miedos, y dejara mis problemas sin resolver? Una imagen se dibujó

en mi mente, y cobró vida, abrupta y nítida, durante un instante; en ella podía ver, de nuevo, aquellas manchas producidas por las huellas digitales, horribles e imposibles, pero innegablemente planas, tan planas como la mejilla de un bebé. Entonces la nitidez de aquella imagen mental se rompió y desvaneció, y me dije a mí mismo, totalmente irritado, que a buen seguro habría una docena de explicaciones posibles y perfectamente naturales para aquello, si de veras me tomaba la molestia de pensar en ellas.

Lo dije en voz alta: «Mannie tiene razón. Mannie lo ha explicado...». Mannie, Mannie, Mannie, de pronto murmuré para mis adentros. Parecía que últimamente su nombre era lo único que había oído o en lo que había pensado. La noche anterior nos había explicado la causa de aquel delirio, y esa misma mañana todos y cada uno de los pacientes con los que había hablado parecían mencionar su nombre extáticamente, presa de un profundo agradecimiento; lo había resuelto todo en un tiempo récord, y por sí solo. Durante unos segundos medité acerca del Mannie Kaufman que yo conocía, y creí recordar que aquel Mannie había sido siempre mucho más cauto, más minucioso a la hora de formular opiniones definitivas. Entonces la idea se erigió en mi cabeza en toda su extensión: aquel no era el Mannie que yo conocía; no era el verdadero Mannie, sino alguien que se parecía a él, que hablaba y actuaba como...

Sacudí la cabeza para espantar aquel pensamiento y sonreí, un tanto arrepentido. Aquello, por sí mismo, era la mejor prueba para certificar la razón que Mannie Kaufman tenía, con huellas digitales o sin ellas de por medio; la prueba de lo que nos había explicado: el increíble poder del extraño delirio que se había extendido por Santa Mira. Levanté la mano del auricular. La luz veraniega del atardecer caía sesgada por las ventanas de mi oficina, y de la calle me llegaban los suaves rumores de un mundo normal moviéndose en su rutina cotidiana. Y así, todo lo que había sucedido la noche anterior perdía su fuerza, al contrastarla con la monotonía de las cosas, la actividad y la brillante luz que me rodeaban. Llevándome mentalmente los dedos al ala de mi sombrero hacia Mannie Kaufman, doctor insigne, me dije a mí mismo —insistí en decirme— que Mannie era exactamente el mismo que siempre había sido, un tipo muy perspicaz y extremadamente inteligente. Él estaba en lo cierto, y nosotros nos habíamos comportado como estúpidos, arrastrados por la histeria, y no había una verdadera razón por la cual Becky Driscoll no debiera volver aquella misma noche a donde pertenecía, a su propia casa y a su propia cama.

Me puse en marcha hacia mi casa a las ocho de la tarde, tras la ronda habitual de llamadas telefónicas a mis pacientes, y vi que me habían esperado para cenar. Aún había luz. Theodora y Becky estaban en el porche, vestidas con delantales que habrían encontrado en alguna parte de la casa. Colocaban las cosas para la cena en la ancha barandilla del porche. Al verme, me saludaron con la mano, sonriendo, y, cuando cerré la puerta de mi coche, escuché el ruido de la máquina de escribir de

Jack, procedente de una ventana abierta en el piso superior. La casa, de nuevo, parecía viva, habitada por gente que me gustaba, y me sentí espléndidamente.

Jack bajó, y tomamos la cena en el porche. Había sido un día prístino, uno de esos días veraniegos de cielos azules y despejados, bastante caluroso, también, pero ahora, pasado el calor, no se podía estar mejor. Corría una brisa ligera y templada, y podían oírse las hojas de los viejos y enormes árboles que flanqueaban la acera agitándose y susurrando plácidamente. Zumbaban las cigarras, y de alguna parte de la calle llegaba el lejano y ruidoso traqueteo de un cortacésped, uno de los sonidos más veraniegos que existen. En aquel acogedor y vetusto porche nos habíamos dividido entre el silloncito de mimbre, confortable y algo maltrecho, y el balancín; comíamos tostadas de tomate y beicon, bebíamos té helado, y, en realidad, hablábamos de poca cosa, incurriendo en frecuentes y fáciles silencios, pero yo supe que aquel era uno de esos maravillosos momentos aislados que uno recuerda toda su vida.

Becky, por lo visto, había ido a su casa para coger alguna ropa; llevaba un vestido de verano, muy elegante y moderno, del tipo que convierte a las chicas atractivas en mujeres verdaderamente hermosas, y le sonreí; estaba sentada junto a mí, en el balancín.

—¿Te importaría —le susurré educadamente— ir arriba conmigo y ser seducida?

—Me encantaría —murmuró, y dio un sorbo a su taza de té—, pero justamente ahora tengo demasiada hambre.

—Qué dulce —dijo Theodora—. Jack, ¿por qué no me decías cosas tan bonitas cuando me cortejabas?

—No me atrevía —contestó, y dio un mordisco a su tostada—, o de otro modo me habrías obligado a casarme contigo.

Al oír aquello sentí que me sonrojaba, pero estaba bastante oscuro, así que pensé que nadie habría reparado en ello. Podría haberles contado entonces lo ocurrido esa mañana en mi oficina; pero Becky quizá habría querido volver de inmediato a su casa, y me dije que, al menos, merecía la cita de esa noche. No había peligro alguno en ello, dado que iba a llevarla pronto a su casa.

En ese momento Theodora terminó su té helado, y se puso en pie:

—Estoy muerta de cansancio —exclamó—. Totalmente exhausta. Me voy a la cama. —Miró a Jack—. ¿Y tú, Jack? Creo que deberías hacerlo también —añadió con firmeza.

La miró, y luego asintió.

—Sí —concedió—, creo que debo hacerlo. —Bebió el último trago de su taza, arrojó el hielo al césped y se incorporó del pasamanos—. Nos veremos por la mañana —nos dijo a Becky y a mí—. Buenas noches.

No hice nada para retenerlos. Becky y yo les dimos las buenas noches, y miramos a los Belicec adentrarse en la casa; les escuchamos caminar hacia las escaleras,

hablando en voz baja. No tenía claro si Theodora estaba cansada de veras o si estaba haciendo un poco de casamentera. Me daba la impresión de que había apremiado a Jack a irse con toda la intención, pero, fuera como fuese, no me importaba, y lo que quería contarles podía esperar a la mañana. Lo cierto es que ya me encontraba un poco cansado de ser un ciudadano ejemplar; no me sentía como un monje en lo más mínimo, y —me lo decía a mí mismo— me había ganado un poco de soledad junto a Becky; en un rato le contaría lo que había sucedido aquel día en mi oficina.

Oímos que los pasos llegaban al piso superior. Entonces me volví hacia ella.

—¿Te importa moverte, y sentarte a mi izquierda en lugar de a mi derecha?

—No —se levantó, sonriendo confundida—. Pero ¿por qué? —se sentó de nuevo en el balancín, a mi izquierda.

Me incliné sobre ella un momento para dejar mi vaso en el pasamanos del porche.

—Porque —le sonreí— soy zurdo besando, ¿comprendes?

—No, no te comprendo. —Me devolvió la sonrisa.

—Bien, una chica a mi derecha —hice la demostración, pasando mi brazo alrededor de una cintura imaginaria a mi derecha— me resulta bastante incómoda. Es simplemente que, por alguna razón, no me encuentro a gusto; es como tratar de escribir con la mano equivocada. Y no sé besar, salvo por mi izquierda.

Levanté un brazo para apoyarlo sobre el respaldo del balancín, tocándole los hombros, y Becky sonrió un poco, y se volvió hacia mí. Entonces la sostuve contra mí, inclinándome un poco hacia ella, cambiando levemente mi postura, rodeándola con los brazos hasta que ambos nos sentimos cómodos. Cuánto había deseado aquel beso. Al punto, mi corazón martilleaba contra mi pecho, y podía sentir el latido de la sangre en mis sienes. Besé entonces a Becky, lenta y muy delicadamente, tomándome todo el tiempo del mundo; luego con más pasión, estrechando mis brazos a su alrededor, inclinándole el cuerpo, y de pronto aquello fue mucho más que agradable, fue como una silenciosa explosión en el interior de mi mente, y en cada nervio y cada vena de mi cuerpo. Sentí sus labios, mullidos y fuertes, sentí mis manos apretando su espalda y sus costados, y el intenso estremecimiento de tener su cuerpo contra el mío. Levanté la cabeza, no podía respirar. Luego la besé de nuevo, y de pronto, de forma instantánea, no me importó nada de lo que ocurría. Nunca en mi vida había experimentado algo como aquello: mi mano descendió por su cuerpo, la estreché con fuerza y supe que iba a subirla a mi habitación, si me dejaba, que me casaría con ella mañana mismo, que me casaría con ella en ese preciso momento, que me casaría con ella cien veces más, no me importaba.

—¡Miles...! —oí la voz, el áspero susurro de una voz de hombre procedente de no sabía dónde; daba la impresión de que ya no podía ni pensar—. ¡Miles! —la voz sonó más alto, y yo miraba estúpidamente por todo el porche—. ¡Aquí, Miles, aprisa! —era Jack, de pie tras la puerta mosquitera, y por fin lo vi, haciéndome señas.

Estaba ahí por Theodora. Lo sabía, sabía que algo le había sucedido, y me incorporé a toda velocidad, crucé el porche y seguí a Jack por la salita hasta las escaleras. Pero Jack las pasó de largo, abrió la puerta del sótano y, tras verle encender la linterna que tenía en la mano, le seguí escaleras abajo.

Atravesamos el sótano, y oímos cómo nuestras suelas rechinaban en la arenisca del suelo. Jack giró el pestillo de madera de la puerta de la carbonera. La carbonera estaba en una esquina del sótano, separada del resto de la habitación mediante unos tablones que llegaban hasta el techo. Hasta entonces la había mantenido vacía y sin usar, barrida y fregada, desde que instalé la calefacción de gas. Jack abrió la puerta, y el haz de la linterna reptó por el suelo hasta que por fin se detuvo, proyectando un óvalo de luz en el suelo de la carbonera.

No podía creer lo que estaba viendo allí, tendido sobre el cemento. Por más que miraba, debía hacer un enorme esfuerzo para traducir en palabras lo que tenía ante mí, y comprender así qué era aquello. En el suelo, decidí por fin, yacían lo que parecían ser cuatro vainas gigantes. Habían debido de tener una forma redondeada, quizá unos noventa centímetros de diámetro, pero ahora estaban rajadas por algunos sitios, y de su interior una sustancia grisácea, semejante a una espesa pelusa, se había derramado parcialmente por el suelo.

Esto es una parte de lo que vi: mi mente se hallaba enfangada en ordenar todas mis impresiones. De alguna manera —tras un primer vistazo— aquellas vainas me recordaban a las plantas rodadoras, esos rollos de seca y enmarañada materia vegetal, ligeros como el aire, diseñados por la naturaleza para rodar con el viento, por el desierto. Pero las vainas se hallaban sólidamente cenadas: sus superficies estaban compuestas de una red de fibras amarillentas, muy toscas a la vista, y vi que desplegándose entre ellas, para cerrar por completo el exterior de las vainas, había enormes retazos de una membrana marrón, de apariencia reseca, parecida a las hojas secas de roble tanto en color como en textura.

—Vainas —dijo Jack suavemente, con voz alucinada—. Miles... las vainas del recorte de prensa. —Le miré—: El recorte que me mostraste esta tarde —añadió con impaciencia—, aquel que hablaba de un profesor de instituto. Mencionaba unas vainas, Miles, unas vainas gigantes, halladas en una granja al oeste de la ciudad la primavera pasada. —Siguió mirándome durante un rato más, hasta que asentí. Entonces Jack abrió del todo la puerta de la carbonera, y, en el escrutador óvalo de su linterna, vimos algo más, y entramos allí para acucillarnos junto a aquellas vainas, a fin de echar un vistazo más detallado. Cada una de ellas se había abierto por cuatro o cinco sitios, y una parte de la sustancia gris que las rellenaba se hallaba desparramada por el suelo. Pero ahora, con la luz de la linterna de Jack más próxima, vimos algo realmente curioso. En sus bordes exteriores, lejos de las vainas, aquella pelusa gris se estaba volviendo blanca, casi como si el contacto con el aire la privase del color. Y

(no había duda de ello: lo vimos) aquella enmarañada y esponjosa sustancia se estaba condensando, y adquiriendo una forma.

Una vez vi una muñeca fabricada por una primitiva tribu de Sudamérica. Estaba hecha de juncos flexibles, groseramente trenzados y atados por determinados sitios para formar una cabeza y un cuerpo; los brazos y las piernas sobresalían del tronco con rigidez. Aquellas masas enmarañadas que había a nuestros pies, semejantes a crines grises, brotaban lentamente de las vainas membranosas, adoptando un color más claro en sus bordes externos, y —tosca pero decididamente— habían comenzado a cobrar una forma, pues ya las fibras se enderezaban y alineaban en grosera aproximación a lo que, en cada una, habría de ser una cabeza, un cuerpo y unos brazos y piernas en miniatura. Eran tan rudimentarios como los de la muñeca que vi, e igual de inequívocos.

Es difícil decir cuánto tiempo estuvimos acuclillados allí, mirando con perplejo asombro todo aquello. Pero fue lo suficiente como para ver que la sustancia gris continuaba rezumando de las enormes vainas, lenta como la lava, hasta el suelo de cemento; lo suficiente como para ver aquella sustancia gris cambiar de color y tornarse blanca al tocar el aire; lo suficiente, en fin, como para ver que esa tosca masa con forma de cabeza, y esa otra con forma de extremidades, iban creciendo, según brotaba de la vaina aquella sustancia gris... hasta perder tosquedad.

Mirábamos aquello, petrificados, con la boca abierta, y de vez en cuando las superficies marrones y membranosas de aquellas enormes vainas crujían audiblemente (recordaba al ruido de una hoja seca partiéndose en dos) y se arrugaban, haciéndose añicos lentamente, a un ritmo regular, un poco más cada vez, a medida que aquella sustancia con que estaban rellenas iba manando de ellas, como una niebla pesada e infinitamente lenta. Y, al igual que una nube inmóvil en el cielo, en un día sin viento, cambia de forma imperceptiblemente al observarla, aquellas cosas que yacían en el suelo, con su aspecto de muñecas, se transformaron en... algo que dejó de asemejarlas a muñecas. Habían adquirido el tamaño de un niño; y las vainas que habían contenido aquella sustancia fueron desmenuzándose en endebles fragmentos. Proseguía, sí, el casi imperceptible entretejerse y alinearse de la fibra, al tiempo que esta se iba volviendo cada vez más blanca; y de pronto en las cabezas empezaron a surgir unas marcas semejantes a las de unas cuencas oculares; en cada una de ellas, también, comenzó a despuntar el puente de una nariz y la raya de una boca, y en el extremo de los brazos, doblados por los codos, brotaban, con la forma de una estrella, unas manos diminutas de dedos rígidos.

La cabeza de Jack y la mía se volvieron al mismo tiempo, y nos miramos a los ojos, sabiendo qué veríamos al cabo de un rato.

—¡Los cuerpos intactos! —susurró, con voz reseca—. ¡De ahí es de donde vienen! ¡De donde crecen!

No podíamos seguir mirando aquello. Nos pusimos rápidamente en pie, con las piernas anquilosadas de haber pasado tanto tiempo en cuclillas, y salimos tambaleándonos al sótano, dirigiendo la vista a todas partes, frenéticamente, en busca de normalidad. Nos detuvimos junto a un montón de periódicos viejos, y observamos en silencio, a la luz de la linterna de Jack, la primera plana de un San Francisco Chronicle atrasado, y tanto sus titulares como sus pies de foto, tanto los asesinatos como la violencia y la corrupción de una ciudad, nos parecían inteligibles, y normales, y gratos de ver. Después encendimos unos cigarrillos, y deambulamos por el sótano, fumando, sin decir palabra, caminando de un lado a otro, esperando, mientras dejábamos que nuestra mente se extraviase en tantos pensamientos desconcertados y confusos como fuera capaz de hilvanar. Luego, por fin, volvimos junto a la puerta abierta de la carbonera.

Prácticamente, el increíble proceso del interior había concluido. Las enormes vainas se dispersaban ahora por el suelo, reducidas a añicos diminutos y a un polvo apenas perceptible. Y, en el mismo lugar en que estuvieron, había cuatro figuras tumbadas, grandes como adultos. Aquel grueso pellejo de fibra ríscosa que los componía aparecía por fin unido en todos sus bordes, con las superficies en perfecto estado, todavía áspero como la corteza de un árbol, pero, poco a poco, se iba tornando más suave, al tiempo que adquiría un color enteramente blanco. Cuatro cuerpos intactos, de caras insulsas, lisas y sin arrugas, aguardaban allí, casi preparados para recibir las impresiones finales. Y cada uno de ellos era para cada uno de nosotros; lo sabíamos: uno para mí, uno para Jack, los otros para Theodora y Becky.

—Su peso —murmuró Jack, pugnando por mantener la cordura mediante las palabras—. Absorben agua del aire. El cuerpo humano es agua en un ochenta por ciento. Absorben el agua. Así es como funciona.

Acuclillado junto al más cercano, levanté una de sus manos para mirar, mudo de espanto, aquellas yemas lisas y redondeadas, carentes de huellas digitales, y dos pensamientos me ocuparon la mente de manera simultánea: «Vienen por nosotros», me dije, alzando mi cabeza para mirar a Jack, y, al mismo tiempo, pensé: «Ahora, Becky debe permanecer aquí».

Diez

Eran las dos y veintiún minutos de la mañana: acababa de echar una mirada a mi reloj y me quedaban nueve minutos antes de despertar a Jack para que iniciase su turno. Estaba de ronda por la casa, caminando en silencio por el vestíbulo del piso superior, calzado sólo con mis calcetines, y acababa de detenerme frente a la puerta de la habitación de Becky. Sin hacer ruido, la abrí, entré en ella y, por tercera vez desde la medianoche, exploré cada centímetro de la habitación con el haz de mi linterna, igual que hacía con cada una de las restantes habitaciones de la casa. Agachándome, barrí con la luz el hueco que había bajo la cama de Becky; luego abrí el armario y examiné su interior.

El haz de luz azulada enfocó la pared justo encima de la cabeza de Becky, y me detuve a mirar su rostro. Sus labios estaban ligeramente abiertos, su respiración era regular y sus pestañas se curvaban para descansar en su mejilla, conformando una visión verdaderamente hermosa. Estaba muy bella, sí, tumbada allí, y advertí que estaba pensando en lo reconfortante que sería poder acostarme a su lado sólo un minuto, sentirla rebullir en sueños y percibir su calidez cerca de mí. «Huye de esta trampa, muchacho», me dije para mis adentros, y regresé al vestíbulo y a las escaleras que conducían al ático.

No había nada en el ático que no perteneciera a aquel lugar. A la luz de mi linterna vi una hilera de viejos vestidos y abrigos de mi madre, suspendidos de sus perchas a lo largo de una barra de metal, y cubiertos con una sábana para preservarlos del polvo; en el suelo, a su lado, había un arcón de cedro. Vi el archivador de madera de mi padre, con sus enmarcados diplomas apilados encima, tal y como fueron traídos de su oficina. En aquel archivador se conservaban los historiales de cuantos resfriados, dedos heridos, órganos con cáncer, huesos rotos, paperas, difterias, nacimientos y muertes habían sido en toda Santa Mira durante las dos últimas generaciones. La mitad de los pacientes listados en aquellos archivos ya estaban muertos; las heridas y tejidos que mi padre hubo tratado ya eran sólo polvo.

Caminé hacia el ventanuco donde de niño solía sentarme a leer, y contemplé Santa Mira, extendida bajo mis pies, en la oscuridad. Allí, durmiendo entre tinieblas, descansaban las gentes del pueblo; mi padre había ayudado a traer a muchos de ellos al mundo. Soplabla la brisa nocturna, y un poco más allá, a mi izquierda, sobre el asfalto, iluminadas por las farolas de la calle, las siluetas de los cables del teléfono oscilaban como una extensa maraña sin musitar un mero rumor, a un lado y a otro de la calle desierta, dando una impresión de soledad. Podía ver el porche de los MacNeeley irguiéndose nítidamente en el resplandor eléctrico de las luces nocturnas, y, tras él, la sombría mole de su casa. También podía ver el porche de los Greeson; solía jugar a las casitas con Dot Greeson cuando tenía siete años. Su vasto porche se

combaba hacia adentro en una curva apenas perceptible: necesitaba una mano de pintura, y me pregunté por qué razón no lo arreglaban, si siempre habían tenido su porche muy cuidado. Más allá de la casa de los Greeson pude vislumbrar la valla que rodeaba el hogar de Blaine Smith; mi ciudad, embozada en las sombras, estaba poblada de vecinos y amigos. Los conocía a todos, al menos de vista, o de saludarlos y hablar con ellos en la calle. Había crecido aquí; desde mi niñez conocía cada calle, cada casa y sendero, la mayoría de los jardines traseros y cada colina, campo y camino en kilómetros a la redonda.

Y ahora ya no conocía nada. Sin cambio alguno para la mirada, lo que estaba viendo ahí fuera —a través de mis ojos, y más allá de ellos, en mi mente— era algo totalmente ajeno. El óvalo de luz sobre el asfalto, los porches de cada casa conocida, y los oscuros bultos de los edificios y la ciudad que había más allá de ellos me atenazaban. Ahora, todos aquellos rostros y cosas tan familiares suponían una amenaza; la ciudad había cambiado, o estaba cambiando, hacia algo verdaderamente terrible, algo que me seguía los pasos. También me quería a mí, y lo sabía.

Una pisada hizo chirriar la escalera: oí después el rumor de unos pasos ligeros y me volví en la oscuridad, agachándome todo lo que pude, con la linterna alzada a modo de arma. En voz baja, Jack dijo: «Soy yo», y encendí la linterna y vi su cara, cansada y aún soñolienta. Cuando se detuvo a mi lado apagué la luz, y durante unos instantes permanecimos allí, contemplando Santa Mira. La casa que dormía bajo nuestros pies, la calle que se extendía ahí afuera, la ciudad entera, estaban aún en calma, envueltas en un silencio sepulcral; las horas más bajas para el cuerpo y el alma.

Tras unos minutos, Jack murmuró:

—¿Has estado abajo hace poco?

—Sí —dije, antes de responder a su pregunta implícita—. No te preocupes; les he inyectado cien centímetros cúbicos de aire intravenoso.

—¿Han muerto?

Me encogí de hombros.

—Si puede decirse eso de algo que nunca ha estado vivo, entonces así es. En cualquier caso, están revertiendo a su forma original. —¿A esa cosa gris?

Asentí, y a la luz que llegaba por las ventanas pude ver que a Jack le recorría un escalofrío.

—Bueno —dijo, tratando de mantener un tono de voz indiferente—, no era una ilusión. Los intactos son reales. Duplican a personas vivas. Mannie estaba equivocado.

—Sí.

—Miles, ¿qué le sucederá al original cuando los intactos duplican a un hombre? ¿Andarán ambos por ahí al mismo tiempo?

—Obviamente no —respondí—, o los habríamos visto. No sé qué ocurrirá, Jack.

—¿Y por qué tus pacientes han ido a ti para tratar de convencerte de que nada iba mal? Estaban mintiendo, Miles.

Me conformé con encoger un hombro; estaba fatigado e irritable, y habría contestado bruscamente a Jack si hubiese intentado responder.

—En fin —dijo entonces, suspirando cansadamente al hablar—, hemos de suponer que lo que está pasando, sea lo que sea, aún se circunscribe a Santa Mira y a las zonas más próximas, porque si no... —Hundió la cabeza, y no terminó de hablar. Al rato siguió—: De modo que cada casa y cada edificio, cada espacio cerrado en toda la ciudad, debe ser registrado. De arriba abajo, Miles —añadió quedamente—. Y hasta el último hombre, mujer o niño debe ser examinado; no sé cómo ni con qué fin. Pero tenemos que pensar la manera de hacerlo, y actuar rápido. ¿Un cigarrillo? —Cogí uno de la cajetilla que Jack me ofrecía; luego me dio fuego—. La policía local o la del estado no pueden hacerlo —dijo—. No tienen autoridad para ello, y de todas maneras trata de imaginar cómo íbamos a explicárselo. Miles, esto alcanza las proporciones de una emergencia nacional. —Me miró—. Sin duda lo es, tan real como cualquiera a la que antes nos hayamos enfrentado. Puede ser incluso mucho más que eso; una amenaza inédita en toda la historia de la raza humana. —La punta de su cigarrillo ardió un momento, y Jack prosiguió, con voz tranquila, tajante, muy seria—. Así que alguien, Miles, el Ejército, la Armada, el FBI, no sé quién o qué, pero alguien tiene que venir a esta ciudad tan rápido como podamos traerle. Y debe declarar la ley marcial, el estado de sitio, algo, ¡cualquier cosa! Y hacer entonces lo que deba hacerse. —Bajó la voz antes de continuar—. Cortar esta cosa de raíz, aplastarla, triturarla, matarla.

Callamos durante un rato, mientras yo meditaba en todo lo que podría haber escondido aún bajo los tejados, rodeándonos, oculto en lugares secretos; y daba miedo sólo pensar en ello.

—Hay algo de café en el piso de abajo —dije, y nos dirigimos a las escaleras.

Ya en la cocina, serví dos tazas de café, y Jack se sentó a la mesa. Yo me apoyé en la cenefa del fogón.

—De acuerdo, Jack —repliqué entonces—. Pero ¿qué? ¿Qué podemos hacer? ¿Telefonar acaso a Eisenhower? ¿Llamarle a la Casa Blanca, y cuando responda al teléfono decirle que aquí, en Santa Mira, un pueblo que votó a los republicanos en las últimas elecciones, hemos encontrado unos cuerpos que no son verdaderos cuerpos sino otra cosa distinta, no sabemos qué, por favor envíe ahora mismo a los marines?

Jack encogió los hombros con impaciencia:

—¡No lo sé! ¡Pero tenemos que hacer algo, tenemos que encontrar la forma de llegar a quien pueda actuar! ¡Tenemos que dejar de hacer el payaso y pensar algo!

Asentí.

—De acuerdo; una cadena de mando.

—¿Qué?

Miré fijamente a Jack, entrecerrando los ojos, emocionado de pronto, porque había dado con una respuesta.

—Escucha: ¿a quién conoces en Washington? Dime alguien que te conozca, alguien que sepa que no estás loco, que cuando le cuentes todo esto sepa que estás diciendo la verdad. ¡Alguien que pueda poner a rodar el balón, y pueda empujarlo un poco cada vez, hasta que alcance a quien de veras tenga la capacidad de hacer algo!

Tras unos segundos, Jack sacudió la cabeza.

—Nadie. No conozco a nadie en Washington. ¿Y tú?

—No —me desplomé contra el fogón—. Ni siquiera a un demócrata. ¿Y si escribes a vuestro representante en el Congreso? —Entonces recordé algo, y moví la cabeza con indiferencia—. Sí sé de alguien allí; la única persona en Washington que conozco con alguna calidad oficial. Ben Eichler: estaba en el último curso de secundaria cuando yo entré en el instituto. Ahora es militar del Ejército, trabaja en el Pentágono. Pero es sólo teniente; no conozco a nadie más.

—Tu amigo nos valdrá —respondió Jack enseguida—. El Ejército podría manejar esto, y ese Ben pertenece a él. Trabaja en pleno Pentágono, y con un grado bastante bueno; cuando menos, podría hablar con algún general sin correr el riesgo de que le formen consejo de guerra.

—De acuerdo —asentí—. Al menos no se pierde nada intentándolo; le telefonaré. —Me llevé la taza a los labios y le di un sorbo al café.

Jack me miraba, frunciendo el ceño. Su impaciencia aumentó hasta que al fin estalló:

—¡Ahora! ¡Maldita sea, Miles, ahora! ¿A qué estás esperando? —Después dijo —: Miles, lo siento, ¡pero hay que moverse!

—Está bien —dejé mi taza junto al fogón y me dirigí a la sala de estar, seguido de Jack; levanté el auricular del teléfono y llamé a la operadora—: Operadora —dije, cuando respondió, y empecé a hablar muy lenta y cuidadosamente—, quiero hacer una llamada personal a Washington, DC, al teniente Benjamin Eichler. No sé su número, pero está en la guía —me volví a Jack—. Hay otro aparato en mi habitación —le susurré—. Ve a escuchar.

Con el auricular en el oído, oí el pequeño pitido de la señal y la voz de la operadora diciéndole a alguien: «MX a Washington, DC». Hubo una pausa, antes de que la voz de otra chica pronunciara una serie de números y letras en código. Durante un tiempo, de pie en la salita, sosteniendo el auricular contra el oído, estuve escuchando los débiles ruidos al otro lado de la línea: ligeros zumbidos, silencios eléctricos, distantes voces aisladas de operadoras de ciudades lejanas, el fragmentario y remotísimo rumor de otras conversaciones... Entonces la voz de la operadora pidió

comunicación con el número de Información en Washington, y al fin dio con el teléfono del teniente Eichler. La operadora local me urgió a anotar el número para futuras consultas, y respondí que así lo haría. Un momento después, la señal sonaba en el auricular.

El tercer timbrado fue interrumpido, y la voz de Ben sonó clara y minúscula en mi oído:

—¿Diga?

—¿Ben? —advertí que había levantado la voz, como la gente acostumbra hacer en las llamadas de larga distancia—. Soy Miles Bennell, desde California.

—¡Hola, Miles! —la voz trocó de pronto su tono en otro más alegre y jovial—. ¿Cómo estás?

—Bien, Ben, de maravilla. ¿Te he despertado?

—Vaya, diablos, no, Miles; sólo son las cinco y media de la mañana, ¿quién va a estar durmiendo a estas horas?

—Bueno —sonreí un poco—, lo siento, Ben, pero ya iba siendo hora de que te levantas. No pagamos nuestros impuestos para que tú tengas un salario exorbitante y encima te tires todo el día en la cama. Escucha, Ben —mi voz recuperó la seriedad—, ¿tienes un momento para sentarte y escuchar lo que tengo que contarte? Ponle media hora larga, Ben. Es terriblemente importante, y quiero contártelo con todo detalle; de hecho voy a hacerle como si esta fuera una llamada local. ¿Puedes prestarme tu tiempo, y escuchar con toda atención?

—Claro; dame un segundo —hubo una pausa al otro lado. Después, la voz de Ben, clara y distante, continué—: Iba por mis cigarrillos. Cuando quieras, Miles; estoy listo.

—Ben —comencé—, tú me conoces; me conoces muy bien. Ante todo te diré que no estoy borracho, sabes que no estoy loco y sabes, también, que no hago bromas idiotas a mis amigos en mitad de la noche, o a cualquier otra hora. Lo que voy a contarte es muy difícil de creer, pero es cierto, y quiero que lo tengas en cuenta mientras escuchas. ¿Vale?

—Sí, Miles. —La voz sonó grave, a la espera.

—Hace una semana —empecé, muy despacio—, un jueves... —y seguí refiriéndole toda la historia con mucha calma, sin prisas, desde la primera visita de Becky a mi oficina hasta concluir, veinte minutos después, con los sucesos de aquella misma noche.

No es nada fácil explicar por teléfono una historia larga y complicada cuando uno no puede ver el rostro de su interlocutor. Y encima no teníamos suerte con la comunicación. Al principio yo podía escuchar a Ben, y él a mi, tan nítidamente como si estuviéramos en habitaciones contiguas. Pero cuando comencé a contarle lo que estaba ocurriendo en Santa Mira, la comunicación se fue perdiendo por momentos, y

Ben se veía obligado a pedirme que repitiese cada cosa una vez y otra, hasta un punto en que casi tenía que gritar para hacerme entender. Uno no puede comunicarse en condiciones, ni puede siquiera pensar con claridad, cuando tiene que repetir cada frase punto por punto. De modo que llamé a la operadora y le pedí que mejorara la conexión. Tras una pequeña pausa comprobé que la comunicación se había arreglado, pero no bien hube reanudado la historia comencé a oír un zumbido en el auricular, de manera que no me quedó otro remedio que el de tratar de imponer mi voz sobre aquel ruido. Por dos veces volvió a cortarse la comunicación —la señal de línea sonaba de repente en mi oído—, y, al fin, me sentí tan furioso que acabé gritando a la operadora. No era una conversación precisamente satisfactoria, así que, cuando terminé de hablar, me pregunté cómo le habría sonado todo aquello a Ben, en la otra punta del continente.

—Entiendo —respondió, despacio, antes de hacer una pausa y ordenar sus ideas—. Bueno, Miles —siguió después—, ¿qué quieres que haga?

—No lo sé, Ben —ahora la comunicación era bastante buena—, pero comprenderás que algo debe hacerse; es obvio. Ben, mueve esta historia por ahí. Hazla circular por Washington, por las altas esferas, hasta que alcance a alguien que pueda hacer algo.

Rio; era una risa forzada, provocada desde el estómago.

—Miles, ¿sabes con quién hablas? Soy teniente en el Pentágono; soy yo quien hace el saludo al conserje. ¿Por qué yo, Miles? ¿No conoces a nadie que realmente...?

—¡No, maldita sea! ¡Estaría hablando con él si fuera así! Ben, tiene que ser alguien que me conozca, y que sepa que no estoy loco. Y no sé de nadie más, sólo te conozco a ti. Ben, tienes que...

—De acuerdo, de acuerdo —su voz sonaba conciliadora—. Haré lo que esté en mi mano, todo lo que esté en mi mano. Si eso es lo que quieres, pondré sobre la mesa del coronel toda esta historia en una hora. Iré a verle y le despenaré; vive aquí, en Georgetown. Le contaré exactamente lo que me has contado, tal y como lo he entendido. Y agregaré que te conozco bien, que estás en tus cabales, que eres un ciudadano serio e inteligente, y que personalmente estoy convencido de que dices la verdad, que creo firmemente en ello. Pero eso es todo lo que puedo hacer, todo, incluso si lo que me cuentas significara el fin del mundo para antes del atardecer. —Hizo una pausa, y pude oír el silencio eléctrico de los cables entre ambos. Luego, tranquilamente, añadió—: Pero Miles, eso no dará resultado. Porque, ¿qué esperas que haga el coronel con esa historia? No es un tipo con imaginación, por decirlo suavemente. Y, aunque lo fuera, no es la clase de hombre que se pondría la soga a su propio cuello, ¿me explico? Hasta dormido sabe lo que debe añadir a su expediente. Desde su estancia en West Point se ha labrado la reputación de poseer un sentido

común práctico, conciso y claro. Sin brillo pero efectivo, esa es su especialidad; ya sabes la clase de hombre a que me refiero. —Ben suspiró—. Miles, puedo imaginarle yendo al general con esa historia. ¡En adelante no volvería a confiar en mí ni para que le llenase el tintero!

Era mi turno de decir:

—Entiendo.

—Miles, ¡lo haré, si quieres que lo haga! Pero incluso si lo imposible sucediese, si el coronel le entrega esta historia al general de brigada, si a su vez este se la entrega al general en jefe, que a su vez la presenta a un superior de tres o cuatro estrellas en la pechera, ¿qué demonios podría cualquiera de ellos hacer con ella? Para entonces será una extraña historia de tercera o cuarta mano, iniciada por algún teniente idiota del que nunca habrán oído hablar. Y a él le llegó la historia a través del teléfono, por la vía de un amigo chiflado, un civil, perdido en alguna parte de California. ¿Entiendes? ¿Puedes de veras imaginar que en el caso de que tu historia alcance a la persona que pueda hacer algo, ese algo se haga? ¡Dios mío, ya sabes cómo es el Ejército!

Mi voz sonó cansada y derrotada cuando dije:

—Sí —suspiré y añadí—: Sí, entiendo, Ben. Tienes razón.

—Lo haré, y al diablo con mi expediente; eso no importa. Si puedes ver una mínima oportunidad de que esto sirva para algo, lo haré. Porque te creo. No digo que sea imposible que te estén engañando de alguna forma, por alguna extraña razón, pero, cuando menos, algo está ocurriendo allí que parece necesario investigar. Y si piensas que yo he de...

—No —repliqué, y ahora mi voz era firme y tajante—. No, Ben, olvídalo. Si hubiera pensado en ello habría llegado a imaginar una cosa así. Porque estás en lo cierto; sería inútil intentarlo. No hay razón para manchar tu expediente si eso no va a servir de algo.

Hablamos durante un minuto más. Ben trató de pensar en algo que pudiera resultar útil y sugirió ponerme en contacto con los periódicos. Pero señalé que harían con ello otro artículo más sobre platillos volantes, probablemente muy efectista y humorístico. Tras eso me sugirió el FBI. Le dije que lo pensaría, le prometí que mantendría el contacto con él y todo eso, después nos despedimos y colgamos. Un momento más tarde, Jack bajó por las escaleras.

—¿Y bien? —dijo, y yo me conformé con encogerme de hombros; no había nada que decir. Jack dejó transcurrir unos instantes antes de continuar—: ¿Quieres probar con el FBI?

No sabía qué hacer a ese respecto, o simplemente no me importaba. Así que señalé el teléfono con la barbilla.

—Ahí tienes el teléfono; si quieres probar, adelante —y Jack abrió la guía telefónica de San Francisco.

Al rato, Jack marcaba un número en el dial mientras yo le observaba: KL 2-2155. Sostuvo el teléfono junto a la oreja inclinándolo un poco, a fin de que también yo pudiera escuchar, y oí la señal de llamada. La señal se interrumpió, una voz de hombre dijo: «Hol...», y en ese momento la comunicación se cortó; un instante después, la señal de línea volvió a sonar.

Jack marcó de nuevo, con cuidado. Terminó de hacerlo, y antes de que la señal pudiera llegar a sonar en el otro lado, la operadora lo interrumpió:

—¿A qué número llama, por favor? —Jack se lo dijo, y ella contestó—: Espere, por favor —el timbre, entonces, empezó de nuevo, y continuó así durante un tiempo, timbre, pausa, timbre, pausa, hasta una docena de veces—. En el número al que llama nadie responde —concluyó la operadora, hablando con esa mecánica voz, tan de compañía telefónica, que emplean.

Durante unos instantes Jack sostuvo el auricular ante él, mirándolo fijamente; luego se lo acercó de nuevo a la boca:

—Vale —susurró—. No importa —volvió la vista hacia mí, y habló quedamente, con una voz rígida y serena—. No quieren pasar la llamada, Miles. Había alguien allí, le hemos oído contestar, pero no marcarán de nuevo ese número para nosotros. Miles, ya tienen la central telefónica, y Dios sabe qué más.

Asentí.

—Eso parece —contesté. Y entonces el pánico se abrió paso en nuestra mente.

Once

Pensábamos estar actuando con inteligencia, pero en realidad nos dirigía un impulso insensato, espontáneo y absurdo. Habíamos sacado a las chicas de la cama y ambas nos miraban con una mirada interrogativa, guiñando los ojos para mitigar la luz, totalmente desconcertadas, pero, al ver en la expresión de nuestros rostros por qué no respondíamos, el pánico que nos embargaba se apoderó de ellas como una enfermedad contagiosa. De inmediato, nos movimos por la casa a toda velocidad, recogiendo nuestra ropa; Jack llevaba un cuchillo de carnicero atravesado en su cinturón, yo cogí hasta el último céntimo que encontré por ahí y, en la cocina, vimos que Theodora, aún medio vestida, empaquetaba algunas latas de conserva en una caja de cartón; no sé que imaginaba que estaba haciendo.

Nos tropezábamos unos con otros en los rellanos, en las escaleras, o cuando salíamos a la carrera de las habitaciones; seguramente aquello recordaría a una de esas antiguas comedias del cine mudo, solo que aquí no había carcajadas de por medio. Corríamos para huir de aquella casa, de aquella ciudad, tan rápido como podíamos movernos. Nos sentíamos de pronto abrumados, y no sabíamos que más hacer, cómo luchar contra que. Algo terrible, imposible sin duda y aun así completamente real, amenazaba nuestras vidas de una forma que estaba más allá de nuestra comprensión y nuestras capacidades; por eso íbamos a escapar.

Aparcado en la calle oscura, silenciosa, lejos del charco de luz temblorosa que proyectaban las farolas, estaba el coche de Jack. Entramos en él de dos portazos — Theodora aún llevaba sus zapatillas de andar por casa —, y arrojamos las estúpidas brazadas de ropa al asiento trasero. La llave rechinó en el contacto, el motor rugió, Jack separó el coche del bordillo con un largo chirrido de neumáticos y ninguno pensamos en nada, solo en correr, correr y correr, hasta que llegamos a la autopista 101, y hubimos dejado Santa Mira a dieciocho kilómetros a nuestra espalda.

Al fin, mientras avanzábamos por la casi desierta autopista, empecé a sentir que volvía a mí una suerte de pensamiento coherente, o al menos algo semejante a eso. Una huida rápida y satisfactoria, el poner un montón de tierra de por medio, son acontecimientos tranquilizadores, un antídoto contra el miedo. Me giré hacia Becky, que se hallaba sentada junto a mí en el asiento trasero, y le sonreí, con la boca abierta para hablar. Vi entonces que se había quedado dormida. Los faros de un coche iluminaron su rostro, pálido y exangüe, y el miedo se apoderó otra vez de mí, con más fuerza que nunca, y estalló en mi cerebro como una silenciosa explosión de puro pánico.

Me puse a agitar el hombro de Jack, gritando para que se detuviese. Jack sacó el coche de la carretera y lo dirigió, dando tumbos, al estrecho arcén de tierra y grava que la flanqueaba. El freno de mano emitió un ruido áspero; inclinándose sobre

Theodora, Jack abatió el puño sobre el seguro de la guantera, la abrió y trasteó en su interior para después salir dificultosamente del vehículo con una expresión desahogada e inquisitiva pintada en el rostro. Yo me había inclinado sobre el asiento y había arrancado de un tirón las llaves del contacto, salí y ambos corrimos hacia la parte trasera del coche. Pero Jack continuó corriendo por el arcén de grava; ya estaba dispuesto a gritarle cuando vi que se echaba al suelo, rodilla en tierra, y entendí lo que estaba haciendo.

Cierta vez, un vehículo chocó contra la parte trasera del coche de Jack cuando este se hallaba cambiando una rueda, y, desde entonces, cada vez que se detiene en una carretera tiene el acto reflejo de colocar en ella una bengala. Esta chisporroteó en su mano, antes de arder en una llamarada que propagó en el aire un humo entre rojo y rosado. Cuando Jack la levantó para clavarla en el suelo, yo introduje una llave en la cerradura del maletero, y la giré a un lado y a otro, presa del frenesí.

Jack cogió las llaves y las sacó del cierre. Separó la correcta, la introdujo en la cerradura y la giró, y abrió la puerta del maletero. Y allí estaban, bañadas en ese flujo y reflujo de luz roja, iluminadas por el parpadeo de la bengala: dos enormes vainas, rotas ya por uno o dos sitios. Metí ambas manos en el maletero y las arrojé al suelo. Eran tan ligeras como el globo de un niño, y ásperas y secas al tacto. Al percibir su contacto en mi piel, perdí por completo la cabeza y me abalancé sobre ellas, las pisoteé hasta aplastarlas con pies y piernas, casi zambulléndome en ellas, sin darme cuenta de que al mismo tiempo estaba profiriendo un grito ronco, carente de sentido (¡uuuuuuuh, uuuh, uuuh!), un grito de pánico, de furia, de repugnancia animal. El viento agitó la bengala, e hizo estremecer la llamarada hasta que esta crepitó y se sofocó: en el enorme talud que había a mi lado pude ver una sombra gigantesca —la mía— retorciéndose y bailando en una danza salvaje, parpadeante, enajenada, una verdadera escena de pesadilla bañada en una luz demencial que parecía brotar de una herida; y creo que estuve a punto de perder la razón.

Jack tiró con fuerza de mi brazo y me sacó a rastras de allí, de vuelta junto al maletero. Tomó una lata roja de gasolina que llevaba de repuesto, le quitó la tapa y allí mismo, en la cuneta de la carretera, iluminado por el reflujo purpura de esa luz ceñida por el humo, empapó aquellos bultos enormes y livianos hasta que ambos se disolvieron en una pulpa blanda y fungosa. Yo arranqué la bengala del suelo, corrí junto al coche y la arrojé a esa masa caldosa que se escurría entre la gravilla.

Arrancamos aprisa y, mientras el coche regresaba, entre vaivenes, a la autopista, miré hacia atrás: de repente las llamas se alzaron a lo alto, a unos dos metros, enormes lenguas de fuego naranja, atezadas por el reflujo de luz purpura y ceñidas por el espeso y grasiento humo que se retorció y ondulaba hacia el cielo, impulsado por las oleadas de calor. Mientras miraba —Jack, en tanto, subió a segunda, después pasó a la directa—, vi las llamas amainar rápidamente y menguar hasta un montón de

lenguas parpadeantes, azules y rojas, de unos dos centímetros de tamaño, al tiempo que el humo volvía a adquirir aquella tonalidad entre el rosa y la sangre. Y de pronto las llamas se apagaron, o tal vez se perdieron de vista, al trasponer con el coche algún montículo de tierra; nunca llegué a saberlo.

Ya ni siquiera intentaba hablar o pensar. Ninguno de nosotros lo hacía. Estábamos vacíos de pensamiento, vacíos de sensaciones y emociones. Me conformaba con estar ahí sentado, sosteniendo la mano de Becky, dirigiendo el coche con la mirada, haciéndolo girar en las curvas y subir y bajar por los repechos, acumulando distancia, mientras Becky guardaba silencio, muy erguida a mi lado.

Alrededor de una hora después nos detuvimos en un motel, el Rancho no se que, cuyo luminoso de neón verde, frío y hostil, anunciaba que disponía de habitaciones libres. Jack salió del coche; cuando yo abría mi puerta, Becky se inclinó hacia mí y susurró:

—No me dejes dormir sola, Miles; estoy demasiado asustada. Te aseguro que no podría pasar la noche así; no podría. Miles, por favor; estoy tan asustada.

Asentí —que otra cosa podía hacer— y salimos del coche. Despertamos a la propietaria del motel, una mujer de mediana edad, ataviada con una bata y unas zapatillas y con el aspecto de padecer un cansancio y una irritación perpetuos, que ya mucho tiempo atrás habría dejado de preguntarse por aquella gente que la despertaba a cualquier hora —incluso a todas las horas— de la noche. Sin mediar más que media docena de palabras, conseguimos dos habitaciones dobles, pagamos por ellas, la mujer nos hizo entrega de las llaves y firmamos en el libro de registre Sin pensar conscientemente en ello, firme con un nombre falso, y enseguida me avergoncé de ello; entonces reparé en que Jack hacía lo propio, y me di cuenta de porqué actuábamos así. Era una idiotez, desde luego, pero para entonces se nos antojaba terriblemente importante refugiarnos en el anonimato y escondernos en un agujero sin ser vistos, tratando de que nadie en el mundo supiera dónde estábamos.

En el revuelto montón de ropas que había en el asiento trasero del coche, Jack encontró su pijama, pero yo no di con el mio, así que tuve que pedirle prestado uno de los suyos; las dos chicas encontraron unos camisones. Quitó la llave a la puerta de nuestra habitación, dejó pasar a Becky y luego entré tras ella. Había pedido una habitación con dos camas, pero nos encontramos con que había solo una cama doble; cuando solté un ligero gruñido de irritación y me encaminaba hacia la puerta, Becky me detuvo, cogiéndome de un brazo:

—Déjalo así, Miles, por favor. Estoy demasiado asustada; nunca he tenido tanto miedo desde que era niña. Oh, Miles, te necesito, ¡no me dejes!

Creo que nos dormimos en menos de cinco minutos. Yo me había tendido tratando de no tocar a Becky, excepto por un brazo que le rodeaba la cintura. Ella tenía las manos cogidas firmemente a la mía, y la estrechaba con fuerza, como una

niña. Y dormimos, solamente dormimos, durante las horas que aún restaban hasta la mañana. Estábamos cansados; yo no había dormido nada desde las tres de la madrugada anterior. De todos modos, siempre hay una hora y un lugar para cada cosa, y, aunque aquel pudiera ser el lugar, aquella no era la hora por un millón de razones. Dormimos.

Si acaso soñé algo, nada de ello prevaleció en mi memoria; simplemente abandoné el mundo y la vida en favor de un completo —y exhausto— olvido, y eso fue lo mejor que me pudo pasar. Creo que hubiera podido dormir hasta el mediodía; sin embargo, alrededor de las ocho y media o nueve menos cuarto, me di la vuelta, tropecé con alguien y oí su suspiro. Mis ojos se abrieron al instante y vi que Becky, Todavía en sueños, se volvía para acurrucarse contra mí.

Eso ya era demasiado. Maravillosamente cálida, sonrosada por el sueño y con el suave aire de su aliento soplando en mi mejilla, Becky se hallaba tendida cuan larga era a mi lado, y yo hubiera podido dejar de arroparla con mis brazos tanto como de respirar. Durante un rato fue maravilloso tener toda aquella espléndida y cálida anatomía extendida contra mi cuerpo; y, puesto que no me enturbiaba un solo pensamiento, únicamente había lugar para el sentimiento y la emoción. Supe entonces lo que iba a pasar, y supe que me quedaban solo uno o dos segundos de pensamiento y acción independientes. Ya antes me había ocurrido algo como aquello, y un día me encontré con que, súbitamente, estaba casado. Y no mucho tiempo después me vi ante un tribunal de divorcios. Tenía la impresión de que me estaba convirtiendo en una suerte de marioneta sin control alguno sobre lo que le sucedía. No fue fácil, valga el enorme eufemismo, pero me di la vuelta, me arranqué de las sábanas y me incorporé de la cama.

Entonces miré a Becky. Con sus ojos cerrados, aquellas largas pestañas sobre las mejillas y ese tirante tan fino resbalado de su hombro, parecía la ensoñación de un colegial; y sabiendo que todo lo que tenía que hacer para regresar a la cama junto a ella era, simplemente, hacerlo, me obligué a mirar para otro lado mientras aún tuviera fuerzas para resistirme. Luego cogí mi ropa y me encaminé al baño para darme una ducha y vestirme.

Quince minutos después me disponía a salir de la habitación, pasando de puntillas ante la cama. Pero cuando miré a Becky sus ojos estaban abiertos. Me dedicó una sonrisa burlona.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Caballerosidad?

Negué con la cabeza.

—Senilidad —espeté, y salí de la habitación.

Jack estaba fuera, deambulando por el patio adoquinado del motel, fumando, y me reuní con él, habíamos un poco y, al rato, nos detuvimos a mirar la mañana. Cuando nuestras miradas se encontraron, dije:

—¿Bien? ¿Qué hacemos ahora? ¿Adónde vamos?

Jack me miró. Tenía el rostro cansado y demacrado; subió ligeramente un hombro, en un gesto que oscilaba entre la indiferencia y el desaliento.

—A casa —respondió.

Me quedé mirándolo.

—Sí, eso es —prosiguió, de mal talante—. ¿Dónde pensabas que iríamos? —yo le miraba de hito en hito, enojado, preparado para discutir con él; pero no lo hice. Tras un momento, cerré la boca y Jack sonrió un poco, asintiendo como si hubiera dicho algo con lo que él estuviera de acuerdo—. Claro —dijo—, lo sabes tan bien como yo. —Compuso una sonrisa hastiada—. ¿Imaginabas que ibas a cambiarte el nombre, dejarte crecer la barba y largarte a alguna parte para empezar una nueva vida?

Entonces también yo sonreí. Una vez que Jack lo hubo expuesto de aquel modo, todo lo que no fuese volver a Santa Mira se antojaba irreal, endeble y poco convincente. Era temprano, Todavía de mañana, el aire resplandecía de sol, yo había dormido la mitad de una noche y mi mente se hallaba de nuevo aliviada de todo espanto. El miedo aún estaba allí, activo, real, pero al mismo tiempo me sabía capaz de pensar sin dejar sitio al pánico. Habíamos escapado de Santa Mira, y eso nos había hecho bien; a mí sí, por lo menos. Pero pertenecíamos a ella, no a algún lugar diferente, tan desconocido como vago e imaginario. Y ahora era tiempo de volver a casa, al lugar al que pertenecíamos, y que nos pertenecía. Era cierto que no había nada más que hacer excepto regresar y combatir lo mejor que pudiéramos, y de la forma en que pudiéramos, contra fuera lo que fuese que estaba ocurriendo en Santa Mira. Jack lo sabía, y ahora también yo lo sabía.

Un rato después, Theodora salió y se acercó a nosotros. Mientras se aproximaba, sin apartar la mirada del rostro de Jack, vi que poco a poco fruncía el ceño; cuando por fin se hubo detenido ante él, solo tuvo que mirarle con una expresión interrogativa en los ojos. Jack asintió.

—Sí —dijo con un temblor de inquietud en la voz—. Cariño, Miles y yo opinamos que... —Se detuvo al ver que Theodora, lentamente, hacía un gesto de aceptación.

—No importa —concedió, cansada—. Si vas a volver, vas a volver; que más da la razón que haya para ello. Y donde tú vayas, yo también voy. —Encogió los hombros. Volviéndose hacia mí, esbozó una pálida sonrisa—. Buenos días, Miles.

Cuando Becky salió del motel, con su camisón y mi pijama entremezclados en un bulto bajo el brazo, tenía en el rostro una expresión preocupada y resuelta, en la que se evidenciaba lo que tenía que decir:

—Miles —se detuvo frente a nosotros—, tengo que volver. Es cierto, todo esta pasando de veras, y mi padre... —Dejé de hablar al ver que yo asentía.

—Todos vamos a volver —dije suavemente, tomándola del codo para dirigirla hacia el coche. Jack y Theodora caminaban junto a nosotros—. Pero primera, por el amor de Dios, tomemos algo para desayunar.

Dos minutos después de las once de aquella mañana, Jack metía la segunda y empezaba a maldecir, mientras abandonábamos la autopista para entrar en la carretera de Santa Mira y emprender los últimos kilómetros hasta casa. Nos embargaba ahora una terrible urgencia por volver allí, por movernos, por actuar, pero aquel camino era un entramado imposible de polvo y surcos profundos y retorcidos, de pequeños y escarpados baches, y agujeros constantes, más anchos y hondos que aquellos, que podían romper un eje si uno intentaba hacer otra cosa que no fuera meter las ruedas en ellos y arrancarlas de allí muy lentamente.

—El único camino que lleva a Santa Mira —escupió Jack, airado—, y dejan que se eche a perder. —Giró con fuerza el volante para sacarnos de un surco y evitar un barranco en miniatura que teníamos delante—. Típica estupidez municipal —estalló—. Han dejado que esta carretera se venga abajo porque la nueva autopista del estado iba a pasar por la ciudad. Luego cambiaron de opinión y vetaron la nueva carretera. Miles, ¿no has leído sobre ello? —respondí que no, y Jack prosiguió—: Sí, en el *Tribune*. Resulta que el ayuntamiento esta ahora en contra de la autopista; arruinará el tranquilo carácter residencial de la ciudad, según dicen. —Jack hablaba con acritud—. Los topógrafos han detenido su trabajo, y parece ser que van a reorientar la nueva autopista, dejándonos con un único y más bien impracticable camino, y, con la proximidad de las lluvias invernales, no hay razón para arreglarlo ahora. —Las cubiertas del parachoques trasero rasparon la tierra cuando las ruedas de atrás salieron a tumbos de un agujero, y Jack soltó una maldición, y se quejó sin cesar hasta las once y media, hora en la que dejamos atrás el cartel blanco y negro que anunciaba la llegada a la ciudad de Santa Mira, población 3890 habitantes.

Doce

No sé cuánta gente vivirá aún, en nuestros días, en los pueblos en que han nacido. Pero yo vivía en el mio, y no puedo expresar con palabras lo triste que es ver cómo ese lugar muere; es mucho peor que la muerte de un amigo, porque, al menos, uno siempre tendrá otros amigos a los que recurrir. En el espacio de las casi dos horas que siguieron, hicimos muchas cosas, y muchas cosas sucedieron; y con cada minuto que pasaba, mi sensación de pérdida se hacía cada vez más profunda, y el estado de shock en el que me hallaba crecía ante lo que veíamos. Supe que algo muy querido se había perdido sin remedio. Caminando por una de las calles de la periferia, me embargó el primer sentimiento real del terrible cambio que se había operado en Santa Mira, y eso me hizo recordar algo que un amigo me contó sobre la guerra, sobre la lucha en Italia. Él y su regimiento entraban en pueblos supuestamente libres de alemanes, habitados por una población supuestamente amiga. Pero, por si acaso, entraban en ellos con los fusiles listos, mirando alrededor, arriba y abajo, a cada paso que daban con la mayor de las cautelas. Y veían cada ventana, puerta, callejón y semblante como algo que debían temer. De vuelta en el pueblo que me vio nacer —y había repartido periódicos en esa misma calle—, supe cómo se había sentido mi amigo al entrar en aquellas aldeas italianas; me aterraba lo que pudiera ver y encontrar aquí.

—Me gustaría acercarme a nuestra casa —dijo Jack—, solo unos minutos, Miles; Teddy y yo necesitamos ropa.

No quería ir con ellos; estaba cansado de tantos pensamientos y sentimientos que se agitaban en mi interior. Debía ver la ciudad, mirarla con todo detenimiento, con la esperanza de que me fuera dado entender que aún era como siempre había sido. No tenía que preocuparme de respetar horario de oficina alguno (además, era sábado), así que respondí:

—Entonces déjanos aquí, Jack, y seguiremos a pie. Lo prefiero, si es que a Becky no le importa; ya nos encontraremos en tu casa.

Jack nos dejó en la calle Etta, al sur de la calle Mayor; habría unos diez minutos a pie hasta mi casa. Etta es una calle tranquila y residencial, como la mayoría de las que hay en Santa Mira; tan pronto como dejamos de oír el coche de Jack, Becky y yo caminamos hacia la calle Mayor sin ver a nadie en parte alguna, y apenas oíamos algo más que nuestros propios zapatos en la acera: habría tenido que antojársenos un paseo pacífico.

—Miles, ¿qué te ocurre? —pregunté Becky con irritación, y la miré. Sonrió un poco, pero aún había un temblor de molestia en su voz—. ¿No sabes que estoy a un paso de enamorarme terriblemente de ti? ¿No te das cuenta de ello? —no esperé a una respuesta; solo me miró como si yo fuese idiota, y añadió—: Y tú te enamorarás de mí, sólo con que te relajes y te dejes llevar —puso una mano en mi brazo—.

Miles, ¿cuál es el problema?

—Bueno —contesté—, no quería decirte esto, pero hay una maldición en mi familia; los Bennell estamos condenados a la soledad. Fui el primero, después de muchas generaciones, que probé a casarse, y ya sabes lo que ocurrió. Si lo intentase de nuevo, me convertiría en un búho, al igual que aquella que quisiera intentarlo conmigo. No es que me preocupe por mi, pero no querría que tú te convirtieses en un búho.

No respondió durante varios pasos. Luego dijo:

—¿Por quién tienes miedo, por ti o por mi?

—Por ambos —me encogí de hombros—. No quiero que a ninguno de los dos nos tuteen en el tribunal de divorcios de nuestro vecindario.

—¿Y piensas —sonrió— que eso es lo que nos ocurrirá?

—Hasta ahora mi historial es perfecto. Debo de ser el tipo de persona que convierte eso en un hábito, ¿cómo puedo saberlo?

—No lo sé. No sé cómo puedes saberlo; tu lógica es impecable, Miles. Mejor me voy a casa.

—Antes te ataré —repliqué—. No vas a ir a ningún sitio. Pero, de ahora en adelante, ni siquiera nos estrecharemos las manos —le dediqué una sonrisa maliciosa—; con lo maravilloso que fue dormir contigo...

—Vete al infierno —dijo, y sonrió.

Seguimos andando durante media docena de manzanas, sin hablar de nada importante, en tanto dirigía la mirada a mi alrededor, por toda la calle Etta. Cada día había conducido mi coche por las calles de Santa Mira; había pasado por esta misma manzana una semana atrás. Y cada cosa que ahora veía había estado aquí antes para que pudiera verla, aunque uno realmente no ve lo que le es familiar hasta que su presencia, por algún motivo, no se le impone. En verdad uno no mira, no repara en nada, hasta que no hay una razón para ello. Ahora había una razón, y yo miraba a mi alrededor, y veía —veía de veras— la calle y las casas que la flanqueaban, tratando de absorber cada una de las impresiones que pudieran producir en mi ánimo.

No me es posible decir de que manera en concreto me resultaba diferente lo que veía; pero así era, de una forma que hace inútiles las palabras. Si yo fuera un artista que se detuviese a pintar lo que la calle Etta, al caminar por ella junto a Becky, le sugería, creo que distorsionaría las ventanas de las casas por las que pasamos. Las mostraría con las persianas medio cerradas y el borde inferior de cada una curvado hacia abajo, de forma que se asemejasen a unos ojos en actitud vigilante, unos ojos de párpados pesados, callada y terriblemente conscientes de nuestra presencia en aquella calle silenciosa. Representaría las barandillas de cada porche y de cada escalera abrazando las casas como armas defensivas, como si la casa se protegiese hoscamente contra nuestra curiosidad. Pintaría las propias casas como apiñadas y hundidas, ajenas

y ensimismadas, resentidas, diabólicas, llenas de una gélida malicia contra las dos figuras que caminaban por la calle, entre ellas. Y de alguna forma haría figurar a los árboles y al césped, a la calle y al cielo que había sobre nosotros, con un color oscuro —aunque en realidad era un claro y soleado—, para dotar así al cuadro de una cualidad perturbadora, acallada e inquietante. Y creo que daría a cada color un matiz desentonado.

No sé si aquello expresaba lo que sentía, pero... algo iba mal, y lo sabía. Y entonces me percaté de que Becky pensaba lo mismo.

—Miles —dijo, en un tono cauto y susurrante—, ¿son imaginaciones mías o esta calle parece estar muerta?

Negué con la cabeza.

—No. En siete manzanas no hemos pasado junto a casa alguna a la que, cuando menos, se le estuviera repintando la fachada; ni un tejado, un porche o el cristal roto de una ventana que estuviera siendo reparado; ni un árbol, un arbusto o una brizna de hierba que estuviera siendo plantado o recortado. No ocurre nada, Becky, nadie esta haciendo nada en absoluto. Y ha sido así durante días, quizá incluso semanas.

Era verdad; seguimos adelante durante tres manzanas más, camino de la calle Mayor, y no vimos ni una señal de que aquello cambiase. Era como estar paseando por unos decorados, terminados hasta el último clavo y el último repaso con la escoba. No; nadie puede caminar diez manzanas seguidas de una calle común y corriente, habitada por personas de carne y hueso, sin ver alguna evidencia de que alguien —por ejemplo— esta construyendo un garaje, de que se esta poniendo una nueva acera de cemento o levantando un patio, de que alguien, en fin, se esta tomando la molestia de instalar el marco de una ventana; algo, cualquier signo de esa inagotable urgencia por el cambio y la mejora que caracteriza a la raza humana.

Doblamos la esquina hacia la calle Mayor, y aunque en ella había gente por las aceras y coches aparcados junto a los parquímetros, había algo que la hacia parecer sorprendentemente vacía e inactiva. Excepto por el porrazo aislado de algún coche o el sonido de una voz, la calle estuvo poco menos que en completa silencio casi durante media manzana, de la forma en que lo esta durante la madrugada, con todo el pueblo dormido.

Mucho de lo que vimos entonces ya lo había visto cuando conducía el coche por la calle Mayor, dirigiéndome a alguna visita médica; pero nunca me había fijado — nunca había mirado de veras— en esa calle que había visto durante toda mi vida. Hasta ahora; y de pronto recordé la tienda vacía que divisé cerca de mi oficina. Porque también aquí, en sólo unas pocas manzanas desde el comienzo de la calle — nuestros pasos resonaban, claramente audibles, al caminar—, habíamos pasado por delante de otras tres tiendas vacías. Las ventanas habían sido pintadas de blanco, y a través de ellas, vagamente, podíamos entrever su interior, atestado de basuras, sin

limpiar, con el aspecto de haber estado vacío desde algún tiempo atrás. Pasamos bajo un letrero de neón que decía: Pastime Bar y Parrilla, pero las letras «st» de Pastime habían desaparecido. Las ventanas estaban manchadas de pequeñas motas, y el papel que decoraba las paredes y los carteles de bebidas se hallaban muy desvaídos por la luz del sol. Nadie había tocado aquellas ventanas en varios días. Solo había un cliente, sentado ante el velador, inmóvil —las puertas estaban abiertas, y miramos el interior al pasar—, y ni la radio ni la televisión estaban encendidas; el silencio envolvía aquel lugar.

El Comidas Maxie estaba cerrado, y para siempre, por lo visto, pues los taburetes de la barra habían sido desatornillados del suelo y tumbados sobre un lado. Justo enfrente, el Sequoia había colocado un letrero en la ventanilla de reservas —cerrada— en el cual podía leerse: «Abierto solo sábados y domingos por la tarde». Una zapatería conservaba en una de sus ventanas el anuncio del Cuatro de Julio, rodeado por varios zapatos para niño, en los cuales, sobre el lustre del cuero, se veía una ligera capa de polvo.

Volví a advertir, en tanto Becky y yo avanzábamos por la calle, la enorme cantidad de papeles y desperdicios que había por todas partes; las papeleras estaban atestadas, y trozos de hojas de periódicos y pequeños montones de polvo se acumulaban en las esquinas de las entradas a los comercios y a los pies de las farolas y de los buzones de correos. En el solar que había entre Camino y Dykes los rastrojos habían crecido mucho, descuidados desde hacía días, a pesar de que había una ordenanza municipal que prohibía su desatención.

—El carrito de las palomitas ya no está —murmuró Becky, y vi que era cierto; durante años, en la acera situada frente al solar, solía haber un carrito de palomitas con ruedas rojas, fabricado en cristal y oro, pero ahora había allí solo algunos rastrojos.

El restaurante Elman's quedaba un poco más allá; la última vez que comí allí me pregunté distraídamente porqué habría tan pocos clientes: la misma pregunta me hice al detenernos para mirar a través del cristal, pues solo había dos personas comiendo a una hora en que debía haber estado abarrotado. Adherido a la ventana, como siempre, se hallaba el menú del impreso en tinta purpura, ya desvaída. Lo leí. Había un surtido de tres entrantes, cuando, durante años, siempre habían tenido entre seis y ocho variedades.

—Miles, ¿cuándo ha ocurrido todo esto? —Becky abarcó con un gesto toda aquella calle semidesierta.

—Poco a poco —respondí, encogiéndome de hombros—. Solo que nos damos cuenta ahora; la ciudad se esta muriendo.

Nos alejamos del ventanal del restaurante, y el furgón de fontanería de Ed Burley pasó a nuestro lado. Nos saludó con una mano, y nosotros respondimos a su saludo.

Luego, en aquel extraño silencio que de tarde en tarde se apoderaba de la calle, volvimos a escuchar el ruido de nuestras pisadas golpeando la acera.

Al llegar a la farmacia de Lovelock, en la esquina, Becky, tratando de que su tono de voz sonara indiferente, dijo:

—Entremos a por una coca cola, o un café, cualquier cosa.

Asentí, e ingresamos en ella. Supe que Becky no quería una coca cola o un café, sino alejarse de la calle aunque fuera por un minuto; y yo también.

Junto al mostrador había un hombre, cosa que me sorprendió. Luego me sorprendí de haberme sorprendido, pero, de un modo u otro, después de nuestro paseo por la calle Mayor, habría esperado que cualquier sitio en el que entrásemos hubiese estado vacío. El hombre se volvió y nos miré, y entonces le reconocí. Se trataba de un vendedor de cierta empresa de San Francisco especializada en ventas al por mayor; una vez le traté un tobillo que se había torcido. Becky y yo dimos un par de pasos hacia él.

—¿Cómo va el negocio? —pregunté. El viejo Lovelock me miré con un gesto inquisitivo desde el otro lado del mostrador; levanté dos dedos y le dije—: Dos coca colas.

—Asqueroso —respondió el vendedor. Había en su rostro la señal de la sonrisa con la que había replicado a nuestro saludo, pero me parecía que un deje de hostilidad había aparecido en él—. Al menos en Santa Mira —añadió. Permaneció mirándome por unos momentos, como dándole vueltas a la idea de si debía decir algo más; bajo el mostrador, se oía toser el sifón de la soda, como si se esforzase en llenar nuestros vasos de coca cola. El vendedor se inclinó hacia mí, y apenas en un susurro preguntó —: ¿Qué demonios está pasando aquí?

El señor Lovelock regresó con nuestras coca colas, las dejó sobre el mostrador muy lenta y pulcramente y se quedó allí un rato, parpadeando con benevolencia. Esperé a que se diese la vuelta y se llegara de nuevo a la botica antes de responder:

—¿A que se refiere? —pregunté, aparentando indiferencia, y tomé un sorbo de mi coca cola. Tenía un sabor pésimo: estaba demasiado caliente y no había sido agitada, y, a pesar de que busqué con una mirada por toda la tienda, no había una cuchara, ni tan sólo una pajita, a la vista. Dejé el vaso sobre el mostrador.

—No hay manera de conseguir un pedido —el vendedor se encogió de hombros—. Al menos, nada que ascienda a un buen precio, sólo cosas básicas, las estrictamente necesarias, pero nada de más —recordé entonces que uno no debe criticar la ciudad natal de la persona con la que habla, y esboqué una sonrisa jovial—. ¿Está todo el mundo en huelga de compras, o algo así? —pero al momento renunció al esfuerzo, y borró la sonrisa de sus labios—. La gente ya no compra nada —murmuró hoscamente.

—Bueno, supongo que toca apretarse el cinturón, eso es todo.

—Tal vez —levantó su taza y la agitó para remover el café, observándola con aire taciturno—. Todo lo que sé es que casi no merece la pena venir por aquí últimamente. Es un asco tener que hacerlo ahora, por una razón: te lleva una hora y media solamente entrar y salir de Santa Mira. Y para lo que saco de ello, podría perfectamente tomar los pedidos por teléfono. Y no soy sólo yo —añadió, a la defensiva—. Los chicos opinan lo mismo, me refiero a los otros vendedores. Muchos de ellos han dejado de venir por aquí; en esta ciudad ya no sacas ni para pagar la gasolina del coche. Y apenas puedes ni conseguir una coca cola en muchos lugares, o —señalé con la barbilla a su taza— un simple café. Dos veces en los últimos días no ha habido aquí ni una gota de café, por ninguna razón en particular; y ahora que lo tienen sabe realmente asqueroso. —Terminó el café de un trago, poniendo una mueca, y comprobé que al levantarse del banco del mostrador la hostilidad había regresado a sus facciones; ya no se molestaba en sonreír—. ¿Qué ocurre —inquirió con voz airada— para que esta ciudad esté muriendo sobre sus pies? —Sacó una moneda del bolsillo, se inclinó hacia adelante para dejarla en el mostrador y, con su rostro pegado al mio, me hablé en voz baja al oído, con un tono de sorprendida acritud—: Todo el mundo actúa como si no quisieran tener un vendedor cerca —me miró fijamente unos instantes, hasta que hizo acudir a sus labios una sonrisa profesional—: Hasta pronto, doctor —se despidió, dirigió un ademán de cortesía hacia Becky y se volvió hacia la puerta.

—Miles —dijo Becky, y la miré—. Escucha, Miles —hablaba en un susurro, pero el tono de su voz era tenso—, ¿crees posible que una ciudad pueda aislarse del resto del mundo? ¿Que logre desalentar a la gente de acudir a ella, poco a poco, hasta pasar desapercibida? ¿Incluso ser olvidada?

Pensé en ello. Luego negué con la cabeza.

—No.

—¡Pero el camino. Miles! ¡Sólo hay un camino que lleve a la ciudad, y es casi intransitable; no tiene sentido! Y ese vendedor, y el aspecto que tiene la ciudad...

—Es imposible, Becky; una cosa así implicaría a toda la población, absolutamente toda. Debe ser una decisión unánime que conlleve una actuación igualmente unánime. Y eso nos incluiría a nosotros.

—Bueno —concedió, simplemente—, ellos ya trataron de incluirnos.

Me quedé mirándola durante unos instantes; Becky tenía razón.

—Vamos —dije después; dejé una moneda en el mostrador y me levanté—. Salgamos de aquí; ya hemos visto lo que habíamos venido a ver.

En la siguiente esquina pasamos junto a mi oficina, y levanté la vista para mirar mi nombre escrito en pan de oro en la ventana del segundo piso; parecía que había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve allí. Cuando dejamos la calle Mayor para dirigirnos a la calle que conducía a mi casa y a la de Becky, me dijo:

—Debo acercarme un momento a casa y ver a mi padre, Miles. Y odio hacerlo: apenas puedo soportar verle como esta ahora.

No había nada que pudiera replicar a eso, así que sólo asentí. Una manzana al sur de la calle Mayor, justo enfrente de nosotros, se erigían las dos plantas del viejo edificio rojo de la biblioteca pública; recordé que era sábado, y que la biblioteca cerraba a las doce y media los fines de semana.

—Entremos un minuto en la biblioteca —pedí a Becky.

La señorita Wyandotte estaba tras su mesa cuando subimos los anchos peldaños de la biblioteca, procedentes de la puerta principal, y sonreí con enorme placer, como siempre. Ella trabajaba ya en la biblioteca cuando yo era solo un chiquillo de la escuela primaria que acudía allí en busca de las novelas de Tom Swift y los libros de Zane Grey, y lo cierto es que la señorita Wyandotte era todo lo contrario de lo que convencionalmente suele imaginarse como una bibliotecaria. Era una mujer enérgica y menuda, de cabellos grises y ojos inteligentes, y uno podía hablar en la sala de lectura siempre que no levantara demasiado la voz. También se podía fumar allí, y ella misma traía los ceniceros y los repartía por la sala; había, a su vez, unas cómodas sillas de mimbre con almohadones junto a unas mesitas bajas, atestadas de revistas desparramadas. La señorita Wyandotte había convertido la biblioteca en un agradable lugar donde pasar una grata hora o una tarde entera, un lugar donde la gente se reunía con sus amigos para hablar sosegadamente, fumando y discutiendo sobre libros. Era maravillosa con los niños —los trataba con una enorme paciencia innata, embargada de interés por sus cosas—, y siempre recordaré que, de niño, uno sentía que era bienvenido allí, y no que era un intruso.

La señorita Wyandotte era una de mis personas predilectas. Al detenernos junto a su mesa para saludarla nos sonrió, con esa sonrisa luminosa y verdaderamente encantadora que te hacía sentir feliz de estar allí.

—Hola. Miles —dijo—. Es un placer ver que has recuperado el hábito de la lectura. —Y yo le sonreí—. Me alegra verte, Becky —añadió—. Saluda a tu padre de mi parte.

Respondimos a su saludo, y enseguida le pregunté:

—¿Podríamos echar un vistazo al archivo del *Tribune*, señorita Wyandotte? El que corresponde a la primavera pasada, hacia la primera mitad de mayo, más o menos del uno al quince.

—Por supuesto —contesté, y cuando me ofrecí a ir por mí mismo, dijo—: No, coge una silla y relájate; yo te lo traeré.

Tomamos un par de sillas de mimbre de una de las mesas y encendimos unos cigarrillos. Becky cogió el *Women's Home Companion* y yo eché una ojeada al *Collier's*. Pasó un rato hasta que la señorita Wyandotte volvió de la sala de archivos: había acabado mi cigarrillo y advertí que eran las doce y veinte justo cuando ella

aparecía, sonriendo, con un enorme libro del tamaño de un periódico con cubiertas de tela, que llevaba acuñada la inscripción: *Santa Mira Tribune*, abril mayo junio 1953. Lo dejó sobre la mesa que había a nuestro lado, y le dimos las gracias. El recorte del *Santa Mira* que tenía Jack estaba fechado el nueve de mayo; abrí aquel enorme volumen y encontré el *Tribune* del anterior.

Becky y yo miramos de arriba abajo la primera plana, fijándonos cuidadosamente en cada artículo; no decía nada sobre vainas gigantes ni sobre el profesor L. Bernard Budlong, así que volví la página. En la esquina superior izquierda de la página tres había un agujero rectangular, de entre doce y quince centímetros de largo y dos columnas de ancho; una de las noticias había sido celosamente cortada con una cuchilla, y Becky y yo nos miramos, antes de volver a examinar el resto de aquella página y el contenido de la página dos. No hallamos nada de lo que estábamos buscando, ni tampoco en las tres páginas restantes del *Tribune* del ocho de mayo.

Pasamos al número del siete de mayo y empezamos por la primera página. No había nada en aquel diario acerca de Budlong o de las vainas. En la mitad inferior de la portada del *Tribune* del seis de mayo había un agujero de unos veinte centímetros de largo y tres columnas de ancho. Y en la mitad inferior del número del cinco de mayo había otro agujero, prácticamente igual de largo que el anterior, pero este solo abarcaba dos columnas de ancho.

No era una suposición, sino el chispazo de una consciencia intuitiva y directa: lo sabía, eso es todo, y giré en la silla para mirar hacia el otro extremo de la sala a la señorita Wyandotte. Esta se mantenía inmóvil tras su enorme mesa, con los ojos clavados en Becky y en mí, pero en el instante en que me giré para mirarla pude ver que su rostro estaba rígido, carente de cualquier expresión, y que los ojos le brillaban, dolorosamente reconcentrados y tan inhumanamente fríos como los de un tiburón. Aquel momento no duré ni un segundo —no fue más que un pestañeo—, porque al instante la señorita Wyandotte sonrió, encantadora e interrogativa, con las cejas alzadas de cortés solicitud.

—¿Puedo ayudar en algo? —pregunté, con el sereno y curioso entusiasmo que había sido típico en ella durante los años en que la había tratado.

—Si —contesté—. ¿Haría el favor de acercarse, señorita Wyandotte?

Esbozando una sonrisa luminosa, rodeó su mesa y crucé la sala hasta nosotros. No había nadie más en la biblioteca; pasaban veintiséis minutos de las doce, según el antiguo y enorme reloj que había sobre su mesa, y el único lector que había habido con nosotros ya había abandonado la sala escasos minutos antes.

La señora Wyandotte se situó a mi lado. Yo la miré, y ella me devolvió la mirada sin variar aquella expresión complaciente e inquisitiva. Señalé el agujero en la primera plana del periódico que había ante mí.

—Antes de traernos los archivos —le dije con toda calma— recorte todas las

referencias a las vainas halladas la primavera pasada, ¿verdad?

Frunció el ceño, perpleja por la acusación, y se inclinó hacia adelante para mirar, con un rictus de sorpresa, el periódico mutilado que descansaba en la mesita redonda.

Entonces me levanté para encararla, con el rostro a pocos centímetros del suyo.

—Déjelo, señorita Wyandotte —le espeté—, o lo que quiera que sea. No se moleste en hacer teatro para mí —me incliné un poco más, aproximándome a ella, mirándole fijamente a los ojos—. Te conozco —susurré suavemente—. Sé lo que eres.

Por un instante permaneció inmóvil, recorriendo inútilmente con la mirada mi rostro y el de Becky, en completo desconcierto: pero, repentinamente, dejó de fingir. Aquella señorita Wyandotte de cabellos plateados que veinte años atrás me prestó el primer ejemplar de *Huckleberry Finn* que he leído. Detuvo su mirada en mi, mientras su rostro pasaba de la rigidez al vacío, hasta adquirir una expresión absolutamente ajena, fría e implacable. Ya no había nada en aquella mirada que pudiera tener algo en común con lo que yo era; un pez habría tenido más parentesco conmigo que lo que había ahí ante mi, mirándome de hito en hito. Entonces habló. «Te conozco», le había dicho, y ahora recibí la respuesta, desde una voz infinitamente remota e indiferente:

—¿De veras? —dijo. Giró sobre sus talones y se alejó.

Hice un gesto hacia Becky; se levantó y salimos de la biblioteca. Fuera, en la acera, recorrimos media docena de pasos en completo silencio. Becky sacudió la cabeza.

—También a ella —murmuré—, también a la señorita Wyandotte —y las lágrimas brillaron en sus pupilas—. Oh, Miles —continuó quedamente, y miró a su alrededor, primero por encima de un hombro, luego del otro, hacia las casas, hacia los tranquilos jardines y la calle de enfrente—: ¿A cuántos más? —No conocía la respuesta a esa pregunta, así que sólo sacudí la cabeza antes de seguir caminando hacia la casa de Becky.

Trece

Había un coche aparcado frente a la casa de Becky, y, al aproximarnos a él, lo reconocimos: un sedán Plymouth de 1947, con la pintura azul desvaída por el sol.

—Wilma, la tía Aleda y el tío Ira —murmuré Becky, y me miró. Luego añadió—: Miles —casi habíamos llegado a la casa, y se detuvo en la acera—, ¿no puedo entrar ahí!

Me detuve a pensar.

—No entraremos —concedí por fin—, pero tenemos que verlos, Becky —ella negaba con la cabeza, así que proseguí—: ¡Tenemos que saber que esta pasando, Becky! ¡Debemos averiguarlo! O hubiéramos hecho mejor en no regresar al pueblo —la tomé del brazo y nos dirigimos al sendero de ladrillo que conducía a la casa, pero enseguida salí de allí, y tiré de Becky para que saliera también; decidí que avanzaríamos más silenciosamente por el césped que se extendía a su lado—. ¿Dónde pueden estar? —musité. Al ver que Becky no respondía le agité el brazo, casi rudamente, con la mano con que la tenía asida—. Becky, ¿dónde pueden estar? ¿En la salita?

Asintió con los labios apretados, y rodeamos en silencio la casa hacia el ancho y viejo porche que discurría bajo las ventanas de la salita. Estas estaban abiertas: oíamos el murmullo de unas voces tras los visillos blancos de la habitación. Me detuve, alcé un pie y me quité un zapato, luego el otro. Miré a Becky, y ella tragó saliva; sosteniéndose en mi brazo, se quitó sus zapatos de tacón alto, y, aún alejados de las ventanas de la salita. Subimos sigilosamente los peldaños de la parte trasera de la casa. Junto a la ventana abierta, nos sentamos en el porche, muy despacio y con sumo cuidado. En el lugar en que nos hallábamos era imposible que nos viesen, y, además, los viejos árboles y las altas matas del jardín nos resguardaban de las miradas que pudieran proceder de la calle.

—¿Quiere más café? —escuchamos que decía la voz del padre de Becky.

—Yo no —contesté Wilma, y oímos el tintineo de una taza y un platito que esta depositaba sobre alguna superficie de madera—. Debo estar de vuelta en la tienda a la una. Pero tú y el tío Ira podéis quedaros aquí, tía Aleda.

Apoyado en un lado de la ventana, moví la cabeza para poder mirar por encima del alféizar. Allí estaban: el padre de Becky fumaba un cigarrillo, que rizaba su humo sobre sus cabellos grises; Wilma, con su rostro redondo y sus mejillas rojas; el viejo y tan alto tío Ira; y la diminuta mujercita de rostro amable que era la tía de Wilma. Todos tenían el mismo aspecto de siempre, y se comportaban igual que de costumbre. Me volví para mirar a Becky, preguntándome si no habríamos cometido un terrible error y aquellas personas no eran sino las que siempre habían sido.

—Yo también lo siento —replicó el padre de Becky—. Pensé que seguramente

estaría en casa; ya sabéis que ha vuelto al pueblo.

—Sí, lo sabemos —dijo el tío Ira—, y también Miles. —Y me sorprendí formulándome la pregunta de cómo era posible que supiesen que habíamos regresado, o incluso que nos hubimos marchado. Pero algo sucedió, sin previo aviso, que hizo que los cabellos de mi nuca se erizaran como escarpas.

Lo que voy a contar es difícil de explicar: cuando iba a la universidad había un limpiabotas negro, de mediana edad, que siempre se ponía en la acera ante uno de los más antiguos hoteles del barrio; era todo un personaje en el pueblo. Todo el mundo le trataba con condescendencia, porque Billy representaba la idea que todo el mundo tiene de lo que un «personaje» —un tipo raro, al cabo— había de ser. Tenía un título para cada uno de sus clientes habituales. «Que tal va eso, Profesó», habría dicho con toda seriedad a un tipo delgado y con gafas, algún hombre de negocios, que se habría sentado allí para recibir el lustre de cada día. «Tenga usted buenos días, Capitán», le habría dicho a cualquier otro. «M'alegra verle, Coronel», «Bendita tarde, Doctor», «General, cómo me gusta volvé a tenerle aquí». El tono de adulación era obvio, y la gente siempre le sonreía con el rictus de quien pretende demostrar que no se va a dejar coger en esas; pero les gustaba igualmente.

Billy profesaba un genuino amor por los zapatos. Solía asentir con espíritu crítico si le llegabas con un par de zapatos nuevos. «Buen cuero», murmuraba, moviendo la cabeza con una considerada convicción, «e un placé trabaja con zapatos como estos», y tú te sentías rebosar de un estúpido orgullo por tu propio buen gusto. Si tus zapatos eran viejos, entonces sostenía uno en el cuenco de las manos cuando acababa con él, girándolo un poco a un lado y a otro para que le diese la luz. «Nada coge mejó el brillo que un buen cuero viejo, Teniente, nada». Y si alguna vez le llegabas con un calzado barato, su silencio te convencía de lo verdaderos que eran sus mejores cumplidos. Con Billy, el lustrador de zapatos, tenías el sentimiento de pertenecer a ese excepcional y minúsculo grupo de las personas felices. Él, obviamente, había hallado contento en una de las más simples ocupaciones del mundo, así que el dinero que eso le aportaba carecía ciertamente de toda importancia. Cuando ponías unas monedas en sus manos, nunca les echaba ni un somero vistazo; las aceptaba con cierto aire despistado, con toda su atención entregada a ti y a tus zapatos, y te marchabas de allí radiante de felicidad, como si acabaras de realizar una buena acción.

Cierta noche estuve despierto hasta el amanecer, durante una escapada estudiantil que ahora no viene al caso: solo en mi viejo coche, me halle en la parte más decadente de la ciudad, a unos buenos tres kilómetros del campus. Me sentí de pronto muerto de sueño, demasiado cansado como para conducir hasta casa. Aparqué junto al bordillo, justo cuando el sol ya empezaba a salir, y me acurruqué en el asiento trasero bajo una manta que siempre llevaba en el coche. Quizás media hora después,

cuando ya me quedaba dormido, desperté al oír unos pasos en la acera, a mi lado, y una voz de hombre que decía suavemente: «Buenos días, Bill».

Puesto que mi cabeza estaba por debajo de la ventanilla del coche, no podía ver quién hablaba, pero entonces escuché otra voz, fatigada e irritable, que replicaba: «Hola, Charley». Aquella segunda voz me sonó familiar, aunque no era capaz de ponerle una cara.

Luego siguió, en un tono de voz repentinamente extraño y alterado: «Que tal va eso, Profesó», decía, con un raro y quebrado desapasionamiento. «¡Qué tal!», repitió. «Amigo, ¡sólo eche una mirada a esos zapatos! Los lleva desde hace... déjeme pensá... sí, cincuenta y sei desde el marte, ¡y aún sacan este hermoso brillo!». La voz era la de Billy, las palabras y el tono eran los mismos que toda la ciudad recordaba con afecto, pero parodiados, desafinados. «Tómatelo con calma, Bill», murmuró con alguna inquietud la primera voz, pero Billy ignoró el consejo. «No sabe usted lo que amo este par de zapatos, Coronel», prosiguió en una despiadada y burlona imitación de su palabrería habitual. «Eso e todo lo que quiero, Coronel, tocá y tocá los zapatos de la gente. ¡Déjeme besarlos! ¡Por favó, déjeme besarle los pies!». El resentimiento acumulado durante años contaminaba cada palabra y cada sílaba que pronunciaba. Y así siguió, durante todo un minuto tal vez, en la acera de la barriada en la que vivía, parodiándose con histeria contenida, mientras su amigo, de vez en cuando, murmuraba: «Calma, Bill. Venga, ya vale; déjalo estar». Pero Billy continuaba, y nunca antes, en toda mi vida, había yo oído un desprecio tan ácido, inquietante y cruel como el de su voz, un desprecio hacia la gente que acudía a él atraída por sus payasadas, pero aún más hacia si mismo, el hombre que proporcionaba el servilismo que aquella gente le compraba.

Entonces, de manera abrupta, se detuvo, y soltó una carcajada llena de aspereza: «No lo vé, Charley», dijo, y su amigo rio con él, incómodo: «No dejes que te derroten, Bill», concluyó. Luego se reanudaron los pasos, en direcciones opuestas.

Nunca más volví a brillantarme los zapatos en el puesto de Billy, y ponía un gran cuidado en no pasar por allí, excepto una vez que me olvidé de ello. Al pasar ante él, oí la voz de Billy que decía: «Vaya, eso e un brillo, Comandante», y bajé la vista para ver el rostro de Billy iluminado con ingenuo placer ante la visión del reluciente zapato que sostenía en una mano. Miré al hombre que se arrellanaba complacidamente en la silla, y vi su rostro, aquella sonrisa de condescendencia dirigida a la cabeza reverente de Billy. Y me di la vuelta, y caminé y caminé avergonzado de aquel tipo, de Billy y de mí, y de toda la raza humana.

—Ha vuelto a la ciudad —había dicho el padre de Becky, y el tío Ira había respondido—: Si, lo sabemos, y también Miles —y entonces dijo—: ¿Qué tal el negocio, Miles? ¿Has matado a muchos hoy? —y por primera vez en años oía en otra voz la espantosa burla que había oído en la de Billy, y el vello de la nuca se me puso

de punta—. Hasta llenar el cupo —siguió el tío Ira, repitiendo mi réplica de una semana atrás, de años atrás, en el jardín de su casa, y su voz parodié la mía con el despiadado sarcasmo de un niño mofándose de otro.

—Oh, Miles —dijo Wilma, pronunciando las palabras a través de una sonrisa tonta, y el veneno que había en ellas me hizo temblar—. Había pensado dejarme caer por allí y verte para hablar sobre... aquello —entonces rompió en una risa falsa, la espantosa imitación de una risa avergonzada.

La pequeña tía Aleda rio con una risita ahogada, y retomó la conversación que Wilma tuvo conmigo: —He sentido tanta vergüenza, Miles. No sé que pudo suceder —la maldad que había en su voz era ciertamente escalofriante—, ni cómo decírtelo, pero... he entrado en razón —aquí la voz de la anciana se ahondó—. No es necesario que me lo expliques —estaba imitando mi tono y mis modales a la perfección—. No quiero que te preocupes, ni que te sientas mal; solo olvida toda esta historia.

Todos rieron, sin exhalar un solo ruido, estirando los labios sobre los dientes con ojos burlones y divertidos, totalmente helados, y supe que aquellos no eran ni Wilma, ni el tío Ira, ni la tía Aleda ni el padre de Becky, que no eran, simplemente, seres humanos. De pronto sentí que todo me daba vueltas. Becky se sentó de golpe en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, el rostro lívido y la boca desencajada, y comprendí que solo estaba medio consciente.

Pellizqué un pliegue de su antebrazo con el pulgar y el índice y lo retorcí con fuerza, al tiempo que le oprimía la boca con mi otra mano para que no pudiera gritar a causa de aquel dolor repentino. Observándole la cara de cerca, pude ver que un pequeño indicio de color le subía a las mejillas: le golpeé con los nudillos en la frente bruscamente, haciéndole tanto daño que la ira le hizo centellear los ojos. Me llevé el índice a los labios, le así un codo y la ayudé a incorporarse. No hicimos ningún ruido al abandonar el porche, calzados meramente con unos calcetines y acarreado los zapatos en una mano. Nos calzamos en la acera —no me entretuve en atarme los cordones—, y caminamos hacia el bulevar Washington, desde el cual mi casa quedaba a solo dos manzanas más allá. Todo lo que Becky dijo fue: «Oh, Miles», en un gemido mareado y tenue, y yo solo asentí, en tanto seguíamos andando, muy aprisa, intentando abrir la mayor distancia entre nosotros y aquella casa corrompida.

Habíamos subido la mitad de los peldaños de mi casa cuando reparé en que había una figura sentada en el balancín del porche; su movimiento, al empezar a incorporarse, me hizo fijarme detenidamente en él, y vi los botones de latón y la chaqueta azul del uniforme.

—Hola, Miles —saludó secamente: se trataba de Nick Grivett, el jefe de la policía local, y sonreía con agrado.

—Hola, Nick —hice que mi voz sonase natural e interrogativa—. ¿Algo va mal?

—No —sacudió la cabeza—. Nada —se quedó allí, en mitad del porche: no

parecía otra cosa sino un hombre de mediana edad con una sonrisa benevolente—. Quisiera que me acompañases a la comisaria... quiero decir, a mi oficina, eso es... si no te importa, Miles.

—Claro —asentí—. ¿Qué sucede, Nick?

—Nada en concreto —moverse ligeramente un hombro—. Unas pocas preguntas, eso es todo. Pero no quería dejarlo pasar: —¿Sobre que?

—Oh —de nuevo se encogió de hombros—. Por ese, ese cuerpo que tú y Belicec decís haber encontrado; simplemente querría tener el tema claro.

—De acuerdo —me volví hacia Becky—. ¿Quieres venir? —le pregunté, como si aquello no fuese importante—. No nos llevará mucho, ¿verdad, Nick?

—No —su voz sonaba natural—. Diez, quince minutos tal vez.

—De acuerdo. ¿Cojo mi coche?

—Mejor vamos en el mio, Miles, si no te importa. Te traeré de vuelta cuando hayamos acabado —señalé hacia un lado de la casa—. He aparcado en tu garaje, junto a tu coche, Miles; te dejaste las puertas abiertas.

Asentí como si aquello fuese normal, pero desde luego no lo era. El lugar normal y más sencillo para aparcar su coche era la calle, a no ser que temiera que la estrella dorada de la puerta pudiera ahuyentar a la gente a la que estaba esperando. Cortésmente, di un paso atrás, hasta el pasamanos del porche, e indiqué a Nick con una señal que me precediese, y bostecé un poco, aparentando desinterés y aburrimiento. Nick avanzó hacia las escaleras; era un tipo rechoncho y menudo, de constitución gruesa; no me llegaba siquiera al hombro. En el momento en que pasó ante mi, cerré mi puño todo lo fuerte que pude y le di un puñetazo en la mandíbula. Pero no es tan fácil como se piensa tumbar a un tipo de un puñetazo, a no ser que estés entrenado o seas un experto en la materia, lo que no era mi caso.

Nick se tambaleó hacia los lados, y cayó sobre sus rodillas. Desde atrás, le rodeé el cuello con un brazo, y le levanté la barbilla con la doblez del codo, sobre mi cadera. Nick tuvo que erguirse, dando un traspié, para hacer disminuir la presión en su garganta. Vi su rostro, pues la cabeza se le inclinó hacia atrás al doblar mi cadera contra su espalda, y si bien habría esperado ver en él una expresión de cólera, advertí que sus ojos miraban gélidos, y tan vacíos de emoción como los de un atún. Extraje su pistola de la cartuchera, la hincé en su espalda y le dije que se marchase, y, aunque sabía que la usaría, no dio un solo paso. Le esposé las manos a la espalda y le llevé al interior de la casa.

Becky me rozó un brazo.

—Miles, esto es demasiado para nosotros. Nos persiguen, todos ellos, y nos cogerán. Miles, tenemos que irnos; tenemos que huir.

La cogí por ambos brazos, sobre los codos, mirándole fijamente a la cara, y asentí.

—Si... quiero que te vayas de aquí, Becky. Lejos de esta ciudad, a cien kilómetros de aquí; así que coge mi coche. Yo también huiré de ellos. Pero tendré que hacerlo y luchar al mismo tiempo, en Santa Mira, no en otro lugar. No te preocupes por mi; me mantendré lejos de donde estén, pero debo quedarme aquí. Ahora márchate, y busca un sitio donde estés a salvo.

Becky me devolvió la mirada. Se mordió el labio y sacudió la cabeza.

—No quiero estar a salvo sin ti. ¿De que me vale eso? —empecé a hablar, pero ella me interrumpió—: No discutas, Miles; no hay tiempo para eso.

Después de un momento, dije:

—Está bien —empujé a Grivett contra una silla y levantó el auricular del teléfono. Marqué el número de la operadora y di el número de Mannie Kaufman; me embargaba la necesidad de reunir toda la ayuda que pudiéramos conseguir.

Escuché la señal de llamada hasta el tercer timbrazo, y entonces oí la voz de Mannie: «Hol...»; luego la línea se cortó. Un instante después la operadora, en el tono mecánico y neutro que suelen utilizar, dijo: «¿A que número llama, por favor?». Le di el número de nuevo y volví a escuchar la señal de llamada, y esta siguió sonando, pero esta vez no hubo respuesta. Comprendí que la operadora me había conectado a un circuito cerrado, y que el teléfono de Mannie no estaría sonando, ni el de ninguna otra persona. Las conexiones telefónicas estaban en sus manos, y probablemente había sido así desde hacia mucho tiempo.

Corté la conexión, marqué el número de Jack y, cuando le oí responder, tuve la seguridad de que habían dejado pasar aquella llamada para escuchar lo que pudiéramos decir. Hablé con celeridad:

—Jack, tenemos problemas; han intentado cogernos, y tratarán de cogerte a ti. Lo mejor es que huyas de tu casa tan aprisa como puedas; nosotros saldremos de aquí en cuanto cuelgue.

—De acuerdo, Miles. ¿Adónde iréis?

Tuve que detenerme un segundo para pensar cómo responder a Jack. Quería que quien estuviese escuchándonos creyera que me disponía a abandonar la ciudad, que todos íbamos a hacerlo. Y necesitaba encontrar la manera de decirle esto a Jack, pero que, al tiempo, supiese por mis palabras que no era cierto. Es un hombre de letras, de modo que traté de pensar en algún personaje literario cuyo nombre fuese un símbolo de falsedad. Me costaba encontrarlo. Entonces recordé un nombre bíblico: Ananias, el mentiroso.

—Bien, Jack —dije—, hay una mujer que dirige un pequeño hotel a un par de horas en coche desde aquí: la señora Ananias, ¿te dice algo ese nombre?

—Sí, Miles —contesté Jack, y habría podido decir que sonreía—. Conozco a la señora Ananias, y su reputación de fiabilidad.

—En ese caso créeme, Jack, puedes confiar en lo que te voy a decir tanto como

en eso. Becky y yo nos vamos del pueblo ahora mismo, y al infierno con todo. Nos dirigimos al hotel de la señora Ananias, ¿me comprendes, Jack? ¿Entiendes lo que vamos a hacer?

—Perfectamente —replicó—, te entiendo perfectamente. —Y supe que era cierto, y que Jack sabía que saldríamos de mi casa, pero no del pueblo—. Creo que nosotros haremos exactamente lo mismo —agregué—, así, pues, ¿por qué no nos vamos juntos? Sugiere algún lugar donde reunirnos, Miles.

—Bien —concedí—, ¿recuerdas al hombre que se mencionaba en aquel recorte de periódico? ¿El profesor? —estaba seguro de que Jack no ignoraría que me refería a Budlong, y, mientras hablaba, hojeaba la guía telefónica en busca de su dirección—. Tiene algo que debemos conseguir; es la única posibilidad que se me ocurre. Nos encontraremos allí; nosotros iremos a pie, seguramente. Ve allí en tu coche, tan aprisa como puedas. Te esperaremos exactamente en una hora.

—De acuerdo —aceptó, y colgó; solo me quedaba esperar que hubiéramos logrado burlar a quien nos hubiese escuchado.

Ya en el garaje, encontré la pequeña llave de las esposas de Grivett en su llavero. Tras dejar la pistola a su lado y obligarle a ponerse de rodillas en el suelo del coche, descerrajé sus esposas lo suficiente para poder ceñirlas alrededor de una barra de metal que había bajo el asiento delantero. Luego volví a cerrarlas, dejando a Grivett encadenado allí y tumbado sobre la espalda, de manera que no llegara a alcanzar el claxon. Envolví la pistola en su gorra, y con la culata —no con la base, sino con el lado— le asesté un buen golpe en la cabeza. Se lee mucho acerca de personas que reciben golpes en la cabeza capaces de noquearlos, pero no suele leerse nada sobre los coágulos de sangre que esos golpes forman en el cerebro. En realidad, golpear a un hombre en la cabeza es algo muy delicado, y aunque aquel pudiera no ser ya Nick Grivett, lo cierto es que tenía su aspecto. No; no podía romperle el cráneo. Desplomó la cabeza nada más recibir el golpe, y se quedó inmóvil. Ayudándome del pulgar y el índice, pincé un pliegue de la floja piel de su nuca y di un fuerte tirón; Grivett aulló: le golpeé otra vez con la culata, con cuidado, pero un poco más fuerte. Quedó inmóvil, pero, por si acaso, pellizqué su piel con más fuerza que antes, observando su rostro para comprobar si asomaba a sus rasgos un mínimo indicio de dolor. Esta vez no se movió.

Salimos del garaje marcha atrás, en mi coche; me bajé de él y cerré las puertas, luego seguí marcha atrás hasta la calle y enfilé hacia la avenida Corte Madera, en dirección a la casa de L. Bernard Budlong, el hombre que podía tener la respuesta que buscábamos. El tiempo —cada vez menor— corría en nuestra contra, y lo sabíamos. En cualquier momento un coche patrulla, o cualquier otro vehículo con el que nos cruzásemos, podría salir de la nada para arrojarse sobre nosotros y echarnos al bordillo; por si eso ocurría, tenía preparada junto a mí, sobre el asiento, la pistola de

Nick Grivett. Quería huir, quería esconderme: lo último que de veras quería era sentarme a charlar en la casa de un profesor de instituto, pero debía hacerlo; no se me ocurría que otro paso dar. Sin embargo, no era ajeno a una circunstancia que en aquel momento estaba teniendo lugar: un veloz descapotable verde atravesaba la ciudad, el coche del doctor Bennell, como todo el mundo sabía. Y me preguntaba si en las casas junto a las que pasábamos no se estarían descolgando los teléfonos, y si en ese preciso instante el aire no estaría lleno de mensajes que hablaban de nosotros.

Catorce

Una gran parte del condado californiano de Marin es bastante accidentada. La propia Santa Mira se erige sobre una serie de colinas, que obligan a que las calles de la ciudad serpenteen a través de ellas o las circunvalen. Yo las conocía todas. Cada centímetro de cada calle y de cada colina. Sabía que a unas tres manzanas de la dirección en que vivía Budlong había un pequeño callejón sin salida, y dirigí mi coche hacia allí. El callejón terminaba en una cuesta demasiado empinada como para edificar nada en ella, poblada de rastrojos, maleza y matojos de eucalipto. Aparcamos junto a un pequeño macizo de árboles, lo más lejos que pudimos del alcance de la vista. Solo dos casas tenían una visión directa del coche, pero cabía pensar que quienes las habitaban no nos habrían visto. Salimos, no sin antes dejar la llave en el contacto y el motor encendido. Ya no necesitaríamos el coche: lo que pretendía era que quien lo encontrase con el motor en marcha se detuviese a perder un poco de tiempo esperando a que regresáramos por él. Por otra parte, advertí que no había modo de llevar la pistola de Nick sin mostrarla, así que, al cabo de un rato, la arrojé a los rastrojos.

Subimos la colina, cruzando por un sendero que de niño había atravesado más de una vez para tirar a pequeñas piezas con un rifle del 22. En el sendero, nadie que estuviese a más de cuatro metros podría vernos, y yo conocía la forma de seguir tanto aquel camino como otros, sin tener que pasar por la cima de esa colina y la que la precedía, para alcanzar el patio trasero de Budlong.

Su casa quedaba algo más abajo, en la falda de la colina en la que estábamos. A tres o cuatro metros del sendero encontré un lugar desde el que se nos ofrecía una buena perspectiva, por entre los árboles y la maleza, tanto de la casa de Budlong como del patio que había tras ella. Nos detuvimos a mirarla con detenimiento: se trataba de una casa de dos pisos, recubierta de madera pintada en un marrón oscuro, con un patio bastante amplio al que cercaba, tanto por la parte trasera como por uno de los laterales, un alto cerco rústico compuesto de listas verticales, al tiempo que un macizo de arbustos rodeaba el otro lateral. En California, la «vida al aire libre» es algo muy serio, y todo el que puede dispone en su propiedad de un espacio donde practicarla, protegido de todas las miradas; ahora agradecía que fuera así. Nada se movía, no había nadie a la vista en la casa ni en el patio trasero, así que descendimos silenciosamente la colina, abrimos la puerta de la valla y cruzamos el patio, para después rodear la casa, sin ser vistos —sentía que así era— por nadie.

Había una puerta de entrada en un lado de la casa. Llamé, y mientras esperábamos allí se me ocurrió por vez primera que bien pudiera ser —incluso muy probablemente era así— que Budlong no estuviera en casa. Pero si estaba allí; ocho o diez segundos después de mi llamada, un hombre de unos treinta y cinco o cuarenta

años aparcó al otro lado de la puerta; miré a través del cristal, descorrió el pestillo y nos abrió. Me miraba con expresión interrogativa, preguntándose —suponía yo— porqué habíamos empleado la puerta lateral.

—Nos confundimos —dije, con una pequeña risa educada—. Creo que hemos utilizado la puerta equivocada. ¿El profesor Budlong?

—Sí —respondió, y ensanchó una sonrisa complaciente. Llevaba unos lentes con armazón de acero, y tenía el cabello de color castaño, ligeramente ondulado, y esa suerte de expresión curiosa, inteligente y juvenil que los profesores poseen a menudo.

—Mi nombre es Miles Bennell, el médico de Santa Mira, y...

—Oh, sí —asintió, sonriendo—. Le he visto alguna vez por el pueblo...

—Yo también —repliqué—. Sabía que trabajaba en el colegio, pero no conocía su nombre. Esta es la señorita Becky Driscoll.

—Encantado —abrió la puerta un poco más, y se hizo a un lado—. Pero pasen, ¿quieren?

Entramos, y Budlong nos condujo por un vestíbulo hasta una especie de estudio. Tenía allí una mesa anticuada, con tapa corrediza, algunos libros dispuestos en una repisa colgada de una pared, fotografías y diplomas enmarcados dispersos por el muro, una alfombrilla extendida en el suelo y un diván maltrecho junto a una de las paredes. Era una sala pequeña, con una sola ventana, y bastante oscura. Pero la lámpara de la mesa estaba encendida, y la habitación comunicaba una agradable sensación de refugio; imaginé que el profesor Budlong pasaría buena parte de su tiempo trabajando allí. Becky y yo nos sentamos en el diván, Budlong tomó el sillón giratorio que había frente a la mesa y lo giró hasta la mitad para encararnos. De nuevo sonrió; era la suya una suerte de amistosa sonrisa infantil.

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

Le respondí. Por razones demasiado largas y complicadas de explicar, le dije, estábamos muy interesados en lo que pudiera decirnos acerca de un artículo de periódico en el cual se le mencionaba, aunque no habíamos podido leer el artículo, solo una referencia que a este se hizo en el Tribune.

Budlong sonreía para cuando hube terminado de hablar, y sacudía la cabeza en una especie de atribulado regocijo interior.

—Ah, eso —dijo—. Supongo que nunca escucharé el final de esa historia. En fin —se arrellanó en la silla, repantigándose para apoyar el cuello en el respaldo—, fue culpa mía, así que no debería quejarme. ¿Qué es lo que quieren saber? ¿Lo que el artículo decía?

—Sí —respondí—. Y todo lo que pueda añadir a él.

—Bueno —encogió un hombro—, el artículo decía algunas cosas que no debería haber dicho —sonrió otra vez, para sí mismo—. Periodistas —espetó, en un tono arrepentido—. Supongo que he vivido una vida bastante protegida; nunca conocí a un

solo periodista. Pero este, este joven, Beekey, un chico inteligente, me telefoneó una mañana. Yo era profesor de botánica y biología, ¿verdad?, respondí que si, y me preguntó si podía acudir a la granja Parnell; me indicó dónde estaba, y vi que no quedaba lejos de aquí. Había algo que debía ver, dijo, y describió lo que era con suficiente detalle como para despertar mi curiosidad.

El profesor Budlong juntó las manos sobre su pecho, tocando las yemas de una de ellas con las yemas de la otra, y se me ocurrió que los profesores acaban actuando inconscientemente de la forma en que la gente piensa que deben actuar; y me pregunté si con los médicos pasaría igual.

—Así que me dirigí a la granja, y en un montón de basura que había junto al granero, Parnell me mostró unas enormes cáscaras, o vainas de alguna clase, aparentemente de origen vegetal. Beekey quiso saber que eran, y le dije la verdad: que no lo sabía. Pues bien —Budlong sonrió—, al oír eso alzó las cejas, como si estuviera sorprendido, y puesto que uno tiene su orgullo profesional, su actitud me incitó a añadir que ningún botánico del mundo podría identificar todas y cada una de las especies que le fueran mostradas. «Botánico», repitió el joven Beekey. ¿Significaba eso que, en mi opinión, aquellas vainas tenían un origen vegetal?, respondí que si, que probablemente lo tendrían —Budlong sacudió la cabeza, en un gesto de admiración—. Vaya si son listos estos periodistas; te tienen haciendo un comentario antes incluso de que te des cuenta de ello. ¿Fuman? —llevándose una mano a la chaqueta, sacó un paquete del bolsillo de la pechera y nos ofreció a Becky y a mí. Cogimos un cigarro cada uno, él cogió otro y yo encendí una cerilla para prender los cigarrillos—. Aquellas cosas que me mostró —el profesor exhaló una bocanada de humo— me recordaron a unas enormes vainas, como se lo habrían recordado a cualquiera que las hubiera visto, estoy seguro de ello. Parnell, el dueño de la granja, me dijo que habían descendido del cielo, erráticas, algo que yo no dudaba (¿de que otra parte hubieran podido llegar?), aunque él se mostraba atónito. Aquellas cosas no me parecían nada extraordinarias, salvo, posiblemente, por su tamaño. Todo lo que podía decir es que su aspecto era el de alguna clase de vaina, aunque admitía que la sustancia de que estaban rellenas no se asemejaba a lo que por lo común entendemos como semillas. Beekey trató de suscitar mi interés en la circunstancia de que ciertos objetos que había en el montón de desperdicios en los que las vainas habían caído tenían mucha semejanza entre si, y atribuyó ese hecho a las propias vainas. Recuerdo que señaló dos latas vacías de guisantes Del Monte que resultaban idénticas. Había también un mango de hacha roto, y otro similar a su lado. Pero, por mi parte, no era capaz de ver nada sorprendente en ello. Entonces probó a enfocar aquello de otra forma; aquel chico quería una historia, ¿comprenden?, una historia que causase sensación, a ser posible, y estaba decidido a obtenerla. — Budlong dio una calada a su cigarrillo, y nos sonreía—. ¿Podían haber venido

aquellas cosas (era lo que ahora quería saber) del «espacio exterior»? Esa fue su expresión. Y bueno —Budlong se encogió de hombros—, a eso solo podía responder que sí, que podía ser; simplemente no sabía de dónde procedían. ¿Entienden? —El profesor Budlong se irguió en su silla y se inclinó hacia nosotros, con los antebrazos sobre las rodillas—. Ahí es donde ese joven Beekey me cazó. La teoría, la idea, como quieran llamarlo, de que la vida vegetal que hay en nuestro planeta vino del espacio, es muy antigua. Es una teoría perfectamente respetable y reputada, y no hay nada sensacional o siquiera sorprendente en ella. Lord Kelvin (sin duda usted conocerá la historia, doctor), uno de los más grandes científicos de la era moderna, fue uno de los muchos partidarios de esta teoría, o (llamémoslo así) posibilidad. Quizá ninguna clase de vida empezó en este planeta, decía, sino que arribó aquí desde las profundidades del espacio. Algunas esporas, señalé, tienen una gran resistencia a las temperaturas más extremadamente bajas; y bien pudiera ser que se hubieran visto impulsadas a la órbita terrestre por las presiones lumínicas. Cualquier estudioso del tema está familiarizado con la teoría, y hay tantos argumentos a favor de ella como en su contra.

»Así, pues, respondí al periodista: si, podrían tratarse de esporas del «espacio exterior», ¿por qué no? Simplemente, no lo sabía. Claro, esto le pareció al amigo Beekey una noticia increíble, y cogió tres de las palabras que hube pronunciado como si se tratase de una sola frase. “Esporas del espacio”, repitió en un tono enormemente complacido, y escribió la frase en un pedacito de papel que llevaba consigo: casi podía ver los titulares mientras la escribía —Budlong se arrellanó otra vez en su silla—. Debí haber tenido más juicio, pero soy humano; me resultaba gracioso ser objeto de una entrevista, y en mi regocijo me extendí en mis pensamientos, sin otra razón que la de dar al joven Beekey lo que parecía anhelar. —El profesor alzó al punto una mano—. Pero entiendan que no estaba diciendo la estricta verdad. Para unas “esporas espaciales”, si quieren emplear una expresión tan espectacular, es perfectamente posible surcar el vacío hasta la superficie de la Tierra. Opino que es incluso probable que, de hecho, ya haya ocurrido antes, aunque personalmente dudo que toda la vida de este planeta se originase de esa forma. Quienes defienden esta teoría señalan, no obstante, que nuestro planeta formaba en el pasado una bullente masa de gas inconcebiblemente ardiente. Cuando al fin se enfrió hasta el punto en el cual se hizo posible la vida, ¿de dónde podría haber salido esta, preguntan, sino del espacio exterior?

»En cualquier caso, me dejé llevar —en la expresión añorada del profesor se iluminó una ancha sonrisa—. Es un rasgo característico de la mente académica desarrollar una teoría hasta proporciones enormes, y, bastante a menudo, demasiado aburridas; eso es lo que me ocurrió en la granja Parnell, y así es como le di al muchacho su historia. Si, podían ser esporas del espacio, dije; e igualmente podían no

serlo. De hecho, le aseguré, me sentía bastante convencido de que podían ser identificadas, si uno se tomaba la molestia de ponerse a ello, como algo acaso extraño, pero perfectamente conocido, originado en la mismísima Tierra y de la forma más corriente. De cualquier modo, el daño ya estaba hecho. El chico eligió imprimir la primera porción de mis comentarios y omitir la segunda, y, así, dos o tres extravagantes y (eso me parecía) engañosos artículos que me mencionaban aparecieron en el periódico local, por los cuales protesté. Y esa es la historia, doctor Bennell; mucho ruido y pocas nueces, me temo.

Sonreí, tratando de corresponder a su humor.

—Ha dicho «presión lumínica», profesor Budlong. Que esas vainas podían haber sido impulsadas por presión lumínica. Eso me interesa.

—Bueno —sonrió—, también interesó al joven Beekey. Y me tenía cogido; una vez que le hube dado parte de la teoría, no tuve más remedio que darle el resto. No hay nada misterioso en ello, doctor. La luz es energía, como usted no ignora, y cualquier objeto que surque el espacio, nos refiramos a vainas o a cualquier otra cosa, será empujado (y esto es algo que no admite discusión) por la fuerza de la luz. La luz tiene una fuerza que puede medirse, una fuerza muy definida; incluso tiene peso. La luz del sol proyectada sobre una hectárea de terreno pesa varias toneladas, lo crean o no. Y si por ejemplo unas vainas flotando a la deriva, en el espacio, entran en contacto con la senda de luz que finalmente alcanzará la Tierra (la luz procedente de alguna estrella distante, o de cualquier otra fuente), se verán arrastradas hacia ella, poco a poco y a un ritmo constante, por el empuje de la corriente lumínica.

—Eso iría muy lento, ¿no es así? —Le sonreí.

—Infinitamente lento —asintió—, tan lento que apenas podría ser medido. Pero ¿qué significa la infinita lentitud para un tiempo infinito? Una vez asumida la idea de que esas esporas han venido del espacio, tendremos que aceptar como igualmente verosímil que hayan podido estar ahí durante millones de años. Cientos de millones, que más da. Una botella cerrada que fuese arrojada al océano podría dar la vuelta al mundo, con solo concederle tiempo. Desplace la mota que es nuestro planeta por las inmensas distancias del espacio y seguirá siendo verosímil que, tras equis tiempo, cualquiera de esas distancias habrá sido recorrida. De modo que si estas o cualesquiera otras esporas han aterrizado en nuestro planeta, bien pudiera ser que hubiesen iniciado su viaje muchas eras antes incluso de que la propia Tierra existiese. —Se echó hacia adelante para darme un golpecito en la rodilla, mientras sonreía a Becky—. Pero usted no es periodista, doctor Bennell. Las vainas de la granja Parnell, si eso es lo que eran, probablemente llegaron allí arrastradas por el viento, de no muy lejos, y sin duda se trataba de especímenes absolutamente conocidos y clasificados, con los cuales sucede, simplemente, que no estoy familiarizado. Y estoy seguro de que podía haberme evitado más de una broma por parte de mis colegas del instituto si

hubiera contestado exactamente eso al joven Beekey, en lugar de permitirle coger mis teorías y tirarme con ellas de la lengua. —Nos sonrió de nuevo; era un tipo ciertamente simpático.

Me quedé pensando acerca de lo que había dicho, y, al cabo de un rato, inquirí en tono educado:

—¿Por qué le interesa todo esto, doctor Bennell?

—Bueno —vacilé, preguntándome cuánto podía o debía decirle—. Profesor Budlong —dije—, ¿ha oído algo acerca de... una suerte de delirio que ha estado afectando a Santa Mira?

—Sí, algo —me miró sorprendido, y señaló con el mentón hacia el montón de papeles que se extendían sobre la mesa, ante él—. He estado trabajando mucho durante estas vacaciones en lo que presiento, o espero, que será un importante artículo técnico, cuya publicación esta prevista para el otoño; significará mucho para mí, a nivel profesional. Y trabajar en ello me ha puesto un tanto fuera de circulación. Pero un profesor de Psicología del instituto me comentó algo acerca de un aparente delirio, aunque, por lo visto, temporal, que había afectado a mucha gente en el pueblo. Un delirio sobre suplantación de personalidad, o algo así. ¿Cree que existe alguna conexión entre eso y —sonrió— nuestras «esporas del espacio»?

Eché una mirada a mi reloj y me incorporé; en unos tres minutos, Jack Belicec debía aparecer en su coche por aquella calle, y quería que estuviésemos para entonces al otro lado de la cerca, ante la casa, preparados para meternos en él.

—Posiblemente —respondí al profesor Budlong—. Dígame una cosa: ¿Podrían esas esporas ser, de alguna manera, una especie de extraño organismo alienígena dotado con la habilidad de imitar, o, mejor, duplicar, el cuerpo humano? ¿De tornarse, para todos los propósitos prácticos, en una especie de ser humano, sin que pudiera apreciarse nada de su forma original?

La expresión agradable y juvenil del profesor Budlong se trocó en un rictus de curiosidad, y por un momento observé atentamente mi rostro. Cuando hablé, aparentemente tras considerar mi pregunta, su voz tenía un timbre de respetuosa cortesía; se disponía a tratar una cuestión completamente absurda, en nombre de la buena educación, con una seriedad que no la merecía.

—Me temo que no, doctor Bennell. No hay muchas cosas —me sonrió— que puedan asegurarse con absoluta certeza, pero una de ellas es esta. Ninguna sustancia en todo el universo puede en forma alguna reconstruirse hasta adquirir la increíble estructura de los huesos, de la sangre y de la infinitamente compleja organización celular que conforman un ser humano. O cualquier otro animal. Es imposible; absurdo, me temo. Sea lo que sea que le parezca haber observado, doctor, tal observación le ha llevado por el camino equivocado. Sé por propia experiencia lo fácil que es a veces dejarse arrastrar por una teoría. Pero usted es médico, y cuando

piense en ello, verá que tengo razón.

Lo sabía. Noté que mis mejillas ardían de confusión, y me sentí incapaz de pensar; solo alcanzaba a embargarme la sensación de que había hecho el ridículo más espantoso, pues si de alguien cabía esperar un mayor juicio era precisamente de alguien como yo: un médico. Quise que me tragase la tierra, o volatilizarme en el aire. Aprisa, casi abruptamente, di las gracias a Budlong, y le estreché la mano; todo lo que quería era alejarme de aquel hombre de mirada agradable e inteligente, cuya expresión se guardaba tan cuidadosamente de mostrar el desdén que debía de sentir. Unos instantes después nos acompañaba con plácida cortesía hasta la puerta principal, y tras descender los peldaños hacia el portón de madera que se abría frente al jardín, entre los arbustos, agradecí escuchar que el doctor cerraba la puerta a nuestra espalda.

No podía pensar; en mi mente Todavía me hallaba en aquel estudio, sintiéndome como un niño que se ha humillado a si mismo, y, de hecho, tenía mi mano en el pasador del portón y luchaba torpemente por abrirlo. Entonces me detuve; a pocos metros a nuestra derecha oí un coche que se desplazaba a gran velocidad y giraba la esquina hacia la calle en que estaba la casa de Budlong, haciendo chirriar los neumáticos sobre el asfalto como si no fuera a detenerse nunca. Un instante después, a través de la celosía del portón, vi el coche de Jack Belicec pasar como un rayo, y pude distinguir a Jack encorvado sobre el volante, con los ojos fijos en la carretera, y a Theodora agachada a su lado, ambos envueltos en el rugido del motor. Escuché el chirrido de otras ruedas que doblaban la esquina de la derecha, imposible de ver a causa de los setos; entonces, una milésima de segundo después, sonó un disparo —el agudo e inconfundible estampido de una pistola—, y hasta percibimos el débil susurro de una bala rasgando el aire, al otro lado de la puerta. Un coche marrón de la policía de Santa Mira, con su estrella dorada en una puerta, pasó como un relámpago ante el portón; y, en increíblemente escasos momentos, el rumor unánime de los motores disminuyó, se desvaneció a lo lejos, luego sonó de nuevo, muy débilmente, hasta que, por último, se extinguió.

A nuestra espalda, la puerta principal se abrió, y al fin descorrí el pestillo del portón. Aferrando a Becky por un codo, caminé con ella —aprisa, pero sin correr— a lo largo de la acera, hasta dejar atrás dos casas. Giramos hacia una calle que desembocaba en una casita blanca, de dos pisos, hecha con listones de madera, en la que yo había jugado de niño. Recorrimos uno de sus lados y cruzamos el patio trasero; por detrás de nosotros, en la calle que acabábamos de abandonar, oí la llamada de una voz, luego otra voz que la respondía, y después un portazo. Un momento más tarde, Becky y yo nos hallábamos de nuevo subiendo la cuesta que se levantaba tras la hilera de casas de la avenida Corte Madera, y, una vez más, corríamos por un camino, abriéndonos paso entre matojos, eucaliptos que aparecían

aquí y allá, viejos robles y árboles jóvenes y ralos, como los de un sotobosque.

Había tenido tiempo para pensar; sabía que había ocurrido, y estaba asombrado de la sangre fría y de la lúcida y serena inteligencia que Jack Belicec había demostrado. Ignoraba por cuánto tiempo lo habían perseguido; sólo tenía claro que no podía haber sido mucho. Pero no era ajeno al hecho de que debía de haber conducido a través de las calles de Santa Mira con un ojo en la carretera y otro en su reloj, mientras un coche de la policía trataba de darle caza, y le disparaba. Dejando pasar tantas oportunidades como le hubieran surgido de escapar, de salir del pueblo hacia ese mundo de seguridades que había más allá de él, Jack había tratado de acercarse cada vez más a la calle y a la casa donde sabía que nosotros le esperábamos, hasta que el minuterero de su reloj le señaló que veríamos, justamente, aquello que habíamos visto. Era la única forma en que podía advertirnos, y, por increíble que parezca, eso fue lo que hizo, a una hora en que el horror y el pánico lucharían en su interior para apoderarse de su mente. Y todo lo que yo podía hacer ahora por él y por su mujer era desear que hallaran la manera de escapar, pero estaba seguro de que no sería así, de que aquella carretera casi impracticable que acaso le garantizaría la huida estaría en aquel preciso momento bloqueada por otros coches de policía, preparados, aguardándole. Supe así del terrible error que habíamos cometido al regresar a Santa Mira, lo indefensos que estábamos para luchar contra lo que fuese que estaba dominando la ciudad; y pensaba en cuánto tiempo pasaría —quizá sería tras el paso siguiente, a la próxima vuelta del camino— antes de que nos atrapasen, y qué nos ocurriría entonces.

El miedo, estimulante al principio, cuando la adrenalina se bombea en la sangre, resulta, al final, extenuante. Becky estaba aferrada a mi brazo, ignorante del peso que me estaba obligando a arrastrar: tenía el rostro lívido, los ojos semicerrados, los labios separados para absorber el aire por la boca. No podríamos seguir vagando y subiendo por aquellas colinas durante mucho más tiempo. Los movimientos de mis piernas, lo advertí, ya no respondían al instante; los músculos solo se tensaban y destensaban mediante un esfuerzo de la voluntad. En alguna parte debíamos encontrar un refugio, pero sabíamos que no lo había: ni un hogar en el que nos atreviéramos a aparecer, ni un rostro, siquiera el de un amigo de toda la vida, ante el que osáramos asumir el riesgo de pedir ayuda.

Quince

Tanto nuestra calle Mayor como la calle comercial —la segunda más importante— que discurre en paralelo a esta, se curvan y serpentean a lo largo de un conjunto de colinas en miniatura, como hacen muchas de las calles del pueblo, salvo aquellas que hay en la zona conocida como Los Llanos y algunas otras que están en la entrada del valle. Nos hallábamos descendiendo la ladera de una de esas colinas, recorriendo las sinuosidades de una senda que culminaba en un pequeño callejón situado en la parte trasera de una manzana de edificios comerciales, donde se encontraba aquel en el que yo tenía mi oficina.

Era lo mejor en lo que podía pensar; lo único en lo que podía pensar. Temía ir allí, pero temía mucho más no hacerlo, y —sueno curioso— pensaba que era perfectamente posible que allí estuviésemos a salvo, al menos por un tiempo, porque no era precisamente el lugar al que se esperaba que acudiésemos: no, al menos, hasta que pasase algún tiempo, y no hubiéramos encontrado nada más. Por ahora, lo que necesitábamos era tomarnos una hora de descanso, cuanto menos. Incluso podríamos dormir —pensaba, mientras guiaba a Becky por la colina—, aunque no creía de veras que pudiésemos hacerlo. Pero tenía algo de benzedrina en la oficina, y algunos otros productos estimulantes que, tras una hora de reposo durante la cual cabría trazar algún plan, podrían darnos la fuerza suficiente para seguir adelante.

Más abajo, mientras descendíamos, pude ver, tras los tejados de los edificios a los que nos aproximábamos, la calle Mayor que yo conocía desde que tenía uso de razón: el Sequoia, donde de niño vi tantos seriales los sábados por la tarde; la tienda de dulces Gassman, donde compraba los caramelos antes de entrar al cine, y donde trabajé durante unas vacaciones de verano, cuando iba al instituto; y el apartamento de tres habitaciones que había sobre la tienda de confecciones Hurley, donde acudí media docena de veces durante el verano en que cumplía mi primer año en la universidad para visitar a una chica que vivía allí sola.

Llegamos al callejón y comprobamos que no había nadie en él, salvo un perro que husmeaba en una caja llena de desperdicios. Lo atravesamos y nos adentramos en el edificio de oficinas por una puerta metálica que conducía a los grandes peldaños de cemento pintados de blanco de la escalera trasera.

Estaba preparado para golpear y arrastrar conmigo a quienquiera que nos topásemos en las escaleras, fuese hombre o mujer, pero, puesto que el edificio disponía de ascensor, no hallamos a nadie en ellas. En la planta sexta pegué un oído a la puerta metálica de la salida de emergencia y me detuve a escuchar. Al cabo de un rato —dos minutos, tal vez—, oí el ruido de las puertas del ascensor al abrirse, seguido por el taconeo de unos pasos sobre el suelo de mármol que se dirigían a ingresar en él. Las puertas del ascensor se cenaron, y abrí la puerta. Caminamos en

silencio por el vestíbulo vacío hasta la puerta donde, sobre un cristal opaco, estaba escrito mi nombre. Llevaba la llave en la mano, preparada. Entramos en mi oficina y cerramos la puerta.

Pude ver, mientras daba una vuelta por allí para echar un vistazo al lugar, que la sala de espera y mi despacho estaban llenos de polvo; había una capa espesa sobre cada superficie, fuese de cristal o de madera. Sabía que mi enfermera no se habría acercado a la oficina desde la última vez que yo estuve en ella. Flotaba en el aire un olor a desuso y encierro, y todo estaba oscuro, pues las persianas se hallaban firmemente cerradas. El lugar parecía a la vez sereno y muerto, y ya no me resultaba agradable, pues había pasado demasiado tiempo lejos de allí como para considerar que siguiera siendo realmente mio. En cualquier caso, daba la impresión de que no se había tocado nada, pero tampoco me molesté en comprobar si había huellas de que alguien hubiese entrado allí a buscar alguna cosa, por el motivo que fuera. En aquel momento, eso no me importaba en lo más mínimo.

Había un sofá, largo y ancho, en la sala de espera, y tendí a Becky en él, después de quitarle los zapatos. Con algunas sábanas que cogí y la almohada que había en la camilla pude arroparla cuidadosamente. Ella me observaba, sin decir nada, pero, cuando nuestras miradas se encontraron, Becky me dedicó una sonrisa lánguida, en señal de gracias. Arrodillándome ante ella, le tomé la cara entre mis manos y la besé, pero era más bien un gesto para confortarla, como el de besar a un niño, y no había excitación o deseo en ello; estaba rendida, al límite de sus fuerzas. Le pasé una mano por la frente, muy despacio, para acariciarla.

—Duerme —susurré—. Descansa un poco —sonreí y le guiñé un ojo, tratando de parecerle (eso esperaba) sereno y confiado, como si supiera lo que hacía y lo que estaba pasando.

Con los zapatos quitados, a fin de que nadie que pasase por el vestíbulo pudiera oírme, desaté el colchón de cuero de la camilla, lo saqué a la sala de espera junto a la hilera de ventanas que dominaban toda la calle Mayor y lo tendí en el suelo, en paralelo a las ventanas. Me desabotoné la chaqueta, aflojé el nudo de mi corbata, dejé los cigarrillos y las cerillas en el suelo, junto al colchón, y, tras coger un cenicero de una mesilla para revistas, me senté. Con la espalda contra una de las paredes, doblé lentamente una de las listas de la persiana lo justo para poder observar la calle Mayor, y me sentí mejor. Encerrado en aquellas habitaciones, tan silenciosas y oscuras, me había sentido ciego e indefenso, pero ahora que podía mirar las calles que discurrían bajo la ventana, y observar la actividad que bullía en ellas, me embargaba la impresión de que tenía más control sobre las cosas.

La escena que vi a través de la pequeña rendija era, a primera vista, bastante ordinaria: no hay más que visitar la calle principal de cualquiera de los cien mil pueblecitos de América para ver exactamente lo que yo vi. Había coches aparcados

en una calle asfaltada, aceras y parquímetros, zonas de aparcamiento divididas por líneas blancas, y gente que iba y venía del J.C. Penney's, de la farmacia Lovelock, del supermercado y de otra docena de establecimientos. Había una niebla no muy densa, poco más que una bruma, extendiéndose desde la Bahía. La calle Mayor gira en la esquina que hay bajo mis ventanas en dirección a las colinas, y la avenida Hillyer, una ancha calle de paso, se curva hacia la calle Mayor, con la cual se une en esa misma esquina. De modo que el área pavimentada de la calle es en este punto más ancha de lo normal, y, a causa de la curva que allí se forma, toda esa zona esta casi completamente cercada en sus tres lados por diversos establecimientos: es lo más parecido que tenemos a una plaza mayor, allí solían poner un escenario para bandas de música que cerraba la avenida Hillyer, cuando había desfiles callejeros o era época de carnaval.

Yo seguía tendido sobre el colchón, fumando y observando, cambiando de posición de rato en rato, recostándome a veces sobre un costado y otras apoyándome en un codo, con los ojos sobre el alféizar de la ventana; también, por un rato me acosté sobre la espalda y contemplé el techo. Siempre he sostenido que pensar es, más que otra cosa, un proceso inconsciente; que, por lo general, es mejor no forzarlo, sobre todo cuando el problema es bastante vago y uno no sabe que clase de respuesta es la que esta buscando. Así, pues, trataba de descansar —estaba cansado, pero no tenía sueño— mientras miraba la calle, esperando que alguna idea cobrase forma en mi mente.

Hay algo verdaderamente fascinante en la monotonía en acción: el parpadeo constante de una hoguera, la interminable serie de olas que lentamente mueren en la orilla, el ritmo invariable que sigue la pieza de una maquinaria... Miraba la calle un minuto tras otro, sin pestañear, observando las cambiantes pautas que prácticamente —aunque nunca por completo— se repetían una y otra vez: mujeres que ingresaban en los supermercados y mujeres que salían de ellos, abrazadas a bolsas de papel marrón o cajas de cartón, asidas a bolsos o a niños, o a ambas cosas; coches saliendo marcha atrás de los aparcamientos dispuestos en batería, coches aparcando en las áreas divididas por líneas blancas; un cartero que iba y venía de una tienda a otra; un viejo que caminaba por la calle, lenta y pesadamente; tres niños que armaban alboroto por aquí y por allá...

Todo parecía tan normal... Había carteles en rojo y blanco pegados en las ventanas del supermercado: anunciaban una oferta de los productos Niblets, filetes de ternera a 50 céntimos el kilo, plátanos y detergente. La tienda de electrodomésticos Vasey, como siempre, mostraba un escaparate repleto de enseres de cocina (ollas, sartenes, batidoras, planchas) y el otro lleno de herramientas eléctricas. La tienda de artículos de ocasión tenía los escaparates cargados hasta el techo de caramelos, aviones a escala, recortables, y, mientras miraba la puerta labrada en rojo y oro, casi

podía oler la fragancia que surgía de su interior. Extendida de un lado a otro de la calle, cerca del cine Sequoia, colgaba una pancarta bastante desvaída, en letras rojas y blancas: Ganga Armai de Santa Mira, decía; se trataba de la liquidación de productos que cada año hacen allí los comerciantes. Este año, en cambio, daba la impresión de que ni siquiera se habían tomado la molestia de pintar una nueva pancarta.

Por detrás del tejado del restaurante Elman's —un tejado bajo, de una sola planta —, pude ver, dos manzanas más allá, en la calle Vallejo, el autobús de la línea Greyhound, procedente de Marin City, en el momento en que se detenía. Solo tres personas se bajaron de él: un hombre y una mujer que iban juntos, y un hombre con un paquete envuelto en papel marrón que llevaba atado con una cuerda. No había nadie esperando para coger el autobús: un minuto después arrancó de aquella parada y se alejó de su marquesina azul y blanca hacia la calle Vallejo, en dirección a la autopista 101, y, por alguna razón, pensé de pronto (pues conocía el horario de los autobuses como la mayoría de la gente del pueblo) que ningún autobús entraría o saldría de la ciudad en los próximos cincuenta y un minutos, y, en ese mismo instante, supe que en la calle que había bajo mi ventana todo lo que acababa de ver había cambiado.

No es fácil decir de que forma habían cambiado las cosas. La niebla era más densa, e incluso llegaba a sumergir los tejados más elevados, espesa y gris: pero esto era normal, no era eso lo que había cambiado. Había más gente en la calle, pero... ahí estaba el cambio: nadie en la multitud se comportaba como quien sale de compras un sábado por la tarde. Algunos aún seguían entrando y saliendo de las tiendas, pero otros estaban sentados en sus coches, varios de ellos con las puertas abiertas y los talones apoyados en los bajos, hablando con la gente que había en los coches de al lado; otros leían el periódico, o toqueteaban el dial de la radio, como por matar el tiempo. Reconocí algunos de los rostros: Pearlman, el optometrista, Jim Clark y su esposa, Shirley, con sus hijos, y varios más.

No; en aquel momento, la calle Mayor de Santa Mira, California, podría haber pasado aún por una calle comercial ordinaria, quizá algo gris, en un sábado igualmente ordinario: eso es lo que un extraño habría pensado al conducir su coche por la ciudad. Pero ahora, al mirarla, yo sentía, o tenía la sensación, de que había algo más que eso. Había una atmósfera de sosegada expectación, como si algo fuera a suceder de un momento a otro. Era —trataba de explicarlo con palabras, sentado allí, mirando por la rendija, en la oscuridad— como si una muchedumbre fuese aglutinándose lentamente para presenciar un desfile. Pero tampoco era eso. Posiblemente aquello era más parecido a un destacamento de soldados que, sin prisas, se estuviera reuniendo para alguna formación de rutina; unos hablando, sonriendo o haciendo bromas; otros leyendo tranquilamente; los más, sentados o alejados del resto, esperando. Pensé que aquella atmósfera que flotaba en la calle era,

simplemente, una sensación de expectación en la que nadie se mostraba emocionado por lo que fuera a ocurrir.

Fue entonces cuando Bill Bittner, un robusto contratista local de cincuenta años que rondaba por la acera, mirando los escaparates, extrajo casualmente una pequeña chapa de uno de sus bolsillos. Era un distintivo de metal o de plástico, por lo que pude ver, con una leyenda impresa en él. Al prenderlo en la solapa de su chaqueta observé que tenía el tamaño de un dólar de plata: también reconocí el diseño, y supe que era lo que había escrito en él: Ganga Armai de Santa Mira; todos los comerciantes locales se lo ponen cada año, y lo ofrecen a los clientes que desean llevarlo. Solo que los distintivos que hasta entonces había visto estaban coloreados de rojo y blanco: el de Bill Bittner, en cambio, estaba pintado en amarillo y azul marino.

Y ahora, aquí y allí, por toda la calle, tan lejos cómo alcanzaba mi vista, había más gente sacando de sus bolsillos aquellas chapas de color amarillo y azul, y, al igual que hizo Bittner, también ellos las prendían a sus solapas. Pero no lo hacían a la vez. Muchos seguían hablando, o paseando arriba y abajo, o sentados en sus coches, o continuaban con lo que estuvieran haciendo; de modo que en el transcurso de medio minuto, un extraño que hubiera circulado por aquella calle hubiera visto, de haberse fijado en ello, que solo una o dos personas prendían las chapas de sus solapas. Pero al cabo de cinco o seis minutos, en un momento u otro, casi todo el mundo que discurría por la calle, incluso Jansek, el policía encargado de los parquímetros, había sacado esa chapa amarilla y azul de la Ganga Armai de Santa Mira y se la había prendido en un lugar visible: incluso antes de hacerlo, algunos se desprendían de sus chapas pintadas en rojo y blanco, idénticas a las otras por lo demás.

Me llevó alrededor de un minuto percatarme de esto otro: que un movimiento gradual de gente se había ido congregando, desde ambas direcciones de la calle Mayor, en la plaza peatonal formada por la intersección de Hillyer con la Mayor. Viandantes de caminar ocioso, que miraban los escaparates al avanzar, se aproximaban poco a poco a ese punto; y por todas partes había gente que salía de tanto en tanto de sus coches, cerraba de un portazo, estiraba las piernas, tal vez, o miraba alrededor (o acaso a un escaparate) para seguir, después, caminó hacia la calle Hillyer con la calle Mayor.

Y, con todo, probablemente el forastero que acabase de llegar a la calle Mayor no hubiera visto nada fuera de lo normal. En apariencia, Santa Mira había preparado un rastrillo, y la mayoría de sus vecinos llevaban esas chapas que festejaban aquella celebración anual. De momento, daba la casualidad de que un considerable número de los compradores que había en la calle Mayor se había aglutinado en una pequeña manzana. Pero, más allá de eso, no había nada que pudiera parecer extraño o digno de interés, advertí que Becky estaba arrodillada a mi lado; le sonreí y me incorporé para

girar el colchón en el suelo, de manera que los dos pudiéramos sentarnos en él. Luego rodeé a Becky con un brazo, y ella se acurrucó contra mí, con una mejilla pegada a la mía, para mirar la calle a través de las listas de la persiana.

Vimos que de la tienda de artículos de ocasión salió un hombre, un vendedor, hacia su coche; este tenía escrito en la puerta el nombre de la compañía para la que trabajaba. Tras abrir la puerta, empezó a buscar algo, aparentemente, en el suelo del coche. Jansek, el policía, echó un vistazo a su reloj, y luego se acercó al vehículo, y se detuvo junto al parachoques delantero. El vendedor se incorporé, cerré la puerta del coche y, con un puñado de folletos en la mano, volvió sobre sus pasos hacia la tienda de la que acababa de salir. Jansek le dijo algo. El vendedor se detuvo en la acera, y ambos iniciaron una charla. Pensé entonces, observándoles detenidamente, que el vendedor —y podía verle bien, pues se hallaba situado de cara a donde estábamos— era una de las pocas personas en toda la calle que no portaban la chapa amarilla y azul de la celebración, si es que había alguna otra que no la llevase, aparte de él. Vi que fruncía el ceño, con aire perplejo, mientras Jansek sacudía la cabeza lentamente, con firmeza, a lo que fuese que el vendedor trataba de decirle. Este se encogió de hombros, visiblemente irritado, se introdujo en el coche y sacó las llaves del bolsillo, en tanto Jansek abría la otra puerta y se sentaba junto a él. El coche salió marcha atrás, y avanzó unos cientos de metros hasta que doblé despacio a la izquierda, por la avenida Hillyer; comprendí que se encaminaban a la comisaria de policía. Pero por qué Jansek había arrestado a aquel vendedor era algo que no alcanzaba a entender.

Un sedán Ford de color azul, el único coche que había por la calle, transitaba casi en punto muerto, en busca de un lugar donde aparcar. Al fin el conductor divisé uno, y maniobró para meter el coche en él; reparé en que tenía matrícula de Oregón. Soné entonces un silbato, y vi que Beauchamp, el sargento de la policía local, corría por la acera —con cada zancada la panza se le movía arriba y abajo— haciendo una señal con la mano al coche y diciendo no con la cabeza. El vehículo de Oregón se quedó donde estaba, y el conductor aguardó mientras Beauchamp llegaba hasta él; la mujer que había a su lado se inclinó hacia adelante para mirar a través del parabrisas. Beauchamp se detuvo junto a la ventanilla del conductor, ambos hablaron durante unos momentos y luego Beauchamp ingresó en el coche y se sentó en el asiento trasero. El vehículo dio marcha atrás y enfilé la calle, y torció por la avenida Hillyer hasta que por fin se perdió de vista.

Había otros tres policías en las casi dos manzanas que alcanzaba a ver: el viejo Hayes y otros dos agentes jóvenes a los que no conocía. Hayes llevaba su uniforme, pero los dos agentes solo tenían puestas las gorras, junto a unas chaquetas de cuero y unos pantalones exentos de algo que los distinguiese; tenían aspecto de civiles contratados como retén, para reemplazar a algún policía. Alice, la camarera del

Elman's, salió del restaurante y se detuvo en la acera, ante la puerta, con la chapa amarilla y azul del aniversario prendida en su uniforme blanco. Uno de los policías la divisó de inmediato, y Alice lo miró, hizo un ademán con la cabeza y volvió otra vez al interior del restaurante. El policía dio unos pasos hacia allá y entra tras ella.

Alrededor de un minuto más tarde salió de nuevo, y tres personas, un hombre, una mujer y una niña de unos ocho o nueve años —una familia, obviamente—, iban con él. Durante unos instantes el grupo se detuvo en la acera, mientras el hombre hablaba, protestando acerca de algo, y el policía respondía a sus protestas con ademanes pacientes y educados. Al cabo, el grupo comenzó a andar en dirección a la avenida Hillyer: yo les observé hasta que doblaron la esquina y desaparecieron. Ningún miembro de aquella familia llevaba el distintivo del festejo local; el policía, en cambio, si lo llevaba.

Otro hombre, el conductor de un camión de reparto, recibió el mismo tratamiento; y cuando él y el policía doblaron hacia Hillyer, montados en el camión, ya no quedaba una sola persona que pudiera ver desprovista de su chapa amarilla y azul del festejo.

Ahora, por fin, la calle estaba en calma, casi sumida en un completo silencio, sin un coche que se moviese ni una persona que diera un paso. Nadie leía un periódico, y tampoco había nadie esperando en el interior de algún coche. Todo el mundo se hallaba en las aceras, formando hasta tres o cuatro hileras, de cara a la calle, excepto Hayes, el viejo policía, que se había situado, solo, en mitad de la calle. Frente a cada tienda o establecimiento comercial se podía ver al propietario junto a sus dependientes y empleados, rodeados por los clientes que se hubieran congregado en el local. El viejo Hayes, en medio de la calle, giré lentamente la cabeza, mirando uno a uno a cada uno de los propietarios; y, cada vez, el propietario al que miraba hacia un gesto de negación con la cabeza. Los otros dos policías se acercaron a Hayes y, por lo que parecía, le informaron de algo, mientras él escuchaba y asentía. Al rato, Hayes terminó de pasar lista y, junto a los dos policías, se dirigió a la acera. Los tres se volvieron para encarar la calle y permanecieron aguardando junto a la multitud.

Desde dos puntos, si miraba por encima de los tejados, alcanzaba a divisar las calles colindantes hasta una distancia de unos seiscientos metros. Ni un coche ni ninguna otra cosa se movía por ellas, e incluso en una de las calles —Oak Lane— distinguí una barricada que iba de lado a lado: las vallas de madera, pintadas de gris, de la Concejalía de Urbanismo. De pronto me di cuenta —o mejor: supe— que, como esta, cada calle en toda la ciudad había sido cerrada al paso por grupos de hombres vestidos con monos azules quienes, a todos los efectos, se hallaban reparando las calles. Supe así que ya nadie podría entrar en Santa Mira ni salir de ella al distrito comercial. Y supe que ese puñado de forasteros que, por casualidad, se habían adentrado en el pueblo, habían sido recluidos en la comisaría de policía, no importaba

bajo que pretexto. Desde ese momento, Santa Mira había sido aislada del resto del mundo, y ya no quedaba nadie en el centro del pueblo que no fuese uno de sus vecinos.

Entonces, durante tres o cuatro minutos —y fue lo más extraño que jamás haya visto—, la multitud se agolpó a ambos lados de la acera, dejando la calle vacía, como un gentío que asistiese a un desfile invisible. Estaban casi inmóviles y guardaban un profundo silencio; ni siquiera los niños se movían. Aquí y allá se distinguía a unos pocos hombres fumando, pero la mayor parte de la muchedumbre se hallaba detenida en aquella quietud: algunos hombres tenían los brazos cruzados sobre el pecho, cómodos y relajados, otros cambiaban de cuando en cuando el peso del cuerpo de un pie a otro, y los niños aferraban las chaquetas de sus padres.

Oí el motor de un coche, y al instante una capota entró en mi campo de visión: vi que una vieja camioneta Chevrolet, de color verde oscuro y casi desvencijada, doblaba el ángulo de la calle, cerca del Sequoia. Tras ella discurrían otros cuatro furgones: tres eran unas enormes rancheras, con listones móviles a los lados, y la otra una camioneta. Llegaron a la plaza pública y aparcaron en línea junto al bordillo. Cada una de ellas transportaba una carga cubierta por una lona impermeable. Los conductores echaron el freno de mano, salieron uno tras otro de las cabinas y empezaron a desatar las lonas. Ahora la escena recordaba a uno de esos mercados dispuestos al aire libre, donde los productos llegan directamente del campo. Los conductores de las furgonetas eran granjeros; vestían con monos de trabajo o con petos y camisas: yo conocía a cuatro de ellos. Procedían de las granjas que había al oeste del pueblo: Joe Grimaldi, Joe Pixley, Art Gessner, Bert Parnell y otro más.

Dos hombres, pulcramente trajeados, habían dejado la acera para dirigirse a la línea de furgonetas: Wally Eberhard, un agente inmobiliario de la localidad, y otro tipo cuyo nombre no lograba recordar, aunque me acordaba de que trabajaba como mecánico en el garaje Buick. Wally llevaba unos papeles en la mano, tan pequeños que parecían arrancados de un cuaderno; tanto él como el otro tipo los hojeaban, mientras Wally los iba pasando con las manos. Al cabo, el mecánico levantó la mirada, respiré hondo y, en voz alta, casi con un grito (de hecho podíamos oírle perfectamente desde el otro lado de las ventanas), exclamó:

—¡Sausalito! ¡Quien tenga familia en Sausalito que venga hacia aquí, por favor!

Sausalito es un pueblo del condado de Marin de alrededor de cinco mil habitantes, la primera población de la comarca a la que uno llega cuando ha dejado atrás la Bahía. Dos personas, un hombre y una mujer que no iban juntos, habían bajado del bordillo y caminaban por la calle hacia Wally. Algunos otros se abrían camino entre la multitud, hasta que alcanzaron la calle y pudieron acceder a los camiones.

Joe Pixley había desatado la lona de su ranchera. Caminé hacia la parte trasera,

tomo una esquina de la lona, tiré de ella hacia arriba y la doblé sobre el otro extremo para destapar la carga. Ya antes había imaginado lo que aquellos vehículos transportaban; no sentí siquiera un ligero indicio de sorpresa cuando la lona se descorrió. Había varios tabloncillos situados en paralelo a los lados metálicos del camión, dispuestos así para proteger la enorme carga que se apilaba en él del contacto con la lona: su interior, colmado hasta rayar la altura de la cabina, estaba atestado de las vainas que, para entonces, ya había podido ver tantas veces.

—¡De acuerdo! —gritó el mecánico—. ¡Sausalito! ¡Sólo Sausalito, por favor! —e hizo una señal a las cinco o seis personas que aguardaban en la calle para que se dirigiesen al camión de Joe Pixley. De pie en el estribo, Joe alzó las vainas que había en la parte superior de la carga, una a una, para acercarlas a los brazos expectantes de la gente que se apiñaba a su alrededor. Cada hombre y cada mujer cogía una sola vaina, y la acarreaaba con sumo cuidado sobre los brazos extendidos; un hombre cogió dos. Junto a ellos, y cada vez que alguien recogía una vaina, Wally Eberhard trazaba una marca de verificación en lo que parecía ser una lista. Al cabo de un rato dijo algo al mecánico, y este gritó:

—¡Marin City, por favor! ¡Quienes tengan familiares o conocidos en Marin City pueden venir! —Marin City es la siguiente población del condado de Marin, a unos pocos kilómetros de Sausalito.

Siete personas se adelantaron, cruzando por entre la multitud hasta que llegaron a la calle y, al detenerse junto al camión, Joe les tendió una vaina a cada una de ellas. Grace Birk, una mujer de mediana edad que trabajaba en el banco, cogió tres, y un hombre descendió del bordillo para ayudarle a llevarlas sin apretujarlas. Recordé que Grace Birk tenía una hermana y un cuñado en Marin City; no sabía si había algún otro miembro más en la familia.

Se abrieron los maleteros de algunos coches que había aparcados, pero las vainas sólo entraban en los maleteros de los modelos más nuevos. Otras tuvieron que ser introducidas por las puertas de algunos coches y tendidas suavemente en los asientos traseros. En cada uno de esos casos el hombre o la mujer que las introducía allí, arrodillado en el asiento delantero, cubría las vainas con una sábana o alguna prenda ligera para preservarlas de la vista.

La siguiente población a la que se llamó fue Mill Valley, y ocho personas acudieron en busca de sus vainas. El camión de Joe Pixley ya estaba vacío; este se sentó a esperar en el estribo, tras encender un cigarrillo. Se habían retirado ya las lonas de los otros camiones, y sus conductores se repartían junto a ellos, preparados para descargarlos. El mecánico del garaje, que vestía un atildado traje gris, gritó: «¡Belvedere!», y dos personas caminaron hacia la calle Tiburón, Strawberry Manor, Belveron Gardens, Valley Springs y San Rafael fueron llamadas después: catorce personas recogieron vainas para San Rafael, una población de unos quince mil

habitantes. Después se llamó a cada uno de los siguientes pueblos, hasta que por fin, y en no más de quince minutos tal vez, los cinco camiones terminaron de vaciarse, excepto el de Joe Grimaldi, que aún contenía dos vainas.

En menos de un minuto, tanto el mecánico como Wally —que guardaba los papeles en un bolsillo interior— habían ingresado de nuevo en la multitud; el gentío empezaba a abrirse y disolverse, mientras la caravana de camiones, con los motores ronroneantes, salía marcha atrás y desaparecía calle Mayor abajo. A lo largo de las casi dos manzanas que podíamos ver, los coches que llevaban sus maleteros o asientos de atrás cargados con las vainas gigantes dejaron el área de aparcamientos y se alejaron. Durante un breve espacio de tiempo, la muchedumbre acumulada en las aceras cruzó las calles o se introdujo en los coches, mientras los niños la atravesaban como flechas; era una multitud más densa de lo normal, como esa repentina abundancia de gente que sale en tropel del cine tras el último pase. Pero enseguida raleó, y de nuevo pude ver algunas mujeres empujando sus carritos de la compra hacia los supermercados, gente que se sentaba ante el velador del restaurante Elman's o que paseaba de una tienda a otra, y una vez más los coches circulaban lentamente por las calles. La escena se había normalizado otra vez: de nuevo podíamos ver una calle principal más o menos típica, quizás más decaída de lo normal, pero no tanto como para despertar el asombro de un forastero. Ni una sola persona en toda la calle Mayor llevaba ya el distintivo amarillo y azul del mercadillo, aunque uno o dos individuos aislados si llevaban la chapa rojiblanca que los comerciantes solían ofrecer.

Unos cinco minutos más tarde divisé al vendedor que Jansek había arrestado: conducía su coche por la calle Mayor, y solo. Unos instantes después apareció el coche con matrícula de Oregón.

Me volví para mirar a Becky, Todavía con mi brazo alrededor de su cintura, y ella me miró un momento; luego frunció los labios y se encogió de hombros. Yo sólo pude sonreír en respuesta. No había nada más que hacer o decir, y tampoco sentía ninguna emoción en particular; desde luego no se apoderaba de mí ningún sentimiento inédito, como tampoco podía percibir ninguna de las emociones habituales con mayor intensidad. Simplemente, habíamos alcanzado un límite más allá del cual no había nada más que se pudiera decir o sentir.

Pero al fin era plenamente consciente —ahora lo sabía con total certeza— de que toda la ciudad de Santa Mira había sido tomada, que ni una sola persona en ella, salvo nosotros y, posiblemente, los Belicec, era lo que antes había sido, o lo que aún parecía ser, a simple vista. Los hombres, mujeres y niños que poblaban las calles y las tiendas eran ahora otra cosa muy distinta, hasta el último de ellos. No había allí quien no fuera nuestro enemigo, lo era incluso aquel que tenía los ojos, el rostro, los gestos y los andares de algún viejo amigo. No; no había forma de que pudiésemos conseguir

alguna ayuda, salvo la que Becky y yo nos prestásemos, y, para colmo, los pueblos que nos rodeaban ya estaban siendo invadidos.

Dieciséis

A menudo decimos: «aquello no me sorprendió», o «sabía que ocurriría», queriendo decir con ello que, en el momento en que un suceso esta teniendo lugar, y aunque previamente no lo habíamos pensado así, nos sobreviene un sentimiento de inevitabilidad, como si durante todo el tiempo hubiéramos sabido que eso era precisamente lo que iba a ocurrir. En el rato que habíamos pasado sentados junto a la ventana, todo lo que se me ocurría que podíamos hacer era esperar a que oscureciese para tratar de abrirnos camino a través de las colinas, y, desde allí, salir de la ciudad; era inútil intentar algo así por él, sabiendo que cada mano y cada mirada estaban contra nosotros. Le expliqué esto a Becky, en términos tan plenos de esperanza como pude, intentando dar la impresión de que confiaba en que lo lograríamos; y de hecho hubo momentos en que me sentí esperanzado.

Fue entonces, al oír el ligero chirrido de una llave penetrando en la cerradura de la puerta de recepción, cuando me anegó la sensación que he tratado de describir. Aquello no me sorprendió; me pareció, sin embargo, que en todo momento había sabido lo que iba a ocurrir, e incluso tuve tiempo de reparar en el hecho de que fuera quien fuese el que se disponía a entrar, habría obtenido la llave maestra del edificio de la manera más simple: pidiéndosela al conserje.

Pero cuando la puerta se abrió, y vi a la primera de las cuatro personas que entraron en la habitación, me puse apresuradamente en pie, con el corazón martilleando contra mi pecho, repentinamente eufórico. Sonriendo de renovada emoción y desaforada esperanza, alzando mi mano para estrechar la suya, di un rápido paso hacia adelante, en tanto mi voz surgía en un áspero y audible susurro:

—¡Mannie! —exclamé, presa de una feroz alegría; estreché su mano y la agité.

Él respondió a mi apretón, aunque con menos vigor del que esperaba; su mano prendía, casi flácida, la mía, como aceptando mi saludo pero sin querer devolverlo del todo. Entonces, tras mirarle a la cara, comprendí. Es difícil decir cómo lo supe: posiblemente los ojos carecían de cierto lustre, quizá los músculos del rostro habían perdido algo de su tensión habitual, algo de su expresión alerta, o tal vez no... Pero lo supe.

Mannie, al reparar por mi expresión en lo que estaba pensando, asintió lentamente y, como si hubiera expuesto mis pensamientos en voz alta, dijo:

—Sí, Miles. Y desde hace mucho. Antes de la noche en que me telefoneaste.

Me giré para ver los rostros de quienes habían entrado con él en la habitación. Rodeé con un brazo los hombros de Becky mientras los encaraba.

Uno de los hombres —se habían detenido todos junto a la puerta— era pequeño, robusto y calvo; nunca lo había visto hasta entonces. Otro era Cari Meeker, un contable del pueblo, un tipo grande, de pelo negro y rostro amable que debía rondar

la treintena. El cuarto era Budlong, que en ese momento nos dedicaba una ancha sonrisa, tan cordial y agradable como siempre.

Becky y yo nos habíamos quedado junto a la ventana. Mannie hizo un ademán hacia el sofá y dijo:

—Sentaos —su voz sonó amable. Pero nos negamos y Mannie repitió la invitación, en un tono tajante e imperativo—: Sentaos. Por favor, Becky; estás cansada, rendida. Vamos, siéntate —Becky, sin embargo, se apretó contra mí. Yo estreché mi abrazo alrededor de sus hombros, y, de nuevo, negué con la cabeza—. De acuerdo. —Mannie apartó las sábanas que cubrían el sofá y se sentó. Cari Meeker dio unos pasos hacia allí y se sentó junto a él, en tanto Budlong traía una silla de la habitación de al lado para tomar asiento frente a Mannie, y aquel hombre al que yo no conocía se quedaba junto a la puerta—. Me gustaría que os relajaseis y os tomaseis todo esto con calma —dijo Mannie, alzando las cejas y sonriendo con un franco interés por nuestra comodidad—. No vamos a haceros ningún daño, y una vez que entendáis lo que... tenemos que hacer —se encogió de hombros—, creo que aceptaréis, y quizá hasta os preguntaréis que razón había para armar tanto alboroto. —Se quedó mirándonos durante un rato; al ver que no nos movíamos ni replicábamos, se arrellanó en el sofá—. Bueno, lo primero de todo: no causa ningún dolor, no sentiréis nada. Te lo prometo, Becky —se mordió el labio un instante, poniendo en orden lo que debía decir; luego levantó otra vez la vista hacia nosotros—. Y, cuando despertéis, os sentiréis exactamente igual. Seréis los mismos, desde cada uno de vuestros pensamientos, recuerdos, hábitos y manías hasta el último y más pequeño átomo de vuestros cuerpos. No hay ninguna diferencia. Ninguna. Seréis exactamente lo que fuisteis. —Lo dijo con énfasis y convicción, pero, durante una milésima de segundo, una sombra de incredulidad hacia sus propias palabras osciló en sus ojos.

—¿De que preocuparse, entonces? —dije con indiferencia. No tenía ninguna esperanza de poder discutir sobre ello, pero sentía que debía decir algo—. Dejadnos en paz. Abandonaremos el pueblo y no regresaremos.

—Bueno... —Mannie inició una respuesta, pero se detuvo, y miró a Budlong, sentado en el otro extremo de la habitación—. Quizá seas tú quien deba responder a eso, Bud.

—De acuerdo —con gesto satisfecho, Budlong se acomodó en la silla, exhibiendo el aire de un profesor que anticipa el goce de enseñar, tal y como, sin duda, había hecho toda su vida. Y me sorprendí preguntándome si Mannie no tendría razón, si de veras no había cambio alguno y uno seguía siendo la misma persona que siempre había sido—. Ustedes vieron lo que vieron, y saben lo que saben —comenzó Budlong—. Han visto las... vainas, a falta de un nombre mejor; las han visto cambiar y prepararse; en dos ocasiones han visto el proceso casi completa. Pero ¿por qué

razón íbamos a obligarles a pasar por tal proceso, cuando no hay, como hemos dicho, ninguna diferencia? —De nuevo, al igual que en su casa, las yemas de los dedos de una mano se juntaron con las yemas de la otra, en un gesto profesoral y académico, y nos dedicó una sonrisa jovial y simpática—. Es una buena pregunta, pero hay una respuesta para ella, y, además, muy simple. Como han supuesto, las vainas son, en cierto sentido, una simiente, si bien no de la forma que entendemos por simiente. Pero, en cualquier caso, son una materia viva, capaz, como cualquier semilla, de un enorme y complejo crecimiento y desarrollo. Y, en efecto, estas... semillas, las originales, en cualquier caso, llegaron a la tierra desde el espacio, después de recorrer enormes distancias y milenios de tiempo, tal y como les dije. Aunque, por supuesto —sonrió, esbozando un gesto de educada disculpa— intenté construir la frase de manera que se proyectase la duda sobre tal idea. Las semillas, en fin, están vivas; llegaron a este planeta por puro azar, pero una vez que llegaron a él tenían una función que desempeñar, tan natural para ellas como las suyas lo son para ustedes. Y esa es la razón por la que ustedes deben pasar por el proceso; las vainas han de cumplir su función, su razón de ser.

—¿Y cual es su función? —inquirí sarcásticamente.

Budlong se encogió de hombros.

—La función de todo ser vivo, habite donde habite: sobrevivir —me miró de hito en hito unos instantes—. La vida existe por todo el universo, doctor Bennell; muchos científicos lo saben, y lo admiten de buen grado; tiene que ser verdad, aunque nunca antes la hayamos encontrado. Pero esta ahí, a una distancia infinita, en cada forma concebible e inconcebible, pues existe bajo una enorme variedad de formas. Considere, doctor, que hay planetas y formas de vida incalculablemente más antiguos que los nuestros. ¿Qué ocurre cuando uno de esos planetas muere? Que la forma de vida que en él habita tendrá que afrontar ese hecho y prepararse para una sola cosa: sobrevivir —Budlong se inclinó hacia adelante, mirándome fijamente, fascinado por sus propias palabras—. Cuando un planeta muere —repitió—, lo hace muy lentamente, y a lo largo de eras inconmensurables. La forma de vida que hay en él (muy lentamente, y a lo largo de eras inconmensurables) debe prepararse. ¿Prepararse para que? Para abandonar su planeta. ¿Para llegar adónde? ¿Y cuando? No hay sino una respuesta, que ellos encontraron. Es la capacidad universal de adaptación sobre cada una de las otras formas de vida, bajo cualquier clase de condiciones que fuera posible hallar. —Budlong ensanchó una sonrisa feliz, y volvió a arrellanarse en la silla. Afuera, en la calle, un coche soltó un bocinazo, y un niño comenzó a llorar—. Así que, en cierto modo, claro, las vainas son un parásito para cualquier vida que encuentran —prosiguió—. Pero son el parásito perfecto, un parásito capaz de algo más que adherirse a su huésped. Son una vida totalmente evolucionada, dotada con la habilidad de readaptarse y reconstituirse en un duplicado perfecto, célula por célula,

de cualquier forma de vida que puedan encontrar en cualesquiera condiciones a las que la vida se haya adaptado.

Mi expresión debía delatar lo que estaba pensando, porque Budlong sonrió, y alzó una mano:

—Lo sé; lo que he dicho parece incomprendible, el desvarío de un loco. Es natural. Porque vivimos atrapados en nuestras propias nociones, doctor, nuestras ideas, necesariamente limitadas, acerca de lo que la vida ha de ser. De hecho, difícilmente nos cabe concebir algo que pueda ser muy diferente de nosotros o de cualquier forma de vida existente en nuestro pequeño planeta. Haga la prueba: ¿a que se parecen esos imaginarios hombres de Marte que salen en los cómics y en las novelas? Piense en ello. Se parecen a una grotesca versión de nosotros mismos... ¡no podemos imaginar nada que sea distinto! Oh, puede que tengan seis piernas, tres brazos y una antena brotando de su cabeza —sonrió—, como ciertos insectos. Pero no son nada fundamentalmente diferente de lo que conocemos. —Levante un índice, como si reconviniera a un alumno que no se supiera la lección—. Pero ceder a nuestras propias limitaciones, y creer de veras que la evolución en nuestro universo debe, por alguna razón, seguir caminos similares al nuestro, en cualquier mínima forma, es —se encogió de hombros, y sonrió— un tanto estrecho de miras. De hecho, directamente provinciano. La vida asume el tipo de forma que deba asumir: un monstruo de doce metros, con un cuello inmenso y un peso de dos toneladas; llamémosle dinosaurio. Cuando las condiciones cambian, y la existencia del dinosaurio se hace imposible, este desaparece. Pero la vida no; esta aún ahí, concebida en una nueva forma. Cualquier... forma... necesaria. —Su expresión era solemne—. Esa es la verdad. Sucedió, sí. Las semillas llegaron a la Tierra, se posaron en nuestro planeta como hicieron en otros planetas, y desempeñaron, y siguen aún desempeñando, esa función tan simple y natural que es sobrevivir en el terreno que habitan. Y lo hacen ejercitando su evolucionada capacidad de adaptarse, asumir y duplicar, célula a célula, la forma de vida adaptada a este planeta.

No sabía cuánto tiempo pensaban darnos. Pero me sentía ansioso de hablar durante tanto tiempo como a Budlong le apeteciera oírme; el instinto de supervivencia, supuse, y sonreí.

—Pura palabrería —espeté burlescamente—. Una teoría barata. Porque ¿cómo? ¿Cómo pueden hacerlo? Y, en cualquier caso, ¿cómo pueden ustedes saberlo? ¿Qué es lo que saben sobre otros planetas, sobre otras formas de vida? —lo dije mofándome, con alguna maldad y cierta acritud en el tono, y sentí que los hombros de Becky temblaban un momento bajo mi brazo.

Budlong no se irritó.

—Lo sabemos —respondió, simplemente—. No es que haya —hizo una mueca— una memoria de ello; no puede decirse así; no puede decirse tampoco de manera

alguna que pueda usted reconocer. Pero hay conocimientos en esta forma de vida, claro, y estos... permanecen. Yo puedo ser aún lo que fui, en todos los sentidos, hasta en la cicatriz que de niño me hice en un pie; aún puedo ser Bernard Budlong; pero los otros conocimientos también están ahí. Permanecen, y los conozco. Todos los conocemos —durante un momento tendió una mirada en el vacío, hasta que volvió a observarnos—. Y en cuanto a cómo sucede, cómo hacen lo que hacen... —me dedicó una sonrisa—. Vamos, doctor Bennell; piense lo poco que aún sabemos sobre este nuevo, inculto y pequeño planeta. Acabamos de bajar de los árboles, ¡todavía somos unos salvajes! Hace solo doscientos años ustedes, los médicos, ni siquiera sabían de que manera circulaba la sangre. Pensaban que era un fluido inmóvil que rellenaba el cuerpo de la misma forma en que el vino rellena los odres. Y en mi propia vida, la existencia de las ondas cerebrales ni siquiera se sospechaba. ¡Piense en ello, doctor! Ondas cerebrales, verdaderas emanaciones eléctricas procedentes del cerebro en pautas específicas, identificables, dotadas de la capacidad de atravesar el cráneo hacia el exterior, para ser recogidas, amplificadas y registradas en gráficas. Uno puede sentarse y verlas en una pantalla. ¿Es usted epiléptico, real o incluso potencial? El dibujo de sus propias e individuales ondas cerebrales responderá al instante esa cuestión, como usted muy bien sabrá; usted es médico. Pero el caso es que esas ondas siempre han existido; no fueron inventadas, sólo descubiertas. La gente siempre las ha tenido, del mismo modo en que siempre ha tenido huellas digitales: desde Abraham Lincoln a Poncio Pilato, desde este al hombre de Cromañón, sólo que no lo sabíamos; eso es todo. —Suspiré, y dijo—: Y hay otra vasta cantidad de cosas que ignoramos o ni siquiera llegamos a sospechar. No sólo su cerebro; también de su propio cuerpo, de cada una de sus células, emana una serie de ondas tan individuales como sus huellas digitales. ¿Cree eso, doctor? —Sonrió—. Dígame, ¿cree usted que de una sala como esta pueden emanar ondas totalmente invisibles e imposibles de detectar; que dichas ondas pueden moverse silenciosamente por el aire, y al fin ser recogidas para reproducir con total precisión cada palabra, sonido o ruido que se haya oído en la habitación original? ¿El sonido de un susurro, la nota de un piano, el punteo de una guitarra? Su abuelo jamás habría creído algo tan imposible; pero usted sí: usted cree en la radio. Incluso cree en la televisión. —Asintió—. Sí, doctor Bennell, su cuerpo contiene un registro como toda materia viva: es la piedra angular de la vida celular. Porque esta se compone de diminutas líneas de fuerza eléctrica que mantienen unidos los átomos que constituyen su ser. Y por consiguiente hay un registro, infinitamente más perfecto y detallado de lo que un mapa pueda ser, de la exacta constitución atómica de su cuerpo en este preciso momento, alterada cada vez que toma aliento, a cada segundo de tiempo en que su cuerpo cambia de forma infinitesimal. Y es durante el sueño, casualmente, cuando los cambios son menores; es durante el sueño, sí, cuando el registro puede ser asimilado, y absorbido, como la

electricidad estática, de un cuerpo a otro —de nuevo asintió—. Por lo tanto, doctor Bennell, si que pueden hacerlo, y con bastante facilidad; el intrincado registro de las líneas de fuerza eléctrica que engarzan cada átomo de su cuerpo para formar y constituir hasta la última célula que hay en él puede ser transferido a otro cuerpo, lentamente. Y así, dado que cada clase de átomo (ese pequeño ladrillo del universo) es idéntica al resto, es como se toma posible duplicar un cuerpo con toda precisión, átomo a átomo, molécula a molécula, célula a célula, desde la cicatriz más pequeña hasta el vello de la muñeca. Pero ¿qué le sucede al original?

Sucede que los átomos que anteriormente constituían su cuerpo pasan a ser una carga neutra, nada, un montón de pelusa gris. Todo esto puede suceder, sucede, y usted sabe que ya ha sucedido; y, con todo, Todavía no es capaz de aceptarlo. —Me miró durante unos segundos antes de continuar—: Aunque tal vez me equivoco en este punto; creo que ya lo ha aceptado.

Por un tiempo la habitación quedó envuelta en silencio. Las cuatro figuras que había en la sala de espera nos observaban sin moverse, sin hacer ningún ruido. Budlong estaba en lo cierto; le creía. Sabía que todo eso era cierto, por imposible que pareciera, y la impotencia y la frustración crecían en mi ánimo. Podía sentirlo en el temblor de mis manos, era una verdadera sensación física, una imperiosa urgencia de hacer algo, pero me quedé donde estaba, apretando y soltando los puños. Entonces, en un gesto absolutamente impulsivo, provocado por la mera razón de moverme, de actuar, de hacer algo, di un paso atrás, cogí el cordón de la persiana y tiré de él. La persiana subió de una vez —las listas tabletearon con un sonido de metrallata—, dejando que la luz del entrase a raudales, y yo me volví a mirar el cúmulo de compradores que iban de un lado a otro: miraba las tiendas, los coches, los parquímetros... aquella escena tan normal que se nos ofrecía allá abajo.

Las cuatro figuras que había en mi oficina no se movieron, solo se quedaron en el lugar en que estaban, observándome: y yo pasé una mirada frenética de un lado a otro, por toda la habitación, tratando de dar con algo que me permitiera actuar.

Mannie supo antes que yo lo que pasaba por mi cabeza.

—Puedes coger algo y lanzarlo por la ventana, Miles. Y eso atraerá la atención: la gente levantará la vista hacia una ventana rota. Tú te abalanzarás sobre ella y les gritarás, Miles. Pero nadie subirá —deslicé la mirada hasta el teléfono, y Mannie continuó—: Cógelo; no te detendremos. Te comunicarás con la operadora. Pero ella no pasará la llamada.

Becky giró la cabeza hacia mí y la hundió en mi pecho, aferrándome las solapas con las manos; sentí, mientras la rodeaba con mis brazos, cómo sus hombros se agitaban en un seco e inaudible sollozo.

—¡Entonces a que esperáis! —podía ver una niebla roja espesándose ante mis ojos—. ¿Qué estáis haciendo? ¿Torturarnos?

Mannie esbozó una mueca, formulando una expresión de aparente dolor, y sacudió la cabeza.

—¡No, Miles! Claro que no. No tenemos el más mínimo deseo de haceros daño o de torturaros en modo alguno. ¡Sois mis amigos! O lo fuisteis —bajó la mirada, y extendió las manos en un gesto de impotencia—. ¿No lo ves? No hay nada que podamos hacer, Miles, salvo esperar y tratar de explicaros todo esto, que lo comprendáis y lo aceptéis, y hallar el modo de haceros esto tan fácil como podamos. Miles —dijo, simplemente—, tenemos que esperar hasta que durmáis, eso es todo. Y no hay manera de obligar a un hombre a que concilie el sueño —Mannie me miró, y en un tono amable, añadió—: Pero tampoco hay manera de que un hombre pueda no caer en el sueño. Puedes luchar contra él por un tiempo, pero siempre, inevitablemente... tienes que dormir.

El tipo bajito que se había quedado junto a la puerta —ya incluso había olvidado que existió— suspiró, y dijo:

—Encerrémoslos en una celda; al final tendrán que dormir, ¿no? ¿Qué sentido tiene tanta discusión? Mannie le lanzó una mirada gélida.

—Porque estas personas son amigos míos. Vete a casa, si quieres. Tres somos suficientes.

El hombre se conformó con suspirar —reparé en que nadie se dejaba llevar por la cólera— y se quedó donde estaba.

Mannie se incorporó de pronto, caminé hacia nosotros y me miró, componiendo una expresión afligida.

—Miles, ¡afróntalo! Estas atrapado; no hay nada que puedas hacer. Afróntalo y acéptalo; ¿te gusta ver a Becky así? ¡A mi no! —nos miramos a los ojos unos segundos, y de algún modo, su ira no me pareció en absoluto verosímil. Amablemente, persuasivamente, Mannie prosiguió—: Habla con ella, Miles. Hazle ver la verdad, No bromeo, ni siquiera os importará, os lo aseguro. No sentiréis nada. Dormid, y al despertar os sentiréis exactamente como os sentís ahora, solo que descansados. Seréis los mismos, ¿por qué demonios lucháis? —tras un instante se volvió, y regresó al sofá.

Diecisiete

Movía una mano suavemente, acariciando el cabello de Becky, masajeándole la nuca y confortándola, o tratando de confortarla, de la única forma que podía. Y entonces me pregunté si era esa la única forma. Estaba cansado; sentía la fatiga alrededor de mis ojos y en la tirantez de los músculos faciales; podía sentirla en la lasitud de mis brazos y piernas. Pero no estaba exhausto; podía aguantar algún tiempo más, no demasiado, al igual que Becky. Y la idea de dormir, de aparcar sencillamente mis problemas y dejarme llevar, permitir que el sueño me anegara, para despertar sintiéndome como me sentía ahora, aún Miles Bennell... Resultaba pavoroso advertir lo terriblemente tentadora que era esa idea.

Levanté la vista hacia Mannie: estaba sentado en el borde del sofá, con los ojos abiertos de par en par y los rasgos fruncidos en una mueca híbrida de ansiedad y compasión, deseando que le creyese. Me pregunté si lo que nos había contado no sería la pura verdad. Incluso si no fuera así, el mero hecho de abrazar a Becky, sentir el casi imperceptible temblor que recorría su cuerpo y saber lo aterrorizada que estaba era más de lo que podía soportar, y supe así que podía hacer por ella algo más que estar ahí sentado acariciando su cabello. Podía convencerla. Podía aceptar lo que Mannie había dicho —aceptarlo y creerlo— y dejar así que mi propia convicción la persuadiera. Incluso todo aquello podía ser verdad; podía.

Acariciaba el cabello de Becky con una mano absorta, la acogía estrechamente contra mi cuerpo y pensaba en ello mientras sentía en mi piel el temblor ensimismado de su carne, también mi propia debilidad, y dejaba que el deseo de creer se fortaleciese y creciera.

Sí, Budlong estaba en lo cierto: no podemos renegar del deseo de supervivencia. Comprendí que lucharíamos, que debíamos luchar. Como un condenado a muerte que aguanta el último aliento en la cámara de gas, aun sabiendo que hacerlo será inútil, también nosotros debíamos aguantar tanto como pudiésemos forcejear con el sueño y mantener la esperanza incluso cuando no había esperanza posible. Me volví hacia Budlong, intentando pensar algo, cualquier cosa, que pudiera decir, algo que nos mantuviese despiertos, que nos mostrase un punto débil por el cual atacar, sostenido por no sabía que esperanza.

—¿Cómo ocurrió? —inquirí, tratando de entablar conversación—. Todo lo que ha pasado en Santa Mira, ¿cómo sucedió?

Budlong deseaba responder, y entendí que Mannie estaba en lo cierto; simplemente, esperarían hasta que por fin el sueño nos venciese.

—Un poco a ciegas, al principio —respondió Budlong, en tono agradable—. Las vainas, las semillas, llegaron a esta zona: podía haber sido en cualquier otra parte, pero sucedió aquí. Fueron a caer en la granja Parnell, sobre un montón de basura, y

sus primeras esfuerzos no dieron sino en conseguir una réplica instintiva de lo primera que encontraron: una lata vacía manchada con el jugo de alguna fruta y el mango roto de un hacha. Es un desperdicio natural; el desperdicio en que se convierte cualquier tipo de semilla que cae en el lugar equivocado. Otras, en cambio, unas pocas de ellas (aunque lo cierto es que con una sola hubiera bastado), cayeron en los lugares correctos, o flotaron hasta ellos, o fueron arrastradas por el viento o llevadas allí por algunos curiosos. Y a partir de entonces, quienes fueron sustituidos reclutaron a otros, por lo general miembros de sus propias familias. El caso de su amiga, Wilma Lentz, es uno de los más típicos; fue su tío, por supuesto, quien dispuso en el sótano la vaina que... efectuó la sustitución. Y fue el padre de Becky quien... — Educadamente, no terminé la frase—. En todo caso, desde el momento en que la primera sustitución sucede, el azar deja de ser un factor determinante. Un solo hombre, Charley Bucholtz, el mismo que efectúa las lecturas del gas y de la electricidad, consiguió provocar unas setenta sustituciones; accede a los sótanos con total libertad, y, por lo general, nadie lo acompaña.

Descargadores, fontaneros o carpinteros efectuaron otras. Y, desde luego, una vez que en un hogar se daba una sustitución, lo demás resultaba normalmente bastante fácil y rápido de hacer —suspiró, con gesto de pesar—. Ha habido accidentes, claro, pequeños descuidos. Una mujer vio a su hermana en la cama, dormida, y un momento más tarde (el proceso aún no se había completado) la vio de nuevo, durmiendo, en apariencia, en el armario de la habitación de invitados. Se volvió loca, sin más. Algunas personas que advirtieron lo que sucedía se resistieron. Lucharon, si (es difícil comprender por qué) y aquello fue... desagradable para todos. Las casas donde había niños eran, por lo común, las que más dificultades revestían; muy frecuentemente los niños poseen una enorme capacidad para reconocer hasta las más pequeñas y triviales diferencias. Pero en general el proceso fue sencillo y rápido. Su amiga, Wilma Lentz, y usted, señorita Driscoll, son personas muy sensibles; la mayoría de la gente no se percata de ningún cambio, quizá porque estos no son muy significativos. Y, al cabo, cuantas más sustituciones se efectúan, menos gente queda para reparar en ellas.

Ahí, por fin, encontré un punto débil.

—Entonces hay diferencias; usted lo ha dicho.

—En cierto modo, no; y ninguna que sea perdurable.

Pero no podía dejarlo pasar; las palabras de Budlong me habían hecho recordar algo.

—Sabe, en su estudio me fijé en una cosa —comencé lentamente, pensando en ello—. En ese momento aquello no me dijo nada, pero usted me lo ha hecho recordar. También recuerdo algo que dijo Wilma Lentz antes de cambiar —se habían detenido para observarme, expectantes y tranquilos—. Usted me dijo en su estudio que estaba

trabajando en una tesis, o algo semejante; un texto científico que era muy importante para usted.

—Así es.

Me incliné hacia él, sosteniéndole la mirada; Becky levantó la cabeza para mirarme a la cara, y luego tornó a mirar a Budlong.

—Solo había un detalle por el que Wilma Lentz supo que Ira no era Ira. Solo un detalle por el que podía advertirlo, pues esa era la única diferencia con él. No había ninguna emoción real, profunda, humana, en aquella cosa que se parecía a Ira, que hablaba y actuaba en todo lo demás como él: sólo el recuerdo, el fingimiento de que la había. —Bajé la voz—. Y tampoco la hay en usted, Budlong; sólo puede recordarla. Ya no existe en usted la emoción que suscita la felicidad, el miedo, la esperanza; ya no. Vive en un mundo tan gris como esa pútrida cosa de que esta hecho. —Le sonreí—. Profesor, los papeles que llevan días esparcidos en una mesa adquieren un aspecto peculiar; de algún modo, es como si hubieran perdido su frescura; se tornan distintos; el papel se marchita, se arruga un poco a causa del aire y la humedad, o lo que sea. Pero con echarles un vistazo uno repara en que llevan ahí mucho tiempo. Ese es el aspecto que tenían sus papeles; no los ha tocado desde el momento (fuera cual fuese) en que dejé de ser Budlong. Porque ya no le importan, ¡no significan nada para usted! La ambición, la esperanza, la emoción... ya no siente nada de eso.

—Mannie —me volví hacia él—. Ese libro de texto para estudiantes de secundaria que te habías propuesto escribir: Introducción a la Psiquiatría; el borrador en el que te enfrascabas cada vez que tenías un minuto libre, ¿qué ha ocurrido con él, Mannie? ¿Cuándo fue la última vez que trabajaste en él, o que simplemente le echaste un somero vistazo?

—Muy bien, Miles —replicó—, ya lo sabes. Hemos tratado de ponértelo fácil, eso es todo; porque una vez que el proceso ha terminado ya ha dejado de tener importancia, ya da absolutamente igual. Miles, te lo aseguro —alzó las cejas en actitud persuasiva—, no es tan malo. La ambición, la emoción, ¿qué tienen de bueno? —espetó, y me di cuenta de que estaba convencido de lo que decía—. ¿De veras dices que echarás de menos la tensión y las preocupaciones que conllevan? No es tan malo, Miles, sé lo que me digo. Es tan pacífico, tan tranquilo... Y la comida sigue sabiendo bien, los libros siguen siendo gratos de leer...

—Pero no de escribir —le interrumpí—. No hay nada en la tarea, en la esperanza y la lucha por escribirlos. No existe la emoción de hacerlos. Todo eso desaparece, ¿no es cierto, Mannie?

—No discutiré contigo, Miles —se encogió de hombros—. Pareces haber entendido muy bien cómo son las cosas.

—Ninguna emoción —dije en voz alta, pensativo, pero hablando para mí—.

Mannie —le increpé, tan pronto como se me pasó una idea por la cabeza—, ¿podéis hacer el amor, tener hijos?

Me miró durante unos segundos.

—Creo que ya sabes que no, Miles. Diablos —exclamó entonces, y eso era todo lo cerca que podía estar de sentir cólera—, insistes tanto en ello que tendrás que conocer la verdad. La duplicación no es perfecta. Y no puede serlo. Es como esos compuestos artificiales con que los físicos nucleares están perdiendo el tiempo: inestable, incapaz de mantener su forma. Nuestra vida es efímera, Miles. Hasta el último de nosotros habrá muerto —hizo un gesto con la mano, como si aquello no importase— en cinco años, como mucho.

—Y eso no es todo —repliqué, suavemente—. También vale para cualquier cosa viva; no solo los hombres, también los animales, los árboles, la hierba, todo lo que vive. ¿No es así, Mannie?

Esbozó una sonrisa que fluctuaba entre el cansancio y la ironía. Luego se incorporó, dio unos pasos hasta las ventanas y apuntó a lo lejos con un dedo, allí, en el cielo de la tarde, se erguía una luna creciente, pálida y plateada en la luz diurna, pero muy nítida. Una tenue franja de niebla se movía lentamente, partiéndola en dos.

—Mírala, Miles: esta muerta; en su superficie no ha habido el más mínimo cambio desde que el hombre la estudia. Pero ¿alguna vez te has preguntado por qué la Luna es eso, un desierto, un vasto vacío? La Luna, tan próxima a la Tierra, tan parecida a ella... una parte suya en otro tiempo, ¿por qué esta muerta? —calló unos instantes, mientras observábamos la silenciosa e imperturbable cara de la luna—. Bueno, no siempre fue así —siguió Mannie—. Una vez fue algo vivo. —Se volvió, y regresó al sofá—. Al igual que los otros planetas que giran alrededor de un sol que les da la vida, como este; Marte, por ejemplo. —Sacudió levemente un hombro—. Aún hay huellas en sus desiertos de los seres que una vez vivieron allí. Y ahora... es el turno de la Tierra. Y ni siquiera el hecho de que lleguen a agotarse los recursos de todos los planetas de este sistema revestirá alguna importancia. Las esporas se pondrán en movimiento, rumbo otra vez al espacio, para flotar a la deriva por... no importa por cuánto tiempo, ni adónde se dirijan. Uno u otro llegarán a alguna parte. Budlong lo ha dicho: son parásitos. Parásitas del universo, y serán ellos sus últimos supervivientes.

—No se muestre tan perplejo, doctor —me increpó Budlong amablemente—. Después de todo, ¿qué es lo que los hombres han hecho con los bosques que cubrían el continente? ¿Las tierras de cultivo que han reducido a cenizas? También ustedes han agotado sus recursos... y han seguido adelante. No se muestre tan perplejo.

Apenas pude decirlo:

—El mundo —susurré—. ¿Vais a propagaros por el mundo?

Budlong compuso una sonrisa resignada.

—¿Qué esperaba? Primero este condado, luego los siguientes; después todo el norte de California. Oregón, Washington, la Costa Oeste, por fin; es un proceso acelerado, cada vez más veloz, y siempre habrá más de los nuestros, menos de los de ustedes. Y llegará un momento, muy pronto, en que el continente será nuestro. Y luego... si, en efecto: el mundo.

—Pero —susurré—, ¿de dónde proceden las vainas?

—De cultivos, por supuesto. Las cultivamos nosotros. Cada vez más, y más...

No pude remediarlo:

—El mundo —musité en un hilo de voz; luego grité—: Pero ¿por qué? Oh, Dios mío, ¿por qué?

Si hubiera podido enfurecerse, lo habría hecho. Pero Budlong sólo sacudió la cabeza, formulando un gesto de tolerancia.

—Doctor, doctor, no ha aprendido nada. No parece que lo entienda. ¿Qué es lo que le he dicho? ¿Qué es lo que usted hace, y por qué razón? ¿Por qué su especie respira, come, duerme, hace el amor y se reproduce? Porque esa es su función, su razón de ser. No hay otro motivo, y, desde luego, ningún otro es necesario —de nuevo agité la cabeza, asombrado de mi incapacidad para comprender—. Parece perplejo, incluso asqueado, y, con todo, ¿qué es lo que la raza humana ha hecho sino propagarse sobre el planeta hasta plagarlo con dos mil millones de seres? ¿Qué han hecho con este mismo continente sino expandirse hasta rebosar? ¿Y dónde está el bisonte que vagaba por esta tierra antes que ustedes? Desapareció. ¿Dónde está la paloma migradora que hace tiempo cubría literalmente los cielos de América en bandadas de millones? El último ejemplar murió en un zoo de Filadelfia en 1913. Doctor, la función de toda vida es vivir si puede, y nunca permitirá que cualquier otro motivo intervenga en ello. No podemos referirnos a esto en términos de maldad; ¿odiaba la raza humana al bisonte? Debemos continuar porque debemos hacerlo, ¿acaso no lo entiende? —Ensanchó una sonrisa amable—. Es la naturaleza de la bestia.

Y así, por fin, tuve que aceptarlo: el condenado a muerte exhalaba su último aliento, se detenía, absorbía entonces la muerte hasta anegar sus pulmones porque no podía aguantar más. No, ya no había nada que pudiera hacer, salvo esto: emplear los últimos instantes de tiempo que nos quedaban para intentar que aquello fuera lo más fácil posible para Becky... si es que, al menos, nos dejaban pasar solos esos instantes.

—Mannie —levanté la vista hacia él—, has dicho que una vez fuimos amigos, que recuerdas cómo era aquello.

—Desde luego, Miles.

—No creo que puedas ya sentirlo de veras, pero si aún puedes recordar algo de lo que significaba la amistad, entonces déjanos solos. Encerradnos en mi oficina, y así solo tendréis la puerta del vestíbulo que vigilar. Pero dejadnos ahora solos, Mannie;

aguardad en el vestíbulo, donde no podáis vernos ni escucharnos. Solo te pido eso; no podemos huir, y lo sabes. ¿Y cómo podríamos dormir teniéndoos a vosotros ahí, vigilando? Todo ira más rápido así. Encerradnos en mi oficina, y esperadnos en el vestíbulo, Mannie. Es la última oportunidad que tendremos de saber lo que significa vivir; y, quizá, también tú puedas recordarlo.

Mannie miró a Budlong, y tras unos segundos Budlong asintió, sin que aquello le importase particularmente. Luego se volvió a Cari Meeker, que se encogió de hombros; al tipo bajito de la puerta ni siquiera le preguntaron.

—De acuerdo, Miles —concedió Mannie—. No veo por qué no —hizo un ademán al tipo de la puerta, que se incorporé y salió al vestíbulo del edificio. Mannie se adelantó hacia la pesada puerta de madera que conducía a mi oficina, dio una vuelta a la llave en la cerradura e hizo girar el pomo para comprobar si funcionaba correctamente. Volvió a quitar el cierre y mantuvo la puerta abierta para que Becky y yo entrásemos.

Lentamente, la puerta giró sobre sus goznes, a nuestra espalda, pero antes de que se cerrase del todo tuve una última visión de aquel tipo bajito: regresaba a la recepción desde el vestíbulo del edificio, acarreando en los brazos dos enormes vainas que casi le ocultaban el cuerpo por completo. Entonces, si, la puerta se cerró, la llave dio una vuelta en la cerradura y pude oír el débil sonido de algo que rozaba el otro lado de la puerta... y supe que aquellas dos enormes vainas yacían ahora en el suelo, detrás de la puerta; tan cerca de nosotros, y, con todo, fuera de nuestro alcance.

Dieciocho

Ceñí el brazo de Becky, y sostuve su mano entre las mías, estrechándola; ella levantó la mirada hacia mí y trató de sonreír. La llevé hasta el sillón de cuero que había frente a mi mesa y la senté en él, y yo me apoyé en el brazo, inclinándome hacia ella y rodeándole los hombros cálidamente. No sé cuánto tiempo estuvimos así, sin pronunciar una sola palabra. Yo recordaba la noche —no hacia tanto tiempo, y, sin embargo, tanto tiempo atrás— en que Becky acudió a mí para hablarme de Wilma, y advertí que ahora llevaba el mismo vestido de entonces: seda y mangas largas, un estampado en rojo y gris. Recordaba el placer que sentí al verla aquella noche, sabiendo que, aun cuando sólo salimos un puñado de veces en la época del instituto, nunca pude olvidarla de veras. Y ahora comprendía muchas cosas que antes ignoraba.

—Te quiero, Becky —susurré. Ella levantó los ojos para sonreír, y luego dejó caer la cabeza en mi brazo—. Te quiero, Miles.

Oí un ligero ruido procedente de la puerta, un sonido familiar, aunque por un instante no alcancé a reconocerlo; era el chasquido que hace una rama seca al quebrarse. Supe entonces que había producido aquel ruido, y al punto miré a Becky, pero su expresión no indicaba si también ella lo había oído.

—Me habría encantado casarme contigo, Becky. Me encantaría que ahora estuviésemos casados. Asintió:

—A mi también. Miles, ¿por qué no lo hicimos?

No respondí; las razones, ahora, no tenían importancia.

—Debimos haberlo hecho —dijo Becky—, pero tenías miedo, por ti y por mi. Creo que más por mi. —Me dedicó una sonrisa cansada—. Y también es cierto que yo no hubiera podido fallar de nuevo, simplemente no hubiera podido hacerlo. Pero tú tampoco podías protegerme de ello. ¿Y a que otro hombre que hubiera podido protegerme habría encontrado? Dos personas que se casan corren el riesgo de fracasar; no éramos diferentes de nadie. Salvo en que sabíamos más; ya sabíamos que era exactamente el fracaso, y quizá que conduce a él, y cómo precaverse de ello. Debimos habernos casado. Miles.

Tras unos segundos, respondí:

—Quizá todavía estemos a tiempo.

Porque Becky estaba en lo cierto, sin duda: era tan sencillo como obvio, sólo que no me había permitido darme cuenta de ello. Claro que podíamos haber fracasado; yo podía haber arruinado su vida, pero eso no me hacía diferente de cualquier hombre que pudiera haber hecho lo mismo.

Un rumor de cosas que crujían, precedido de varios chasquidos, vino de nuevo hasta nosotros desde el otro lado de la puerta. Me incorporé, y merodeé por la oficina en busca de algo que pudiera servirnos. Quería otra oportunidad, más que cualquier

cosa que hubiera querido antes; porque tenía que haber una salida. Recordando que debía moverme en silencio, abrí el cajón de mi mesa: en su interior había un cuadernillo para extender recetas, hojas de papel secante, tarjetas de celuloide con un calendario en el reverso, algunos clips, gomas de borrar, unos fórceps rotos, lápices, dos estilográficas y un abrecartas bañado en una imitación de bronce. Cogí el abrecartas y lo sostuve como una daga, apretando el puño alrededor del mango, y miré la superficie barnizada de la puerta de madera que daba al recibidor. Abrí la mano y dejé que aquel objeto inútil cayera en silencio sobre un puñado de hojas de papel secante.

Probé en el armario que había al otro lado de la habitación, atestado con mi instrumental médico: sobre unas toallas blancas, pulcramente dobladas, yacían hileras de fórceps de acero, escalpelos, agujas hipodérmicas, tijeras, desinfectantes, antisépticos; ni siquiera me molesté en abrir las puertecitas de cristal. Probé también en la nevera: sueros, vacunas, antibióticos y medio litro de un refresco algo pasado que mi enfermera se había dejado allí; suave mente, cerré la puerta. No había mucho más: una balanza; la camilla; un armario blanco y esmaltado donde se mezclaban vendas, tintas, yodo, mercromina, tiomersal y varios abatelenguas de madera; algunos armarios, alfombras, la mesa, cuadros y diplomas clavados en la pared: es decir, nada.

Me volví hacia Becky, con la boca abierta para decir algo, y por un momento sentí que el corazón se detenía en mi pecho; luego comenzó a latir otra vez fuertemente. En dos pasos rápidos me abalancé sobre la silla en que se recostaba Becky y le aferré los hombros, agitándola con fuerza hasta que sus párpados se entreabrieron.

—¡Oh, Miles...! Me había quedado dormida. —Ahora sus ojos se abrieron de par en par, llenos de temor.

En el cajón inferior de la mesa, a la izquierda, encontré una botella de benzedrina. Fui al lavabo por un vaso de agua y le di una pastilla a Becky. Detuve un momento la mirada en la botella, y luego la deslicé al interior de un bolsillo sin ingerir antes ninguna pastilla; podía aguantar un tiempo sin dormir, y era mejor para ambos tomarlas por turnos, a fin de que uno mantuviese despierto al otro.

Me senté a mi mesa, con los codos apoyados sobre su superficie de cristal y los puños cerrados contra las mejillas, mientras Becky me observaba para asegurarse de que no me quedaría dormido. Si había algún modo de salir de allí, este estaría en mi mente, y no en hacer rondar mis pies por la oficina.

El tiempo pasaba. Algún crujido aislado sonaba al otro lado de la puerta, y, aunque Becky y yo lo oíamos, ninguno mirábamos a la puerta. Me obligué a permanecer allí sentado, tratando de recordar todo lo que sabía acerca de aquellas vainas.

Al cabo de un rato levantó la vista, muy lentamente; al otro lado de la mesa, en la

silla de cuero, Becky permanecía observándome en silencio, alerta, y pude ver que los ojos ya le brillaban por los efectos de la benzedrina. Muy suavemente, a un tiempo pidiéndole consejo y pensando en voz alta, le pregunté:

—Supón, solo supón, que hubiera una forma... no de escapar, pues no hay modo de poder escapar, sino de hacer que nos lleven a otra parte, en lugar de tenemos aquí —hice un gesto con la mano—. A la cárcel, imagino. Pero supón que hay una manera de hacerlo...

—¿En qué estas pensando, Miles?

—No lo sé; probablemente en nada. Pensaba en una forma de acabar con sus malditas vainas, aunque no estoy muy seguro de que podamos hacerlo. Conseguirían más. Nos llevarían a cualquier otro lugar y traerían más. No habríamos logrado nada.

—Ganaríamos algo de tiempo —replicó Becky—. Porque dudo que por ahora haya más vainas. Creo que hemos visto todas las que tenían preparadas —señaló con el mentón hacia la ventana y la calle que había bajo esta—: Tengo la impresión de que han utilizado todas las que habían dispuesto. Quizá las dos que hay ahí fuera —indicó con un gesto la puerta cerrada— son las dos últimas que les quedaban, las del camión de Joe Grimaldi.

—Están cultivando más; todo lo que habríamos ganado sería un pequeño aplazamiento. —Frustrado, sin hacer siquiera un ruido, golpeé el puño contra la palma de mi mano—, y eso no es bastante, no vale de nada. —Fruncí el ceño, tratando de pensar con claridad—. Un poco más de tiempo no es lo que queremos conseguir; si hay una forma de hacer que nos saquen de aquí, fuera del edificio, esa habrá de ser nuestra oportunidad; no habrá ninguna otra.

—¿Crees que podrías... —dijo Becky— cogerles desprevenidos y golpearles, y conseguir que salgamos del edificio? Como hiciste con Nick Griv...

Pero negué con la cabeza.

—Tenemos que pensar en algo que pueda hacer se, Becky; ni esto es una película ni yo soy su protagonista. No, no podría con cuatro hombres, quizá ni siquiera con uno. Dudo mucho que pudiera con Mannie, y Chef Meeker me partiría en dos. Quizá con el profesor, o ese tipo bajito y gordito... —sonreí, pero al momento recuperé la seriedad—. Demonios, ni siquiera sé si haciendo cualquier cosa les obligaríamos a que nos sacasen de aquí. Probablemente no.

—¿Cómo lo podríamos probar? —Becky no iba a rendirse.

Señalé a la puerta de la recepción.

—En este preciso momento, si Budlong esta en lo cierto, esas cosas de ahí fuera se están preparando; quizá un tanto a ciegas, en principio, pero sin duda ya se están disponiendo a imitar y duplicar cualquier sustancia viva que encuentren; célula y tejidos, estructura ósea y sangre. Es decir: nosotros, tan pronto como nos venza el sueño, tan pronto como nuestros procesos corporales se relajen y yazgan inermes.

Pero supón... —Miré a Becky, vacilante; si esa no era la respuesta, no sabía cual otra iba a ser—. Supón —dije lentamente— que hacemos que esas vainas se consuman en algo que no seamos nosotros. Supón que les proporcionamos un par de sustitutos: Fred y su novia.

Becky arrugó el ceño, ignorando a que me refería, así que me acerqué al armario que había junto a mi mesa y abrí la puerta.

—Los esqueletos —exclamé, señalando con un dedo sus ojos vacíos y su enorme sonrisa—. ¡Estuvieron vivos! —de pronto hablaba deprisa, rebotante de emoción, casi como si convencer a Becky fuese todo lo que necesitaba—. ¡Son dos cuerpos humanos, y poseen una estructura ósea completa! Y si Budlong esta en lo cierto, los átomos que los componen Todavía están unidos por los mismos registros, líneas de fuerza o como quiera llamarlas, que los unieron en vida, los mismos que unen los nuestros. Ahí los tenemos, ¡dormidos y más que dormidos! ¡Preparados, deseosos y quizás dotados con la capacidad de ser sustituidos, de poder prestar sus pautas para que sean duplicadas y reproducidas en lugar de las nuestras!

—No perdemos nada intentándolo, Miles —dijo Becky, al cabo de unos segundos, pero antes de que hubiera terminado de hablar ya me había puesto en pie.

En absoluto silencio, poniendo un infinito cuidado en evitar que los oscilantes huesos de los miembros golpearan contra los lados del armario, levanté el esqueleto masculino, lo llevé hasta la puerta de recepción y lo dejé tendido en el suelo, boca abajo, de manera que no pudiéramos ver su sonrisa burlona. Unos segundos después hice lo propio con el esqueleto femenino.

No sé el tiempo que estuvimos mirándolos, pero enseguida retorné al armario donde guardaba mi instrumental médico y, tras abrir la puerta de cristal, cogí una jeringuilla de veinte centímetros cúbicos. De un dispensador de alcohol vertí unas gotas en un trozo de algodón esterilizado: lo apliqué en una pequeña área del brazo de Becky, luego en el mio, y por último conduje a Becky junto a la puerta de recepción. Extraje veinte centímetros cúbicos de sangre de una vena de su antebrazo, y al punto —muy rápido, antes de que la sangre se coagulase— vacié la jeringuilla por el cuello y por varias costillas de la figura yacente que tenía más próxima. De mi propio brazo extraje otros veinte centímetros cúbicos de sangre, y me incliné aprisa sobre la otra figura. —Miles, no, ¡no!

Alcé la vista para ver a Becky sacudiendo la cabeza y apartando los ojos, muy pálida; pero no me detuve.

—Miles, por favor; no puedo soportarlo; su aspecto... por favor, no. ¡No sigas!

Me levanté, y me volví hacia ella.

—De acuerdo —asentí—. Ni siquiera sé si servirá de algo, sólo sé que es un poco más de materia viva que... —preferí olvidarme de ello y no concluir lo que estaba haciendo. Pero dejé las figuras tendidas en el suelo, en el mismo sitio en que estaban.

No sabía que iba a hacer, pero las dejé allí, donde se hallaban.

Hice una cosa más, pero no pedí permiso a Becky. cogí las tijeras de mi mesa y corté un mechón de sus cabellos, luego un poco del mio, y esparcí el pelo sobre las dos figuras del suelo. Ya no quedaba nada más que hacer salvo esperar.

Nos sentarnos. Becky lo hizo en el sillón de cuero, y yo ante mi mesa. Y Becky empezó a hablar. Lentamente, sin demasiada convicción, y deteniéndose de vez en cuando para mirarme con una expresión interrogativa, me conté la idea que acababa de ocurrírsele.

Escuché hasta el final, y cuando se detuvo a esperar mi respuesta, sonreí y asentí un poco, intentando no parecer inmediatamente desalentador.

—Becky, quizá podría funcionar, tal y como lo cuentas. Pero al final acabaría forcejeando en el suelo con dos o tres hombres sobre mi.

—Miles —replico—, sé que no hay razón alguna para creer que todo lo que se nos ocurra debe funcionar. Pero ahora eres tú el que piensa como si esto fuese una película. Mucha gente lo hace, en ciertas ocasiones, cuando menos... Miles, hay muchas cosas con las cuales la mayoría de la gente no se topa en su vida, de modo que las imagina como si se tratasen de escenas de una película. Es el único medio por el que la gente puede visualizar determinadas situaciones de cuya experiencia carece. Y así es como piensas tú ahora: una escena en la que forcejeas con dos o tres hombres; pero, Miles, ¿qué hago yo durante esa escena? Me imaginas encogida de miedo contra una pared, con los ojos abiertos de par en par, aterrada y cubriéndome la cara de horror, ¿verdad?

Pensé en ello, y estaba en lo cierto; muy en lo cierto, de hecho, y asentí. Becky también asintió:

—Y así es como también ellos pensarán: el estereotipo de mujer ante esa clase de situación. Y eso es exactamente lo que haré, hasta que me haya percatado de que me han visto y se han fijado en mi. Entonces haré exactamente lo que tú ya habrás hecho; ¿por qué no? —me detuve a considerar lo que acababa de decir, pero Becky insistió, incapaz de esperar—: ¿Por qué no, Miles? ¿Por qué no iba a poder? —hizo una pausa—: Puedo hacerlo. Te darán una paliza, no tendrás más allá de un minuto para hacerlo, pero yo... Miles, ¿por qué no iba a funcionar?

Tenía miedo. Aquello no me gustaba nada; esto era el mundo real, se trataba genuina y simplemente de una cuestión de vida o muerte, y advertí que íbamos a enfrentarnos a ello sin planear nada, de una manera improvisada. Teníamos que pensar, convencernos y estar seguros de lo que debíamos hacer; teníamos que tomarnos nuestro tiempo hasta estar seguros y hasta saber que estábamos seguros. Y resultaba que ahora, como soldados atrapados bajo el fuego enemigo, nos disponíamos a improvisar la decisión más importante de nuestras vidas sobre la marcha y bajo una terrible presión, sabiendo que el castigo por hacer algo que no

estuviese a la altura de la perfección sería la muerte, si no algo peor. Sencillamente, no había tiempo para un plan más meticuloso. Desde luego no podíamos consultarlo con la almohada, pensé, y sonreí por mi propio chiste sin ningún humor.

—¡Vamos. Miles! —susurró Becky. Estaba de pie, inclinada sobre la mesa, tironeando de mi manga—. ¡No sabes cuánto tiempo nos queda!

Hubo una ligera llamada a la puerta de mi oficina, y desde el vestíbulo oí la voz de Mannie, muy baja y suave:

—¿Miles? —musitó, e hizo una pausa—. ¿Miles...?

—Lo siento, Mannie —grité—, pero aún estamos despiertos. No puedo evitarlo; sabes que intentaremos permanecer en veía tanto como podamos. Pero no será por mucho tiempo; no podrá serlo...

No hubo respuesta, y ya no había modo de saber por cuánto tiempo más nos dejarían estar solos. Me repugnaba lo que nos disponíamos a realizar, me repugnaba depositar nuestras esperanzas en esa endeble idea de Becky, pero ciertamente no se me ocurría que otra cosa podíamos hacer.

—De acuerdo —me levanté, caminé hacia el armario y cogí un rollo bastante ancho de cinta adhesiva. En el armario donde se almacenaba mi instrumental arramblé con todo lo que necesitábamos; luego, junto a mi mesa, desabotoné las mangas de Becky a la altura de las muñecas, me remangué la chaqueta y puse manos a la obra.

No llevó mucho tiempo, cuatro minutos, tal vez. Mientras me bajaba las mangas, Becky dejó de abotonarse las de su vestido, e hizo un ademán con la cabeza.

—¡Miles, mira!

Me di la vuelta, y fruncí los párpados para convencerme de que estaba viendo lo que me había parecido ver, hasta comprender que, en efecto, así era. Los huesos que yacían en el suelo tenían un aspecto distinto. No podía decir en que habían cambiado, pero, al observarlos ahora, no cabía ninguna duda de que habían cambiado.

Podía haber sido el color —no estaba seguro de ello—, pero había algo más que eso. El sentido de la vista es más perspicaz de lo que estamos acostumbrados a pensar; alcanza a ver más de lo que creemos. Decimos: «con mirarlo supe que...» y, aunque a veces no somos capaces de explicar el hecho de que así sea, por lo general es verdad. Aquellos huesos habían perdido dureza, aun cuando ni siquiera sé que pretendo decir con eso, o cómo es que podíamos apreciarlo. Su forma no había cambiado, pero habían perdido cierto grado de rigidez o firmeza. Como un antiguo muro con los ladrillos sueltos, cuya forma no hubiera sufrido cambio alguno que la vista pudiera percibir pero en el cual la argamasa se hubiese desmenuzado, así también aquellos huesos habían perdido su solidez. Fuera lo que fuese que daba forma a esos huesos, se estaba debilitando. Y la mirada lo sabía.

Intentando no sentirme demasiado esperanzado, preparándome para

desilusionarme, incapaz aún de creer lo que veían mis ojos, me detuve a mirar fijamente aquellos huesos. Y de pronto, a la velocidad de un pestañeo, en un pequeñísimo segmento del cúbito —uno de los dos huesos que componen el antebrazo— del esqueleto que teníamos más cerca, apareció una mancha gris. No ocurrió nada más en ese intervalo que hay de un latido del corazón a otro; pero luego la mancha creció un poco, y luego un poco más, extendiéndose en ambas direcciones, rápido, más rápido, por todo lo largo del hueso. Y fue entonces como una secuencia de dibujos animados, esas en las que el dibujo es bosquejado increíblemente rápido y las líneas aparecen por todas partes, más deprisa de lo que el ojo puede percibir: bajo nuestra mirada, la mancha gris se propagó por todos y cada uno de los huesos de ambos esqueletos, siguiendo su recorrido a una velocidad vertiginosa, hasta sumir en aquella grisura —más aprisa de lo que se tarda en parpadear— la caja torácica de uno de ellos. La blancura había desaparecido de los huesos, y durante un instante de tiempo suspendido los dos esqueletos aparecían compuestos —en una perfecta totalidad— como por una ingrátida pelusa gris. El instante concluyó, y los esqueletos se desmoronaron —una ráfaga de aire hubiera conseguido lo mismo— en un pequeño montón informe de polvo y vacío, sobre el suelo.

Seguí mirando durante algún tiempo más, loco de euforia, hasta que el aire entró a borbotones en mis pulmones, y grité:

—¡Mannie!

La puerta exterior de mi oficina se abrió al instante, y los cuatro hombres entraron a toda prisa, con los rostros serenos y pacientes. Apunté a un lado con la punta de mi zapato y se detuvieron, volvieron allí la mirada por unos instantes, hasta que Mannie sacó una llave de su bolsillo y quitó el cierre a la puerta de la recepción. Abrió, pero la puerta tropezó con algo, algo duro que hacia un ruidito seco al chocar con la madera. Mannie empujó, la puerta se abrió un poco más y, al fin, se atascó. Y todos, tan aprisa como pudimos, moviéndonos a un tiempo, nos apiñamos alrededor de la puerta.

Sobre la alfombra marrón, blancos y reproducidos hasta en el más nimio detalle, yacían los dos esqueletos, embadurnados de rojo en los hombros, salpicados de un puñado de cabellos oscuros que se filtraban entre los huesos. Con el rostro contra el suelo, esbozaban aquella sonrisa suya, descarnada e incesante, que parecía reír por lo gracioso del chiste. A su lado y bajo ellos, casi inadvertidos sobre la alfombra, habían varios fragmentos rotos de lo que quedaba de las dos vainas.

Mannie movió la cabeza varias veces, muy despacio, con los labios apretados, pensando para sí. Budlong dijo:

—Esto es muy interesante, realmente interesante. ¿Sabe usted —se giró hacia mí, tratando de entablar conversación, mirándome con la misma expresión amigable de siempre— que nunca se me había ocurrido algo parecido? Y, con todo, como puede

verse es perfectamente posible. Interesante —se dio la vuelta para devolver la mirada al suelo.

—Muy bien, Miles —Mannie me observaba, reflexivo—. Por lo visto, creo que no tenemos más remedio que reteneros en una celda, hasta que podamos conseguir otras vainas. Lo siento, pero es lo que debemos hacer.

Asentí, sin más, y salimos por la puerta para encaminarnos hacia el vestíbulo del edificio. Me daba igual coger el ascensor o bajar por las escaleras, pero Mannie dijo:

—Vayamos por las escaleras. Solo está el conserje, es sábado; el servicio es deficiente —y avanzamos por el pasillo hasta la puerta de incendios para descender, al fin, por la larga escalera.

Diecinueve

Chet Meeker y aquel tipo bajito y corpulento iban delante. Becky y yo íbamos en medio, con Mannie y Budlong justo a nuestra espalda. Tenía claro que no había razón alguna por la que debiéramos esperar, así que al aproximarnos al rellano del primer entresuelo decidí que era el momento: uní las manos, dejando sueltos los brazos, y deslicé el pulgar y el índice de mi mano izquierda por el interior de la manga derecha, y el pulgar y el índice de la otra mano en la manga izquierda. Los dedos de cada mano alcanzaron la cinta adhesiva, justo por encima del dobladillo del puño, y fui tirando de ella hasta despegarla completamente. Ahora —y ese era el plan de Becky— llevaba en cada mano una jeringuilla hipodérmica, con una carga en su interior.

Al llegar al rellano y doblar en semicírculo hacia el siguiente tramo de escaleras, el tipo bajito se situó en la parte interior y aferró el pasamanos, y Chet Meeker se colocó junto a él. Fue el momento que aproveché para dar un paso adelante, tras ellos, y apartar de un empujón con el codo a Becky, que se echó a una esquina del rellano; al instante dirigí las manos hacia los dos hombres con un movimiento seco y rápido, apretando las agujas entre los dedos y manteniendo los pulgares sobre los émbolos, e inyecté en sus nalgas dos centímetros cúbicos de morfina, sin relajar los pulgares hasta que los émbolos no tocaron al fondo de la jeringuilla.

Los dos tipos aullaron y se volvieron hacia mí, mientras Mannie y Budlong se arrojaban sobre mi espalda. Caí sobre el suelo de metal, y forcejeé con ellos como pude, tirando patadas al aire y blandiendo las agujas de las jeringuillas. Pero eran cuatro contra uno, así que no tardaron en hacerse conmigo; me desarmaron una mano de una patada, y vi cómo la otra jeringuilla era reducida a añicos bajo la suela de un zapato. Ya habían conseguido inmovilizarme un brazo y ambas piernas, así que tracé de zafar el otro brazo —sacudiéndolo, retorciendo las muñecas y tirando de él— para que no pudieran inmovilizarlo también. Becky —pude verla, al igual que ellos— se acurrucó contra la blanca pared de ladrillo, tratando de apartarse de la pelea, lejos de los brazos y piernas que subían y bajaban; por un instante fugaz la vi allí, encogida, indefensa y aterrada, con los ojos abiertos de par en par, cubriéndose la cara con las manos y abriendo la boca en una mueca de horror. Entonces, mientras yo seguía forcejeando —oía nuestros jadeos y gruñidos resonando por el rellano—. Becky, Todavía con las manos alzadas y la mirada absorta y asombrada, llevó los dedos a las mangas de su vestido y abrió los botones. Tiré de las cintas adhesivas, dio un paso hacia Budlong y Mannie y, mientras ellos seguían tratando de inmovilizar mi único brazo libre, les clavó las agujas. Los dos hombres se irguieron. Yo seguía tendido en el suelo, inmóvil, mirando fascinado aquella escena, y por un momento todo el mundo permaneció como estaba, de rodillas, en pie o sobre el suelo, como figuras en un retablo. Budlong y Mannie miraron a Becky, y luego me miraron a mí.

—¿Qué están haciendo? —musitó Budlong, perplejo—. No entiendo nada — entonces rodé sobre mi costado, y, cuando empecé a incorporarme, los cuatro hombres saltaron de nuevo sobre mí.

No podría decir el tiempo que estuvimos forcejeando. Pero todo terminé cuando Chet Meeker, que se había arrodillado sobre mi brazo, suspiró suavemente, perdió el equilibrio y se desplomó sin fuerzas a un lado, sobre el siguiente tramo de escaleras, y cayó rodando por los peldaños hasta que los pies se le detuvieron en las barras del pasamanos; se quedó allí, agitándose como en sueños y mirando hacia nosotros. Todos, a su vez, le miraron, y Mannie dijo: «Eh». En ese momento, el tipo bajito, que se había acuclillado justo detrás de mi cabeza y aún me aferraba la mandíbula, soltó las manos y se desplomó hacia atrás, contra la pared, y resbaló por ella hasta quedar sentado, tratando de enfocar la mirada en nosotros, entre lánguidos parpadeos.

Budlong me miró, con la boca abierta para decir algo; pero las rodillas se le doblaron y cayó de tal modo que el suelo metálico vibró sordamente; luego se inclinó hasta quedar tendido sobre el costado, mascullando algo que no pude entender. Mannie se había asido al pasamanos metálico con ambas manos, y su cuerpo se dobló de forma que la frente quedó rendida sobre el dorso de las manos. Unos segundos después se arrodilló lentamente en el suelo, y la cabeza se le desplomó sobre el pecho para colgar por un momento entre las manos, Todavía aferradas al pasamanos; los dedos, al punto, empezaron a perder fuerza, y, aún sobre sus rodillas, Mannie cayó de cara sobre aquel suelo abollado, como un musulmán entregado a la oración.

Corrimos para alejarnos de allí, pero no demasiado deprisa; sabía que era posible —en especial para Becky, que calzaba unos zapatos de tacón alto— resbalar y romperse un hueso. En un minuto nos hallábamos junto a la puerta trasera del edificio, empujando con todas nuestras fuerzas para abrirla.

Pero no se abría; estaba cerrada con llave, y el edificio se hallaba vacío, envuelto en una suerte de silencio vacacional. No podíamos hacer otra cosa que girar sobre nuestros talones, atravesar todo el vestíbulo del edificio y trasponer el panel informativo en dirección a las puertas que se abrían a la calle Mayor. Al llegar a ellas, antes de salir, recordé decirle a Becky:

—Mantén la mirada vacía, y trata de no mostrar ninguna expresión, pero sin exagerar —abrí las puertas y salimos a la calle, para mezclarnos entre la gente de nuestra yerta y abandonada Santa Mira.

Tras avanzar unos pasos nos cruzamos con un hombre de mi edad; sabía quién era, le había conocido en el instituto, pero ahora, imponiendo a mi semblante un gesto indiferente y desinteresado, sólo asentí hacia él, y dejé que mis ojos pasaran sobre su rostro en un vago reconocimiento. Él asintió de la misma forma, y luego lo dejamos atrás; sentía temblar el brazo de Becky contra el mío. Pasamos junto a una mujer menuda, regordeta, que llevaba una bolsa con la compra; ni siquiera nos miró. Unos

diez metros más allá, un hombre salió del asiento delantero de un coche y se detuvo a esperarnos; vestía un uniforme, era policía y se llamaba Sam Pink.

No dejé que nuestros pasos se interrumpieran o vacilaran: seguimos caminando hasta que llegamos junto a él; entonces nos detuvimos.

—Bueno, Sam —dije en un tono neutro—, ahora estamos con vosotros, y, la verdad, no era tan malo.

Asintió, aunque con el ceño fruncido, y miré al interior de su coche, hacia la radio que en ese momento emitía un levé ronroneo.

—Se suponía que nos advertirían —replicó—. Se suponía que Kaufman telefonaría a la comisaria para avisarnos.

—Lo sé —bajé la cabeza—. Y llamé, pero la línea estaba ocupada; ahora iban a llamar otra vez —me volví para indicar con un gesto el edificio de oficinas que habíamos dejado a nuestra espalda.

Sam no era ahora ni más ni menos despierto de lo que siempre había sido, así que tan solo me miré, dándole vueltas en la cabeza a lo que acababa de decirle. Yo aguardé, indiferente; al rato, y como si interpretase su silencio como que había dado la conversación por concluida, le dediqué un vago ademán: —Hasta la vista, Sam— me despedí, con una voz huera; y, con el brazo de Becky cogido al mío, ambos seguimos caminando.

No miramos atrás, ni alteramos la velocidad de nuestros pasos. Avanzamos hasta la siguiente esquina, y allí doblamos a la derecha. Al girar, vi a Sam Pink caminando a toda prisa hacia el edificio de oficinas, hasta que desapareció de mi vista.

Y entonces empezamos a correr. Corrimos avenida abajo, en pos de la media manzana de casas cuyos callejones desembocaban en el entramado de colinas paralelo a la calle Mayor. A medio camino de allí, una anciana abandonó la acera que conducía a una de las casas y nos hizo frente, alzando una mano con ese ademán abrupto y perentorio con que los ancianos dan el alto al tráfico para pasar al otro lado de la calle. Como impelido por la costumbre, me detuve, aun sabiendo que aquella ancianita —una viuda llamada Worth, ahora la reconocí— no era en realidad una ancianita, y que lo que tenía que hacer era arrojarla al suelo de un puñetazo sin ni siquiera interrumpir el paso. Pero no pude; tenía el aspecto de una mujer, vieja, menuda, frágil, y por unos segundos me quedé plantado donde estaba, mirándola sin pestañear. Entonces, sin pensarlo, la aparté a un lado con el antebrazo, y ella reculé, a punto de caer al suelo.

Alcanzamos el final de la acera, y continuamos por un sendero de arena roja. Después emprendimos la subida, hasta doblar por una senda de tierra batida de las que atravesaban todo el condado de Marin, ocultos a las miradas por la espesa maleza y las marañas de arbustos que cubrían las colinas.

Tras los primeros diez o doce pasos Becky perdió sus zapatos de tacón, y aunque

sabía lo que los guijarros, las ramas, las rocas desenterradas y las raíces podían hacer, y harían, a sus pies, no detuvimos la marcha.

No teníamos ninguna oportunidad; la canción estaba a punto de acabar, y lo sabía; pero no trataba de engañarme con respecto a ello. Conocía cada palmo de aquellos senderos y colinas, pero otros también los conocían, muchos otros. Entre nosotros y la autopista 101 —ese mundo de los coches y los hombres de fuera— se extendían cerca de tres kilómetros de colinas, sendas, campo abierto y tierras de cultivo. No, jamás podríamos eludir la persecución que se emprendiese contra nosotros; de hecho, mientras pensaba en ello, la señal de incendios de la ciudad empezó a sonar en el aire, muy cerca, pues el parque de bomberos estaba a sólo dos manzanas de distancia en línea recta. En Santa Mira no se emplea una sirena, sino un altavoz ronco, profundo, que parece estallar en el aire; tanto en timbre como en tono recuerda al sonido de una sirena portuaria, pero las notas son más cortas y graves, y se emiten muy rápidamente en series de hondos bramidos que vibran en el aire en kilómetros a la redonda, atravesándolo todo. Aquellos idénticos e interminables chorros de sonido llenaban el aire y penetraban en nuestros oídos, embargándonos de una terrible sensación de pánico, y sentí que podrían hacernos perder la cabeza, hasta el punto de obligarnos a correr a ciegas y sin esperanza.

Supe entonces que, en ese preciso momento, había hombres corriendo al interior de sus coches, que había llaves girando en los contactos, motores rugiendo, vehículos avanzando casi a empujones por la carretera, transportando a hombres que seguían nuestros pasos o que iban al encuentro de nuestros pasos; cada vez más de ellos, todos siguiendo la llamada de las ráfagas de aquel sonido profundo, ominoso y terrible. Y más lejos, por delante de nosotros, había sin duda otros muchos que dejaban sus casas y granjas para desplegarse por las colinas, dispuestos a darnos caza, esperándonos en cualquier recodo. Los siguientes minutos —no más de cinco, tal vez— fueron los últimos en que pudimos albergar aún la esperanza de que nadie nos observaba.

Más arriba de aquella elevada colina que se erguía a nuestra derecha, el sotobosque raleaba y dejaba su sitio a un horizonte de campo abierto, estéril y desprotegido, ceñido por un ancho cinturón de rastrojos agostados por el sol. De caminar por ese campo, o por cualquiera de los otros que quedaban por delante, semejantes a él, seríamos vistos al instante por el primer hombre que accediese a la cima de la colina o emergiese de la maleza que había bajo esta. Y, de seguir avanzando por el sendero en que estábamos, caeríamos en cuestión de minutos en las garras de los hombres que rondarían por él y por los que lo rodeaban.

Me detuve, cogiendo a Becky por el brazo, y por un momento permanecí inmóvil. Presa de un pánico de indecisa confusión, intentando pensar en alguna opción que nos diese esperanzas. Si al menos hubiese oscurecido, no habría habido ningún

impedimento para seguir avanzando por los senderos; el área de búsqueda habría sido ampliada, y... Pero estábamos a plena luz, aún con niebla, si, pero salpicada por anchos parches de sol. Para tener una oscuridad total quedaban Todavía varias horas. Me di la vuelta y saqué a Becky fuera del sendero, y subimos la colina hasta el lugar donde empezaba a extenderse aquel horizonte de campo abierto que se curvaba hacia la cima, lleno de rastrojos y, por momentos, iluminado por el sol. Agachado, me puse a arrancar enormes manojos de rastrojos sueltos tan aprisa como podía moverme, tirando de sus tallos quebradizos y apremiando a Becky con tensos aspavientos a que hiciera lo mismo. Al fin, cada uno conseguimos una brazada de rastrojos, espesa como una gavilla de trigo.

—Ve delante —le dije a Becky—, hacia el campo —y, sin preguntar nada, se encaminé hacia la extensión de campo abierto, abrazando los rastrojos contra el cuerpo y dejando tras ella una ancha franja de hierbajos partidos. Yo la seguí, caminando de lado con pasos furtivos, describiendo con mi brazo libre un movimiento de guadaña para alcanzar la maleza que habíamos doblado a nuestro paso y enderezarla de nuevo. Me moví veloz, obrando con un cuidado desesperado para devolver a cada matojo exactamente su posición original. Cuando hubimos avanzado veinte metros, no pude ver ningún rastro de nuestro paso tras de nosotros.

Ya en mitad del campo, hice que Becky se tendiese en el suelo, y luego me tendí a su lado. Dispersé su brazada de maleza amarilla sobre los dos, hasta que nos cubrió por completo; después, haciéndolo lo mejor que pude, enderecé a nuestro alrededor los rastrojos y dispuse los que había cargado yo sobre ambos, extendiéndolos y —pues estaban inclinados y combados— apoyándolos unos a otros hasta que quedaron más o menos en una posición vertical.

No sabía que aspecto ofrecería aquello a un observador que se hallase en los lindes del terreno; pero, sin un rastro que condujese a él, sólo podía esperar que no fuese particularmente perceptible. Esperaba que allí, en mitad de un ancho campo abierto que, en apariencia, podía ser despachado de un somero vistazo, hubiésemos logrado construir un escondite que nadie que pasase por allí pudiese encontrar; un cazador, me dije a mí mismo, espera que el fugitivo no deje de correr ni un solo momento.

Pasaron varios minutos; entonces —y me pareció que se oyó muy cerca— una voz gritó a otra. No pude oírla con claridad, pero me pareció que exclamaba un nombre, Al quizá; al cabo, otra voz respondió: «Sí». Escuché el crujido de la maleza; el ruido continuó por un tiempo, hasta que se extinguió. Entonces alcancé con cuidado la mano de Becky y la estreché con fuerza.

Veinte

Permanecimos allí mucho tiempo, inmóviles, terriblemente incómodos al principio, luego dolorosamente incómodos, pero en ningún momento nos morimos, ni cambiamos de posición. De cuando en cuando escuchábamos voces procedentes del camino próximo a donde nos hallábamos, otras de mucho más lejos. Y una vez —y pareció que duré mucho, mucho tiempo, aun cuando no debió de prolongarse más allá de tres o cuatro minutos— oímos las voces de dos hombres que hablaban en voz baja, mientras subían despacio la colina, atajando por el campo en el que nos ocultábamos. Las voces se acercaron más, aumentando de volumen poco a poco, según se aproximaban a nosotros; al fin nos dejaron atrás, quizá a unos treinta metros. Supongo que podíamos haber oído lo que decían, pero yo estaba muy asustado y demasiado pendiente del avance de sus pasos como para prestar atención al significado de sus palabras. Varias veces, muy a lo lejos, escuchábamos las bocinas de los coches, series de cortas o largas pitadas que parecían transmitir una suerte de señal.

Luego, al cabo de mucho tiempo, empezamos a sentir frío. La humedad se extendía por nuestra espalda, emergiendo del suelo, y supe así que el sol estaba declinando, que había pasado el tiempo preciso y ya no iban a dar con nosotros, al menos no allí donde nos escondíamos.

Meforcé a permanecer en ese mismo lugar —Becky ni siquiera objeté la decisión— hasta que la oscuridad fuese completa. Durante la mayor parte de aquel tiempo no paramos de temblar, helados hasta los huesos, y tuve que apretar los dientes hasta que las mandíbulas me dolieron, pues, de otro modo, las muelas me habrían castañeteado literalmente del frío.

Pero, por fin, nos incorporamos: rígidos, apenas capaces de no trastabillar al erguirnos sobre nuestros pies. Comprobé que con la oscuridad había aumentado nuestra ventaja. Ahora no podíamos ser vistos a más de siete u ocho metros de distancia —estaba ciertamente oscuro—, y, además, algunos jirones de niebla, que parecían haber acudido en nuestro auxilio, descendían de los cielos y se extendían por el horizonte. Pero había aún aquella luna creciente, y supe que mucho antes de que hubiéramos logrado avanzar siquiera un par de kilómetros nuestras siluetas habrían quedado claramente expuestas a la luz un buen número de veces; supe también que durante el tiempo en que habíamos permanecido en nuestro escondite, silenciosos e inmóviles, la búsqueda se había vuelto a organizar, y, por lo que podía imaginar, la partida de cazadores se habría completado con todo hombre, mujer e incluso niño de Santa Mira capacitado para hacerlo. Sólo había un camino por el que podríamos huir, el camino que ahora iniciábamos: hacia la autopista 101. Y ellos también lo sabían — todos— tan bien como nosotros.

No íbamos a salir de allí; eso estaba claro, y yo no podía ignorarlo. Sólo cabía apurar cada mínima oportunidad que tuviésemos, sin rendimos, sin ceder un paso, luchando hasta el último segundo de vida que nos restase.

Cada uno llevábamos puesto uno de mis zapatos; Becky no podía ponerse los dos, pues le venían demasiado grandes. Pero colocando un pañuelo arrebujado en el talón del zapato que llevaba, pudo avanzar sin temor a perderlo, arrastrándolo por los matojos y las hierbas, luego levantándolo cuidadosamente. Así, sin forzar los pies, caminamos a través de la oscuridad, guardando tanto silencio como nos era posible; Becky se asía a mi brazo, mientras yo trataba de guiar nuestros pasos tomando como referencia las siluetas de las cimas de las colinas o de algún hito aislado o, meramente, por simple intuición.

Al cabo de una hora habíamos conseguido cruzar algo más de un kilómetro, sin oír una sola voz ni toparnos con nadie. Comenzaba a crecer en mi ánimo una pequeña esperanza, y pude ver en mi mente, como sobre un mapa, la tierra que había ante nosotros. Incluso —no pude evitarlo— llegué a visualizar el momento en que alcanzábamos la autopista, y corríamos por ella, deteniendo el tráfico y provocando el embotellamiento de los vehículos, haciendo que los frenos chirriasen, hasta formar una multitud de veinte o treinta coches pegados unos a otros, llenos de gente real y absolutamente viva.

Proseguimos nuestro camino, cubriendo otro kilómetro en otra media hora, y descendimos por la suave pendiente de la última colina en pos de la vasta landa de labrantíos que flanqueaban la autopista a lo largo del valle por el que discurría la carretera. Dimos varios pasos más y de nuevo, como ya había sucedido de manera intermitente durante la última hora. La luna irrumpió por entre las vaharadas de niebla. En el valle que se extendía a nuestros pies podíamos ver las vallas y los campos de cultivo, y, un poco a nuestra izquierda, la granja de Art Gessner, oscura y sin luz, y sus terrenos cuidadosamente separados por las finas zanjas de las acequias. Por lo que sabía, en el extremo más alejado de la tierra labrada crecía el trigo, lindando con la autopista, en una franja que ocupaba varias hectáreas. En un terreno próximo a nosotros pude ver algo que nunca había visto crecer allí: a ambos lados de las acequias se extendía hilera tras hilera de... repollos, quizá, o calabazas, aunque nunca se habían dado allí, al menos no en esa zona. A la débil luz de la luna parecían un goteo de esferas oscuras que crecían en largas filas, espaciadas de manera uniforme. Comprendí entonces lo que eran, y Becky, a mi lado, ahogó un agudo gemido. Ahí yacían las nuevas vainas, tan grandes ya como vastos capachos, y Todavía en proceso de crecimiento: cientos de ellas, si, bajo la tenue y frágil luz de la luna.

La visión me espantó —me aterrorizó—, y me repugnó la idea de tener que seguir adelante, de bajar allí y pasar entre ellas, me repugnó incluso el pensamiento de poder

siquiera rozarlas. Pero teníamos que hacerlo. Así que nos quedarnos allí, hasta que la niebla cubriese de nuevo la luna.

Eso fue lo que, al cabo, ocurrió; la luz se atenuó y disminuyó, pero no lo bastante. Y mi deseo era cruzar aquel campo abierto en una oscuridad tan total como las condiciones de aquella noche pudieran darnos; otra vez nos amparamos en la oscuridad, y esperamos.

Estaba muy, muy cansado, y me senté mirando al suelo sin ánimo, a la espera de que la oscuridad nos envolviese por completo. El campo en que las vainas yacían era estrecho; quizá tendría unos treinta metros de lado a lado, no mucho más. A partir de ahí se extendía el cinturón de trigo, de varias hectáreas de ancho: una plantación destinada a evitar que las vainas pudiesen ser vistas desde la autopista que corría más allá de los trigales.

Entonces, repentinamente, advertí lo que ocurriría; comprendía al fin porqué habíamos llegado tan lejos sin toparnos con nadie. No había razón alguna para dispersar los efectivos que habían salido a darnos caza por los kilómetros que habíamos atravesado, tratando de dar con nosotros en la oscuridad. En lugar de eso, se habían detenido a esperarnos; cientos de silentes siluetas se apiñaban en una línea sólida, ocultas en el trigal que se extendía entre nosotros y la autopista a la que debíamos llegar, aguardando el momento en que por fin cayésemos en sus garras.

Pero me dije esto: siempre hay una oportunidad. Muchos hombres han escapado de las prisiones más firmemente vigiladas que otros hombres hayan podido idear. Muchos prisioneros de guerra han caminado cientos de kilómetros a través de países habitados por millones de hombres, hombres que eran sus enemigos, hasta el último de ellos. Había que creer en la suerte, había que creer que en el instante justo podía abrirse un hueco momentáneo en una de las líneas de vigilancia, que podía darse un error de identificación provocado por la oscuridad; había que creer en ello, porque hasta el momento en que a uno lo atrapan, siempre hay una oportunidad.

Y entonces me di cuenta de que no nos atreveríamos siquiera a aprovechar la más mínima oportunidad que se nos presentase. Un jirón de niebla dejó de cubrir la luna, y de nuevo vi las vainas, filas y filas de ellas, diabólicas e impávidas allá abajo, a nuestros pies. Si nos cogían, ¿qué sucedería con aquellas vainas? ¡No teníamos derecho a desperdiciar nuestras vidas! Estábamos tan cerca de las vainas... Si, aunque fuera algo desesperado. Aunque eso significase con total seguridad nuestra captura, teníamos que hacer lo que estuviera en nuestra mano para acabar con ellas. Si podíamos confiar en que la suerte nos sonriese, era de esa forma como teníamos que emplearla.

Transcurrió un minuto hasta que el borde del siguiente banco de niebla mordió la luna. La cubrió lentamente, haciendo que la luz menguase, y entonces, una vez más, todo se sumió en la más completa oscuridad. Nos pusimos en pie, y descendimos la

ladera de la colina en silencio, hacia el monstruoso campo que se extendía allá abajo. El edificio más próximo era el granero, y corrimos hasta él, rozando de vez en cuando las secas y quebradizas superficies de las vainas, siguiendo el suelto embaldosado de las acequias que se extendían entre las hileras.

Encontré el combustible para el tractor al trasponer la puerta: seis enormes bidones de gasolina alineados a lo largo del muro, sobre el suelo de tierra, y la emoción prendió en mi interior, y una nueva fuerza recorrió mis venas, mezclada con la sangre. Era algo fútil, sin duda; había cientos de vainas. Pero la ocasión de presentar batalla tenía que aprovecharse. Puse dos pastillas de benzedrina en la mano de Becky, tomé yo otro par y las tragamos. Luego Becky, con un esfuerzo, me ayudó a volcar el primer bidón sobre un lado. Me llevó diez minutos encontrar una llave inglesa oxidada —tras rondar por el granero, encendiendo una cerilla tras otra— colgada de una de las vigas del techo. Rodamos el enorme bidón de metal y, una vez lo hubimos pasado por la puerta, lo seguimos rodando hasta la acequia más próxima. Con el bidón en la posición correcta, y el tapón hexagonal en el borde de la zanja, me enfraqué en girar el tapón con la llave inglesa, hasta que, tras darle varias vueltas, terminé de aflojarlo con la mano: la gasolina brotó en un chorro por entre mis dedos. El tapón cayó, y en un rítmico y constante gorgoteo la gasolina manó sobre la zanja y comenzó a fluir lentamente sobre las baldosas que pavimentaban la acequia. Afirmé el bidón con un terrón de barro y lo dejé allí.

Al rato, seis bidones de gasolina rebajada yacían unos junto a otros al comienzo de cada una de las acequias: el primero de todos ya estaba vacío. Durante diez minutos nos quedarnos allí, sencillamente, sin decir nada, hasta que el flujo del último de los bidones cesó en un lento y definitivo goteo. Me arrodillé junto a la acequia, y el agudo hedor de la gasolina me hizo arder los ojos. Encendí una cerilla y la dejé caer sobre el líquido, pero se apagó de inmediato. Encendí otra y esta vez la acerqué lentamente a la acequia, hasta que el borde inferior de la llama tocó su superficie: por un segundo pude ver mi rostro reflejado en el líquido. La llama prendió en un pequeño parpadeo azul que, al principio, creció hasta formar un óvalo mínimo, como una moneda, para enseguida hincharse hasta el tamaño de un plato. Entonces estalló, y se infló en tal bocanada de fuego que hube que echar hacia atrás la cabeza, y la llama —ahora las chispas rojas se mezclaban con la lengua azul— se extendió por la acequia, abriéndose hacia los márgenes. Luego, al cabo de un segundo, el fuego comenzó a correr.

El calor aumentó, las llamas comenzaron a crepitar con un chasquido líquido y se tornaron más rojas, y se propagaron hacia lo alto, ceñidas por un humo negro que parecía rodar por la llamarada. Sin movernos, seguimos el reguero del fuego con la vista, lo observamos aumentar en altura, recorriendo el campo en líneas paralelas, saltando a las acequias vecinas con un bramido apagado, y, así, pudimos ver las

negras siluetas de las vainas recortándose, agudas, contra las rojas llamas abrazadas por el humo. La primera vaina estalló en una antorcha ovalada, hecha de débiles y casi incandescentes llamas, y escupió una vaharada blanca; luego la segunda, luego la cuarta y la quinta a la vez, luego la tercera. Y a partir de entonces el blando y explosivo resoplido de las vainas al estallar en llamas sonó con la regularidad del tictac de un reloj, y una tras otra, por todas y cada una de las hileras, las vainas ardían en imparable incandescencia. Luego, el repentino rumor de cientos de voces que llegaban hasta nosotros a través del trigo irrumpió en nuestros oídos como un oleaje.

Durante un minuto pensé que habíamos vencido, pero por supuesto la gasolina — sólo seis bidones habían sido vaciados en aquel vasto campo— se agotó. Del primero al último, los raudos regueros de llamaradas rojas se refrenaron hasta detenerse, reducidos a nada, en todos los puntos en que los últimos hilillos de gasolina habían sido vertidos. Las hileras de antorchas ardientes aún resplandecían, pero las llamas eran cada vez más rojas, el humo blanco se hacía más ubicuo, y no había nuevas vainas en las que prender. Las llamas —más altas que un hombre en su apogeo— de pronto no llegaban a la cintura, y se hacían cada vez más pequeñas, cada vez más rápido, y los regueros de fuego, antes sólidos y compactos, quedaban al pronto divididos en pequeñas hogueras. Casi en el mismo instante, las llamas, que cubrían quizá media hectárea del campo, amainaron hasta mínimas lenguas, justo cuando los cientos de siluetas que habían surgido de los trigales estaban ya sobre nosotros.

Apenas nos tocaron; no había ira ni ninguna otra emoción en ellos. Stan Morley, el joyero, dejó caer simplemente una mano blanda en mi brazo, y Ben Ketchel permaneció junto a Becky, por si intentaba huir, mientras los otros, apiñados a nuestro alrededor, nos miraban sin curiosidad.

Becky y yo, en medio de aquella turba de cientos y cientos de hombres que crecía desordenadamente, iniciamos el ascenso por la ladera que habíamos bajado. Nadie nos detuvo: solo se oía un débil murmullo, pero no era un murmullo de emoción. Con un brazo alrededor de la cintura de Becky y mi otra mano en su codo, la ayudé a subir lo mejor que pude, mirando el suelo sin pensar en nada, sin sentir nada tampoco, excepto lo cansado que estaba.

Y, entonces, el vasto murmullo de cientos de voces brotó otra vez a nuestro alrededor, y volví la cabeza. Al volverla, el murmullo cesó abruptamente, y advertí que todo el mundo se había detenido donde estaba; se hallaban absolutamente inmóviles, de cara al valle del que habíamos venido, con los rostros levantados hacia el cielo iluminado por la luz de la luna.

Seguí con la vista el lugar hacia el que miraban, y en aquella claridad comprendí lo que habían visto. Todo el cielo estaba salpicado de puntos. Más que puntos; un formidable enjambre de oscuras manchas circulares se elevaba lentamente, poco a poco, hacia los cielos. Una última huella de niebla dejó la cara de la luna, el cielo

brillé, y vi ascender las vainas, dejando el terreno del que procedían casi vacío. Luego, las pocas que yacían aún en la tierra se agitaron, y se inclinaron a un lado para romper los frágiles tallos que las sujetaban. Y entonces, también, se elevaron junto a las otras, y vimos aquel espléndido enjambre disminuir lentamente de tamaño, sin tocarse, sin tropezar unas con otras, subiendo cada vez más hacia el cielo y el espacio más allá de este.

Veintiuno

Revelación es la palabra que empleamos para definir un vasto complejo de pensamientos, que, de manera instantánea, comparece en nuestras mentes con el enorme impacto de una verdad absoluta. Allí, junto a Becky, observando boquiabierto aquella increíble visión que poblaba el cielo de la noche, supe un millón de cosas que me llevaría mucho tiempo explicar, y otras que no podría explicar en toda una vida.

Por decirlo de la forma más simple, las vainas iban a abandonar un fiero e inhóspito planeta. Lo supe, absoluta e instantáneamente, y una oleada de terrible júbilo, tan violenta que me hizo temblar, recorrió todo mi cuerpo; porque no ignoraba que Becky y yo habíamos tomado parte en lo que estaba ocurriendo. No habíamos sido, y probablemente no seríamos —lo entendí al momento— las únicas personas que se habían topado con lo que había sucedido en Santa Mira. Había habido otros, sin duda, individuos aislados o pequeños grupos que habían hecho lo mismo que nosotros: que habían luchado y opuesto toda resistencia, y, en una palabra, se habían negado a rendirse. Algunos habrían vencido, muchos habrían perdido, pero todos los que no habíamos sido atrapados habíamos batallado de forma implacable. Y el fragmenta de una arenga bélica resonó en mi mente: «Lucharemos contra ellos en los campos, y en las calles. Lucharemos contra ellos en los montes; y nunca jamás nos rendiremos». Cierto, entonces, para un pueblo, era cierto ahora para la raza humana, y comprendí que nada en todo el vasto universo podría alguna vez derrotarnos.

¿Pensaba así aquella increíble forma alienígena? ¿Lo *sabía*? Probablemente no, fue lo que supuse, al menos no como nuestras mentes podrían concebir. Pero lo sentía; aquella cosa no podía ignorar que nuestro planeta, esta pequeña especie, nunca los acogería, y nunca cedería un paso. Becky y yo, al negarnos a la rendición y, por contra, al luchar contra su invasión hasta el final, prefiriendo incluso destruir a unos pocos antes que emprender la huida, les habíamos dado la demostración última y decisiva de ese hecho incuestionable. Y así, para sobrevivir —su único propósito, su sola función— las vainas se elevaron y subieron al cielo a través de la neblina, buscando su camino hacia el espacio del que procedían, dejando atrás un feroz e inhóspito planeta, para flotar sin rumbo una vez más, para siempre o... bueno, que más daba.

No sé durante cuánto tiempo estuvimos contemplando el cielo. Llegó un momento en que los puntitos se convirtieron en motas apenas perceptibles, y un instante después, tras parpadear para aclarar la vista, miré de nuevo el cielo, y ya no había nada.

Durante unos segundos abracé a Becky contra mi pecho. Estrechándola tan fuerte que pensé que le haría daño. Entonces advertí el murmullo de las voces —más calmado ahora, y más apagado— que había a nuestro alrededor. Volvimos la mirada,

y vimos que los hombres avanzaban, pasaban a nuestro lado y marchaban más allá de nosotros, subiendo las colinas, caminando hacia aquella ciudad maldita de la que procedían. Se alejaban poco a poco, con sus rostros impávidos y carentes de emoción, algunos mirándonos al pasar, muchos de ellos ni siquiera interesados en ello. Becky y yo descendimos la colina, pasando entre ellos, ambos sucios, con las ropas embarradas y arrugadas, ambos cojeando, arrastrando los pies por la hierba y la maleza, con un zapato puesto y otro no, y un aire de torpe y renqueante Victoria. En silencio, atravesamos aquella masa de siluetas que nos rodeaban hasta la última de ellas, y por fin alcanzamos el campo vacío y estéril, camino de la autopista, en pos del resto de nuestra especie.

Aquella noche la pasamos con los Belicec. Los hallamos en su casa, donde habían sido retenidos y donde habían luchado contra el sueño, ahora libres, por fin. Theodora dormía en una silla; Jack miraba por el ventanal del salón, esperándonos. No había mucho que decir, pero lo dijimos, sonriendo abiertamente, con cansada euforia. Al cabo de veinte minutos todos habíamos sucumbido a un sueño exhausto.

Nada de aquello, nada de esta historia tan peculiar, llegó hasta los periódicos. Hoy, si usted dirige su coche a través del Golden Gate hacia el condado de Marin, y sigue camino por Santa Mira, California, verá, simplemente, una ciudad; una ciudad más lóbrega y más decadente de lo que puedan ser otras, pero... no tan asombrosamente lóbrega y decadente. La gente, en parte, podrá parecerle apática y poco comunicativa, y la ciudad podrá resultarle hostil. Verá más casas varias y en venta de lo que podría explicarse; la tasa de mortalidad es aquí bastante más elevada del promedio del condado, y a veces es difícil saber que debe uno escribir en el certificado de defunción. Y aquí y allá, en ciertas granjas al oeste del pueblo, existen grupos de árboles, áreas de vegetación y algunos animales que mueren sin causa aparente.

Pero, en general, no hay mucho más que ver en Santa Mira, ni mucho más que decir sobre ella. Las casas varias son ocupadas con cierta celeridad —se trata de un condado, y de un estado, muy atestado de gente—, y en el pueblo hay ahora gente nueva, jóvenes con hijos en su mayoría. Hay una pareja joven de Nevada que vive al lado de nuestra casa —la casa en que vivo con Becky—, y otra, cuyo nombre aún ignoramos, justo al otro lado de la calle, en la antigua casa de los Greeson. En un año o dos, tal vez, o puede que en tres, Santa Mira no se diferenciará gran cosa de cualquier otro pueblo. En cinco años, quizá menos, no será diferente en nada. Y lo que una vez ocurrió aquí se diluirá en la más absoluta incredulidad. Incluso ahora, tan pronto, hay veces —y son cada vez más frecuentes— en que no sé con absoluta certeza lo que vi, o lo que sucedió aquí, en Santa Mira. Pienso que es perfectamente posible que ninguno viésemos o interpretásemos de la forma adecuada lo que pasó, O lo que creímos que pasó. No lo sé, no puedo decirlo; la mente humana exagera, se

engaña a si misma. Pero tampoco me importa mucho; Becky y yo estamos juntos, para bien o para mal.

Claro que... Lluvias de ranas, peces diminutos o guijarros se derraman sobre nosotros, en ocasiones, desde nuestros cielos. Aquí y allá, sin que quepa una explicación para ello. Hay hombres que mueren abrasados en el interior de sus ropas. Y de tarde en tarde, la secuencia del tiempo, tan metódica, tan inmutable, se ve inexplicablemente cambiada, alterada. Porque usted ya habrá leído alguna vez esos artículos tan raros, escritos con cierta voluntad humorística, esas historias que corren de boca en boca... o habrá oído algún vago y distorsionado rumor acerca de ellas. Por mi parte, esto es lo que sé: algunas de ellas —sólo algunas— son muy ciertas.



JACK FINNEY (Milwaukee, 2 de octubre de 1911 - 14 de noviembre de 1995) fue un autor dedicado al género de aventuras y a la ciencia ficción. Publicista de profesión, Finney comenzó a publicar cuentos en 1946 y su primera novela, *Five against the house*, apareció en 1954. Su obra más conocida es, sin duda, *Los ladrones de cuerpos* (1955) una historia en la que mezcla elementos del terror con la ciencia ficción que condensa una gran crítica política todavía hoy en discusión. La novela ha sufrido varias adaptaciones cinematográficas, algunas de ellas consideradas auténticos clásicos del cine.

En el campo estrictamente literario, el mayor éxito de Finney fue *Ahora y siempre*, obra de ciencia ficción que logró un extraordinario éxito de público.

Notas

* Planta rodadora [n. del t.] <<